

VAS
A SER
Sulyó

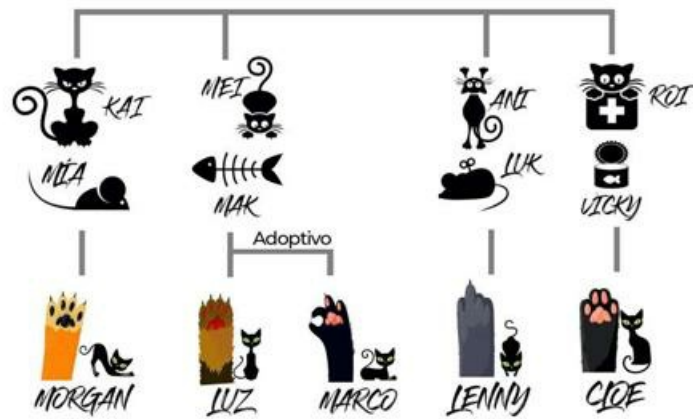
ANNY
PETERSON

VAS
A SER
Sujo

Lady
fxia

ARBOL GENEALÓGICO

SERIE VAS A SER



SERIE EN EL FONDO



“El amor no tiene cura,
pero es la única cura para todos los males”
Leonard Cohen



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo aviso del autor. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Los fragmentos de canción que aparecen se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Titulo original: Vas a ser Suyo

Copyright ©Anny Peterson, junio 2024

Diseño de la portada: @Lady_fuxia

Ilustración de portada: Adela Aragón @adela_argn_art

ÍNDICE

1. [REINA ROJA](#)
2. [REY BLANCO](#)
3. [BEAUTIFUL BASTARD](#)
4. [LOVE HISTORY](#)
5. [EN EL FONDO, ME TIENES](#)
6. [EL DÍA QUE EL CIELO SE CAIGA](#)
7. [EL BUEN PADRE](#)
8. [BOKEBACK MOUNTAIN](#)
9. [ROMPER EL CÍRCULO](#)
10. [FUIMOS CANCIONES](#)
11. [CULPA MÍA](#)
12. [CULPA NUESTRA](#)
13. [SEDUCCIÓN](#)
14. [CULPA TUYA](#)
15. [ALAS DE SANGRE](#)
16. [BAD ASH](#)
17. [EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO](#)
18. [EL FABRICANTE DE LÁGRIMAS](#)
19. [LA PACIENTE SILENCIOSA](#)
20. [LOS JUEGOS DEL HAMBRE](#)
21. [MARAVILLOSO DESASTRE](#)
22. [NOSOTROS EN LA LUNA](#)
23. [PERDONA SI TE LLAMO AMOR](#)
24. [MANTIS](#)
25. [CÓMO LLAMARTE AMOR A GRITOS](#)
26. [CORRUPT](#)
27. [LA CELESTINA](#)
28. [JAQUE MATE AL AMOR](#)
29. [HEARTSTOPPER](#)
30. [METAMORFOSIS](#)
31. [CALL ME BY YOUR NAME](#)
32. [EL DÍA QUE SE PERDIÓ LA CORDURA](#)
33. [TE ODIÓ, PERO BÉSAME](#)
34. [SENTIDO Y SENSIBILIDAD](#)
- [EPÍLOGO 1: ORGULLO Y PREJUICIO](#)
- [EPÍLOGO 2: LOS PILARES DE LA TIERRA](#)

REINA ROJA

“La peor prisión es la que uno se construye en su propia mente”

Juan Gomez Jurado



Me despierto de golpe.

«Por favor, que haya sido todo una pesadilla...», suplico.

Pero no, sigue oliendo igual de mal que cuando me he dormido. Es un tufo a aceite de motor o algo parecido y entiendo que sigo encerrada en un garaje oscuro.

No sé qué hora es porque aquí no hay ventanas y he perdido la noción del tiempo, pero hace unas horas, quizá ayer, cuando iba camino de mi coche tras salir del *pub* El Capitán Nemo, alguien me agarró por detrás, me puso una áspera y maloliente mano en la boca y se lanzó conmigo al interior de una furgoneta que acababa de frenar de golpe justo al lado.

La situación fue de película y a la vez muy real, porque nadie te cuenta el daño que te haces al aterrizar contra el interior ni el dolor atroz que sientes en la pierna, el hombro y la cabeza. O peor aún, el miedo que te invade cuando percibes que el vehículo acelera para ponerse en marcha y llevarte lejos de todo lo que conoces.

No dejé de forcejear ni de gritar en ningún momento, menuda era yo, rendirme no está en mi naturaleza. Y supongo que por eso mismo, tuve aquel fundido a negro.

Cuando me desperté, comprobé que estaba atada y me arrimé como pude a un lateral del furgón. Seguíamos en marcha y puedo asegurar que jamás he estado tan asustada como cuando me vi sola e indefensa frente al tío que me había asaltado.

Lo primero que pensé es que iba a violarme, torturarme y cortarme en pedacitos por pura diversión, pero enseguida caí en que Morgan ya me había advertido de que esto podía pasar.

«Van a por ti», pronunció a través del teléfono de la cárcel. Cada vez que pensaba que había gastado su llamada para avisarme, me entraban ganas de llorar.

¡Mis secuestradores me quieren por el Moonbow!, así que no van a matarme de entrada, al menos, hasta que les dé la fórmula. Pero después, ¿qué harán conmigo? Ya han matado a Christopher sin que les tiemble el pulso, y eso que era uno de los suyos...

Tengo un horrible dolor de cabeza, supongo que del golpe que me atestaron para dejarme inconsciente. Esto tampoco lo cuentan en las pelis...

No sé cuánto tiempo llevo aquí, muriéndome de sed y cavilando sobre cuándo será el momento exacto en que mi madre se dé cuenta de que no estoy. También pienso en cómo

reaccionarán los Morgan al enterarse...

«Lenny», pienso con dolor.

Puedo imaginármelo volviéndose loco, destrozando muebles o a cualquier ser vivo que pase cerca. Esto es lo que le faltaba para matarlo en vida...

Que no cunda el pánico, debería haber una forma de salir ilesa de esto. Si no les doy la fórmula del Moonbow, no podrán matarme, ¿no?

Pero podrían hacerme cosas peores...

Murphy, esta vez te has pasado.

2

REY BLANCO

*“La vida es algo demasiado valioso como para dejarlo en manos del destino
Juan Gómez Jurado*



«A por armas».

¡Han dicho que iban a por armas! He oído bien, ¿no?

Mi vida se ha reducido a que han secuestrado a mi novia y a que mi padre y mis tíos «se han ido a por armas». Y en medio de una situación en la que, en todo caso, cualquiera se hubiera quedado sin palabras, voy yo y hablo...

HE. PODIDO. HABLAR.

Bueno, más bien, gritar, con asalto y agresión de regalo, pero lo he hecho, y ahora son Aitor y Lucas los que guardan silencio, esperando a que diga algo más.

Pero sé que es una trampa. Cuando nos hemos subido al coche, han hecho el pacto visual de no hablar hasta que yo lo haga, pero estoy bloqueado y muerto de miedo por Carlota. Todos lo estamos. Y muy impactados por lo que hemos descubierto en las última 24 horas sobre nuestros padres. ¿Dónde está la puta cámara oculta?

Carraspeo y me miran expectantes.

—¿Qué has dicho? —pregunta Lucas.

—Nada —respondo automáticamente.

—¡Tío...! —exclama Aitor alucinado y feliz.

Vale, he caído en la trampa. Ahora mismo soy carne de cañón.

—¡Puedes hablar! —celebra—. ¡Di algo! ¡Lo que sea!

—Eres idiota.

—¡Me encanta! —grita entusiasmado.

Miro a Lucas y ver media sonrisa en su boca me da mucha envidia, porque yo no puedo alegrarme... Me sigue pareciendo mal hablar, todavía no me he levantado el castigo por lo de Neo, mi hermano no nato, pero Carlota corre peligro y no puedo seguir pensando en eso.

—Estoy muy preocupado. —Les hago saber.

Ellos siguen flipando al escuchar mi voz y les entiendo, pero lo estoy en serio. Muy preocupado. Lo que siento por ella me constriñe la garganta de una forma que jamás había experimentado. La quiero tanto que estaría dispuesto a no volver a tocarla con tal de saberla a salvo en su casa. Eso es el amor, un jodido sacrificio eterno.

—Yo no estoy preocupado —declara Aitor—. Nuestros padres no lo están.

—Pero ellos no están enamorados de Carlota.

—¡¡Wow!! —exclaman al unísono con pitorreo, y pongo los ojos en blanco.

De Aitor me lo esperaba, ¿pero de Lucas? ¡Si es la melancolía personificada! ¿Por qué está tan contento? Me sorprende que sea incapaz de borrar la sonrisa de la boca. Y es por mí. Eso me hace pensar que yo soy parte de la pena que siempre le envuelve.

—¿Y si la matan? —planteo.

—No lo harán —contesta Lucas tajante—. La necesitan, y quiero confiar en que tu padre y el tío Mak saben lo que hacen, eran geos, joder. A mí también me tranquiliza lo tranquilos que están ellos...

—Pues a mí no.

—¡Guau, que derroche de palabras, Lenny! —aplaude Aitor—. Es evidente que Charlotte te importa mucho... ¡Te ha curado!

—El otro día estuve a punto de decirle algo —confieso.

Los dos me miran interesados.

—¿Cuándo?

—Cuando estuve con ella en la parte de atrás del Capitán Nemo. Me dijo que me quería y yo... lo intenté, pero al final, no pude.

—Ahora podrás decírselo —dice Lucas solemne.

—¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si no la encontramos?

—Ten fe. Vamos a encontrarla, ya verás...

«¡¿Y si no?!», quiero responder. Pero no quiero pensar en lo que puedan hacerle. Solo sé que con mi suerte, acabará muerta.

Es pensarlo y una bola de plomo se aposenta en mi estómago causándome un dolor que me deja sin respiración; ni los cólicos me duelen tanto.

—¿Sabes qué creo? —se aventura Aitor—. Que cuando Marco te hizo gritar ayer, desbloqueó algo dentro de ti. Es un puto genio...

Lo es. Por eso...

—No podemos dejar que se vaya, Lucas, tiene que ayudarnos a encontrar a Carlota.

—Todavía estará en casa. Si se lo pides tú mismo, con tu nueva voz, no creo que pueda decirte que no.

Al llegar al chalet, aparcamos en la entrada y me da por mirar alrededor; es como si ya no me sintiera seguro en ninguna parte. ¿Y si jamás volviera a sentirlo? Porque ahora mismo, el único lugar en el mundo donde podría relajarme por completo sería hundido en su delicioso cuerpo desnudo con su boca avasallando la mía.

Suspiro ansiedad pura.

Cuando entramos en la casa, encontramos a Marco en el sofá, tomando un refresco con la maleta al lado. Al parecer tiene prisa por largarse de nuestras vidas otra vez.

—Hola. Os estaba esperando para despedirme. ¿Cómo ha ido?

En vez de responder, mis primos se miran entre sí y luego a mí para que hable.

Marco me mira achicando los ojos y me relamo los labios.

—Ha ido... mal —pronuncio.

Al oírme se queda petrificado mirándome fijamente. Su silencio por respuesta me pone nervioso. ¿Esto es lo que la gente sentía conmigo?

—Han secuestrado a Carlota —añado para destensar el ambiente. Pero no sé si le impresiona más lo que he dicho u oírmelo decir.

Marco se pone de pie y se acerca a mí, conmovido. Sus ojos me felicitan por haber hablado, pero su boca dice:

—¿Estáis seguros? ¿Qué pruebas tenéis?

—Ayer no durmió en su casa y hoy no ha ido a trabajar. Según su madre nunca faltaría sin avisar.

Marco observa el movimiento de mi boca como si fuera un milagro clínico, pero logra mantener la compostura.

—¿Su madre ha denunciado su desaparición?

—Aún no —contesta Lucas raudo.

—Decidle que no lo haga.

—¿Por qué? —pregunto temeroso.

—Porque es mejor que...

—¡¿PERO NO TE HAS DADO CUENTA DE QUE ESTÁ HABLANDO?! —explota Aitor —. ¡Lenny está hablando!

Nos miramos entre todos. Claro que se ha dado cuenta, pero si Lucas es discreto, Marco más.

—De lo que me doy cuenta es de que tenemos que encontrar a esa rubia antes de que este deje de hablar otra vez...

Y juro que ese «tenemos» es todo lo que necesitaba oír de él.

—Llamad a su madre. Decidle que no haga nada si no queréis que expedienten a Charlotte de por vida y la relacionen con el narcotráfico.

—Lía y Cora le han dicho que probablemente esté en casa de la amiga con la que quedó ayer —informa Aitor.

—Llamad a la amiga. Preguntadle cuándo la vio por última vez. Necesito el móvil de Charlotte y...

—Nuestros padres ya han trazado un plan —informa Lucas.

Marco lo mira pensativo.

—Mejor. Así la encontraremos antes.

—¿Y qué pasará cuando la encontremos? —pregunta aprensivo.

—¿Dónde están ahora mismo vuestros padres?

—Han ido a por armas —repito la dichosa frase.

Marco me mira, todavía aturdido por escucharme.

—Pues ahí tenéis la respuesta de lo que pasará después.

Mis primos y yo nos miramos entendiendo que la cosa va en serio, que nuestros padres se van a liar a tiros con quien haga falta, pero...

—¿Y si Charlotte sale herida? —formulo nervioso.

—¿Y si cualquiera sale herido? —replica él—. Esos tres llevan mucho tiempo fuera de servicio...

—¿Los ayudarás? —suplica Lucas con intensidad. La culpabilidad se filtra en su voz cuando dice—: Por favor...

—Por favor, Marco... —me uno yo por si sirve de algo.

—No puedes irte, tío —completa Aitor—. Te necesitamos. Te necesitan...

Marco resopla y me mira dubitativo. Sus ojos toman una decisión.

Se acerca a mí y me coge del cuello con cariño.

—Tú eres el motivo. Solo tú, ¿entendido? ¡Y ahora poneos en marcha! Necesito información. Quiero saber dónde y cuándo se la llevaron.

Nos activamos al momento.

Aitor se marcha a la tienda de golosinas para interrogar a Ava y Lucas sube conmigo para ayudarme a rastrear el teléfono de Charlotte. Curiosamente, encontramos que la señal se pierde en las coordenadas del Capitán Nemo.

—Fue él... —digo cayendo en la cuenta.

—¿Quién? —pregunta Marco.

—El capitán. Supongo que descubrió que Charlotte era nuestra química cuando dejó de ser camarera para concentrarse en sus exámenes finales. Su madre fardaría de que después del verano empezaría a trabajar en el AIMS y se dio cuenta de que ella fue quien sintetizó el Moonbow.

Ambos me miran extasiados al oírme hablar de nuevo. Me remuevo incómodo ante sus caras de satisfacción. ¡Ya vale! ¡Ni siquiera sé quién es el tío que está diciendo todo esto! Desde luego no suena a mí...

—¿Sueltas todas esas palabras y te quedas tan ancho? —dice Marco con guasa. Lucas sonríe, y yo, al final, también—. Me alegro de que lo hayas superado...

—No lo he superado. Es que esto es mucho más importante que yo y que nada... No puedo seguir pensando solo en mí mismo.

—Entonces, te levantas el castigo para ayudar a Charlotte... ¿Y luego qué? ¿De vuelta al silencio?

—No... —rezongo—. También tengo que decirle que la quiero...

Marco y Lucas se miran escépticos.

—Querrás decirle mucho más que eso, créeme...

—¿Como qué?

—No sé... Alguna guarrada, contarle un chiste... Esas cosas.

—También podrás explicarle por qué eres tan idiota —añade Lucas socarrón.

Su humor ha cambiado a pesar de venir de un entierro que podría haber sido el suyo; a pesar de cruzarse con Freya y apartar de nuevo la mirada después de haberla hecho suya; a pesar de...

Ding dong.

...de que nuestros padres acaben de llegar para ir a matar a gente.

Nos reunimos todos en el salón y Marco procura ignorar a *su padre*. Lo siento por él, sé que no es fácil que te acribillen a miradas.

Para mí tampoco es fácil notar que los tres se han cambiado de ropa a una de ¿combate? Van todos de riguroso negro con chalecos y cinturones tácticos con miles de bolsillos y unas botas enormes con punta de acero que jamás les había visto. ¿Dónde tenían guardados estos disfraces de matones a sueldo?

Están imponentes y parecen poderosos. Eso me hace sentir débil y seguro al mismo tiempo.

—¿Tú no te ibas? —barrunta Kai nada más ver a Marco.

—Hoy no...

Mi tío intenta disimular su satisfacción y lo consigue a duras penas.

—¿Qué habéis averiguado hasta ahora?

Les contamos lo que sabemos y me alucina ver cómo mi padre se mete en mi ordenador para acceder a las cámaras de tráfico del pueblo.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto sin pensar.

Él me mira, sobrepasado por oírme, y empiezan a brillarle los ojos.

—Contesta... —sisea Mak dándole un ligero empujón.

—Yo... me meto a través del programa C2fx. Descifré el acceso del capitán de la policía.

—¿Cómo lo descifraste?

—Lo emborrachó un día y se lo sonsacó —declara Mak divertido.

—En realidad, Jon, el padre de Freya, me ayudó.

Al mencionar ese nombre, miramos a Lucas, que pivota incómodo.

—Se lleva bien con la intendencia. Y cuando bebe, le gusta presumir. No tardé nada en sonsacarle la contraseña.

—Es increíble... —murmuro alucinado.

Mi padre me mira reflejando en sus ojos que lo increíble es que esté hablando. ¿Tanto ha sufrido por mí? Nunca he podido evitar que se sintiera culpable de lo que pasó. Más que nada, porque lo era.

Al final, conseguimos dar con una matrícula y una dirección.

—Nos vamos —sentencia Mak con una voz que me da escalofríos.

Nos movemos todos, pero mi tío Kai nos frena en la puerta de casa.

—¿A dónde creéis que vais? Quedaos aquí y no salgáis. Vendremos después...

—¡Yo quiero acompañaros! —grita Lucas.

—Y yo —me sumo.

Kai solo sonríe y pasa de nosotros para coger sus cosas, sabe que no desobedeceremos una orden directa. Es Luk quien, finalmente, nos mira y aclara:

—Ni de coña vais a venir. Adentro, cachorros.

—¿Y si necesitáis ayuda? —expone Lucas.

—Para eso tenemos a Marco —murmura Kai—. Os quedáis. Punto.

—No puedes obligarme —Se planta Lucas—. Es mi responsabilidad.

Kai se acerca a él y lo mira más serio que en toda su vida, pero se ablanda al notar más miedo que chulería en su mirada.

—Y tú eres la mía, hijo. Si venís nos matarán a todos. Con vosotros allí, no podríamos concentrarnos. Pensad en lo mejor para Charlotte... si venís la cosa podría complicarse para ella —dice mirándome seriamente a mí.

—Nos quedamos —le confirmo captando que quiere que retenga a Lucas en casa.

—Vámonos ya, joder —escucho a Mak fuera. Me ha recordado a mí cuando tengo hambre. Solo que él tiene hambre de matar.

Cuando desaparecen, nos quedamos en un silencio escalofriante.

¿Se supone que tenemos que esperar a que vuelvan vivos? Pfff...

Aitor se coge los brazos sin esconder que todo esto le aterra, pero Lucas me mira como si no estuviera dispuesto a obedecer. Nunca ha sido de los que se quedan sentados sin ayudar, y menos si se lo pides encarecidamente.

—Tenemos que ir, Lenny...

—Ya has oído a tu padre. Sería peligroso para todos.

—No, si no saben que estamos allí —dice con convicción.

Tuerzo la cabeza en un gesto muy mío de «No me jodas, tío...».

—¡Si mi novia estuviera secuestrada, querría ser yo quien la abrazara de vuelta a casa! —exclama Lucas—. Quiero ver cómo lo hacen. Quiero aprender. O nos vamos ya o les perderemos.

—Joder... —cedo—. No hace falta seguirles, tengo las coordenadas del lugar.

—Perfecto. Tú quédate, Thor —ordena Lucas a su hermano.

—Claro, alguien tiene que heredarlo todo, ¿no?

Lo miramos serios.

—¿No es momento para bromas? Captado... Pero no puedo quedarme aquí a esperar la noticia

de que os han matado, prefiero ir con vosotros.

—Y yo prefiero que te quedes... —insiste Lucas.

—¡Venga ya! ¿Me haces lo mismo que papá a ti? ¡Sois iguales!

Lucas lo mira y resopla.

—No pasará nada, y no quiero que se enfaden con los tres. Tú eres nuestro escudo humano, nuestro diplomático, y necesito que sigas siéndolo, ¿de acuerdo?

Se hace un silencio.

—Además, alguien tiene que heredarlo todo... —Sonríe con tristeza.

La respuesta de Aitor es abrazarlo fuerte. Somos muy conscientes de que vamos directos a la boca del lobo, pero no nos importa porque somos jóvenes y estúpidos, y creemos que no ha llegado nuestra hora.

Nos subimos rápido a la moto y meto las coordenadas en la pantalla táctil. Es una Suzuki VStrom con el depósito lleno que nos permite plantarnos en el lugar exacto en poco más de veinte minutos.

Al llegar, encontramos la *pickup* de nuestros padres, una Dodge RAM de edición limitada que siempre me la ha puesto dura, aparcada frente a una propiedad de lujo. Es un chalet escondido en el sereno abrazo de la naturaleza; el perfecto santuario privado de un magnate de la droga.

No sé cuántas hectáreas tendrá, pero está cercada por un muro impenetrable con mucha vegetación. ¿Por dónde habrán entrado?

No soy consciente de que lo he dicho en voz alta hasta que Lucas me señala que la entrada principal está abierta y vemos que la cámara que la enfoca está tapada con un trapo oscuro.

«Vaya, no están tan oxidados...».

Nos adentramos en la propiedad con tiento. Parece mentira que sea un día tan bonito teniendo en cuenta lo que estamos a punto de hacer.

Cuando estamos cerca de la casa, se escuchan disparos y todos mis nervios se desmayan. Fundido a negro. Dejo de pensar y echo a correr.

—¡LENNY, ESPERA! —Oigo a Lucas a mi espalda.

Pero yo no me detengo. El miedo, la prudencia y el buen juicio quedan atrás, igual que mi silencio, y me adentro en la casa por la zona de la piscina, esperando encontrarme a Charlotte en el suelo, cubierta de sangre, igual que lo estaba mi madre aquella vez.

Todo sucede muy deprisa. Dentro hay un tío con un arma en la mano que me mira nervioso, apenas le da tiempo a apuntarme cuando me lanzo encima de él y lo golpeo con toda mi ira haciendo que el arma se pierda por el suelo. Forcejeamos y recibo un par de golpes, pero no me rindo ni loco. Me vence a peso e intenta alcanzar el arma, pero una sombra nos flanquea y lo siguiente que veo es su cabeza rebotando por un patadón que sale de la nada. Es Lucas.

No sé si lo ha dejado inconsciente o le ha partido el cuello. Lo preocupante es que me da exactamente igual.

—¿Estás bien? —musita agachándose a mi lado.

Asiento por costumbre o porque no tengo palabras, no sé. Durante la pelea hemos escuchado más disparos y el pánico me domina, pero no por mí, sino por mis seres queridos. Y eso es peor, si cabe. Me activo de nuevo sin pensar.

—¡Lenny, joder! —exclama Lucas, agarrándome—. Espera un momento... Ya no se oye nada.

—¡Carlota! —escuchamos de pronto la voz de Kai, y nos movemos rápido en busca de la procedencia. No me paro a mirar los cuerpos inertes que encontramos tirados en el suelo, solo sigo el recorrido hasta llegar a lo que parece una especie de garaje. Nada importa, solo ella.

En cuanto irrumpo en la estancia, dos pistolas me apuntan a la cara en una décima de segundo. Son mi padre y Mak. Pero mis ojos buscan a Charlotte y la encuentran tan asustada y descompuesta, que me hierve la sangre. Sus ojos están acuosos, parece angustiada y desaliñada, pero está viva.

Corro hacia ella para abrazarla con fuerza y se echa a llorar en cuanto la acojo en mi pecho.

—¿PERO QUÉ COJONES HACÉIS VOSOTROS AQUÍ? —dice Kai.

Su tono aconseja que no contestes si no quieres perder la lengua, pero tampoco tenía pensado decir nada. Soy incapaz, solo puedo sostenerla con fuerza y dar gracias a Dios.

Lucas, que sabe que, diga lo que diga, está vendido, se encoge de hombros y me señala en silencio. ¡Será mamón!

—¿OS HABÉIS VUELTO LOCOS?! ¿Por dónde habéis entrado?

—Por el jardín.

—¿Y no os habéis encontrado con nadie?!

—Sí, con un tío...

—¿Y dónde está ahora?!

Antes de que termine de decirlo, Marco empuja a Lucas y dispara a su espalda; ambos caen al suelo.

El sonido hace que intente proteger a Charlotte con mi cuerpo tan bruscamente que me tropiezo con ella y caemos al suelo.

—¿Estás bien?! —digo temeroso. Se ha llevado un buen golpe.

Ella me mira con los ojos muy abiertos y cualquier dolor pasa a un segundo plano.

Nos mantenemos la mirada durante varios segundos intensos.

—Lenny... —gime asombrada—. ¡Has hablado...!

Abro la boca para confirmárselo, pero las palabras se me atascan en la lengua. ¡Ahora no! Ella me observa, dudando de si lo ha imaginado.

Nuestras miradas se fusionan tanto que no se me ocurre un lugar mejor en el que quedarme para siempre: perdido en sus ojos, el uno sobre el otro, vivos y juntos. Todo lo demás no importa, solo nosotros.

—Te quiero... —consigo decir.

Ella alucina a todo color. Por oírme y por lo que he dicho.

Juraría que se queda sin aire, pero después sonrío con los ojos llenos de lágrimas y suelta un sollozo, esta vez, de felicidad.

No puedo hacer otra cosa que besarla con fuerza.

Es lo único que quiero, no pensar en que Marco acaba de disparar a un hombre que podía haber matado a Lucas. No quiero pensar en toda la sangre que he visto por ahí, solo en sus labios, y me concentro tanto en ellos, que me acelero demasiado.

—Lenny... —Me frena, preocupada—. Estoy bien. Estamos bien —me recuerda con dulzura.

Apoyo mi frente en la suya y trato de relajarme.

—Tenemos que irnos de aquí —musita Kai—. Hablaremos luego...

Abandonamos la propiedad en silencio, con dos armas por delante y otras dos en la retaguardia.

No me pasan desapercibidas las miradas entre mis tíos, mi padre y Marco. Auguro que nos va a caer la bronca del siglo, pero me da igual mientras Charlotte esté a salvo.

—Ya cojo yo la moto —dice Lucas—. Tú ve con Char en la *pickup*.

—Ni lo sueñes —interviene Kai—. Tú te subes al coche. Dame las llaves —Le tiende la mano, desafiante.

Sus miradas se retan, pero mi primo, que cuando quiere es muy listo, sabe que no es el momento de enfrentarse a él.

En cuanto se las da, mi padre las recibe al vuelo como si supiera que Kai se las lanzaría en el acto y se dirige hacia la moto sin hacer preguntas. ¿Tienen telequinesia o qué?

Nos subimos al coche y veo que Marco se sube en la zona de carga de la *pickup* porque dentro no cabemos. Hasta que no se quitan los chalecos antibalas, no capto hasta qué punto se nos va a caer el pelo. ¡Íbamos completamente desprotegidos!

Mi tío Mak le hace un gesto a Kai para que mantenga la calma, pero no le dura ni cinco minutos de trayecto.

—¿En qué coño estabas pensando, Lucas? —formula acusador—. ¿Cómo puedes ser tan jodidamente irresponsable...?

—Es al revés, me estoy responsabilizando de mis asuntos.

—Vas a acabar mal, joder. ¡Y no será por mi culpa...! ¡Te he dicho que no vinieras! ¡¿QUÉ PARTE NO HAS ENTENDIDO?!

—Kai... —lo corta Mak—. También se lo dijiste a Mía, ¿recuerdas? Y se coló igualmente en aquel tiroteo.

—¿¡Mamá se coló en un tiroteo?!

Kai chasquea la lengua y Mak sonrío indulgente.

—¿Esperabas que fuera de otro modo con los padres que tiene?

—Esperaba que fuera más listo que nosotros, joder...

—¡Y lo soy! —masculla Lucas.

—No, hijo. Solo has tenido suerte.

—¡Nos hemos topado con un tío y entre Lenny y yo lo hemos reducido sin problema! Iba armado.

Los adultos se miran serios y quiero avisar a Lucas de que se calle, porque no me gusta cómo Kai presiona el volante con las manos y baja la cabeza. Mak se acaricia la cara. No parecen impresionados, más bien...

—Habéis noqueado a un tío y lo habéis dejado vivo para que viniera a por vosotros después... —expone Kai—. ¡Y casi te vuela la puta cabeza, campeón! Has tenido MUCHÍSIMA suerte, y lo peor es que nos has puesto a todos en peligro. Estoy muy decepcionado contigo, Lucas, tu ineptitud nos va a costar cara, recuerda mis palabras.

BEAUTIFUL BASTARD

“Cuando estés listo para suplicar, estaré aquí, esperando”
Christina Lauren



No sé lo que habrán hablado en el interior de la *pickup*, pero casi prefiero no saberlo, porque mis primos se bajan con unas caras...

Ha sido una cagada, pero ya está hecho. Toca apechugar.

—¡CHARLOTTE! ¡Menos mal! —grita Aitor al recibirnos—. ¡¿Qué ha pasado?!

Nadie contesta, aunque haya mucho que contar.

—Aitor, busca algo de ropa para Charlotte —le pido—. Lenny, acompáñala a ducharse. Lucas...

El aludido me mira destrozado y no me atrevo a decirle nada.

—Tengo muchas preguntas —formula serio—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Sabrán que hemos sido nosotros? Charlotte sigue corriendo peligro, ¿no?

Me da pena porque le va a tocar madurar de golpe al pobre.

—Tenemos mucho de que hablar —le acaricio el hombro—. Pero lo primero es lo primero: sirve unas cuantas cervezas.

Me mira extrañado y luego a los mayores. Sé que se muere por protestar, pero...

«Demuestra tu madurez», le digo con la mirada. «Afronta la situación como un hombre, en vez de ponerte a gritar como un niño».

Tarda, pero lo pillá. Se nota que quiere dejar claro que esta es su casa y que él da las órdenes, pero en el fondo sabe que nos necesita. Al menos, a mí.

—Sí, unas birras. Ahí te he visto... —musita Luk—. Estoy sediento.

—Y yo cachondo —añade Mak.

Nos miramos y la tensión se palpa en el ambiente. En el pasado, ni me hubiera inmutado ante uno de sus irreverentes comentarios; es más, me hubiera reído. Pero ahora ya no puedo. Y menos, de uno como ese...

Aparto la mirada y Mak sigue observándome con atención. No solo mi cara, sino todo mi cuerpo, como si acabara de darse cuenta de que ya soy un hombre y tengo vida sexual.

Huyo hacia el jardín porque necesito aire fresco y me siento en una mesa a la sombra.

Minutos después, Lucas trae una bandeja llena de copas de cerveza y la apoya delante de mí.

Me pone una delante y le doy un buen trago.

Los mayores aparecen a cuentagotas y toman asiento cautelosos.

Mak se queda de pie y se enciende un cigarrillo. Sé que soy la causa de que no se siente. Los conozco, y acaban de advertirle que no me agobie.

—¿Me vas a contar ahora cuál es el siguiente paso? —insiste Lucas.

—Ir a la policía —respondo con tranquilidad. Me pongo un cigarrillo en la boca y me lo enciendo. Lo necesito para pensar con claridad.

—¿A la policía?! ¡Pero...! No lo entiendo.

—Hay tantas cosas que no entiendes... —masculla su padre.

—Vale ya, Kai —Le planto cara—. Es lo que siempre has querido, ¿no? Que no tenga ni puta idea de todo esto. Pero esa misma ignorancia es la que lo pone en peligro y está metido hasta el cuello.

—La policía puede ayudarnos —aclara Kai—. Pueden protegernos y dejarnos colaborar...

—Lo que tu padre quiere decir con colaborar es que nos den licencia para matar —traduce Mak socarrón.

Mi primo nos mira confuso.

—Pero... ¿acabáis de matar?

—¿Nosotros? —dice Luk teatral—. ¡Nosotros llevamos aquí toda la mañana, ¿verdad, chicos?! —Y bebe tranquilamente de su copa.

Mak se muerde una sonrisa en los labios y Kai no hace nada por aliviar el desconcierto de su hijo. Mamones hasta el final.

—¡Pero encontrarán lo cuerpos...!

—La policía no —sentencia su padre—. Los encontrará el mafioso de turno responsable de secuestrarla, y claro que pensará que habéis sido vosotros, por eso hay que erradicar ese cártel de raíz, y tendrá que ser con la ayuda de la policía. Ya hay un muerto: Christopher, y están investigando quién lo ha matado.

—Y nosotros se lo serviremos en bandeja —remato por él.

Los tres reyes me miran con un orgullo que no merezco y rehuyo sus miradas abrasadoras. Son muy distintas a las que tenían aquella Nochevieja... Cuando me echaron, literalmente, de sus vidas.

Hacía cuatro meses que Luz y mis padres se habían mudado a Australia. Pero antes de que se fueran, tuvimos una comida «familiar» de despedida en España en la que apenas pude mirar a *mi hermana* a la cara después de aquel asalto furtivo en mi cama que me llevó a tener que irme a vivir con amigos. Dijo que no iba a olvidarlo en mi *puta* vida y qué razón tenía...

Fue una experiencia dura ignorar sus preguntas incesantes en el restaurante delante de *nuestros padres*. Luz ya era una chica de armas tomar a sus diecisiete. No solo su belleza te vapuleaba, sino que la palabra timidez no formaba parte de su vocabulario. Tenía una iniciativa, un carisma, y un humor, inmejorables, pero cuando se enfadaba...

—¡No lo entiendo! ¿Por qué no vienes a Australia con nosotros?! —insistió irritada—. ¡Aquí no te ata nada y allí podrías empezar de cero! ¡Estaremos todos!

—Prefiero quedarme... —musité cauteloso.

Me hubiera encantado ir, pero necesitaba alejarme de ella porque no me fiaba de mí mismo.

Había intentado enrollarme con un par de chicas desde que nos corrimos juntos en mi cama, y había resultado un auténtico desastre. No me la quitaba de la cabeza. Su sabor, sus gemidos, su humedad.. Tenía que hacer algo para enderezar mi vida. ¡Aún estaba a tiempo! Tenía que estarlo...

—¡¿Es que no te importamos nada?! —exclamó Luz ultrajada—. ¿Acaso no te lo pasas genial

cada vez que vamos a Byron? ¡Sería así permanentemente!

—Tampoco lo idealices —la calmó Mak—. No es lo mismo vivir en un sitio que estar de vacaciones. Marco necesita espacio... Ya es un hombre... Yo lo entiendo.

Pero dudaba que lo entendiera. Él se habría hecho su película al captar mi renuencia, pero estaba lejos de sospechar el motivo real.

—Te llamaré todas las noches —me dijo Mei al despedirnos.

—Tranquilo, no la dejaré. —Me guiñó un ojo Mak. Y me abrazó con un cariño que se me clavó en las entrañas. Con lo avispado que era, no tardaría en darse cuenta de que mi extraña rigidez con él se debía a que le había metido mano a fondo a su hija. Había tanto en juego que estaba paralizado.

Llegó el momento de despedirme de ella, pero no estaba dispuesta.

—¿Adónde vas ahora? —me preguntó.

—A casa.

—¿Puedes acercarme al centro? He quedado...

Quise poner una excusa, pero hubiera quedado raro y necesitaba dejarle las cosas claras por última vez.

—De acuerdo, te llevo.

Terminé de despedirme de mis padres y nos subimos al coche.

Al sentarse, el «cinturón» que llevaba a modo de short se le subió dejando sus increíbles piernas al aire de una forma muy tentadora. No entendía esa moda de tiro alto con ombligo cubierto y las nalgas al aire. El límite de largura de las prendas inferiores de las adolescentes había pasado a ser inexistente, y el de las superiores, cortísimas. El estómago era el nuevo ombligo.

—¿Dónde te dejo?

—En tu casa —dijo convencida. Y la miré con extrañeza.

—¿Has quedado cerca?

—¿Acaso te importa?

—No.

—Lo sé... No sé qué he hecho para dejar de importarte.

—Luz...

—¡Me voy, Marco! ¡Y perderemos el contacto!

Guardé silencio y supo leer perfectamente lo que significaba porque me miró indignada.

—¡¿Y eso es justo lo que quieres, verdad?! ¡Perderme de vista! ¡Nos besamos, joder! ¡Me tocaste y te gustó! ¡No mientas...!

Cerré los ojos afligido.

—Por eso necesito alejarme de ti. No puede volver a pasar...

—¡Y no pasará! ¡Pero no me echés de tu vida, por favor! —dijo mirándome entre lágrimas. Y en ese momento me di cuenta de que podía hacerle TANTO daño que debía alejarme. No era más que una cría obsesionada conmigo y no tenía derecho a robarle cosas que no me merecía.

—¡Yo te quiero! —clamó—. No me castigues, por favor, ¡quíreme!

Detuve el coche a un lado de la carretera, aunque allí no se pudiera parar, y la abracé. Ella se derrumbó contra mi pecho y escucharla soltar toda la agonía que le producía nuestra inminente separación, me dejó desolado, pero debía liberarla.

—Todo irá bien... La vida te espera, pequeña...

—¡Yo no quiero la vida, te quiero a ti!

—Se te pasará... —intenté convencerme a mí mismo—. Conocerás a otra gente, tendrás un

trabajo genial y todo el mundo te querrá...

Se separó de mí para mirarme confundida. Tenía los ojos rojos y la cara húmeda.

—¿Por qué tú no me quieres, *Mako*?

Que usara ese nombre me trastornó. De pequeña, cuando no sabía pronunciar la erre, me llamaba «Mako» en vez de Marco. Los adultos se partían de risa porque decían que ese era el nombre en clave geo de *mi padre*. Del hombre que deseé que lo fuera desde el momento en que lo conocí. Siempre había anhelado tener uno, y cuando el destino me arrebató a mi madre biológica, a cambio, me lo envió a él. Nunca he sentido tanta satisfacción como cuando Mak se emocionaba al escuchar que su hija me llamaba *Mako*.

—Escúchame bien... —Le cogí la cara a Luz, consternado—. Ese es precisamente el problema, que te quiero más que a mi propia vida, joder... Y no puedo hacerte esto. ¡No puedo! Yo no soy el indicado para ti. Podrás tener a quien tú quieras...

—Eso no es cierto... —balbuceó—. No puedo tenerte a ti.

Otorgué con el silencio. Eso era imposible. No había ningún universo alternativo en el que aquello pudiera terminar bien.

—Si llego a saber que reaccionarías así, jamás te hubiera besado —lamentó—. Porque ahora no solo no puedo tenerte, ¡sino que te he perdido para siempre!

Oírla decir eso me desestabilizó emocionalmente.

—No vas a perderme... —La abracé atormentado.

Su forma de amarrarse a mi camiseta me puso enfermo. No podía pensar. Por momentos, las razones que me frenaban, se evaporaban en el aire. ¿Y si me quería de verdad? ¿Y si no era solo una fase pasajera?

Ella se escondió en mi cuello y adquirimos una postura muy íntima.

Sentirla tan cerca, olerla y escuchar su respiración agitada, me ponía difícil mantener a raya mis impulsos más primitivos. Y ella tenía un extraño radar para detectarlo.

—¿Por qué no ves que me estás creando un trauma de inseguridad horrible? Si di el paso es porque estaba convencida de que tú sentías lo mismo por mí, y ahora... ¿me alejas para salvarme? ¡Es ridículo! Me estás condenando, Marco. Yo me iré y tú te quedarás, pero por favor... Subamos a tu casa y pasemos juntos estas últimas horas... Después te prometo que lo olvidaré todo. Lo olvidaremos los dos. Por favor... —musito acariciándome el pelo de la nuca con los dedos.

Miró mi boca y me sentí flaquear. ¡Era tan convincente!

Sus labios encontraron el camino hacia los míos sin darme tiempo a pensar. La esponjosidad que destilaban volvió a nublarle el juicio por un instante, el roce de su lengua era como una descarga eléctrica que me impedía razonar, solo ser y sentir. No me quedó más remedio que arrasar su boca para recuperar el control del que me estaba despojando su desmedida dulzura.

Después de tres o cuatro lametazos jugosos, escucharla gemir fue lo que me sacó del trance.

—Para, Luz... No podemos —dije apartando la cara. Ella todavía me sujetaba con fuerza.

—¿Por qué no?!

—Porque tus padres nunca me lo perdonarían...

Me miró herida.

—¿Te importa más perderlos a ellos que a mí?

Y esa pregunta fue la que puso fin al dilema. Porque tenía razón, si seguía, perdería a alguien y no podía elegir entre unos y otros. Si cedía en ese momento, los terminaría perdiendo a todos. Eso era un hecho.

—No voy a perder a nadie —murmuré soltándola y volviendo al tráfico—. Algún día,

madurarás, y te darás cuenta de que tuviste un cuelgue pasajero de adolescente guapa y caprichosa y me darás las gracias por poner un océano entre nosotros.

—¡Tú no eres ningún capricho! —exclamó ofendida—. ¡Voy a odiarte, Mako!

—Ya recuperaré tu cariño cuando entres en razón...

—¡No me trates como a una cría! ¡No estoy loca! ¡Lo nuestro es amor verdadero!

—Eso no existe, pequeña... El único amor que no tiene fecha de caducidad es el de la familia y haré lo necesario para no romper la nuestra.

—¡Eres odioso! ¿Y si me mato en el avión, camino de Australia? ¡Moriré virgen, joder!

La información me impactó tanto que casi me estrello contra una farola. Llegar virgen a los diecisiete ya me parecía todo un logro, pero con su físico, era un puto milagro. Sabía que había tenido muchas oportunidades, siempre andaba tonteando con chicos, y con el desparpajo que demostró tener con su desnudez, di por hecho que...

—¿Eres... virgen? —pregunté sorprendido.

—¡¡Sííí!!

—¿Cómo es posible...? Has salido con muchos chicos...

—Nunca he querido hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Por que te estaba esperando a ti, imbécil!

Esa frase colapsó mi corazón.

Sin saberlo, ya había interferido en su vida de una forma demencial. Pero los daños todavía eran reversibles; estaba en mi mano no joderla más.

—Pues deja de esperarme —musité. Ella me miró con rabia.

—¿En serio te da igual que otro me folle?

Me mordí el carrillo al imaginarlo.

—Es ley de vida. Solo espero que elijas bien... Y no tengo mucha fe en ello porque yo no soy un candidato idóneo...

—Tranquilo, buscaré a otro. No será mi primera vez soñada ni me tratará tan bien como lo harías tú, pero tendré que aguantarme y sufrir en sus lascivas manos...

Apreté los dientes. La mocosa debería haber sido abogada... Pero debía ser fuerte. Por ella. Por mis padres. Por mí.

—Hazlo enamorada de tu novio y todo irá bien...

—¡¿Cómo voy a enamorarme de otro si te quiero a ti?! —gritó furiosa.

Quise decirle tantas cosas... por ejemplo que no siempre te enamoras de la persona adecuada. Yo lo sabía de primera mano...

Cuando llegamos a mi calle, aparqué y quise despacharla rápido y sin tocarla.

—¿Ni siquiera vas a darme un abrazo de despedida? ¿Ves como te he perdido? —Bajó la cabeza, afectada.

—Es mejor que no nos toquemos más —dije a dos metros de distancia—. Adiós, Luz. Cuídate mucho, por favor...

Su cara comenzó a transfigurarse. El llanto volvía, pero vi cómo luchaba por tragárselo, y entonces, levantó un dedo en el aire.

—Necesito tocarte por última vez —rogó—. Necesito sentir que todavía te importo algo... Por favor. Me conformo con que me toques el dedo...

Sus ojos titilaron con angustia y no puede negarme.

Me acerqué a ella y junté mi dedo con el suyo. El tierno contacto originó una sonrisa débil en su preciosa boca. En la de ambos. No iba a perderme. La quería con toda mi alma. Es solo que...

—¡Oh, sííí...! Uf... Más, más —empezó a decir con tono obsceno, frotando su dedo con el mío como si estuvieran practicando sexo—. No pares, ¡sigue!

Solté una carcajada y dejé de tocarla, meneando la cabeza. La sonrisa que me ofreció entonces, juguetona, pillá, aguda, la que siempre recordaría de ella, no la sensual y cabreada, apareció en su cara y supe que ella me olvidaría muy fácilmente, pero yo lo tendría mucho más complicado.

—Adiós, *Mako*...

—Adiós, pequeña...

—Entonces, ¿cuál es exactamente el siguiente paso? —me pregunta Lucas trayéndome de vuelta al presente.

Kilos de tierra caen de golpe sobre esa sonrisa, enterrándola de nuevo en un lugar olvidado de mi corazón, y trato de recomponerme.

—Tenemos una buena baza —digo cuando todos me miran—. El capitán. Vamos a pillar a ese cabrón y nos va a decir todo lo que sabe.

—No vas a intimidarle fácilmente —opina Lucas—. Es un chulo.

—No quiero intimidarle, lo detendré en cuanto consiga jurisdicción aquí. Voy a pedir un traslado temporal hasta que todo esto se solucione.

—¿Te lo concederán? —me pregunta mi *pa*... Mak.

—Me deben favores... —contesto sin mirarle.

—¿Y cómo detendrás al capitán? —cuestiona Kai perspicaz. Luk y Mak siempre han dicho que es un poco neurótico; yo más bien creo que huele las malas noticias a kilómetros.

—Lo detendré por traficar sustancias ilegales.

—¿Como las que nuestros hijos le suministraban? No hay forma de condenarlo a él sin condenarlos a ellos... —dice preocupado. Lucas traga saliva.

—Claro que la hay.

—¿Cómo?

—Usando un señuelo.

—Esto no me gusta... —declara Kai. ¿Cómo puede ser tan listo?

Chasqueo la lengua y respiro hondo.

—Ayer le ofreció a Aitor ocupar el puesto de Christopher en la cadena de distribución...

—Ese no llega a la cárcel —murmura Mak—. Me lo cargo antes...

—Por encima de mi cadáver —expone Kai—. Piensa en otra cosa. Ayer era ayer y hoy es hoy. Pronto llegará a oídos del capitán que han rescatado a Charlotte y ya no se fiará de Aitor ni de nadie.

—Al contrario. Querrá confiar en ellos más que nunca, porque le dirán que la han recuperado para volver al negocio del Moonbow.

—¿Perdona?! —exclama Lucas.

—El capitán es un simple intermediario. Le da igual con quién trabajar mientras cobre.

Que Kai, Luk y Mak no lo repliquen me otorga el poder para decir:

—Sabes tan bien como yo que solo hay una forma de dismantelar esto, Kai... y es desde dentro. Detendremos al capitán y vuestros hijos tomarán el relevo de su negocio. Los camellos saben que son los responsables de Moonbow y se fiarán de ellos.

Kai surca su pelo con las manos. Su silencio es una gran victoria. Sabe que es un buen plan. ¡El único posible! El otro es que desaparezcan de Byron Bay sin dejar rastro.

—No hagas nada hasta que yo lo diga —advierte—. Voy a pensarlo.

—Puedo hacerlo, papá —dice Lucas obstinado.

—He dicho que lo pensaré. Y eso ya es mucho. De momento, no salgáis de casa. ¿Entendido?

—¿Y Charlotte?

—Tampoco. Id y volved a casa de su madre, si quiere, pero no la dejéis sola en ningún momento y que duerma aquí.

—Pero tiene trabajo...

—Yo me encargo de Dani. Dadme un par de días para hacer unas cuantas llamadas...

«¿A quién coño va a llamar? ¿A Dios?», pero en vez de decirlo, resoplo, llamando la atención de los presentes.

Apuro mi cerveza y me apetece otra. De hecho, me apetece emborracharme como si fuera mi último día en la tierra.

—¿Alguien quiere otra? —pregunto al levantarme.

Aparte de la mía, hay otras tres copas vacías. Las de los mayores. Está claro que Lucas todavía no tiene estómago para asimilar la que se nos viene encima.

Con tres asentimientos, me llevo las cuatro copas para rellenarlas, y cuando voy por la segunda, veo que Mak se acerca a la barra.

«Mierda...». ¿No iba a darme puto espacio?

—Vengo a ayudarte a llevarlas de vuelta... —justifica su presencia.

Le planto la segunda copa delante. «Arreando de aquí». Traducido:

—Llévate esas dos —murmuro. Y empiezo a llenar la tercera. Pero no tiene pinta de moverse de mi lado.

«Doble mierda...».

—Solo quería decirte que... has estado genial antes, en el asalto. Has sido muy rápido... Has salvado a Lucas.

—Gracias —digo sin mirarle.

«Vete ya, por favor. No me lo pongas más difícil». Sigo rellenando.

—Te he echado de menos, ¿sabes...? Mucho. Te he echado mucho de menos.

Permanezco en silencio. Ahora yo soy el maldito Lenny...

—Solo quería que lo supieras —insiste—. Siento mucho cómo reaccioné cuando ocurrió todo... Era mi pequeña, Marco...

Empiezo a llenar la cuarta copa y también a sudar. Si mi terapeuta supiera que estoy teniendo esta conversación, me mataría.

«Sé fuerte, Marco. No cedas. No dejes que vuelvan a destrozarte».

—¿Por qué no quisiste hablar hace cuatro años? —formula dolido.

—Porque no quería hablar de ello entonces y tampoco ahora. Por favor, déjalo... Va en serio, no vuelvas a mencionarlo.

Cojo dos copas y vuelvo al jardín sin esperarle.

Ya es definitivo. Voy a emborracharme hasta desmayarme. Me lo he ganado.

LOVE HISTORY

“Amar es aceptar a la otra persona tal como es, con sus virtudes y defectos”

Erich Segal



El agua caliente cae sobre mí en un intento de purificarme de nuevo, pero dieciséis horas de cautiverio no se superan así como así.

Sé que estoy mal cuando, aun cubierta de agua ardiendo, no puedo dejar de temblar. Le he dicho a Lenny que podía ducharme sola, pero estaba equivocada.

Consigo echarme jabón en la mano, pero el cansancio y la rigidez de mis músculos dificultan la tarea. Trato de quitarme la suciedad, pero tardo tanto en completar cada movimiento que al final llaman a la puerta y oigo que se abre.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta alguien.

Y no sé quién es ese alguien. No reconozco esa voz. Para mí es la de un completo desconocido y me siento... fatal.

—Sí, sí... —digo sin pensar.

De pronto, escucho que entra y caigo en la cuenta de que me ha preguntado si necesito ayuda, no si estoy bien. *Shit!*

Lenny me observa a través de la mampara de cristal y quiero morirme. Sé el aspecto que tengo empapada y no me parezco en nada a una chica en un concurso de camisetas mojadas, más bien soy como una de esas almas en desgracia que habitan en la cueva de Úrsula, la bruja de *La Sirenita*.

—Tranquilo... Estoy... bien...

Analiza mi expresión durante un segundo y chasquea la lengua.

—No estás bien —musita cerrando el agua y envolviéndome con una toalla—. Estás temblando, Carlota...

Cada vez que habla me quedo al borde del abismo. Es como si no concibiera que de él pudieran salir sonidos. Y cuando salen, el Lenny del que estaba enamorada, se desvanece. Tengo que hacérmelo mirar...

Me ayuda a salir de la ducha y me escolta hasta su habitación.

Encima de la cama veo la ropa que ha dejado Aitor para mí, pero no tengo fuerzas para vestirme.

Lenny me mira intentando averiguar qué puede hacer para ayudarme.

—Necesitas descansar —Vuelve a hablar. Y yo vuelvo a quedarme estática ante el sonido de su voz. ¡¿Qué me está pasando?!

—Métete en la cama. No te vistas, es igual...

Obedezco. Mi antigua yo soltaría una broma tonta sobre sus intenciones de tenerme desnuda en su cama, pero soy incapaz. Él no es él y yo no soy yo. ¡¿Qué nos han hecho?!

Me acurruco bajo las sábanas y me hago bola. La imagen de gato moribundo no es la que deseas darle a tu novio en la primera semana de relación, pero es la que me ha tocado. Gracias, Murphy...

Lenny me tapa a conciencia y da la vuelta a la cama para tumbarse a mi lado por encima de la colcha.

Se queda cerca y me mira como si le bastara con saber que estoy bien. Eso me reconforta.

—Lo siento... —musita entonces. Arrugo el ceño a modo de pregunta—. Todo esto es culpa mía.

—No digas eso. Estoy bien...

—Deja de decir que estás bien —dice con su voz profunda. Y mi reacción es esconderme de ella. Es demasiado para mí, en serio.

—¿Te pasa algo?

—No, no... Es que... se me hace raro oírte hablar. Es como si...

Lo miro con culpabilidad.

—Yo tampoco me reconozco —confiesa de pronto.

Mis ojos empiezan a formar una película pesada que amenaza con romper en forma de lágrima. ¡Soy lo PUTO peor!

—¿Qué te ocurre? —pregunta acongojado y me acaricia la mejilla.

—Nada... Que soy horrible... —gimo afligida.

—No es verdad.

—Sí, porque... ahora mismo necesito al Lenny que no habla.

Asiente como si él también quisiera que volviera, porque cree que el nuevo Lenny tiene pinta de cagarla constantemente.

Se acerca más a mí y me besa la frente para transmitirme cuánto le importo. Me siento mejor. Porque las palabras se las lleva el viento, pero los actos cuentan por tres. Y los suyos más.

Cierro los ojos reconfortada, agarrada a su mano, y en poco más de treinta segundos, me quedo dormida.

Tengo la ligera esperanza de que todo esto no sea más que una maldita pesadilla. Con un poco de suerte me despertaré en su cama al día siguiente de su cumpleaños.

EN EL FONDO ME TIENES

“Hay cosas tan inevitables que pretender frenarlas es como intentar detener el viento con las manos”

Anny Peterson



—Me marchó —aviso a Aitor, y veo que pausa la partida en la Play.

—Papá dijo que no saliésemos de casa...

—Dani me necesita para bucear, y no creo que vaya a buscarme nadie en el fondo del mar. Iré directamente al muelle con la moto.

—Yo no te he visto salir.

—Volveré para comer. ¿Lenny y Charlotte ya se han levantado?

—No. Y están muy silenciosos. Demasiado. Deberíamos comprobar que no la haya descuartizado y se la esté comiendo para tenerla dentro.

Pongo los ojos en blanco.

Mientras estén en casa, no me preocupan. Ayer por la tarde fueron a casa de la madre de Char y volvieron cenados, pero han dormido aquí. Bueno, no sé si han dormido mucho, pero están aquí.

—Vigíalos... Luego vuelvo.

—¿Y quién te vigila a ti?! —vocifera. Pero cierro de un portazo.

Hace un día precioso para bucear. La calma que se respira en la inmensidad del mar me vendrá bien para relajarme. Es jueves y, desde hace años, es mi día favorito de la semana. Lo es para todos los que dominamos el arte de convertirlo en *juernes*. La vida es corta.

Tras ponerme las gafas de sol y el casco, cumplo con lo dicho y voy directo al muelle de la escuela de buceo Blue Days, donde Dani ya me espera con el barco en marcha.

También están los dos *Jo(h)ns*. Sin hache, el padre de Freya y con hache, John Williams, biólogo del AIMS.

—Hola... —saludo al entrar, pero cada uno está a lo suyo.

Sin que me digan nada, compruebo los equipos y lleno un cubo de agua dulce con la manguera del pantalán.

—¿Cómo te va, Lucas? —dice Dani como si no esperase respuesta. Pero le conozco lo suficiente como para saber que cuando lo pregunta así, de pasada, es cuando realmente quiere saberlo. Si lo hace por cortesía, te mira a los ojos inquieto y asiente sin pestañear mientras piensa

en datos sobre la salinidad del océano.

—Bien...

—¿De verdad? —Me mira fijamente.

No hay ser vivo que le engañe.

—Sí... Todo bien.

—Pues ayer en el entierro no lo parecía...

—Ayer fue ayer y hoy es hoy —Me oigo repitiendo las mismas palabras de mi padre y me odio por ello. Pero a Dani parece gustarle porque sonrío—. ¿A dónde vamos hoy?

—A Cod Hole.

—Genial.

Me deja tranquilo hasta que ponemos rumbo hacia el arrecife de Julian Rocks y aparece en la proa con un par de zumos de piña para fastidiarme mi sesión gratuita de solarium.

Se acomoda a mi lado y tarda en hablar, pero estoy atento porque sé que quiere comentarme algo importante.

—No soy un cotilla —declara para empezar—. No suelo meterme en la vida de la gente, pero necesito información urgente...

—¿Sobre qué?

—Sobre mi hijo. Estoy muy preocupado por Kali. Desde que su amigo murió está muy raro.

—¿Solo desde ese día? —digo con desdén.

—Me refiero a más de lo habitual. No es él mismo...

—Su mejor amigo ha muerto. ¿Cómo estarías tú si hubiera sido Jon?

Se queda pensativo más tiempo del aconsejado, pero he aprendido a respetar sus silencios. Es el mejor truco para que te adore.

—La muerte forma parte de la vida. Y nunca nadie se va del todo...

Boom! Así es Dani.

—El problema es que a Chris no le tocaba morir, lo han asesinado, y eso es mucho más difícil de digerir —expone—. No sé si Kali tiene miedo o sabe algo. Por eso quiero saber de qué iba lo del cementerio. ¿Por qué Lenny se abalanzó sobre él? ¿Y qué tiene que ver Charlotte con todo esto?

Miro al horizonte y suspiro. Estoy atrapado en medio del mar sin escapatoria. Pero es Dani, y notará antes que nadie que no puedo contestar a eso.

Tomo aire, porque no me llega el suficiente desde... desde la noche que encontré a Christopher muerto. En realidad, desde minutos antes, cuando estaba en el coche rememorando la discusión con Freya. Ahí ya no podía respirar. El primer ataque de pánico siempre es chocante, pero había visto a Lenny tener varios y supe identificarlo de inmediato. Desde entonces, no respiro al 100%.

—Es complicado, Dani...

—Sea lo que sea, lo entenderé. Necesito saberlo.

—Si solo fuera algo mío, te lo diría. Pero confiere a más gente y no puedo...

—¿Es verdad que Charlotte está enferma? ¿Ya ha aparecido o no?

—Sí. Se está recuperando... —intento mentir lo menos posible.

—Mi hijo necesita ayuda, Lucas. Y sin información no puedo dársela. ¿Qué ha pasado? ¿Está metido en algún lío?

—No. No está metido en nada raro con nadie, tranquilo.

—¿Seguro que no corre peligro?

Intento respirar profundamente a pesar de la presión que siento en el pecho.

—El único peligro que tiene cerca es él mismo... —farfallo.

—¿Qué? ¿Crees que puede hacerse daño a sí mismo?

Dudo en si contarle que llamó al *Green Phone* amenazando con suicidarse, pero esa llamada era anónima. Simplemente tuvo la mala suerte al coincidir con Lía al otro lado de la línea. O la buena, según se mire.

—Kali siempre me ha recordado un poco a Lenny... —pienso en voz alta—. No parecen tener un límite emocional estable, y ahora está muy afectado por la muerte de Chris. Es como si tuviera el mono de la seguridad que le proporcionaba y se sintiese perdido.

—Es horrible lo que ha pasado... Pero cuando Jon me dijo que estabas detenido, sabía que no habías sido tú.

—Me tendieron una trampa —declaro.

—¿Pero quién?

—No lo sé... —contesto parco. Aunque tenga una ligera idea.

—Yo nunca dudé de ti, Lucas. Pero Freya está demasiado mal. Su angustia es pura culpabilidad, y creo que ahí sí tienes algo que ver...

Soy transparente para él. Lo tengo asumido.

—No quiero hablar de Freya...

—Pues hablemos de Kali. No sé qué hacer, ¡no quiere escucharme! Nadie me hizo caso cuando les dije que sería un mal padre...

—No es culpa tuya. Kali no escucha a nadie... Es un chico difícil.

—Nos avisaron de que un niño adoptado podía tener un carácter complicado por su vida anterior, pero siempre pensé que podría llegar a él...

—Todavía no es tarde para eso.

—Yo le digo lo mismo a tu padre, pero ya ves...

Bajo la cabeza de golpe. ¡Ese tema no, por favor! Sé que Dani y mi padre se idolatran mutuamente, pero no estoy de humor. Ahora no.

—Si tú eres un buen chico y Kai lo tiene crudo, imagínate yo... —dice desesperado. Y su expresión abatida me da pena.

Me gustaría animarle, pero no sé cómo. Las disfunciones familiares son mucho más complicadas que las amorosas. Y tampoco soy un experto en estas últimas.

—Intentaré enterarme de lo que hace Kali, ¿de acuerdo? Lo vigilaré.

—Gracias... En el fondo siempre lo has hecho. ¿Cuántas veces me habéis avisado de que fuera a por él porque estaba fuera de control?

—Dani... ¿puedo hacerte una pregunta? —digo entonces.

—Siempre.

—¿Tú crees que, a la larga, cada uno tiene lo que se merece?

Me mira intentando descifrar por qué lo digo. No sabe si hablo del destino, de buscarte tu propio éxito trabajando como un cabrón o de no merecer en absoluto todas las cosas buenas que tienes en la vida sin haber hecho nada a cambio.

—Hay gente que se busca su buena y mala fortuna, pero la verdad es que las cosas suceden en un orden ilógico e inverosímil que no podemos controlar y a veces la valla es demasiado alta para saltarla.

—¿Entonces, para qué molestarse en luchar?

—¿Por qué juegas a un videojuego si sabes cómo va a terminar? O bien porque te lo pasas o bien porque sale *game over* cada dos por tres. Lo importante es el camino, Lucas... Lo que te diviertas en él, lo que disfrutes, lo que ames y a cuánta gente hagas feliz mientras lo recorres.

Sus palabras me hacen sonreír.

—Entonces, según tú, debería estar todo el día de fiesta.

—Suenan bien, pero hay un pequeño y minúsculo detalle que a mucha gente se le olvida...

—¿Cuál?

—Que estamos diseñados para desempeñar un propósito vital. Algo que dominas y con lo que te sientes en casa. Y hasta que no das con ello, no eres completamente feliz. Rodéate de personas que saben para lo que han nacido, Lucas, porque irradian una energía única y transgresora que les hace ser invencibles. Son las que tienen las respuestas. Las que llenan los vacíos. Las que saben ser felices a pesar de todo.

—¿Como Charlotte?

—Mismamente —contesta melancólico—. Charlotte cree en algo. Tiene un «dios» que no le falla, la química, y eso le hace tener fe en todo lo demás. No puede caerme mejor.

—Yo no creo en nada. ¿Te caigo fatal? —Me río. Por no llorar.

Pero Dani sonríe enigmático. Y solo con eso, ya me dice que espera mucho de mí. Algo que mi padre jamás me ha transmitido. ¿Tan difícil es, joder?

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunto de pronto—. Tu propósito vital.

—¿No está claro? —contesta vacilón—. Dar discursitos morales y bucear. ¡Venga vamos, estamos llegando!

Fondeamos en una zona preciosa del arrecife y nos pasamos casi una hora buceando. Según él, para buscar una planta que ha nacido para curar un tipo de cáncer muy concreto, porque han encontrado otras que son efectivas para algunos tipos de cánceres, pero no con todos, aunque empiezo a creer que lo ha hecho por mí. Para compensar la experiencia de estar detenido y recordarme lo maravilloso que es el mundo. Al menos, el marino.

Cuando volvemos al muelle, me piden que les ayude a trasladar todo el equipo hasta la escuela de buceo. No quiero desviarme mucho del camino, pero con ellos me siento a salvo.

O eso creo hasta que veo a Freya en las instalaciones de *Blue Days*.

Abro mucho los ojos cuando Dani la saluda sin extrañarse de verla. ¿Me ha tendido una trampa? ¡Qué cabrón! ¡Una de cal y una de arena!

Al verme, ella se queda tan petrificada como yo.

Tenemos dos opciones, o ignorarnos, cosa que sería, cuanto menos, fea, habiendo estado uno dentro del otro, o saludarnos, lo que sería como comprar todas las papeletas para que me dé, finalmente, el ataque al corazón que está a punto de rifarse.

Si Marco estuviera aquí me echaría una de sus miradas de «¿Puedes dejar de ser un niño y comportarte como un hombre?». Y voy a hacerlo. Como uno inocente, a poder ser...

—Hola... —formulo con cautela.

—Hola... —responde contrita.

—¿Cómo estás?

Se encoge de hombros. Es una mierda de pregunta. Lo sé.

—Me obligan a venir a ayudar... No quieren que esté más tiempo tirada en la cama que es donde realmente quiero estar.

—Lo siento... Necesitas tu tiempo —digo para justificar el espacio que le estoy dando yo. Por recomendación de mi santo padre.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta con tiento.

—¿Yo?

Me sorprende queriendo gritarle que no le importa una mierda. Que no le importaron mis sentimientos cuando me dijo que no la presionase para cortar con su novio después de hacer el

amor apasionadamente. Porque eso es lo que hicimos. La lujuria es algo muy distinto. Aquello fue...

No importa. Fuera lo que fuera, no fue suficiente, al parecer.

—Bien... Estoy *bien* —respondo con dolor.

Ella me mira escéptica. La última vez que hablamos no estaba bien. Y lo que ha sucedido no ha hecho más que empeorar las cosas.

—Pasarías mucho miedo al estar detenido... Lo siento.

—Mi mayor miedo era que pensaras que había sido yo...

Nos miramos con intensidad y su silencio me hace trizas.

«Di algo, por favor... ¿Llegaste a pensarlo de verdad? ¡Soy yo!».

Pero que no lo rebata indica que lo llegó a dudar. Y duele. Duele un huevo y parte del otro. Porque acabo de entender que ella no está enamorada de mí, solo... le gusto. O le gustaba cuando su novio estaba vivo y yo no era un presunto asesino. Ahora ya no.

—Bueno... te dejo tranquila. —La esquivo renqueante.

—Lucas... —me llama con la voz temblorosa.

Me giro sin decir nada y la miro atribulado. La mueca triste que se dibuja en su cara me duele a quemarropa.

—Lo siento mucho... —farfulla con la mirada brillante.

Asumo el significado completo de esas tres palabras y otras tantas que me invento yo solo detrás de un «pero» enorme.

Un segundo después, el dolor lo inunda todo. Mi voz, mi corazón, mi vida... Solo me queda asentir.

—Yo también lo siento. —Y me voy de su vista.

Termino de ordenar los equipos y me marcho de la escuela cabizbajo sin despedirme del traidor de Dani.

Una vez más, mi padre tenía razón. No he debido salir de casa.

EL DÍA QUE EL CIELO SE CAIGA

“Porque la sangre te hace pariente, pero sólo la lealtad y el amor te convierten en familia”
Megan Maxwell



Lllaman a la puerta con fuerza y me cago vivo. ¡¿Y si son los mafiosos buscando venganza?!
¿Por qué coño me dejan solo? Me siento como la carnaza que echan para atraer a los
tiburones. ¡Normal, estoy buenísimo, pero joder...!

Camino con sigilo hasta la puerta y me asomo por la mirilla.

—¡Tío...! —digo abriéndola de golpe.

Marco está al otro lado con cara de estar aburrido de la vida. ¿Cómo se divierte este hombre?
Porque beberse una cerveza tras otra hasta doblarse sobre la mesa de la terraza no lo llamaría
precisamente «diversión».

—¿Quieres matarme del susto? —Le abronco.

—No especialmente... —responde entrando y pasando de largo.

—¿Cuándo te has ido? Pensaba que estabas durmiendo la borrachera.

—Me he ido antes de que nadie se levantara.

—¿Adónde?

—A hacer mi trabajo. ¿Tú qué tal? ¿Has tenido una mañana productiva jugando a la Play?

—No te atrevas a juzgarme. ¡Estoy de baja emocional!

—No te estoy juzgando, tranquilízate.

—Sí, ya... ¿Qué pasa? ¿Ahora toca mi terapia de choque? Como ya has terminado con Lenny,
vas a empezar conmigo, ¿no?

—Cuanto antes os deje bonitos a todos, antes podré irme —masculla yendo hacia la nevera a
por algo de beber. Haber vivido con él un año hace que lo conozca muy bien.

—¡Pues conmigo lo tienes chungo! —Lo persigo—. Quizá no sea el más fuerte ni el más
valiente, ¡pero soy el más impermeable! Todo me resbala. Soy como uno de esos manteles que
repelen la suciedad y el agua. Así que échame toda la mierda que quieras por encima, que seguiré
impoluto.

Deja de beber zumo a morro para decir:

—Entonces te prenderé fuego...

«¡Caca!». Lo de «mierda» me suena muy basto.

—¡Tú a mi edad no eras el tío listo que eres ahora! —rezongo enfadado—. También tomabas

malas decisiones, ¿no es así?

No debería usar la carta de Luz para atacarle, pero...

—Cierto... —dice alicaído—. Y ojalá alguien me hubiera hecho terapia de choque en ese momento, pero no tuve esa suerte.

—Soy un puto bocazas... —me reprocho tirándome del pelo.

—Tranquilo. Está superado.

Pero no suena a superado. Con ella no sé, pero con Mak ni de coña. Creo que nunca le perdonará haberle recordado que no pertenecía a la familia por derecho de nacimiento.

—¿Dónde está Lucas? ¿Habéis comido ya? —pregunta cansado.

—No. Ahora iba a empezar a hacer la comida para todos...

—Vale. Gracias... Yo voy a ducharme.

—Podrías darte un baño en la piscina. ¿Has traído bañador? A mí es lo que mejor me quita la resaca.

Marco me mira circunspecto.

—¿Tengo pinta de haber traído un puto bañador en la maleta?

Sonrío con pena. Porque me la da. Me la dan todas esas personas que no saben disfrutar de la vida a tope. Hablo de cosas sencillas, como bañarse, bailar o reírte hasta hacerte pis encima. Mucha gente utiliza su cuerpo solo para ir de un lugar a otro y no se para a escuchar ASMR ni a alcanzar orgasmos tántricos, es decir, no explota todas sus infinitas posibilidades. Y es una verdadera pena.

—Te voy a hacer el favor de tu vida, Marco...

—¿Cuál?

—Dejarte un bañador.

—No lo quiero.

—Me da igual si lo quieres o no. Voy a bajártelo, te lo vas a poner y te vas a bañar. Esa es mi terapia de choque para ti. ¿No querías una? Acéptala y luego me dices lo estúpido que te ha parecido hacerme caso.

Me voy antes de que replique nada.

Elijo el más feo de mi armario; no va a notar la diferencia. Aunque feo no hay ninguno, que conste. Elijo con el que menos lloraría si lo perdiera.

Lo aprieto contra su pecho y me voy a preparar la comida.

En los cuarenta minutos que tardo oigo mucho movimiento por la casa. Lucas llega con la piel agrietada por el agua de mar y con cara de pena. No quiere hablar y se escabulle a su habitación. Los tortolitos se levantan y Marco sigue en el jardín, donde pongo la mesa para comer.

Cuando por fin nos reunimos todos alrededor de ella, me miran agradecidos y me hacen cumplidos. Cocino bien, bailo bien. Follo mejor. No hay más. Sería una pena que alguien me matara, la verdad.

—De nada, pero no pienso servirlos, que cada uno se ponga lo que quiera... Buffet libre.

Marco se sienta a mi lado y compruebo que tiene el pelo mojado.

—Del uno al diez. ¿Cuán estúpido ha sido mi consejo? —susurro.

Una de sus famosas sonrisas ufanas asoma por su boca. ¡Vaya lujo!

—Menos diez...

—De nada.

Comemos en una calma relativa; no está el horno para bollos.

Todos preguntamos a Charlotte cómo se encuentra y Lenny parece estar muy pendiente de ella, pero a la vez, siento que mantiene una distancia que antes no existía. ¿Qué les pasa? Es

como si hubieran perdido la conexión y estuvieran tan tensos como antes de liarse. Y entonces lo sé: sus labios no se han tocado desde que la rescatamos.

—Morgan... —empieza ella y todos la miramos—. Digo, Lucas, ¿mañana podré ir a trabajar al AIMS?

—¿Tú quieres ir? ¿No tienes miedo?

—Allí me sentiría segura... Y podría dejar de pensar en el tema. Necesito seguir con mi vida...

Hay un cruce de miradas entre Lenny, Lucas y yo. ¿Se refiere a que quiere olvidarnos y que salgamos de su vida para siempre?

El ambiente se tensa y Lenny baja la mirada. Qué colleja tiene... ¡Lucha por tu chica, idiota!

Evalúo la situación: Charlotte y yo somos muy parecidos y me hago cargo de que ayer vio algunas cosas que yo no. Que no me dejaron ver para no estropearme por dentro. Puedo meterme en líos, pero las armas y los muertos son más de lo que puedo soportar. Dejaría de ser yo mismo y de verle la gracia a todo.

—No puedes seguir con tu vida hasta que neutralicemos la amenaza —explica Marco—. Y nos llevará algún tiempo...

—¿Cuánto?

—No lo sé... Esta mañana me ha llamado Kai —revela de pronto—. No está dispuesto a poneros en el punto de mira de todas las bandas criminales. Quiere pensar en otra cosa...

—Él lo estuvo con mi misma edad, ¿no? —dice Lucas.

—Sí, pero ahora es distinto... Tú tienes quien te proteja.

—¡Yo no quiero que me proteja! Confío en ti al cien por cien, Marco, no en ellos. Les ciega su amor de padres y creen que somos estúpidos, pero si tú crees que ese plan es el mejor, yo estoy dispuesto.

Marco resopla contrariado.

—Van a venir esta tarde para discutirlo. Esta mañana he estado en comisaría para tramitar mi colaboración laboral. Me han puesto bastantes problemas, pero tras unas llamadas, ya puedo ejercer aquí. Están siguiendo la pista del capitán, pero es un tío escurridizo. Y no hay forma de demostrar que Chris trabajaba para él...

—Kali es testigo —recuerdo yo.

—No podemos implicarle. Como dice vuestro padre, cualquiera que haya sido testigo de sus actividades ilícitas, estará condenado. Por eso vosotros tampoco podéis. Sería muy arriesgado, y no os creerían sin mencionar la existencia de Moonbow.

—No necesito su permiso para entregarme —dice Lucas obstinado.

—Pero haciéndolo arrastrarás contigo a todos los de esta mesa.

Automáticamente, todos miramos a Charlotte, la dulce víctima de todo esto y gracias a la cual pudimos llevarlo a cabo.

La comprensión de esa realidad nos supera un poco a todos.

—Yo sé cómo fabricar Moonbow —salta de pronto Lenny, con su nueva voz rotunda. Es como la del mago de Oz. Muy guay que hable, pero un poco *creepy*—. Diremos a la policía que fui yo quien lo sintetizó. Soy un cerebritito, ¿no? Se lo creerán.

—¿Cuánto puede caernos por traficar con Moonbow? —pregunto con miedo. Porque veo que Lucas va de cabeza al matadero. En plan, «si mi padre ha estado en la cárcel, ¡yo también quiero!». Es corki. Y el tío más honorable que he conocido. Creo que necesita un castigo para expiar lo que ha hecho.

—La pena depende de lo dañina que sea la droga y de la cantidad incautada, si lo hacéis como

hasta ahora, la pena podría variar de uno a tres años de cárcel, como mucho.

—Como si son tres semanas —protesto—. ¡Yo no quiero que me encierren! Ahí dentro sería presa fácil. ¡No sobreviviría ni un día!

Marco me mira como si pensase exactamente lo mismo que yo.

—A mí me da igual ir a la cárcel —replica Lucas—. Lo que quiero es acabar con esos hijos de puta... Mataron a Chris y han secuestrado a Charlotte. Quién sabe qué más pueden hacer...

—Nadie va a ir a la cárcel —dice Marco confiado—. Si la policía quiere colaborar con nosotros, Y QUERRÁN, haremos que firmen un indulto para vosotros.

—¿Por qué iban a aceptarlo? —Quiero saber.

—A ellos les interesa más cazar a grupos de delincuencia organizada que trafican con metanfetamina y cocaína. Australia es uno de los países con mayor consumo. Os lo darán a cambio del peligro que vais a correr. Eso, si vuestro padre lo permite...

Charlotte se muerde los labios atemorizada. El arrepentimiento surca su cara y Lenny lo sufre en silencio. En su línea, vaya...

—Con un poco de suerte, después todo volverá a la normalidad... —dice Marco para tranquilizarla.

—¿Cómo vamos a convencer a mi padre? —pregunta Lucas.

Y todos me miran a mí como si tuviera una solución mágica.

—¿Por qué me miráis?!

—Porque tú tienes un poder especial con él —expone Lucas molesto—. Todo lo que haces le parece siempre bien...

—¡Sí, claro! ¡No veas lo bien que le pareció que me casara!

—¡Si llegó a decir que lo entendía! Fue acojonante...

—¡Porque sabía que mi intención real no era casarme, si no...!

Todos me miran con atención.

—¿Y si dejamos de hablar de mí? Unos asesinos quieren matarnos.

—Habla con tu padre y hazle entrar en razón —me pide Marco.

—¡NO PUEDO! ¿Sabéis por qué confía en mí? ¡Porque solemos coincidir en la forma de ver las cosas! ¡Y no puedo convencerle de esto porque me parece UNA PUTA LOCURA, ¿de acuerdo?! ¡Ya lo he dicho! ¡Y Charlotte piensa lo mismo! ¡Por eso está deseando largarse de aquí y no la culpo!

Me levanto y amontoño los platos vacíos de mala manera.

—Charlotte, ¿me ayudas a fregar? —digo haciéndole un gesto con la cabeza para rescatarla de la compañía de *Los Vengadores*.

Ella recoge la loza que queda y me sigue hasta la cocina.

Empezamos a fregar en un silencio tácito el uno al lado del otro.

—Aitor... —balbucea. Y no suena como mi Charlotte de siempre. Ya no. Y me jode. No quiero pensar lo que habrá sido para ella verse encerrada en una furgoneta creyendo que iban a matarla y torturarla.

—Lo sé, Char... Tienes miedo.

—Sí.

—Yo también. Sin embargo, esos tres han visto demasiadas veces Gladiador y Braveheart. Parece que lo único que les importa es que les den un puto óscar...

Sonríe débilmente.

—Me preocupa. No quiero que les pase nada...

—Ni yo. Pero tampoco podemos vivir con miedo. Mi padre siempre dice que la mejor defensa

es un buen ataque, pero yo soy un tío pacífico. ¡Yo hago el amor, no la guerra! En combate siempre termino mal...

—Si estamos en guerra, quiero volver a casa, Aitor —dice asustada.

La miro extrañado.

—¿Va todo bien con Lenny?

—Sí...

El sí más falso y temeroso de la historia.

—¿Le culpas por todo lo que te ha ocurrido?

—¡Claro que no...! Yo solita me he metido en esto.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Supongo que sigo en *shock*. Y además ahora él habla y... ¿Qué diablos significa eso?

—Que se ha llevado un susto de muerte y que le importas mucho, Char. Ahora, todo lo demás le importa menos.

—Eso es mucha presión para mí... Y cuando habla no le reconozco.

—Lo sé. Es como si el Lenny silencioso hubiese desaparecido.

—¡Exacto! ¡Y ahora tengo que besar a un tío que no es él! —exclama histérica. Eso me hace sonreír, porque sé que en el fondo está exagerando.

—Ese tío merece la oportunidad de volver a enamorarte, ¿no crees?

—Estoy mal de la cabeza, ya lo sé, es que...

—Para nada. Te entiendo perfectamente. Todo ha cambiado.

—Es como tener que besar una boca que no es la suya... —aclara—. Y además estoy preocupada... Necesito saber qué va a pasar ahora.

—No lo sé, a ver qué dice mi padre. Ojalá Lucas se diese cuenta de que solo quiere lo mejor para él. ¡Está dispuesto a sacrificarse solo por llevarle la contraria! —Me ensaño con un vaso.

—Creo que confía mucho en Marco. ¿Tú confías en él?

—Al doscientos por cien.

—Yo no puedo, ¡porque no le conozco!

—¿Como al nuevo Lenny? —me burlo. Y ella me empuja.

—Au... —me quejo.

—Tienes razón, no durarías ni un día en la cárcel.

—¿Con lo guapo que soy? Ni dos horas...

La veo sonreír, pero en realidad sé que está a punto de llorar. Así que dejo de fregar y la abrazo.

—Verás como todo se arregla. Ten fe.

Menos de una hora después, aparecen nuestros padres. Es Lucas quien, por una vez, ha preparado todo lo necesario para tomar café en el salón. Me pregunto si lo habrá envenenado para atar a los tres reyes en el sótano y poder hacer lo que le dé la gana.

Para nuestra sorpresa, aparecen también mi madre y mis tías, ¡la artillería pesada!, y sé que han venido a quitarles la idea de la cabeza. Se va a liar...

Mi tía Mei se vuelca especialmente con Charlotte y recuerdo que a ella también la secuestraron durante unas horas junto a la madre biológica de Marco que, finalmente, no pudo escapar con vida.

Marco siempre tuvo claro que quería estudiar Criminología para entender qué clase de desalmados acabaron con su madre. Y Mak lo animó porque decía que esa carrera tenía muchas más salidas que ser solo policía, pero al final sucumbió al cuerpo, quién sabe si solo porque estaba furioso con él. Aquí tenemos mucho de eso...

—Bueno familia, hablemos claro —empieza mi madre y veo que mi padre baja la cabeza. ¿Habrá dormido en el sofá? Porque si alguien es capaz de doblegar al gran Kai Morgan es ella. Solo ella. Y está usando su tono de «¿Queréis verme enfadada?»—. Hemos venido a poner fin a esta pantomima de superhéroes. Somos civiles. Excepto Marco —Lo señala—. Y te agradezco mucho que hayas venido a sacar a Lucas, pero vamos a dejarlo todo en manos de la policía de aquí. Ellos nos darán protección.

Marco mira a mis tíos para saber qué opinan. Pero Luk y Mak no tienen pinta de ir a rebatírsele, aunque se mueran por hacerlo.

—No estamos dispuestas a perder a nadie más —salta mi tía Ani.

Esa frase nos obliga a pensar en Neo. Eso sí es incontestable. No llegó a nacer, pero siempre he sentido que es uno más de la familia. Se han hecho y deshecho muchas cosas en su nombre.

—Charlotte, debes ir a la policía y contar lo que te pasó —dice Mei.

—¿Y qué dirá cuando pregunten el motivo o quién la rescató? —cuestiona Lucas.

—Raptan a chicas todos los días. O lo intentan. Ella puede ser una más. Esa denuncia puede significar que haya más patrullas vigilando las calles por la noche. Puede decir que logró zafarse. Si vosotros disteis con el coche, ellos también lo harán, y si de paso descubren su red ilegal de drogas, mejor que mejor...

—Sois unas genios —las felicito. Y todos los hombres pro-armas me miran con la traición escrita en sus ojos. No me amilanan. Soy el ser más inocente de la habitación. Mi único pecado es que me gusta el sexo.

De pronto, suena el móvil de mi padre. Cosa rara, porque tiene a todo el mundo silenciado, menos a nosotros y estamos todos aquí. Mis hermanas siempre llaman a mi madre.

Pone cara extraña y levanta la mano para que nos callemos todos.

—¿Lía? —Su expresión cambia al oírla—. ¿¿Dónde estás?! ¿¿Qué ha pasado...?!

El tono de su voz hace que a todos se nos encoja el corazón. En concreto, Luk y Mak se miran aterrados, y mi madre se pega al teléfono para compartirlo con mi padre.

—¿¿QUÉ...?! —grita asustada—. ¿¿Dónde ha sido?! ¿¿Está viva?!!

Todos nos quedamos sin respiración al oír esa última frase. ¿De quién habla...?

No movemos ni un puto músculo. Ninguno es capaz de apartar la mirada del teléfono.

La respuesta a esa pregunta les hace polvo. Y a mí con ellos.

—¡Tranquilízate, cariño! —exclama mi padre con un sufrimiento inaudito—. ¡Vamos ahora mismo hacia allí! ¡Si se la llevan, ve con ella y díles a qué hospital va! ¡Se va a poner bien!!

—Mi pequeña... —solloza mi madre desolada. Y verla derrumbarse de tristeza en los brazos de mi padre me parte el alma. Por suerte, él la sujeta a tiempo y la aprieta contra su cuerpo soportando un dolor indecible.

Nunca una imagen me había afectado tanto. Su *pequeña* es Cora...

Veo que Charlotte se tapa la nariz y la boca presagiando lo peor. Lenny se apoya en la pared buscando algo que sostenga su uno noventa.

—¿¿Qué ha pasado?! —exclama Lucas, agarrando a mi madre para consolarla.

—Han atropellado a Cora y a Freya —dice mi padre—. Cuando salían de baile...

—¿¿Quién?!!

—No se sabe, se ha dado a la fuga —Su devastación es total—. Tenemos que ir. Acaba de llegar la ambulancia, pero Lía no sabe si podrán hacer algo por ella... Dice que está muy mal.

Tras oírlo nos sacuden los instantes más dolorosos de nuestras vidas. ¿Cómo ha podido pasar?

—Hay que darse prisa —se activa Mak—. ¡Vámonos! ¡Yo conduzco!

Todos nos movilizamos y salimos de casa como un vendaval. Veo que Marco agarra a Luk

para decirle algo importante. Lo he visto de reojo porque Lenny y Lucas han corrido hacia el garaje a por las motos y les he seguido. Mi instinto me dice que si no me subo rápido detrás de mi hermano, se irá sin mí.

Me agarro a él con fuerza el kilómetro y medio que hay desde nuestra casa a la academia de baile. Y no porque vaya como una bala, adelantando a todos los coches y saltándose todos los semáforos, sino porque me muero de miedo por lo que nos podamos encontrar al llegar.

Los ojos se me llenan de lágrimas al pensarlo. Solo espero que a él no le esté pasando lo mismo porque entonces nos matamos seguro.

Cuando llegamos, Lucas se ve obligado a disminuir la velocidad porque hay un tumulto de gente alrededor.

Se acerca lo máximo posible y se levanta de la moto sin articular la pata de cabra que la sostiene, dejando que yo me encargue de ella.

En ese momento, veo cómo la puerta de la ambulancia se cierra de golpe y arranca rápido con las sirenas encendidas. ¡Cora está viva! De lo contrario, no se marcharían. Tendrían que esperar al forense para el levantamiento del cadáver.

El alivio que me invade es tan abismal que necesito un momento para recomponerme e ir a buscar a Lucas.

Cuando por fin lo encuentro, es al lado de un policía que está interrogando a un grupo de chicas. Todas muy nerviosas y llorosas. Y justo en el medio está Freya con la mano pegada al pecho inmovilizada y un rasguño en la cara.

—Vuelva a contármelo, señorita, ¿dónde se produjo el impacto?

Freya traga saliva y saca fuerzas de donde no tiene para hablar. Parece muy afectada y tiene los ojos acuosos.

—Hemos salido por esa puerta y nos hemos quedado hablando un minuto con las compañeras. Había varios coches aparcados en doble fila, como siempre, en esta zona es muy habitual. Y cuando hemos ido a cruzar por el paso de peatones, uno de ellos ha acelerado de repente y ha venido directo hacia nosotras. Hemos corrido para esquivar su trayectoria, ¡pero la ha modificado para atropellarnos igualmente...! —se le corta la voz—. No íbamos a conseguirlo y Cora me ha empujado en el último momento...

Rompe a llorar y Lucas se frota la cara, superado. Puedo sentir perfectamente cómo la culpabilidad lo engulle en una oscuridad maligna, despojándole de la luz que solía tener.

—¿Ha podido fijarse en quién conducía? —insiste el policía.

—No... Yo he caído al suelo y solo he oído cómo golpeaba a Cora y seguía acelerando sin frenar en ningún momento...

—¿Ha podido ver la matrícula al menos? ¿Alguna la ha visto?

—¡No! ¡Ha desaparecido en un momento! —exclama una.

—¿Saben qué modelo de coche era? ¿O el color?

—Era negro —dice Freya—. No sé de qué marca...

—Creo que era un BMW —susurra Pam.

—¿Está segura?

—Juraría que sí.

—Gracias —Se despide el policía—. Debe ir al hospital, señorita. Si se ha golpeado la cabeza tendrá que hacerse pruebas. Y se le está hinchando mucho esa muñeca. ¿Quiere que la llevemos nosotros?

—No. Ya he llamado a mi padre... Gracias...

—Seguramente volvamos a llamarla por si recuerda algo más.

El policía nos deja y Lucas se acerca a ella, preocupado. Cuando sus miradas se encuentran, ella empieza a llorar de nuevo y él la abraza con cuidado, como si quisiera protegerla de todo el dolor del mundo.

—Tranquila... —murmura mi hermano contra su pelo.

El dolor de su llanto retumba en mi esternón porque también es el mío, y de pronto, tengo un *dejà vú* tan vívido de un día que Freya se cayó aprendiendo a andar en bici y Lucas la consoló, que hago lo mismo que hice entonces, abrazarme a ellos. Ella se da cuenta y me agarra agradecida.

Vuelve a ahogarse en su propio llanto y Lucas suelta un «Shhh, se va a poner bien» que nos reconforta un poco a todos.

Ella se separa de él para mirarlo angustiada.

—Hemos intentando apartarnos, Lucas... ¡Ese tío estaba loco!

Mi hermano la mira con la palabra Venganza escrita en los ojos. Luego desvía la vista y me asusta la mortífera determinación que destila. Una que le he visto pocas veces en la vida.

—¿A qué distancia estaba el coche?

—No lo sé... Estaba ahí mismo.

—¿Y ha acelerado de repente? ¿Cuántos segundos ha tardado en llegar a vosotras?

—Ha sido todo muy rápido...

—¿Más de tres? ¿Uno, dos, tres...? —entona el tiempo.

—Quizá menos... ¡Apenas nos ha dado tiempo a reaccionar!

—No te preocupes —susurra consolándola de nuevo.

Ella se acurruca en su pecho dejando que sus caricias la reconforten y solo entonces mi hermano me mira.

Lucas siempre me ha dado seguridad. Para mí es como una habitación acolchada contra la que rebotar eternamente sabiendo que siempre caeré sobre blando, pero ahora me pide que yo haga lo mismo por él. Que lo apoye mientras se vuelve loco y sea esa colchoneta que impida que se rompa la crisma en mil pedazos.

«Te necesito», oigo en su mirada y trago saliva asustado porque, sea lo que sea lo que tenga que hacer, no puedo fallarle.

De pronto, llega todo el mundo a la vez. Los padres de Freya, que la abrazan angustiados, Dani e Iker, nuestros padres... Los que no están son mis tíos Luk y Mak... ni Marco.

Lucas los informa a todos:

—Se han llevado a Cora con la sirena puesta. Eso es que está viva...

—Lía acaba de escribirnos para decirnos que van hacia el Hospital Central —completa mi padre.

—Freya también debe ir al hospital —aconseja Lucas—. Casi la atropellan a ella también... Ha tenido mucha suerte.

—No ha sido suerte, Cora me ha empujado lejos y ella... —El oxígeno necesario para hablar la abandona para volver a llorar.

—¿Cómo ha sido exactamente? —pregunta mi padre interesado.

Lucas lo explica igual que Freya, añadiendo el detalle del BMW negro y de los metros recorridos.

—No creo que la haya golpeado a más de 70km/h...

Mi padre lo mira como si sus cables pelados y chispeantes estuvieran a punto de cruzarse.

—Vamos al hospital. —Intento evitarlo. Y nos disgregamos.

Cuando vamos a por la moto para subirnos en ella, mi padre se acerca a nosotros.

—No corras tanto, Lucas... Has venido como un puto loco.

La respuesta de mi hermano es girar el manillar para hacer rugir su Suzuki rabiosa. Tanto como lo está él.

—Han intentado matar a mi hermana... Iré como me dé la gana y haré lo que sea necesario para atraparlos. No puedes impedírmelo.

Arranca de golpe y me agarro con fuerza a él para no caerme.

—¡Tú haz lo que quieras, pero llevas a tu hermano contigo! —escucho gritar a mi padre.

Poco después, reduce la velocidad, muy a su pesar.

Supongo que ha analizando la frase y rescatado solo lo que le interesa oír: que él no le importa, solo yo. Hace mucho que dejó de pensar que nos quiere a los dos por igual.

EL BUEN PADRE

“Cuando de la teoría se pasa a la acción real, uno se olvida de todo”
Santiago Díaz



Llega un momento en la vida en el que un golpe de realidad te hace madurar como la manzana que cae del árbol. Y aviso, el golpe suele doler.

A algunos les pasa con diez años, como a Lenny, a otros con veintidós, como a mí, y a la gran mayoría cuando las canas en el espejo le avisan de que está viviendo a contrarreloj.

En cuanto han dicho que el responsable se había dado a la fuga, el policía que llevo dentro ha querido detenerlo. Con los medios adecuados, en España solemos conseguirlo. Vale la pena intentarlo.

—¡Vámonos! ¡Yo conduzco! —Ha dicho Mak. Y cuando todo el mundo se ha movido, he agarrado a Luk del brazo.

—Tenemos que ir a por él. No puede escaparse...

Le ha costado dos segundos entender lo que quería hacer. Ha salido de casa para decirle a Ani que se fuera con Mei justo antes de lanzarle su silbido especial a Mak de «hay un problema, aparca tu vida».

Kai y Mía se estaban subiendo al coche y Mei abriendo la puerta.

Mak nos ha mirado durante un segundo y no ha hecho falta que Luk le dijera nada; un gesto de cabeza ha sido suficiente. Cuando ha visto que Ani se acercaba al coche, ha reaccionado.

—Mei, por favor, llévalos tú... ¡Y daos prisa!

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

—¡Hazlo, por favor! —Ha dejado las llaves sobre el capó—. Luego te llamo —Y ha vuelto hacia la casa al trote.

No le ha hecho falta preguntar nada. Venía dispuesto a hacer lo que le pidiéramos, incluso si era un ritual sectario para suicidarnos.

—Hay que encontrar a ese tío —he sentenciado.

Solo han asentido.

—Cogeremos el Toyota. Tú vendrás conmigo de copiloto, Mak —Lo he señalado—, yo no conozco la zona y necesito atajos para evitar la vía donde se ha producido el atropello; estará todo cortado. Luk, tú te quedas. Necesito que tú seas mis ojos en la carretera. Métete en los

programas de las cámaras de tráfico e identifica el coche. Llama tú mismo a la comisaria del pueblo hacia donde se dirija para que lo intercepten o te informen de hacia dónde ha huido. Y así sucesivamente. No puede andar muy lejos. Tenemos que irnos ya.

He cogido unas esposas y mi pistola y nos hemos despedido.

Mak me ha indicado cómo llegar al punto donde el coche se ha fugado bordeando la carretera principal y hemos llamado a Luk para saber cómo continuar. Mak ha puesto el manos libres.

—Estamos en el cruce de Suffolk o Hayters. ¿Hacia dónde tiro?

—Hacia Suffolk. Es un puto BMW negro con los cristales tintados.

—Habrá querido esquivar la comisaría de Bangalow y las cámaras de la autovía M1 —ha deducido Mak—. Hasta Ballina no hay ninguna otra comisaría. Pero son treinta kilómetros de doble línea continua en los que no se puede adelantar...

—Perfecto —He acelerado a fondo y adelantado a un paisano traspasando ambas líneas. Mak ha sonreído.

—¿Tenemos la matrícula? —he preguntado.

—Adivina... El cabrón la lleva tapada.

—Mejor, así no cometeremos errores —ha apostillado Mak.

—Avisad cuando lo tengáis —se ha despedido, dándolo por hecho.

La detención ha sido coser y que te chupen la polla. ¡El tío ni siquiera iba armado!

—¿Para quién trabajas? —le ha preguntado Mak, apuntándole por encima de su hombro a lo James Bond cuando ya lo teníamos esposado y dentro del coche.

—No le quites el seguro a la pipa —le he amonestado—. Tiene el gatillo muy sensible y aquí hay muchos baches.

—No me quites la ilusión. —La ha cargado—. ¿Para quién trabajas? ¡Habla!

—No debe ni saberlo —he contestado por él—. No tiene pinta de estar en una banda criminal, sino de haber cobrado un dinero que necesitaba mucho a cambio de hacer una atrocidad...

—Como mi sobrina muera, yo mismo te meteré una bala entre los ojos, cabrón —ha amenazado Mak letal.

He tenido que tocarle la mano para que dejara de apuntarle, porque si seguía pensando en el dolor que le había infligido a Cora, igual se le escapaba el dedo...

Una vez en la comisaría —he estado tres veces y ya me conocen— les he dicho que casualmente he presenciado el suceso y he podido perseguirle.

Al terminar, hemos recogido a Luk en casa para ir al hospital.

—¿¿Dónde estabais?! —nos acusa Lucas nada más entrar en la sala de espera. La decepción baña su cara. ¿Cree que hemos estado de bares o qué?

—Atrapando al culpable.

Su boca se abre sola y es físicamente incapaz de emitir un gracias.

—¿Le habéis cogido? —pregunta Kai esperanzado.

—La duda ofende —responde Mak con chulería. Llega hasta él y lo abraza, sentido.

—Gracias... —musita Kai cerrando los ojos y apoyándose en él.

Luk se acerca y le frota la espalda, pero Kai lo agarra para abrazarlo también.

Siempre me ha dado mucha envidia la unión que tienen los tres. Han pasado por mucho juntos. Tanto buenas como malas aventuras. No hay una sin otra, ¿verdad?

—Todo va a ir bien —musita Luk en su oído. Kai asiente.

—En realidad, ha sido idea de Marco... —Me señala Mak con un orgullo palpable. ¿Desde cuándo le brillan tanto los ojos al mirarme?

—Hemos sido los tres... —Me remuevo incómodo.

—Muchas gracias a los tres —dice Mía mirándonos con cariño e intentando sonreír, pero su angustia la traiciona y se echa a llorar. Odio verla así. Era siempre tan feliciosa en mi memoria.

Aitor se me acerca.

—Yo de mayor quiero ser como tú —dice pelota.

—Ya eres mayor, tío...

—¡Eh! ¡Si soy un querubín!

Y razón no le falta. Mis primos todavía están en pañales en la vida. Aunque viendo a Lucas, agachado, con las manos enterradas en su pelo, pienso que esto va a cambiarle para siempre.

Las horas pasan sin obtener noticias y la ansiedad hace mella. Ha sido todo tan rápido que no he cogido ni el tabaco.

Me planteo irme al pueblo a comprar una caja, pero quiero estar aquí cuando salgan los médicos a informar. En un amago de desesperación salgo a la calle para ver si algún alma caritativa me da un cigarrillo. Y de pronto, mis ojos coinciden con los de Mak.

«Joder, es verdad... Es el único que fuma de todo el clan Morgan».

—¿Quieres uno? —Me ofrece—. Siempre llevo en el coche.

Me dan ganas de decirle que no, pero la divina tentación me llama. Es mi sino...

En cualquier otro momento me hubiera quedado con las ganas antes que tener que agradecerle nada, pero justo ahora, entre la persecución, Cora pendiendo de un hilo y Lucas desmoronado, lo necesito.

—Gracias... —murmuro cuando me lo coloco en la boca y me ofrece el fuego de un mechero encendido.

Aspiro con fuerza y expulso el humo quedándome vacío de ansiedad por un momento. Mi terapeuta dice que para mí es más sano que fume... Porque si intentara dejarlo, estallaría.

—Yo estoy contigo —dice de pronto—. Y más, ahora. Me refiero al plan para cazar a esos hijos de puta. Luk está acojonado porque ya ha perdido a un hijo y Kai está aterrorizado porque perderlo sería peor que la muerte, pero yo lo veo. Y los veo capaces.

—¿De dónde sale tanta seguridad?

—Son Morgans —dice sin más—. Lo llevan dentro. Incluso Aitor, cuando llegue el momento, se dará cuenta de que es más valiente de lo que cree.

—Aitor es un *happy* de la vida... Solo le falta tatuarse el símbolo de la paz en la frente.

—Es como su madre. Estaba igual de loca... Y no veas las agallas que se gastaba. Son perfiles que se crecen ante la adversidad. Todos los Morgan son así. Igual que Mei cuando estuvo secuestrada.

—Una pena que mi madre no lo fuera...

Esa frase consigue callarlo y vuelvo a fumar. ¿Por qué mi instante de felicidad del día tiene que ser con él? Ya es mala suerte...

—Tú también eres un Morgan, Marco —dice dándole una patada a mi moral. Fin de la *happy hour*.

Contengo mi mordacidad a duras penas y a cambio sonrío. El estrés, a veces, tiene caminos jodidamente inescrutables.

—Prefiero pensar que nunca lo fui. Así tengo excusa para no ser perfecto.

Le doy una última calada larga y lo lanzo lejos. Hora de pirarse.

—Has estado increíble atrapando a ese tío —dice para frenarme—. Nadie es perfecto, pero tú eres un gran policía, y estoy... tremendamente orgulloso de ti.

¿He pasado de ser la deshonra de la familia a ser el orgullo? Va a ser que no...

—¿Puedes parar? —digo cansado—. Que hayamos cogido a ese tío juntos no significa que

seamos amigos.

—Bien, porque no quiero ser eso, quiero ser tu padre.

—¡Me echaste de tu vida! —lo acuso—. Ahí demostraste lo que era para ti, así que no te molestes en decir gilipolleces. No va a servir de nada.

Me voy sin dejar que responda, y una vez dentro, me apoyo en la pared para serenarme. La ración de nicotina ha salido cara.

Al volver a la sala de espera, veo que Lucas está solo, mirando por la ventana. Aitor no se separa de Lía. Me ha contado que la han encontrado hecha un flan en la sala de espera al llegar. Y Lenny... Lenny está en su mundo. Uno en el que Charlotte no parece tener cabida porque la ignora.

Me acerco a ella porque me da lástima. Menudos días lleva...

—Hola... ¿cómo estás?

Se encoge de hombros.

—Todo esto es demasiado... Y siento que no debería estar aquí.

—Eso es porque no nos han presentado. Soy Marco, el tío que te rescató ayer —Le ofrezco la mano.

Que no pueda evitar sonreír un poco me da la pista del tipo de persona que es. De las que nunca pierde la esperanza. Vaya lujo...

—Gracias por todo. —Me la estrecha.

—No, gracias a ti —digo observando a Lenny. Y me demuestra que es una chica lista cuando capta que lo digo por él.

De pronto, vemos salir a Freya y su familia de dentro. Su madre la saca del edificio porque debe de tener ganas de irse a casa tras el susto, pero Luk y Mak interceptan a Jon y me acerco para escuchar la conversación.

—Hemos detenido al responsable —le informa Mak—. Bueno, ha sido mi *hijo*, Marco, ahora es policía —Me señala. Jon me mira.

¡La madre que...!

—Hola... —saluda asombrado cogiéndome la mano con dos de las suyas—. Me habían dicho que habías vuelto. Me alegro mucho. Y más de que hayas atrapado a quien haya sido... Muchas gracias, de verdad.

—Han sido los mismos tíos que mataron a Christopher —dice Luk.

—¿Cómo...? —dice asombrado—. ¿Cómo lo sabéis?

—Está todo relacionado, Jon —susurra Mak—. Diles a tus contactos en la poli que averigüen de dónde ha salido ese coche de alta gama... Huele a droga desde lejos. El atropello no ha sido casualidad.

Se queda tan impactado que apenas puede reaccionar, pero tenía que saberlo. Cuando mira alrededor y ve a Mía y a Kai, retorciéndose de dolor porque su hija sí ha salido herida, reacciona.

—Ya hablaremos... Voy a llegar al fondo de este asunto. Ahora voy a ver a Kai y a Mía. Perdonad...

Habla un poco con ellos, dándoles ánimos y apoyo, y cuando se va vuelve a reinar el nerviosismo por el estado crítico de Cora.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que salen los médicos y todos nos acercamos a escuchar el veredicto. Todos, menos Lía, que se queda sentada como si no quisiera escucharlo porque sabe que no será bueno.

—¿Cómo está?! —pregunta Mía desesperada. El rostro del médico no es nada halagüeño.

—Cora tiene fracturas múltiples... Todas en el hemisferio izquierdo del cuerpo que es donde

ha recibido el impacto.

—¿Pero está estabilizada? —pregunta Kai ansioso.

—Todavía no... La hemos operado de urgencia porque se estaba desangrando, pero no hemos podido terminar... Hemos tenido que inducirle un coma y ahora está en la UCI. Esperamos que supere esta noche para poder continuar mañana.

—Dios mío... —jadea su madre. Kai la abraza, pero no se rinde.

—¿Cuál es la gravedad de su estado, doctor? ¿Va a recuperarse?

—Su cuerpo está intentando soportar un gran traumatismo. Tiene la pelvis rota, el fémur, siete costillas y el codo completamente destrozado. Que se protegiera la cabeza con el brazo, posiblemente le salvó la vida —imita levantándolo—, pero no sabemos si recuperará la movilidad del mismo. Lo tiene francamente mal...

—Es una chica joven y fuerte —dice Mak para levantar el ánimo, pero no causa el efecto deseado. De hecho, Lenny se separa del grupo y se sienta junto a Lía, como si también esperara ya lo peor. Estamos a un paso de perderle de nuevo, por eso digo:

—¿Tiene algún tipo de lesión cráneo-encefálica o lesión medular? Tengo entendido que esas son las más peligrosas en un atropello, ¿no?

—Sí, es cierto.

—Y Cora no las tiene —señalo optimista.

—No, pero su cuerpo está sufriendo mucho y su presión es preocupante. Hemos tenido que reanimarla dos veces en la mesa... Por eso hemos parado. Hay que dejar que se recupere un poco para poder seguir.

Los gestos de pesar y desconcierto se suceden entre los Morgan.

—Siento no poder decirles más por ahora. Mañana a las nueve de la mañana les informaremos de su evolución. Pueden irse a descansar, si hay cualquier cambio, les llamaremos...

Todos entendemos lo que ha querido decir con «cualquier cambio»: que si muere antes de esa hora, nos avisarán. Pero nadie tiene pinta de querer abandonar la sala de espera cuando el médico nos deja.

—Hay que trazar un plan —dice Lucas—. Esto no va a quedar así...

—Hoy no —ordena su padre serio sin dejar de abrazar a su mujer llorosa—. Ya habrá tiempo para la venganza. Ahora toca velar a Cora.

—¡Pero...!

—¡Danos un respiro, Lucas! —exclama Kai—. ¡No nos hagas preocuparnos por ti cuando tu hermana está pendiendo de un hilo! ¡No seas egoísta! ¡No eres el jodido centro del universo, ¿sabes?!

Veo que Lucas está a punto de romperse en mil pedazos y lo agarro para alejarlo antes de que eso suceda.

—Ven conmigo, tengo un plan —le digo para evitar la detonación.

Él se frota la cara intentando domar sus ganas de morirse.

—¿Dónde está Lenny...? —dice entonces.

—Deja de preocuparte por él y mírame. —Le cojo la cara, porque parece aturdido—. ¡Mírame, Lucas!

—Qué... —contesta hundido. Sus ojos le traicionan con una capa de brillo extra como si estuviera siendo consciente de la gravedad de su hermana.

—Todo va a salir bien —le digo con convicción—. Tenemos un plan y Cora va a recuperarse, ¿de acuerdo?

—¿Y si muere?

—No va a morir. ¿Puedes confiar en mí, por favor?

Asiente porque si emite otra palabra, la presa que contiene sus lágrimas cederá.

—Vamos a buscar una solución ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Pero mi padre ha dicho que....

—Sé lo que ha dicho, pero ya es hora de que te deje de importar que él apruebe todas tus putas decisiones vitales. Es hora de ser verdaderamente tú. ¡No sois iguales!

De repente, las puertas automáticas del hospital se abren y aparece Luz. ¡Éramos pocos y parió la maldita madre de dragones...!

Es una visión engañosa, porque algo tan bonito no puede estar en un lugar tan horrible como este.

—¡He venido lo más rápido posible! ¡¿Cómo está Cora?! —pregunta mirándome directamente.

Mi primer impulso es rehuir su mirada, pero quedaría realmente inhumano en un momento así.

—Mal... —respondo paralizado ante su inminente amenaza de llanto—. Está en coma, quieren ver si supera esta noche...

Se tapa la boca, sobrecogida. Creo que me he pasado. ¿Cuándo me he vuelto un maldito bloque de hielo?

—¡¿Qué dices...?! —Se sujeta el pecho, negando con la cabeza. Me mira necesitando abrazarse a algo, pero comprendiendo que no puedo ser yo. Es como si supiera que tocarla de nuevo, me mataría.

—Pobre Cora... —farfulla desconsolada.

Espero a que Lucas la atienda, pero no sé dónde meterme cuando veo que mi primo está cayendo en barrena ante su amargura. ¡Joder...!

—Se va a recuperar... —digo levantando un brazo para acariciarla, pero me freno justo a tiempo de tocarla, esperando que el ademán haya sido suficiente—. Están todos allí... —Le indico el camino—. Nosotros ya nos íbamos.

—Si entro, ya no saldré —Sorbe su conmoción—. Y Borja me está esperando en el coche. Iba de camino a buscarlo al aeropuerto cuando me he enterado, por eso he tardado tanto. Ha venido por sorpresa...

No me hace falta preguntar quién es Borja porque ya lo sé. Su jodido prometido.

—Vámonos... —me insta Lucas arrastrándome fuera. Y se lo agradezco en el alma.

—¿Cuándo sabremos algo? —pregunta Luz, saliendo con nosotros.

—Mañana a las nueve de la mañana —dice Lucas sin detenerse.

—De acuerdo...

—¡Esperadme! —oigo gritar a Aitor, que acelera el paso y nos alcanza—. Voy con vosotros.

—No tienes por qué... —musita Lucas.

—Sí tengo. También es mi hermana, ¿vale?

Da por buena la respuesta sin querer admitir que ha venido básicamente por él. Acaba de elegir bando. Y sé que Mak también está de nuestra parte. Hay que actuar rápido.

—¿Luz...? —saluda Aitor extrañado. Su mirada va de ella a mí como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme por sujetar su lengua—. ¿No vas a entrar?

—No. Borja me está esperando en el coche...

—Borja —repite consternado.

—Sí... Ha aparecido por sorpresa, pero creo que no es el mejor momento para presentarlo a la familia. Me han dicho que hay que esperar a mañana para saber algo.

—Así es...

—¿Se pondrá bien, verdad, Thor? —pregunta sintiéndose culpable.

—Seguro que sí... ¡Es Cora! Es muy fuerte. Vete tranquila.

El optimismo de Aitor es tan necesario en este equipo como mi dedo de gatillo rápido.

—Has dicho que tenías un plan —me presiona Lucas—. ¿Cuál es?

Miro a Luz. No quiero que ella sepa nada de esto.

—Seguidme con la moto y os lo contaré.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Luz.

«¿De una modelo y un alelado? No, gracias», pienso con inquina, sin embargo digo:

—No. Hasta mañana. —Que no le pida peras al olmo. Le hablo por las circunstancias, pero no quiero que se dirija a mí nunca más.

Camino hacia donde está la moto de Lenny y me subo en ella. En la sala de espera le he pedido las llaves porque no está en condiciones de conducir.

—¿Adónde vamos? —pregunta Lucas.

—A ajustar cuentas...

Ambos me miran sin entender cómo, pero ansiosos por hacerlo.

—Es jueves... ¿no dijisteis que los jueves el capitán recibe cargamento para el fin de semana?

—Sí —se activa Lucas entendiendo por dónde voy—. ¡Podemos pillarle con toda la mercancía allí!

—Sí, solo que ya no la tiene en el Capitán Nemo. Sabe que le están investigando. La ha movido.

—¿A dónde?

—A un antiguo almacén de sus padres.

—¿Cómo coño lo sabes? —pregunta Aitor atónito.

—El lunes dejé un micro en el despacho del capitán. Ese que tiene en la parte de atrás del *pub*.

Lucas agranda los ojos alucinado y a Aitor le da por reírse.

—No han dicho nada interesante hasta esta mañana...

—¡Menudo as te guardabas bajo la manga para la hora del té, ¿eh?! —clama Aitor divertido—. Te habrías quedado con toda la peña...

—Joder, sabía que podía confiar en ti —musita Lucas agradecido.

—¡Es el puto amo! —celebra Aitor gritando en medio del *parking*. No duraría ni diez minutos en una misión cualquiera...

—Detener al capitán no solucionará el problema, y no creo que él haya tenido nada que ver con lo de Cora, pero les haremos daño.

—¿Por qué coño han ido a por Freya, Marco? ¿Con qué fin?

—Porque saben que te importa. Es lo único que saben de ti, Lucas. Esto ha sido una represalia por rescatar a Charlotte. Debes hablar con su padre para que aleje a Freya de aquí. Mandarla a un lugar donde no puedan encontrarla.

—Lo haré mañana mismo. ¿Dónde está ese maldito almacén?

—Le daremos el chivatazo a la policía. Tienen que detenerlos ellos. Voy a llamar a Enzo. Hay que darse prisa o la mercancía desaparecerá. ¿Dónde hay una cabina? No quiero llamar desde mi móvil.

—Por suerte, en este pueblo bohemio sigue habiendo una cabina recubierta de paja —dice Aitor—. Cualquier día la declaran patrimonio de la humanidad. Es desde donde llamé a Charlotte al trabajo.

—Vamos. No hay tiempo que perder.

—¿Tenemos monedas para llamar? —dice Lucas de pronto.

—No.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Joder... ¡menos mal que has caído! —resoplo—. Aitor...

—Voy —Vuelve corriendo al hospital.

Lucas y yo nos quedamos en silencio y noto cómo se reboza en la culpabilidad recordando los hechos.

—¿En qué piensas?

—En que, aunque Cora sobreviva, va a estar mal mucho tiempo... Esto va a marcar su vida y ha sido por mi culpa. Ella quizá me lo perdone, pero yo no creo que pueda perdonármelo a mí mismo. Y mi padre menos.

Me quedo pensativo.

—Hace años, cuando rechacé encontrarme con Mak para solucionar lo que pasó, tu padre me mandó unos cuantos mensajes. Quería saber por qué era reacio, si Mak ya me había perdonado...

—Yo le dije que había cosas imperdonables.

—Opino lo mismo.

—Pues él me lo rebatió —solté la perla—. Me dijo que si él había perdonado a Mak por meterlo en la cárcel, podía perdonarse cualquier cosa. Tú no has atropellado a tu hermana, Lucas... Han sido otros.

—Porque fabriqué Moonbow.

—El capitán te obligó a buscarte la vida para pagar una deuda falsa.

—Ese sí que se merece que lo atropellen siete veces...

—No te preocupes. Tendrá su merecido.

Aitor vuelve corriendo y nos vamos a hacer esa llamada.

—Enzo, soy Marco, ha llegado la hora —digo en cuanto consigo que me pasen con él—. ¿Recuerdas lo que hemos hablado esta mañana?

—Sí.

—Al colgar avisa de que has recibido un chivatazo anónimo de que alguien ha visto a unos hombres armados descargando mercancía en la nave 8 de la calle Bristol. Si os dais prisa, los encontrareis aún allí. Es la conexión directa con los asesinos de Christopher. ¡Id ya!

—Gracias. —Cuelga de inmediato y nos miramos entre los tres.

—¡Joder, cómo me gustaría verlo y decirle que hemos sido nosotros! —dice Aitor vengativo. No es ninguna monjita de clausura.

—Y a mí. Podemos ir a comisaría a esperar a que lo traigan.

Dicho y hecho.

Una hora después, tres coches patrulla vuelven a la base con las zonas traseras de los arrestados repletas. La pesca ha sido fructífera.

Nos mantenemos al margen mientras sacan a los detenidos esposados y, aunque el capitán intenta esconderse de los curiosos, la incertidumbre desaparece de su mirada cuando nos ve a los tres apoyados en la barandilla de las escaleras de la entrada.

«Sí, colega, hemos sido nosotros».

Nos mira con odio y no puedo evitar sentirme mejor. Uno menos.

BROKEBACK MOUNTAIN

“Mi corazón late más fuerte cuando estoy contigo”

Annie Proulx



El colofón para un día completo de impactos visuales es ver a Enzo de mala hostia arrastrando a un tío esposado. ¿Se puede estar más bueno?!

Respuesta: mi boca se llena de baba y mi polla despierta del letargo.

Nota mental: Charlotte y yo no nos parecemos tanto como pensaba. A ella el peligro le baja la libido, a mí me lo sube, como a mi tío Mak. Primero follo y luego ya, si eso, me pregunto cositas. Y sus potentes brazos sobresaliendo de un ajustado chaleco antibalas las disipan todas de golpe: sigo *in love*.

Cuando nuestras miradas se cruzan, se me hace el culo PepsiCola. ¡Y yo creyendo que lo tenía superado!

No es el chico más guapo con el que he estado y no sé cuántas veces me habré tirado a su réplica exacta, pero él es distinto.

Desde niños, siempre noté que Enzo era diferente a los demás. Nunca fue infantil e inmaduro, era lo contrario a mí, un maldito *viejoven* chapado a la antigua.

Tenía el típico perfil de machirulo honorable y un inexplicable complejo de hermano mayor por dos míseros minutos. Nunca lo convencíamos para saltarse las normas. Yo lo apodaba «El gemelo aburrido».

La amistad de Luk y Mak con su padre, Guille, era legendaria. Eso, unido a la amistad de mi padre con su tío Dani, hizo que pasáramos muchas celebraciones juntos antes de que todos alcanzáramos la mayoría de edad.

Inciso: a mí siempre me gustaron las chicas, pero a los doce años, mientras visionaba la película de *Troya*, me di cuenta de que también me atraían los chicos. También algunas frutas... ¿Qué puedo decir? ¡Pelaba una naranja y se me ponía dura! Mis dedos se colaban entre los gajos y mi rabo hacia magia...

El pasatiempo favorito de Enzo y Hugo era jugar «cuerpo a cuerpo», los muy brutos. Hacíamos competiciones de *Pressing Catch* entre todos, y mientras Kali y Lenny se zurraban lo suyo, yo dejaba que los gemelos me aplastaran a sus anchas.

Inciso 2: ya apuntaba maneras como fiel devoto del sadomasoquismo.

Lucas no participaba porque nos sacaba unos años y nos tumbaba a todos a la primera, pero yo

era tan enclenque que estaba al nivel de los más pequeños.

En cuanto todos tuvimos móvil, los cinco vecinos creamos un grupo de mensajería llamado *Los increíbles Byron Boys* —el nombre se me ocurrió a mí, gracias—. En él rulaban todo tipo de memes y fotos de tías en pelotas junto con gifs sexuales.

Kali duró poco en el grupo cuando logró crear un vídeo porno con inteligencia artificial donde salía nuestra prima Luz dándolo todo...

—¿No sabéis aceptar una broma? —Era su frase fetiche.

—¿Qué tal te sentaría que hiciéramos uno con tu madre? —le increpé.

—Eso es imposible. No tengo madre.

—Pues con tus padres... Están bien buenos —solté sin pensar.

—¡Retira eso, imbécil! —Me empujó con fuerza.

—¿No sabes aceptar una broma? —lo imité mientras Lenny me salvaba, haciendo alarde de su último estirón.

Pero noté que Enzo y Hugo me miraron de forma extraña, como si dudaran de si lo había dicho en serio o solo era una broma.

Poco después, una tarde que coincidimos en la playa, Hugo se metió en el agua mientras me bañaba y tuvimos una conversación de lo más extraña.

—Oye, ¿a ti te gustan los chicos o solo dijiste lo de Iker y Dani por hacer rabiar a Kali?

—¿Por qué quieres saberlo?

Se encogió de hombros.

—¿A ti te gustan los chicos? —cuestioné de vuelta.

—¡No! ¡A mí no...! —Pero sus ojos gritaban otra cosa y no insistí.

A partir de ese momento, empecé a observar a Hugo con más detenimiento en los eventos en los que coincidíamos en el instituto. Con mi personalidad abierta y fiestera cada noche besaba al menos a un par de chicas, y lo cierto es que a Hugo tampoco le iba mal. Los gemelos eran guapos. Pero una noche, me crucé con él y me di cuenta de que iba bastante perjudicado chocándose contra todo.

—Hugo..., ¿estás bien?

—Superbien —balbuceó—. De puta madre... Gracias por tu interés.

—Pues no lo parece.

—Es porque soy un fraude. Pero shhh... —Se llevó el dedo a la boca.

De pronto, vomitó manchándome unas zapatillas de las que estaba perdidamente enamorado y me puse como loco. Al final, lo acompañé a casa y yo me fui a la cama enfurruñado.

Un par de días después, mi madre me subió un paquete que habían traído para mí. Eran unas zapatillas nuevas, igualitas a las manchadas.

Busqué a Hugo por todas partes para darle las gracias y me dijeron que se había ido a dar un paseo hasta el faro de Byron al atardecer.

¿*Seriously*? Pero no fui andando, sino con mi *hoverboard*, uno de esos patinetes eléctricos en los que vas de pie con las piernas separadas.

Me costó encontrarlo porque estaba lleno de turistas, pero al final di con él. Estaba apoyado en la barandilla de un pequeño mirador, doscientos metros antes de llegar al faro.

—¡Eh, hola! Gracias por las zapatillas. No tenías por qué hacerlo.

—Yo creo que sí. Te pusiste a llorar...

—Ah, tranqui, yo lloro por todo. Me pareció que necesitabas ayuda.

—Pues gracias... Ni siquiera recuerdo cómo llegué a casa.

—Con serias dificultades...

Se hizo un silencio. Parecía alicaído.

—¿Vas a contarme por qué crees que eres un fraude?

Me miró extrañado.

—Eso dijiste anoche.

—No quiero hablar de eso.

—Inténtalo. Soy buen loquero. Algo te pasa.

—Si se lo cuentas a alguien te mataré... —masculló. Nunca he tenido más claro que necesitaba soltárselo a alguien.

—Te doy mi palabra.

—Keisy quería que folláramos, y yo... no pude.

—¿Porque estabas muy borracho?

—No... Empecé a beber después.

—¿Entonces? ¿No te gusta o...?

—¡No es por ella!, es que...

No pudo pronunciarlo, pero no importó, lo hice yo por él.

—No te gustan las chicas.

Al oírlo, se sujetó la cabeza.

—¡Yo quiero que me gusten con todas mis fuerzas, pero...!

—¿Por qué quieres eso? Australia no es precisamente homofóbica, y tu tío Dani es un gran precedente en tu familia.

—Es por mi hermano Enzo... Si descubre que lo soy...

—¿Qué pasará? —pregunté extrañado.

—Que lo perderé. Todo será diferente entre nosotros. Me mirará como mira a Iker y a Dani. Los quiere mucho, pero no los entiende. Es tan tradicional que... —Siguió mirando al mar.

—Ese es *SU* problema, no el tuyo. Tú disfruta de la vida.

—No quiero que nadie lo sepa. Además, me gusta alguien... y no me apetece besar a nadie más que a esa persona.

—¿Quién te gusta?

Cuando lo pregunté, bajó la mirada y se mordió los labios. Blanco y en botella.

Siempre me ha gustado satisfacer a los demás. Sé que es un hobby muy peligroso, pero... Sin pensarlo mucho, le giré la cara y atrapé sus labios con cuidado.

Él me continuó el beso con dudas y nerviosismo, pero al final se dejó llevar. Fue un gran beso. El primero para mí con un chico. Y me pareció tan natural como besar a una chica.

—Joder, y ahora la cabrona coopera... —masculló recolocándose el paquete. Me entró la risa floja y él sonrió avergonzado.

Nos miramos y bajó la vista hacia mis labios de nuevo, como si quisiera continuar, pero cuando me acerqué, me detuvo.

—Aquí no, hay demasiada gente.

—No hay nada de qué avergonzarse, es lo que sientes.

—No estoy listo para que lo sepan todavía, Aitor. Pensaba que se me pasaría, o que sería híbrido, como tú, pero no. No voy a volver a besar a una chica nunca más. Acabas de dejármelo muy claro...

—¿Y a mí? ¿Quieres volver a besarme?

Me mojé los labios para incitarle y sus pupilas se dilataron.

—A ti sí...

—¿Quedamos esta noche delante de mi casa, en los árboles previos a la playa?

—Vale...

—Te espero a las once. —Le sonreí y me fui.

Estuvimos semanas enrollándonos, llegando cada día un poco más lejos. Me gustaba Hugo. Tenía un carácter fácil y me atraía, pero me sentía mal porque sabía que se estaba pillando mucho por mí, y yo..., bueno, digamos que había empezado a fijarme en otros chicos y a experimentar por mi cuenta; nadie dijo que tuviéramos exclusividad.

Entonces llegó esa fatídica Nochevieja en la que pillaron a Marco con las manos en... «Luz», y se armó la de Dios es Cristo en mi casa. Lo que nadie supo es que a Hugo y a mí también nos pilló Enzo.

Hugo me había pedido hacerlo por primera vez esa noche y cuando estábamos en pleno apogeo, Enzo abrió la puerta de la habitación de su gemelo. Como la celebración había sido en mi casa, nos habíamos escapado a la suya aprovechando que estaba vacía, pero al estallar la trifulca con Marco, los vecinos huyeron despavoridos de la fiesta, cazándonos de lleno.

—¡Por el amor de...!

—¡No digas nada, Enzo! —suplicó Hugo—. Le quiero...

Su hermano arrugó el ceño y cerró la puerta de golpe.

Me quedé boquiabierto. ¿Qué coño acababa de pasar...?

En los días siguientes, escribí a Hugo a todas horas, y eso que mi casa había sido declarada zona catastrófica, pero no obtuve respuesta.

Al final, me esforcé por coincidir con él y me negó la mirada.

—¿No sabes pillar una indirecta? No quiero hablar contigo.

—¡¿Por qué?!

—Lo nuestro se acabó.

—¿Es por Enzo? ¿Te ha dicho que no le parece bien o...?

—No, lo que me ha dicho es que no me convienes porque te has estado liando con mogollón de tíos mientras yo te juraba amor eterno.

—¡¿Cuándo me has jurado amor eterno?!

—Déjalo, Aitor, ya he sufrido suficiente... Mi hermano tiene razón, no eres para mí. Olvídame. No te será difícil con tanto pretendiente...

«¡La madre que parió al puto Enzo!», pensé envenenado.

Porque perder a Hugo me dolió. Fue una de esas veces en las que no te das cuenta de cuánto te importa algo hasta que lo pierdes. Lo que teníamos era especial. O quizá me hizo pensarlo la cantidad de sexo impersonal que tuve después, antes de empezar la universidad. Me sentía vacío. Tanto, que cuando coincidí con Enzo en una famosa fiesta en la playa ese verano, me planté delante suyo y le dije todo lo que pensaba de él. Iba bastante ebrio.

—Eres un cabrón...

—¿Yo? ¿Entonces tú que eres, el diablo?

Él también iba pasado de copas.

—¡Yo soy un diversificador sexual...!

—¡Tú lo que eres es un jeta! ¡Mi hermano lleva un año amargado por tu culpa!

—¡Por la tuya lleva mucho más tiempo! ¡No quería reconocer que era gay por si a ti te parecía mal! ¡Yo le ayudé muchísimo a aceptarlo!

—¡A mí lo que me parece mal es que le guste un tío como tú!

—¡¿Qué problema tienes conmigo?!

—¡Que vas por ahí haciendo lo que te da la puta gana!

—¡¿Y?!

—¡Que deberías tener en cuenta los sentimientos de los demás!

—¡Entonces somos iguales! ¡Porque hay que estar ciego para no darte cuenta de que a tu gemelo le pasa algo durante años! ¿Sabes que creo? Que lo sabías y lo dejaste sufrir en silencio porque te convenía.

—¡Eso es mentira!

—¿Y por qué no parecías extrañado cuando nos pillaste? Si no hubieras dicho nada, tu hermano sería feliz. ¡Pero como tú no lo eres con tu novia del pleistoceno, no quieres que nadie lo sea!

—Joder... te partiría la boca si no la tuvieras tan bonita...

La frase me sorprendió tanto que cortó mi diatriba.

¿Perdón...?

Me dejó allí tirado y se fue a buscar a su novia, Ruby, una chica muy puritana que conocía de ir a clases de piano juntos. Pero a lo que iba... ¿Mi boca le parecía bonita?

A partir de ese momento, me monté mi propia superproducción de Hollywood. Cada vez que veía a Enzo intentaba leer algo en sus ojos. Incluso le pregunté a mi hermano qué opinaba de la frase en cuestión en una situación hipotética.

—¿Te parece normal que un tío hetero se la diga a otro?

—No sé... Yo no lo haría. Quizá diría «te partiría la boca para dejártela más bonita», pero dicho así, suena un poco...

—¿Verdad? Suena a que le flipa mi boca y sueña con ella.

—¿Tu boca? ¿No era un caso hipotético?

—Sí, claro...

—Aitor, ¿quién te ha dicho eso?

—¡Nadie! —Soné más falso que el gato de *Sabrina*.

—Ten cuidado. Jugar a sacar a alguien del armario suele acabar mal.

—No empieces a elucubrar. Solo quería saber tu opinión.

—Pudo ser una equivocación. Si no tienes más pruebas, yo lo olvidaría.

Y ahí estaba yo, dispuesto a recopilar pruebas que avalaran mis sospechas de que Enzo, alias, el rey de los heteros, suspiraba por mí.

Por momentos pensaba que me estaba volviendo loco, pero ese tío no me miraba normal. No sabía diferenciar si me odiaba o me amaba, y es que... ¡a menudo es una línea tan fina!

Cuando empezó mi segundo año de universidad, me crucé con los gemelos varias veces en el Campus. Para ellos era el primer año.

Al principio, me dejaron claro que no querían verme ni en pintura, pero yo siempre los saludaba risueño. Y a la sexta vez, Hugo me devolvió la sonrisa. Fue un momentazo.

Otro día, coincidimos en una fiesta y noté que Hugo me miraba como si quisiera que le echara sal por encima y me lo comiera crudo, pero con su perro guardián al lado, no moví ficha.

Un par de horas después, ese mismo perro vino a darme la patita.

—¿Podemos hablar? —me pidió Enzo manso.

—Claro, soy todo oídos...

«¿Has venido a declararte por fin?», pensé en modo autodiversión.

—Al parecer, mi hermano vuelve a estar colado por ti —resopló—, y está convencido de que no te acercas a él por mi culpa...

—Y tiene toda la razón.

—Por eso vengo... a... darte formalmente mi bendición.

Escupí la bebida muerto de risa.

—¿Qué has dicho?!

—Pues eso... que me parecería bien que os liaseis.

—¿Desde cuándo?

—No quiero interferir en la felicidad de mi hermano.

—¿Y vienes a darme «tu bendición»? ¿De qué siglo te has escapado? Oye, ¿no serás virgen y estarás esperando al matrimonio, no? ¡Porque me muero!

—No soy virgen... —gruñó.

—¿Seguro? Me gustaría hacerle la prueba del pañuelo a Ruby...

—No hagas que me arrepienta de venir a hablar contigo, por favor.

—¿Entonces te parece bien que estemos juntos?

—Si es lo que él quiere...

—¿Y qué quieres tú? —pregunté sugerente.

Nos mantuvimos la mirada durante unos segundos. Las ganas de besarle casi me dominaron por completo. Ese día estaba arrebatador.

—Que se enamore de alguien que no vaya a romperle el corazón.

—¡Eso es imposible, cielo...! —dije con soltura—. Si no existe ese riesgo, no estás verdaderamente enamorado. Dime una cosa, ¿tú lo estás de Ruby?

—Sí.

—¿En serio? ¿Después de tantos años? ¿Con lo bueno que estás y la cantidad de gente que hay aquí ahora mismo, borracha y excitada?

Dicen que tengo un tono de voz que incita a pensar en el sexo. Y creo que en ese momento él lo percibió, porque me miró como si quisiera parar el tiempo y hacerme de todo en un intervalo que nunca hubiera existido.

Ni que decir que esa noche Hugo debió ver las estrellas mientras yo imaginaba que era Enzo a quien me follaba con fuerza.

Empezar a salir con Hugo fue genial. Éramos felices y creo que eso se notaba. Un día, los hermanos propusieron salir a cenar con sus parejas a Golden Coast. La tensión sexual entre Enzo y yo desaparecía por arte de magia cuando Ruby y Hugo estaban delante. El problema venía cuando coincidíamos a solas. No sabía por qué, pero me convertía en Mister Hyde salido y él no se quedaba atrás en la réplica.

—Bonita camisa... —se burló de mi adquisición hawaiana.

—Cuando quieras te la presto.

—No, gracias, a mí no me sentaría bien.

—Entonces lo que te gusta es la percha, no la camisa.

Él no contestaba nada. Y era peor, porque otorgaba con su silencio.

Un día, sus padres me invitaron a comer a su casa, y a Ruby también, lo que abrió la veda para invadirla cuando quisiéramos. Descubrí que la novia de Enzo iba a cenar todos los viernes y después veían una película o se enrollaban en su habitación. ¡Qué padres más majos! Yo empecé a hacer lo mismo con Hugo, y en pocos meses, ya era como de la familia.

Ese verano fue más caluroso de lo habitual y no fueron pocas las veces que bajé a la nevera por la noche en busca de agua fresca. Solía encontrarme con Enzo en el porche, tomando el aire con un vaso hasta arriba de horchata helada. Era adicto. Charlábamos durante horas de lo que nos gustaba y del futuro y me di cuenta de que había algunas contradicciones en su vida.

—¿Por qué estudias Derecho si no te gusta?

—Porque me desmayo si veo sangre y no podría ser médico.

—¿Por qué tendrías que ser médico o abogado?

—Porque dibujo fatal y no puedo ser arquitecto.

—¡Enzo! ¡¿Qué te gustaría ser a ti?!

—¿A mí? Catador de tartas, pero eso no da dinero.

—¡Habla en serio, por favor!

—¡Lo digo en serio! También me molaría probar videojuegos. Ser el primero en jugar y dar mi opinión como consumidor, pero no es una profesión respetable, ¿verdad?

Ese verano, Lucas forjó sus amistades del surf. Yo pasaba mucho tiempo con Enzo y Hugo y él metido en el agua con su tabla.

Una noche, estábamos cocinando fajitas en casa de los gemelos y ocurrió algo que lo cambió todo...

Dejé a mi novio apoyado en la isla de la cocina y me fui al baño; cuando regresé, le pellizqué el culo y lo abracé por detrás de forma cariñosa.

Noté que se quedaba tieso, y al momento, Ruby y Enzo empezaron a partirse de risa, solo que el que se reía era Hugo y al que estaba sobando a dos manos era Enzo.

Quedó raro que ellos se rieran tanto y nosotros tan poco.

—¡Está como un tomate! —chilló Ruby señalando a su novio.

—Creo que le ha gustado —se burló Hugo, encantado—. No te preocupes, Aitor, mi hermano es el único hombre que permito que te ponga, ¡porque es clavado a mí! Con él tienes inmunidad absoluta.

Joder... Ojalá nunca hubiera dicho eso.

Esperamos bastante rato hasta que Enzo sale a hablar con nosotros sobre la detención del capitán, y cuando me ve, resopla su famosa incomodidad ante mi preciosa boca.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Marco.

—El tío es duro de roer, pero creo que, cuando se lo piense un poco, accederá a darnos nombres. Si no, lo tiene crudo, porque con lo que le hemos incautado en ese almacén le van a caer treinta años...

—Genial. Y muchas gracias por ser tan comprensivo y creerme sin pruebas.

—Vienes muy recomendado, aunque no voy a preguntarte cómo conseguiste la información, porque estoy seguro de que no valdría ante un tribunal.

—Estás en lo cierto. Pero hecha la ley, hecha la trampa, ¿no?

Enzo nos mira a Lucas y a mí como si sobrásemos aquí.

—¿Por qué los has traído contigo?

—Porque tienen que estar presentes cuando hable con tu jefe del siguiente paso.

—¿Por qué?

—Porque si van a arriesgarse a contar todo lo que saben, quiero que les prometa inmunidad.

Al decir esa palabra, Enzo me mira fijamente y se moja los labios.

Sabe muy bien lo peligroso que es darme inmunidad a mí...

ROMPER EL CÍRCULO

“Tal vez el amor no es algo que venga encerrado en círculo. Simplemente sube y baja, entra y sale, al igual que las personas en nuestras vidas”

Colleen Hoover



No pego ojo en toda la noche creyendo que mi móvil va a sonar en cualquier momento para comunicarme que Cora ha muerto.

Lenny ha querido quedarse en el hospital y me ha jurado que me llamaría si había alguna novedad, buena o mala. No me ha extrañado que no hayan podido arrancarlo de urgencias. ¿Acaso no lo conocen? Su mayor miedo se ha hecho realidad.

Seguramente su mutismo esté de vuelta, por eso ayer por la noche llamé a mi tío Mak para pedirle que llevara a Charlotte a su casa.

—Pásame con ella —le indiqué tras confirmarme que lo haría.

—¿Sí?

—Char... Le he dicho a Mak que te lleve a casa; tienes que descansar. Mañana iré a buscarte a las siete y media de la mañana para llevarte al AIMS. Es lo que querías, ¿no?

—Sí, pero no hace falta que me lleves...

—Insisto. Me quedaré más tranquilo si no vas sola.

—De acuerdo...

—¿Cómo está Lenny?

—Pues... Muy preocupado. Creo. —«¿Creo?». Es decir, que no habían hablado. La conexión entre ellos estaba fallando y me fastidiaba mucho por ambos.

Suspiré con desazón.

—Ten paciencia con él, ¿vale? Todo mejorará. Te lo prometo.

—Vale...

Esta mañana, cuando la he recogido, hemos tenido diez minutos para hablar durante el trayecto.

—Siento mucho lo de Cora —Ha empezado ella—. Sé que, de algún modo, te sientes responsable, pero no es culpa tuya, Mor...

Me ha gustado que vuelva a llamarme así, porque ayer pensaba que la habíamos perdido definitivamente después de ser víctima de un secuestro. Pero «gracias» al atentado de Cora, tiene

pinta de quedarse, porque eso es lo que hacen los buenos amigos: apoyarse en los momentos difíciles y no huir.

—Necesito que me digan que va a ponerse bien. Si no, entraré en barrena...

—Me gustaría estar ahí para que eso no suceda, pero me parecen momentos muy íntimos de familia, y dada la actitud de Lenny, me siento un poco fuera de lugar...

—No lo estás. ¡Tú eres uno de los nuestros, Charlotte! Y la obsesión de Lenny por Cora forma parte de su trauma. No es real.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. Han sido muchas emociones para él en poco tiempo.

—Para mí también... —musita dolida.

—Siento mucho todo lo que has tenido que aguantar. Nunca fue mi intención que te salpicaran nuestros problemas...

—Tranquilo. Sabía que amar a un Morgan era peligroso —bromea—. Y supongo que también te preocupa Freya...

—Sí. Hoy voy a hablar con su padre y con Dani. Se lo contaré todo.

—¿Todo? —ha preguntado con miedo.

—Tranquila, a ti no te mencionaré. Les diré que fue Lenny quien sintetizó el Moonbow.

—Dani no te creerá. Es muy listo. Lo deducirá enseguida.

—Que piense lo que quiera. No hay pruebas. Y él te adora, Charlotte. Me lo ha dicho.

—Está bien, que sea lo que Dios quiera...

—La policía está de nuestro lado. Podríamos meterte en el indulto, pero yo prefiero que tu nombre no conste por ninguna parte. Eres inocente hasta que se demuestre lo contrario, y no pueden demostrarlo, ¿de acuerdo?

Me he detenido en la puerta del AIMS y me ha mirado con intensidad.

—Prométeme que me escribirás cuando sepas algo de Cora.

—Sí, tranquila. Vendré a por ti a las tres. O vendrá alguien.

—Vale...

Nos hemos mirado y el abrazo que me ha dado me ha reconfortado mucho, pero también ha hecho que se me empañen los ojos.

—Resiste tú también, ¿vale? —Me ha acariciado el hombro.

Después he venido directamente al hospital. Son las ocho y veinte y veo que solo faltan Aitor y Marco. El resto están todos aquí.

Abrazo a mi madre durante un tiempo prolongado y su olor también me reconforta, pero parece cansada. Han pasado la noche aquí. Igual que Lía y Lenny.

A mi padre las ojeras le llegan hasta el suelo. Está sumido en sus pensamientos y de pronto, me mira esperando que le diga algo. Cuando no lo hago, se anima él:

—Me han dicho que anoche detuvieron al capitán.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Cómo lo hicisteis?

—No importa... —digo esquivo. Si él no contesta. Yo tampoco.

—¿Habéis llegado a un acuerdo con la policía?

—Más o menos...

—Antes de que firmes nada, quiero leerlo.

No es el momento de decirle que ya está firmado y ponernos a discutir, así que solo asiento y voy a sentarme junto a Lía y Lenny.

—¿Cómo estás? —le pregunto a mi hermana cogiéndole la mano.

—Nerviosa, hambrienta, viva... No consigo quitarme la imagen de Cora de la cabeza. Tenía medio cuerpo deformado, Lucas... No creo que vuelva a ser la misma.

Lenny se estremece al oírlo. Su mirada está clavada en el suelo y no ha contestado a mi saludo.

—He acompañado a Charlotte al AIMS esta mañana —le comento. Pero no me mira, solo me enseña el pulgar. Hemos vuelto a los gestos.

—¿Te ha dicho algo en toda la noche? —pregunto a Lía.

—No.

—Pues sí que te ha durado poco la voz... —mascullo resignado.

Lenny teclea en su teléfono.

«Hablaré cuando esté fuera de peligro. Hablar me trae mala suerte».

—No digas gilipolleces...

De repente, contra todo pronóstico, aparecen Dani, Iker y Kali.

—Joder... —murmura Lía—. ¿Qué coño hace aquí?

—Hola —nos saluda Dani. Me levanto y dejo que me estreche entre sus brazos. Lo necesitaba tanto que me quedo en ellos más tiempo del recomendado por mucho que le pese a su hijo. Si no fuera por instantes así, creo que me desmoronaría y empezaría a hacer locuras.

—¿Todavía no sabéis nada?

—No.

—Kali quería venir...

El aludido mira a la nada con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera de capucha. El resto le damos igual, solo le importa Cora.

—Voy a saludar a tus padres —Se ausenta Dani, e Iker le sigue.

—Lo siento... —formula de pronto Kali hacia los tres en general.

Lenny levanta la vista al oírle, pero ninguno contesta nada. Nos da igual que su lengua y su polla hayan estado dentro de Cora cien veces dándole placer, para nosotros solo es un ser sin corazón que se ha quedado sin su vibrador humano. Normal que lo sienta. Pero no tiene ningún derecho a estar aquí... Todos pensamos lo mismo. Y él lo sabe.

Cuando Kali toma asiento, Lenny se levanta y migra hacia otro lugar, demostrando que no quiere ni respirar el mismo aire que él.

Yo lo imito, pero por puro nerviosismo, no puedo seguir sentado. Con quien realmente quiero hablar es con Jon, pero no ha venido.

Me preocupa que Freya siga en peligro. La posibilidad de que reaccionen con otro golpe a la detención del capitán es muy real, al fin y al cabo, es su medio de distribución en la zona y les hemos hecho mucho daño quitándoselo.

A las nueve menos cinco, todo el mundo está muy histérico.

Cuando Aitor, Marco y Luz llegan, la sala empieza a ser demasiado pequeña para albergar a tanta gente que trata de esquivarse mutuamente. Mis padres agonizan y me dan ganas de entrar y decir al personal sanitario que no pueden hacernos sufrir así.

De pronto, uno de los médicos sale a nuestro encuentro.

—¿Cómo está, doctor?! —grita mi padre desesperado.

Todos nos apiñamos detrás de él.

—Mejor. —Sonríe complacido—. Se ha estabilizado.

El alivio es generalizado y montamos un poco de bulla.

—¿Cuándo despertará?! —gime mi madre.

—Sigue sedada, pero pueden pasar a verla unos minutos. Vamos a esperar hasta esta tarde

para intervenirla de nuevo.

—Entonces, ¿no hay daño cerebral o medular? —indaga mi tío Luk.

—De momento no hay nada que lo indique. Lo sabremos cuando despierte de la operación, pero su cuerpo está respondiendo bien.

—Siempre he dicho que Cora es de goma —dice Mak aliviado.

—Váyanse a descansar. La operación será a las seis de la tarde. Y si todo va bien, esta noche la despertaremos.

—Muchas gracias... —musita mi padre agradecido.

En cuanto se marcha, mis progenitores se abrazan y mis hermanos y yo nos unimos a ellos. Yo a mi madre, Aitor a mi padre y Lía en medio.

—Se va a poner bien —sentencia mi padre. Y todos le creemos.

Mis tíos se unen por detrás de él y Marco nos aprieta el hombro a Aitor y a mí. Es un gran momento en el que no tiene cabida el porqué, solo la esperanza de que todo saldrá bien.

Me doy cuenta de que Lenny es el único que no se ha unido a todos, como si no lo mereciera por no haberla protegido. Pero Luz se queda con él y lo abraza aunque él no haga nada por corresponderle.

A mi prima siempre le ha gustado ser el centro de atención, pero luego tiene estos detalles entrañables que me dejan a cuadros. Lenny está tan ido que me alegro de que Charlotte no esté aquí para verlo. Ha tenido un retroceso terrible, solo espero que mejore a medida que avancen las horas y consiga volver al mundo real.

Veo a Dani y a Iker consolando a Kali, que se limpia la cara a manotazos porque sus ojos le traicionan dando salida a toda la tensión acumulada en las últimas horas. Se me hace extraño verlo así, siempre parece tan indolente...

Me acerco a ellos recordando la preocupación de Dani por él.

—Me alegro mucho de que vaya a recuperarse —dice Dani abrazándome de nuevo.

—Gracias... Es una chica muy fuerte.

—Es una heroína —añade Iker—. Salvó a Freya de ser arrollada.

—Respecto a eso... —empiezo renqueante—. Necesito hablar con Jon urgentemente... ¿Sabéis dónde iba a estar hoy?

Dani e Iker se miran preguntándose qué es eso tan urgente.

—Quiere advertirle de que los mismos tíos que mataron a Chris ahora van a por Freya —murmura Kali certero.

—¿Acaso tú sabes quién mató a Chris? —pregunta Dani temeroso.

—Yo sé muchas cosas... —murmura Kali devastado.

—Es mejor que no te metas —aconsejo—. Si se enteran de que sabes algo, te pondrás en peligro.

—¡Me da igual lo que me hagan! ¡Casi matan a Cora e iban a por Freya! No me voy a callar más. ¡Este silencio me está matando...!

Al decirlo mira a Lenny con un nuevo respeto. Mi primo se ha acercado a nosotros porque le interesa la conversación.

—Podemos ir ahora mismo a casa de Jon —propone Dani.

—Mejor dile que venga a la nuestra —sugiero—. No quiero que Freya oiga nada, ya ha tenido suficiente...

Asienten, y Dani se aparta para hacer una llamada.

—Marco —lo llamo y le hago un gesto con la cabeza para irnos.

—Lucas... —me llama mi padre entonces.

Me acerco a los mayores haciendo acopio de templanza.

—Hijo, ¿adónde vais? ¿Qué vais a hacer? —pregunta agotado.

Mis tíos y mi madre me suplican clemencia con la mirada.

—No quiero discutir —aviso de entrada—. Tendrás que confiar en mí y en Marco, papá. Tú y mamá deberíais iros a descansar para volver esta tarde. Haz lo que debes, cuida de tu familia.

—Tú eres mi familia... —musita afligido.

Me lanza una mirada vidriosa al verse obligado a dejar de luchar por mí. No quiero que se sienta mal por no poder frenarme, solo necesito que lo asuma.

—No puedes estar en todas partes a la vez, papá... Cora necesita que su padre la vele y mamá necesita abrazarse a ti. Aprende de tus errores y no le des la espalda a lo más importante, tu familia.

Mak, Luk, Ani y Mei me miran impresionados. Se preguntan dónde está el joven que siempre se achanta ante él. Pero lo han atropellado junto a Cora. Lo han secuestrado junto a Charlotte. Y sufre el mutismo de Lenny. Estoy harto de tener miedo.

—Todos sois igual de importantes para mí, Lucas...

—No te preocupes por mí. Me las apañaré. Tengo a Marco...

—Ten mucho cuidado, por favor. No seas inconsciente. Sé que estás enfadado, pero...

—Estoy más que enfadado —lo corrijo.

—Por eso mismo te temo. Un paso en falso y...

—Eres incapaz de confiar en mí —murmuro dolido—. Quizá no haga las cosas a tu manera, pero lo conseguiré. No necesito tu ayuda.

—Eh, chico... —dice Luk—. ¿Crees que tu padre hubiera llegado tan lejos él solo?

—Ni de coña —contesta el aludido—. ¿Sabes la cantidad de veces que han tenido que salvarme estos dos? —dice refiriéndose a mis tíos.

—Yo no tengo a dos geos en el bolsillo, pero...

—¿Cómo que no? Claro que nos tienes —salta Mak—. ¡Utilízanos!

—Tío Mak..., tus obligaciones familiares también te reclaman. El prometido de Luz está en Byron. Llegó ayer de sorpresa...

—¿Qué...? —Le cambia la cara. Y Luk se muerde una sonrisa.

—No os habrá dicho nada porque anoche era un momento crítico, pero hoy tienes que cumplir como padre de la novia. No obstante, a vosotros —digo mirando a Luk y a Ani—, sí os necesito. El capitán tenía alquilado vuestro local, ¿verdad?

—Sí...

—Pues necesito que lo reabráis con otro nombre lo antes posible. Hablar con los suministradores de bebidas para que no cancelen los contratos. Charlotte puede ayudaros con eso y la policía tramitará el papeleo rápido porque va a formar parte de una operación policial...

—Lucas... —se queja mi madre sabiendo por dónde voy.

—¡No pasará nada! Es la única forma.

—Y dentro de diez años, cuando todo parezca en calma, aparecerá alguien buscando venganza... —suelta mi tía Ani enfadada.

Mi tío Luk baja la cabeza con culpabilidad. Últimamente parecía que volvían a estar bien, pero sé que a raíz del secuestro todo se ha vuelto a joder. Y con el atropello, ha empeorado. Todo le ha recordado lo que significa estar enamorada de un hombre como Luk.

—Ya tenemos a alguien buscando venganza ahora, tía Ani. Yo solo quiero acabar con esto para siempre.

Mi tía Ani se marcha molesta y busca a Lenny para ver cómo está.

—Déjanos hablarlo, Lucas... —musita mi tío Luk—. La convenceré.

—Esto también es por Lenny. O lo supera ya o nunca podrá tener una vida normal. Necesita un motivo para no perderse de nuevo y es la venganza.

—Que el dolor no te ciegue, hijo... —repite mi padre—. Y cuida de tu hermano, por favor.

—Aitor sabe cuidarse solo.

—Lucas... —me llama Marco, indicando que me están esperando.

Miro a mi padre por última vez y siento que su resignación me acaricia, sin embargo, dice:

—Sé que quieres oír que confío en ti, pero no puedo decírtelo... No puedo darte permiso para aprender de tus errores en una situación así, porque un error con esa gente podría costarte la vida y no estoy dispuesto a perderte... No puedo...

—Está bien —Sonríe con tristeza—. Cuanto menos confíes en mí, más querré demostrarte que voy a conseguirlo, así que...

Me sonrío débilmente y me marcho de su vista. Pero vuelvo a girarme al oír:

—Demuéstramelo, Lucas...

Pero en realidad oigo: «Vuelve a mí sano y salvo».

Llegamos a casa y Aitor se desvive por acomodar a los vecinos en el salón. Seguro que está agobiado porque querría haber limpiado y poner unas flores frescas. ¡Es peor que una abuela!

Lenny y yo nos encontramos en la cocina con la misma cara que si viniéramos de un puto funeral, pero me niego a volver a las andadas.

—Necesito que cambies el chip. Cora va a estar bien.

Asiente despacio.

—¿No piensas hablar más?

Saca su móvil, pero le agarro la mano para impedirselo, haciendo que me mire a los ojos.

—No me falles ahora, joder. Tengo mucho que solucionar y no puedo estar pendiente de ti. ¡Te necesito! ¿Me has oído? TE NECESITO.

Me mira como nunca he querido que me mire, creyéndose una carga para mí y con ganas de quitarse de en medio para siempre. Pero no puede hacerme esto ahora.

—Estuve a tu lado cuando me necesitaste, ¿no es cierto? —le recrimino dolido—. Y ahora, te necesito yo a ti. ¿Voy a poder contar contigo Sí o No? Dímelo, joder... Quiero oírlo.

Me mantiene la mirada y toma una decisión.

—Sí... —pronuncia.

—Bien —respiro aliviado—. Porque no podré hacerlo sin ti.

Al menos no ha perdido la capacidad de hablar de nuevo, ahora solo tengo que convencerle de que su voz no está maldita.

Por fin, llega Jon y nos reunimos todos en el salón.

No me hace ninguna gracia que Kali oiga todo esto. No me fío de él. Pero Freya es de su familia y el resto ya lo sabe.

—No me andaré con rodeos, Lucas... ¿Por qué han intentado atropellar a mi hija?

Ordeno mis ideas y empiezo a contárselo todo desde el principio, incluido que a Kali le pidieron que provocara la pelea donde Lenny le rompió la nariz.

Al saberse, Kali aguanta las miradas asesinas de sus padres como puede. Y que ni siquiera le pregunten por qué lo hizo indica lo mal que están las cosas entre ellos. Dan por hecho que pueda haber accedido a hacer algo así, y, aunque es un gilipollas engreído, sé muy bien lo que se siente cuando tus padres te dan por perdido.

—Si no hubiera sido él, hubiera sido otro —trato de defenderlo—. Pero nunca Chris, a él no le gustaba mancharse las manos delante de Freya. En su presencia se comportaba como un santo,

pero era un pieza.

—¡Igual que tú! —exclama Kali—. ¡Eres un follonero, Morgan!

—Yo nunca empiezo una pelea, Kali, yo solo las termino.

—¡Puto chulo! —berrea. Y sus padres lo amonestan porque le pierden las formas.

Porque se equivoca. Yo no necesito alardear de nada, me da igual lo que la gente diga de mí. Pero me hace gracia ver cómo algunos se rebotan al escuchar la verdad.

—¿Por qué no avisaste a Freya para prevenirla? —me acusa Jon.

—Porque, hasta hace nada, no nos hablábamos. Empezamos a hablarnos a partir de esa pelea, y Chris empezó a ponerse nervioso. Decirle a Freya que estaba ciega con él, solo la habría alejado de mí, y confiaba en que se diera cuenta por sí misma.

—¿Te parece bien robarle la novia a un tío?! —explota Kali.

—No la estaba robando, la estaba recuperando.

Se hace un silencio tenso en el que todos me miran contritos.

Me veo contándoles lo que ocurrió entre nosotros la noche del asesinato para salvar mi hombría, pero no puedo. Como he dicho, me da igual lo que piensen de mí, pero no de ella.

Les explico el plan que llevamos a cabo con el Moonbow para reunir el dinero de la deuda y le comento a Dani que mi intención era patentar la sustancia en el AIMS cuando todo terminara, porque sus efectos podrían ser de ayuda para medicinas relacionadas con la salud mental.

—Es verdad. Yo lo he probado —revela Kali—. Es un deshinibidor extremo que rescata traumas chungos del subconsciente...

Al decirlo, aparta la mirada como si escondiera algo y miro a Dani indicándole que su depresión podría tener algo que ver con el repaso que le da la sustancia a tus recuerdos. Dicen que lo que vives hasta los cinco años te marca de por vida, y Kali debió de pasarlo muy mal hasta que lo adoptaron.

Les cuento que invité a Freya al cumpleaños de Lenny esa noche y que me escribió un mensaje para que fuera a buscarla.

Cuando Jon se entera del estado en el que la encontré, se pone de pie y blasfema.

—¡Podían haberle hecho cualquier cosa...!

—No. Chris no lo hubiera permitido. Me rogó que me la llevara de allí. Solo la utilizaron para sonsacarme información y amenazaron con matarla si no les decía dónde recogía la sustancia.

Jon se pasa las manos por la cabeza.

—¿Cómo habéis podido callaros esto, joder?! —me riñe enfadado—. ¿La llevaste al hospital esa noche?

—No. La llevé a mi casa y Charlotte me ayudó a reanimarla con sales. Estuvo un rato con sus amigas y después la llevé a casa. De regreso fue cuando recibí el mensaje de Christopher para quedar. Quería hablar con él porque no tenía ni idea de que trabaja con gente tan peligrosa, pero cuando llegué al mirador, lo encontré muerto.

—Tuviste huevos llamando a la policía —opina Kali.

—Cualquier otra cosa me hubiera perjudicado.

—Lo dices por los mensajes en el móvil de Freya a esa misma hora diciéndote que no te enfadaras... Por eso sospecharon de ti.

—Freya y yo discutimos cuando la dejé en casa —declaro escueto.

—¿Sobre qué? —Quiere saber su padre.

—Es privado...

—Seguro que te la follaste, cabrón —masculla Kali—, y luego ella se arrepintió.

Esas palabras tambalean mi universo de una forma que no puedo explicar. Intento mantener

una expresión impertérrita, pero el nerviosismo de Aitor me condena sin remedio.

—¡No pasó nada! —rebato con decisión—. Pero hablamos de nosotros y me dijo que no estaba segura de lo que quería... A la mañana siguiente, Chris apareció muerto. Puedo entender que dudara de mí...

Otra mentira. ¡Porque no lo entendía en absoluto! ¡Ella me conoce! O me conocía...

La verdad es que hace demasiado tiempo que no hablamos en serio. No conoce mis sueños ni mis miedos; tampoco mis problemas... Lo único que ha habido entre nosotros es sexo... y muchos recuerdos.

—¿Quién sintetizó la droga? —pregunta Dani perspicaz.

—Yo —responde Lenny tajante. Todos se sorprenden al oírle hablar.

Le clavo la mirada a Kali para advertirle que no condene a Charlotte delante de su padre.

—¿Crees que soy idiota, chico? Sé que fue Charlotte...

—No —rebate Lenny—. ¿Por qué crees que me la ligué? Necesitaba resolver algunas dudas, así que fingí que era un trabajo de clase para que me ayudara. Ella no sabía nada...

Las miradas vuelan de unos a otros olfateando la mentira. Pero a la vez creo que Dani quiere pensar que esa es la verdad.

—Y al final, me enamoré de ella sin pretenderlo —añade Lenny.

—Eso me lo creo —lo señala Dani—. ¿Y por qué cortaste con ella después?

—Estamos aquí para hablar de Freya —reconduzco la conversación. ¡Y luego dice que no es chismoso!—. Debería alejarse un tiempo de Byron hasta que todo termine. Corre peligro, Jon...

—¿Y cómo pensáis «terminar» con el problema?

—La policía nos ayudará. Colaboraremos con ellos para atraparlos. Pero necesito que Freya se marche del pueblo y..., espero que estéis de acuerdo, pero no quiero que sepa nada de esto.

Jon y Dani se miran y rezo para que entiendan que, si se lo cuentan, estarán condenando nuestra historia para siempre.

—Hace meses que le llegan buenas ofertas de trabajo en Sydney —dice su padre—, pero se resiste a irse de Byron. Ahora que Chris ha muerto, quizá se lo plantee...

—Cualquier excusa servirá. Animadla a que haga un viaje para resetear la mente. Necesito que se esconda...

—Creo que podría convencerla —barrunta Jon.

—Perfecto —digo complacido.

—Solo hay un problema... Que no se irá de Byron mientras siga atándole algo aquí... Y lo sigue habiendo.

—¿El qué?

—Tú. Si quieres que se marche, tendrás que romperle el corazón.

10

FUIMOS CANCIONES

“No hay nada que nos parezca más atrayente que una historia imperfecta porque creemos que podremos arreglarla”
Elisabeth Benavent



Me despierto medio grogui por culpa del tranquilizante para dormir que me dio mi madre. Me fijo en la hora. ¡Las once de la mañana! ¡Maldita sea!

Veo que tengo un montón de mensajes, pero voy directa al que más me interesa, uno de Lía. «Cora está fuera de peligro. La operan esta tarde otra vez, pero creo que se pondrá bien».

Respiro más aliviada que en toda mi vida. Si hubiera muerto, no habría podido soportarlo. Me habría ahogado de pena, de impotencia y de culpabilidad. Si hay un cupo de colapso de todas esas cosas, yo lo habría alcanzado.

Ha sido la peor semana de mi vida.

Me he llevado tantos palos desde que Chris apareció muerto que mi vida parece una broma de mal gusto.

Primero pensé que Lucas se había vuelto loco y había matado a Christopher porque su amor por mí trascendía los límites de la ética.

¡Flipada!

Cuando aclararon que había sido un ajuste de cuentas, me quedé con una cara de gilipollas infinita al entender que ni Lucas me quería tanto ni estaba al tanto de con quién había estado durmiendo los dos últimos años de mi vida.

Me ayudó pensar que el que había muerto era otro chico, no el Chris que yo conocía y quería, sino un mentiroso que a saber qué más me escondía. Pero la pena iba y venía a bandazos al recordar ciertos momentos bonitos y no podía evitar sentirme culpable por haber tenido sexo con otra persona la misma noche de su muerte.

Yo fui la única culpable. No Lucas. Él era libre, yo... una prisionera.

Me choca pensar eso porque nunca me sentí así antes. Empecé a sentir esa asfixia cuando volví a hablar con Lucas de nuevo.

Y no puedo sentirme más monstruo porque la muerte de mi novio me parezca una liberación.

Cuando vi a Lucas el día del entierro, la situación me superó y no pude decirle nada. En realidad fue la vergüenza por no haberme dado cuenta antes de cuánto me manipuló Chris. Escuchar la tierra cayendo sobre su ataúd fue demasiado para mí. Quise pegarme un tiro cuando

esa abominable sensación de libertad me atravesó. ¿Por qué no corté antes con él?

No me lo perdonaba. No me perdonaba que no lamentase su muerte. ¿Qué clase de monstruo era?

Apenas fui consciente de la discusión entre Kali y Lenny en la explanada del cementerio, solo sé que cuando Lucas pasó por mi lado y apartó la vista como si volver a hablar conmigo hubiera sido lo peor que le había pasado en la vida, me hundí sin remedio.

Es decir, no me importaba que Chris no volviera a mirarme a los ojos nunca más, pero que no fuera a hacerlo Lucas, me parecía insoportable.

Me sacó de quicio que mi angustia por Lucas se camuflara con la pena por Chris. Mis padres me veían tan mal que ayer, siendo el día siguiente del entierro, me prohibieron quedarme hecha un ovillo en la cama y me obligaron a ir a la escuela de buceo con tan mala suerte que encontré allí a Lucas.

Vino a saludarme por cumplir, exhibiendo una madurez intachable que le permitía dormir por las noches, pero yo le veía tan poco sentido a mis monstruosos sentimientos que no supe disimular mi desolación.

«Necesitas tiempo», «te dejo tranquila», musitó.

Estaba claro... Iba a dejarme tranquila *para siempre*. Mi equilibrio emocional acababa de alzar toda la popa en vertical en el agua y se hundía sin remisión creando un embudo que lo succionaría todo.

Sabía que Lucas no era un asesino, ¡no quería creerlo!, pero también habría jurado que yo sería incapaz de caer en una infidelidad y lo hice por todo lo alto. Por lo tanto, todo era posible.

Pensé que ir a baile me animaría un poco, pero allí terminé de hundirme en el infierno, arrastrando a Cora conmigo...

Todavía no daba crédito a lo que había hecho.

Antes del atropello, vi que Lía nos esperaba al otro lado del paso de cebrá, sentada en el muro que separa el paseo de la playa, y de pronto, escuché el chirriante sonido de un acelerón.

Tardamos en reaccionar del susto que nos llevamos, y cuando intentamos quitarnos del medio, prácticamente lo teníamos encima.

En el último momento, Cora decidió sacrificarse por mí. ¿Quién coño hace eso? ¿Quién domina así su instinto de supervivencia?

Dicen que esa decisión fue la que le salvó la vida. La de dejar de huir y asumir que iba a ser golpeada. Y que aprovechara su último esfuerzo para empujarme lejos, me dejó sin habla.

Nunca nadie había hecho nada tan increíble por mí.

¡No era consciente de que vivía rodeada de una heroína de carne y hueso! Mi gratitud hacia ella rebasaba los límites del decoro.

Cuando llegué a casa con mi patético esguince de muñeca, me tumbé en la cama pensando que jamás debería haber salido de ella.

Vuelvo a respirar aliviada al pensar que Cora se va a poner bien y decido ducharme porque huelo a cosas que necesito dejar atrás.

Busco una carpeta muy concreta llena de canciones tristes del pasado que me gusta escuchar para sentir que no estoy sola en el sentimiento. Pero sobre todo, porque me ayudan a sacar la angustia que se me acumula dentro en ciertos momentos.

Empieza a sonar *I have nothing* de Whitney Houston. Es una de mis canciones favoritas cantada por una de las voces más prodigiosas que han existido. Cuando alguien me dice que canto bien, pienso en Whitney y me río para mis adentros. La gente ha olvidado lo que es tener talento de verdad.

Me arranco a cantar mirándome al espejo mientras me desnudo.

I don't really need to look, very much further
(Realmente no necesito buscar mucho más allá)
I don't wanna have to go, where you don't follow
(No quiero tener que ir donde tú no me sigas)
I won't hold it back again, this passion inside
(No puedo sostener otra vez esta pasión dentro de mí)
Can't run from myself, there's nowhere to hideeee
(No puedo escapar de mí misma, no hay donde esconderse)

La última prenda cae al suelo cuando la canción llega a su punto álgido y me preparo para cantar la parte más dramática.

Ahora mismo no sé si lo hago por Chris o por Lucas. Curiosamente, se adapta a los dos perfiles. Y eso solo lo consiguen las buenas canciones. Las que te dicen quién eres.

But don't make me close one more door!
(¡No me hagas cerrar una puerta más!)

I don't wanna hurt anymore
(No quiero hacer más daño)

Stay in my arms if you dare!
(Quédate en mis brazos si te atreves)

Or must I imagine you there?
(¿O debo imaginarte allí?)

La chica del espejo sigue mirándome.
No quiero ser ella.

Don't walk away from me!
(¡No te alejes de mí!)

I have nothing! Nothing! Nothing...
(No tengo nada, nada, nada...)

If I don't have you
(Si no te tengo a ti)

Pero soy esa chica. La que lo ha perdido todo. *No tengo nada*.

Me invade un desasosiego horrible mientras sigue sonando la siguiente estrofa. En realidad, estas canciones me recuerdan a cuando Lucas no me hablaba. A una época en la que vivía preocupada porque nada me importaba lo suficiente. ¿Cómo puedo volver a eso?

I never knew love like I've known it with you
(Nunca conocí el amor como lo conocí contigo)

Will a memory survive? One I can hold on to
(¿Sobrevivirá un recuerdo? Uno al que pueda aferrarme)

Don't walk away from me
(No te alejes de mí)

Don't you dare walk away from me

(No te atrevas a alejarte de mí)
I have nothing, nothing, nothing!
(No tengo nada, nada, nada!)
If I don't have you.
(Si no tengo a ti)

Cuando me doy cuenta estoy en el suelo del baño, llorando.

Dicen que no hay que rendirse jamás porque nunca sabes lo que traerá la marea.

Dicen que todo el mundo puede reinventarse y pasar página, pero ¿qué pasa cuando el libro termina y ya no hay más páginas que pasar?

Mi madre me pilla echa un ovillo, y a la hora de comer, no me libro de una charla sobre que no puedo seguir así.

Me recomiendan tomarme un tiempo, y sobre todo, distancia de Byron para recuperarme. ¿Tienen razón? Es como si hubiera perdido la facultad de decidir por mí misma. ¿Tan controlada me tenía Chris?

Salirme de sus dogmas me hace dudar de todo... Como cuando justo después de estar con Lucas quiso que tomara las riendas de mi vida y fui incapaz.

—Creo que te vendría bien cambiar de aires —opina mi padre—. Conocer a más gente que desconozca por todo lo que has pasado. Es la única forma de tomarte un respiro. Centrarte en otra cosa.

—¿Como qué?

—Como en el trabajo. ¿No te escribieron la semana pasada de un sitio interesante? —me recuerda mi madre.

—Sí, pero esa propuesta me venía muy grande...

Es lo que quería contarle a Lucas. No sé con quién habló ese tío de Rip Curl al que le mandé mi currículum, pero a partir de aquel día no dejan de lloverme ofertas de todo tipo relacionadas con el *marketing* y el surf.

Una de ellas, muy interesante.

Al ver el *email* pensé que solo era otro mensaje de *phishing* ofreciéndome un trabajo increíble si estaba dispuesta a dar un millón de *likes* al día, pero cuando me molesté en leer el contenido, flipé en colores, y por supuesto, me cagué viva.

—Necesitas algo grande para eclipsar lo que te ha pasado, hija —insiste mi padre—. Debes hacer un esfuerzo por seguir adelante...

—Me pedían ir tres semanas a Sydney para adelantar papeleo.

—¡Pues vete! Lo necesitas y podría ser una gran oportunidad para ti. Por pedir más información no pierdes nada...

Y eso he hecho. Después de comer les he escrito y sobre las siete de la tarde mi móvil suena como lo hace cuando aparece un mensaje en mi bandeja de entrada:

«Buenos días,

nos complace que se ponga en contacto con nosotros de nuevo. Como le comentamos en el *email* anterior, buscamos a un experto en *marketing* que levante una nueva empresa de la nada. Hablamos de un servicio integral: creación de logo, publicidad, redes sociales... Nos interesó su estilo y tenemos el placer de mandarle una propuesta económica para estar tres semanas en Sydney desarrollando un plan de acción con nuestro equipo de dirección y llevando a cabo los permisos burocráticos pertinentes para legalizarlo todo. Por supuesto, con dietas para alojamiento y comidas incluidos.

Esperamos que sea de su agrado y se una a nuestro equipo.
Un saludo,
Landon Mortimer.

Cuando abro el pdf adjunto y veo la cifra que me ofrecen, formo una o con los labios. ¡Es mucho dinero!

Sigo sintiendo que no estoy preparada, pero no es momento de flaquear. Si tienes miedo, hazlo con miedo, ¿no es así? Porque estaba equivocada. Sí tengo algo: mi trabajo. Y debo aferrarme a él.

No es la primera vez que me planteo dejar Byron para escalar en mi carrera, pero no sé por qué nunca había querido. Ahora creo que, de algún modo, sabía que algún día Lucas volvería a hablarme. Y ya ha pasado. Solo que no ha resultado como esperaba...

Ya nada me retiene aquí.

Pero antes de irme, necesito aclararle algunas cosas para quedarme tranquila. Como que le quiero y siempre le he querido.



11 CULPA MÍA

“Ese tipo de amor que solo pasa una vez en la vida, que toca nuestro corazón y se queda con nosotros, ese amor que comparamos con todo”

Mercedes Ron



Dos días después

Aparco la moto frente al Capitán Nemo, perdón, frente al Albus Dumbledore. Sangrienta discusión hubo acerca del nombre del local...

—¿«Quedamos en el Sirius»? ¡Suenan mejor que «en el Dumbledore»! —opinó Aitor.

—¡Suenan igual! —replicó Lía—. Igual de mal, quiero decir.

—¿Acaba de meterse con Harry Potter? —musitó Carlota indignada.

—Sí, me avergüenzo de compartir sangre con ella...

—Yo le pondría «Voldemort» —masculló Lucas. Su conversión a Darth Vader ya se estaba gestando.

—Será Dumbledore —decidió Lenny—. Yo elijo el nombre, ¿vale?

—Nadie dirá «Vamos al Dumbledore» —insistió Aitor.

—Lo dirán.

—Marco, desempata, por favor —suplicó Lucas, hastiado.

—Sois muy tontos —opiné.

—Ya está el aguafiestas...

—¿Por qué no le ponen el mismo nombre que antaño? —sugerí—. A mí me gustaba decir «vamos al Viva La Vida».

—Porque ya no la viven —sentenció Lenny.

Todos nos quedamos callados. Parecía que habíamos visto la luz al final del túnel cuando pudieron terminar de operar a Cora con éxito y nos dejaron verla un minuto por la noche para darle ánimos.

Fue una imagen grotesca. De cara era ella, pero de cuello para abajo era Tutankamón, estaba toda vendada.

Al día siguiente, conseguí los permisos para reabrir el bar de nuevo, pero nos faltaba el nombre. Luk y Ani tuvieron una pequeña discusión sobre la finalidad de abrir el local y Lenny

estaba de nuevo de capa caída, así que me vi en la obligación de decir:

—Puestos a elegir, le pondría «Severus». Severus Snape...

Todos se echaron a reír, incluso Lenny.

—Ese Marco. —Levantó la mano Aitor para que se la chocase. Como no lo hice, me obligó a juntar mi palma con la suya a cámara lenta.

—No te fíes de su pose de adulto —cuchicheó con Charlotte—. Tiene todos los libros de Harry Potter en casa. Y las películas en *blue ray*.

—Así que antes creías en la magia... —comentó ella perspicaz—. ¿Por qué ya no, Marco?

—¡Uh! —aullaron Lucas y Aitor vacilones—. Cuidado con Char, primo, ¡es tremendamente lista! Antes de que te des cuenta, te habrá psicoanalizado por el color de tus calcetines.

—No llevo calcetines.

—Eso es BASTANTE grave —dedujo ella. Y me hizo sonreír.

Era buena. Y no era el único que lo pensaba. Lenny me miró como diciendo «¿Entiendes ahora por qué me tiene roto?», pero no hacía falta que lo dijera, conocía bien ese sentimiento. Yo lo había tenido por la que se suponía que era mi hermana, más jodido todavía...

Y sentirlo fue tan inevitable como que te ciegue el sol.

Diez días después de que se mudaran a Byron, cuando empezaba a hacer mella la idea de que me había quedado totalmente solo en el mundo, Luz me escribió un mensaje.

«Hola, feo. Estoy en la Wategos Beach y me he acordado de ti, sé que te encanta esta playa. ¿Todo bien?». La foto que lo acompañaba era para enmarcarla. Estaba preciosa, sacando la lengua, pícara, y con una gorra. Se me hacía raro verla con una sudadera en pleno agosto, pero allí aún era invierno, aunque en Byron no solían bajar de los 17°.

«Todo bien. Gracias por acordarte de mí. Disfruta de Australia».

«Me aburro mucho. Todo el mundo está en clase y hace mal tiempo. Ojalá me hubiera quedado contigo».

«Ojalá», pensé en lo más profundo de mi pecho.

«Visita universidades, ¿ya sabes en cuál quieres matricularte?».

«Estoy pensando en tomarme un año sabático...».

«Pues te vas a aburrir mucho. Podrías ir a la misma que Lucas».

«Todavía no sé lo que quiero hacer. Me siento perdida. Lo único que quería me lo han prohibido...».

Puse los ojos en blanco. Era incansable.

«¿Insinúas que si hubiésemos echado un polvo de despedida tendrías más claro tu futuro?», me salió escribirle, confirmando que detrás de una pantalla todos somos más atrevidos que a la cara.

«Te aseguro que sí. Hubiera descubierto para lo que he nacido...».

Era letal.

Si le dabas la mano, se te sentaba al encima y perfilaba suavemente tus labios con un dedo. El mismo que me había acosado sexualmente. Estaba todo pensado.

No le contesté. Pero al día siguiente me mandó otra foto de sus pies en un camino natural. Era uno de los senderos por los que nos gustaba perdernos hasta encontrar pozas o riachuelos.

«Bonitos pies», le puse. Porque había echado de menos algo de letra.

A las horas, me mandó un corazón rojo. No verde, azul o amarillo, ¡era Rojo!, y volví a lanzar el móvil lejos de mí para no verme tentado a contestarle.

Solo quería transmitirle que yo echaba de menos estudiar, porque trabajar me obligaba a estar el resto del tiempo libre descansando para no desfallecer. Ni siquiera me apetecía hacer deporte,

y menos, quedar con chicas. No obstante, me obligaba a salir con mis amigos cuando surgía un buen plan.

Ese sábado, en el bar donde quedábamos a jugar a los dardos y a tomar unas cervezas, había una chica que no dejaba de mirarme y cuchichear con sus amigas. No estaba mal. Tenía el pelo anaranjado, pecas en la cara y unos preciosos ojos ámbar.

—Esa pelirroja te está diciendo «cómeme» con los ojos —susurró uno de mis amigos.

—No soy ciego...

—¿Y a qué esperas?

Pereza y apatía eran palabras que me venían a la mente, pero me obligué a conocerla. Quizá ese era mi problema, que me había cansado de los «aquí te pillo, aquí te mato»; yo necesitaba algo más. Una conexión que sentía que había perdido con el mundo.

Se llamaba Elena. Había estudiado magisterio y trabajaba en un colegio concertado como monitora de comedor. Tenía dos gatos y un pez de colores. Le gustaba preparar tartas e idolatraba a Taylor Swift. Era una chica normal y, aunque está mal que lo diga, sin ropa, ganaba bastante... pero estar encima de ella, moviéndome rítmicamente sin llegar a sentir nada más que placer, no era a lo que aspiraba en la vida.

Al terminar, llovía con fuerza y le dije que se quedara a dormir, que no había prisa por que se marchara.

Se quedó dormida enseguida, era tarde y habíamos bebido, pero yo no lograba conciliar el sueño. Era como si mi cama estuviera decepcionada conmigo porque, de alguna forma, supiera que hacía un mes justo podía haber sido testigo de un polvo muchísimo mejor. Uno épico. Uno prohibido... con Luz.

De pronto, mi móvil se iluminó.

Lo cogí y vi que era un mensaje de ella. Una foto.

Era Luz con la cabeza en la almohada y sus increíbles ojos azules hinchados, echándome de menos.

«Buenos días», transcribió.

«Buenas noches», contesté rápido, «yo me acuesto ahora. ¿Saliste anoche?».

«Claro. ¿Crees que me levanto con estas pintas de normal?». Puso un emoji sacando la lengua.

«Qué valor... Estás preciosa y lo sabes», la acusé con media sonrisa.

«No has perdido la vista. Bien por ti».

Sonreí del todo.

«¿Qué haces tan pronto en casa? Allí ni siquiera son las seis, ¿no? Espera... ¿has ligado?».

¿Cómo podía ser tan lista? ¡Y tan cotilla...!

«No es asunto tuyo».

«Lo único que quiero saber es si es más guapa que yo».

Me pensé qué contestar. Pero al final solo tenía ánimo para la verdad.

«Sabes que no».

«El chico con el que yo me lie sí lo era, pero no le sirvió de nada. ¿Qué estamos haciendo mal, Mako?».

«¿Tener esta conversación?».

Me puso emojis riéndose de medio lado y di doble click sobre ellos. Imaginarla sonriendo me llenaba de una calidez extraña. Estaba tan segura de mí a miles de kilómetros que me permití disfrutar un poquito más de ella.

«Pobre tío... No va a olvidarte en su puta vida», tecleé con retintín parafraseándola.

«Lo sé. Soy como un donuts: un segundo en la boca y el resto de la vida en tu mente».

Me reí en voz alta y *mi chica*, «¿cómo diantres se llamaba?!», se removió a mi lado.

«Por tu culpa casi la despierto», la acusé divertido.

Sus emojis se reían tapándose la boca. «¿Tan malo ha sido el polvo?».

«Pues sí», admití sacándole la lengua.

«¿Por qué?».

«Porque no la conocía».

«A mí me conoces de toda la vida», puso el emoji picarón.

«Me voy a dormir», me despedí.

«¡Descansa! Y gracias...».

«¿Gracias por qué?», pregunté confundido.

«Por ser mi mejor momento del día». Me lanzó un beso y dejó de estar en línea. ¡Maldita sea...!

Oí perfectamente cómo la canción *¡Chiquilla...!* de Seguridad Social tronaba en mi cabeza a todo volumen. Porque me persiguió en mis pensamientos de madrugada.

Conversaciones similares se fueron sucediendo a horas aleatorias durante la semana siguiente. Siempre me escribía ella primero, y cuando lo descubría, me llevaba una agradable sorpresa. Pero de pronto, dejó de hacerlo. Me había acostumbrado a no estar más de 24 horas sin saber de ella y ya habían pasado tres días.

«¿Todo bien por ahí?», me animé a teclear la mañana del cuarto día.

«¡Sí, todo bien!».

«Me alegro. ¿Ya has dejado de aburrirte?».

«Sí».

«¿Cómo se llama?», puse un emoji sacando la lengua.

«Patrick».

Leer ese nombre agrietó un poco mi corazón. Después empezó el agobio y el malestar. Y de pronto, quería romper algo... a poder ser, las piernas de ese tío.

Me obligué a ser racional. Y sobre todo, buen *hermano*.

«Seguro que es un chico genial», escribí tragándome los celos.

«Lo es».

Cerré la conversación y me alejé del móvil de nuevo. Caso cerrado. Mi vida podía empezar. Todo había terminado.

Y lo intenté, juro que intenté centrarme y disfrutar de mis cosas con todas mis fuerzas. Me interesé por varios másteres para ampliar mis estudios de criminología y también por varias chicas, con las que tuve citas fuera de la cama, pero los días pasaban como si estuviera pisando una alfombra llena de bultos donde había escondido la porquería en vez de barrerla y desterrarla de mi vida. La porquería eran mis sentimientos por Luz. Cuando le conté esa metáfora a mi psicoterapeuta, me dijo que estaba peor de lo que pensaba...

Luz no volvió a escribirme ni a mandarme fotos. La tentación de hacerlo yo era muy grande, porque necesitaba más que nunca una pequeña dosis de mi droga favorita, pero resistí y confié en que el tiempo curase mi adicción. Seguro que a Dios le dio la risa cuando se me desbocó el corazón cuando me escribió a la noche siguiente. Solo le hizo falta enviar una carita triste con una lágrima para que me lanzara en plancha.

«¿Qué te pasa? ¿Estás bien?».

«No. Te echo de menos...».

«Pero si tienes a Patrick», me dieron ganas de poner, sin embargo, la cagué y tecleé: «Yo también».

«Patrick y yo hemos roto».

Tragué saliva ante la información y ante el alivio que sentí.

«Y de pronto, te acuerdas de mí», quise espetarle, pero de nuevo, me contuve.

«Lo siento mucho».

«¿De verdad lo sientes?».

Era una pregunta trampa. Pero no iba a caer. Solo respondí a su cara triste con un «Siento que estés triste».

«Me fui muy triste de España y te dio igual».

«Nada de tu vida podrá darme nunca igual».

«¿Puedo hacerte una pregunta, Mako?».

«Claro».

«¿Por qué los tíos sois tan tontos?».

Me eché a reír y así se lo hice saber con emojis.

«No tengo ni idea», contesté sincero.

Me avergüenza decir que no paramos en cinco horas. Al parecer, Mak y Mei habían salido a cenar con los mayores y ella se había quedado sola en casa. Hicimos una videollamada mientras cocinábamos, yo la comida y ella la cena, alcahueteando qué iba a preparar el otro, y luego decidimos ver la misma película juntos. No tenía nada que hacer ese sábado porque mis compañeros de piso se habían ido a las fiestas del pueblo de uno de ellos. Coloqué el móvil de lado, y las veces que me fijé en ella, estaba muy atenta a su propio televisor.

Se empeñó en ver una peli que se titulaba *Un amor imposible*, por si en ella aparecía la solución a nuestro pequeño problema vital y el visionado fue más interesante de lo que esperaba. El protagonista diferenciaba entre tres clases de amor: el que existe una vez casados, que es seguro y tranquilo; el pasional, que es arrebatador, efímero y disfrutón; y luego estaba lo que el llamaba los «encuentros inevitables». Y esos eran los que me interesaban a mí.

—¡Ese último no tiene ningún sentido! —opinó ella.

—¡Claro que sí! Es como *La Teoría de la sirena* de Barney Stinson.

—¿Qué teoría?

—Cuenta que los marineros, por puro capricho biológico, al cabo de muchas jornadas solos en alta mar, terminaban viendo a los manatíes como si fueran sirenas. Eso, en el mundo real, significa que, si ves a una persona todos los días y te cae bien, llegará el «inevitable» momento de que te parezca mucho más atractiva de lo que habías pensado en un principio. De repente un día, entra en tu radar sexual y te resulta una persona muy apetecible, pero no es real. Es fruto del roce, del cariño y de la necesidad.

—¿Por eso no quisiste venir a Australia? ¿Por que crees que eres un manatí para mí que he confundido con un sireno?

Otorgué con mi silencio.

—Admítelo —me presionó.

—Pues sí. Justo.

Ella chasqueó la lengua.

—Pues déjame decirte que estás equivocado...

Estábamos ambos tumbados en el sofá, en pijama, relajados, y me convencí de que aquello era algo que jamás haría con una sirena.

—Lo que no terminas de entender, Marco, es que yo nunca te he visto como un manatí. Nunca te veré así...

—Entonces es perfecto que no nos veamos. Fin del problema...

—El problema no es ese, sino que tú no me ves como una sirena.
—Ahora mismo pareces la bruja del mar, con esos pelos y ese pantalón de chándal roído.
—¡Déjame! ¡Estoy en *mood* ruptura!
—¿Qué ha pasado con Patrick? Cuéntamelo...
—Que no quería conocerme, solo quería follarme.
—Entonces has hecho bien en pasar de él.
—No lo tengo claro... A este paso moriré virgen.
—No tengas prisa.
—No la tengo. Sé que cuando llegue el momento será una mierda, porque no serás tú.
—Luz...
—Lo sé, lo sé... Me callo. No te preocupes. Tengo una mano y el recuerdo de aquel día en tu cama... Con esto tengo para años.
Percibí un movimiento sospechoso y una exhalación profunda por su parte.
—¿Qué estás haciendo?
—Nada. Cuéntame por qué fue un mal polvo el del otro día con esa chica. ¿En qué postura estabais? ¿Tuvisteis sexo oral previo?
—No pienso darte detalles —sonreí alucinado.
—Por favor... Dime qué fue mal... ¡Solo quiero saber eso!
—No fue... nada en concreto. Es que no fue... bueno.
—Pero la tenías dura, ¿no?
—¡Luz...!
—¿Sí o no?!
—¡Tú qué crees...! —contesté nervioso.
—¿Tan dura como aquel día conmigo? —preguntó con voz sensual.
—Deberíamos despedirnos ya...
—¡No! Tengo claro que nunca te tendré, ¿no puedes al menos ser sincero conmigo? Dime si fue parecido a aquel día conmigo...
—No. Fue... muy diferente.
—¿En qué? Estabas excitado. Ella era guapa, ¿por qué fue diferente?
—No lo sé... pero fue diametralmente opuesto...
—Ya lo creo —musitó como si fuera un gemido.
—Luz, ¿qué estás haciendo?
—Nada —jadeó sin disimular su estupor.
—Voy a colgar...
—¡Espera! Solo una pregunta más... —suplicó agitada—. ¿El otro día estabas tan duro como ahora mismo? Dime la verdad. Solo pido eso...
Nos miramos durante unos segundos eternos en la pantalla. Sabía perfectamente dónde tenía su mano y lo que estaba haciendo. Su respiración era irregular.
—No... —exhalé en tensión.
—¿No qué?
—Ahora estoy mucho más duro...
—Oh, dios... —gimió. Y me quedé hipnotizado en sus femeninos labios que mantenía entreabiertos para tomar aire—. No me cuelgues, Marco... Solo haz exactamente lo que harías si colgaras. Déjame verlo. Me lo debes...
—No te debo nada.
—Mete la mano, vamos, acaríciate como yo lo hice aquel día...

El dolor empezó a ser verdaderamente molesto. Pero si tan solo me la recolocaba, ya no podría parar. Y menos, viendo cómo se mordía los labios con placer.

Solo podía pensar en ellos, muy húmedos, alrededor de mi polla.

Resoplé angustiado. Tenía que parar aquella locura.

—¿Vas a colgarme? —preguntó jadeante—. ¿Seguro que quieres perderte el final?

Deseé tener la fortaleza para hacerlo, pero el corazón me latía demasiado rápido y mi mente iba demasiado lenta porque le faltaba riego. Tenía toda la sangre apelotonada en el mismo sitio.

—Si pudieras sentir lo mojada que estoy ahora mismo, alucinarías...

La humedad de la que hablaba se amontonó en mi boca y tragué atribulado.

—Tócate, Marco, por favor... Lo harás antes o después. Sé sincero... Me debes al menos eso.

Fue un leve sonido saliendo de mi boca el que me avisó de que había empezado a hacerlo y una tensión inaudita en mi bajo vientre no me permitió parar.

Cuando mis soplidos la alertaron de que lo estaba haciendo, enloqueció:

—¡Oh, joder, sí...! —Se dejó llevar del todo, y pude apreciar sus sensuales movimientos oscilantes.

Me miró. La miré. Si aquello no estaba bien, ¿cómo podía ser tan bueno?

Fue como volver a aquella cama. Esa noche. A tenerla en mis brazos, a saborear su lengua, a dejarme seducir por su toque.

—Me corro... —anunció—. ¡Ah...!

Su lascivo gemido me arrastró por el paraíso hacia la paja más potente y aparatosa que he tenido. Cuando alcancé el clímax, la excitación resbaló por mi mano en cascada sin importarme una mierda. Disfruté de los coletazos de placer, cerrando los ojos con fuerza. Aquello no tenía nada que ver con el orgasmo que había tenido días atrás en aquel yermo condón con aquella pelirroja.

Cuando pude volver a mirar la pantalla, ella me estaba esperando.

No dijimos nada. Ella me observaba satisfecha:

—Bueno, te dejo, seguro que tienes problemas logísticos... Te llamaré dentro de tres días a las doce de la mañana y fingiremos que nada de esto ha ocurrido. ¿De acuerdo?

—Vale... —contesté bloqueado debido a mis embarazosos problemas «logísticos».

—Buenas noches —sonrió.

—Adiós...

Después de lavarme, intentando que el arrepentimiento se fuera también por el desagüe, me metí en la cama y me dormí al momento. Así de aplastante era La Verdad.

Y sigue siéndolo... Porque cuando entro en el nuevo Dumbledore y me encuentro de frente con Luz, su belleza me golpea como si acabara de hacerlo con un bate de béisbol.

También están Ani, Luk, Charlotte y Lenny, que son con los que realmente he quedado. ¿Qué coño hace ella aquí?

—¡Hola! —me saluda afable, como si nunca me hubiera destrozado la vida—. Marco, te presento a Borja, mi prometido.

Un bulto de pelo rosa chillón se gira hacia mí y me observa de arriba a abajo como si no entendiera mi existencia.

—Borja, este es Marco, *mi hermano*.

No sé si se me para el corazón por oír esa jodida calificación o por ver al tío más anti-yo del mundo ofreciéndome la mano, encantado.

¿Este es su... prometido?

«Por encima de mi cadáver», pienso sin poder evitarlo.

CULPA NUESTRA

“¡Explícame cómo puedes seguir con tu vida, porque yo no puedo!”

Mercedes Ron



Intento no reírme de la cara que pone Marco. ¡Está flipando!

Creo que en su círculo social no acostumbra a conocer a «artistas» de la talla de Borja. Yo lo conocí en un evento de *influencers* y conectamos al instante. ¡Es un visionario! Y una persona especial donde las haya.

—Caray, ¿es que en esta familia solo hay gente guapa? —dice Borja estrechando la mano de Marco con sumo interés.

Mi hermanastro no sale de su asombro y me muerdo otra sonrisa.

—Encantado... —farfulla Marco.

¡Qué mal se le da mentir! Nunca ha sabido. Para mí siempre ha sido totalmente transparente, y cuando alguien te mira como si fueras la luna y las estrellas, acabas por enamorarte de él hasta la médula.

De pequeña, Marco era mi persona favorita en el mundo. Mis padres eran mis padres y debían educarme; sin embargo, con Marco todo eran momentos de calidad. Teníamos una conexión única.

Hasta que tuve once años y él dieciséis le pedía mi beso de buenas noches sin falta. Se sentaba en mi cama y yo le contaba mis aventuras en el colegio. Me encantaba que me escuchase y me aconsejara.

Me dejaron muy claro desde el principio de los tiempos que Marco no era mi hermano y nunca nos comportamos como tal. Yo siempre lo miré con amor, y no del familiar, sino del romántico.

A los doce o trece años ya me tenía loca. Me parecía el chico más perfecto del mundo tanto física como personalmente; se me notaba a kilómetros que sentía algo por él. Odiaba tanto a sus novias que les hacía conjuros. En mi diario describía cada una de sus sonrisas y roces casuales que, aunque eran pocos, los sentía muy importantes. Pero cuando se fue a la universidad, todo cambió.

Venía algunos fines de semana, pero el alejamiento fue inevitable.

En realidad, la que cambié fui yo. Empecé a crecer y a definirme... Las miradas de los demás no me pasaban inadvertidas y no dejaba de escuchar que con mi físico podría conseguir cualquier cosa. Pero yo solo quería una: que Marco me viera como a una mujer deseable. Que se

enamorara de mí igual que yo lo estaba de él. Y cuando terminó sus estudios y volvió a vivir en casa, hice lo imposible para que nuestros labios terminaran juntándose.

El problema fue que cuando lo logré, me llevé una patada en la boca.

Resultó que en vez de enamorarse de mí, ya no quería ni verme. De hecho, se fue de casa para compartir piso con cualquiera antes que conmigo. No podía creer mi mala suerte. Pero todavía podía empeorar...

Con Marco emancipado y yo decidida a probar suerte en el mundo de la moda con las redes sociales probándome ropa y demás, mis padres decidieron que era buen momento para mudarnos a Byron Bay.

Hacía un par de años que Lenny había perdido la voz debido al ataque en casa de mi tío Luk y las cosas en su familia no podían ir peor.

Al final, no sirvió de mucho, porque mis tíos terminaron divorciándose igual, pero al menos mi padre pudo estar al lado de su mejor amigo y mi madre al de su hermana en su peor momento.

Cuanto más se alejaban mis tíos, más se querían mis padres. No obstante, esa sensación les duró poco. Y todo fue por mi culpa...

—Perdonad... —nos esquivaba Marco haciéndome volver al presente.

En sus ojos leo que no entiende qué coño pintamos aquí. Llevo siete años sin verle, pero sigo conociéndolo a la perfección. ¡Es el de siempre!, solo que más fuerte, más hombre y más sombrío. Se le han agotado las sonrisas. Es lo que más he echado de menos de él.

—Vamos a ayudar a Luk y a Ani a remodelar esto —le explico—. Borja es muy buen decorador.

Marco vuelve a mirarnos, pero no dice nada. Creo que todavía no supera el atuendo de Borja. Lo de la americana de pelo de teleñeco rosa y la camiseta de piñas que lleva debajo ha sido demasiado para él.

—¡Marco! Gracias a Dios... —masculla Luk al verlo.

Creo que alguien necesita un chute potente de testosterona. Pero la peor reacción al conocer a Borja, fue la de mi padre ayer. Se quedó tan perplejo que mi madre tuvo que darle un codazo.

—¿Este tío va a darme nietos? —lo escuché mascullar después.

Y no pude hacer otra cosa que morderme la lengua para no reírme.

Porque no, no va a dárselos. Mi compromiso con Borja es puro *marketing*. Uno muy bien pagado por la productora que me contrató para aparecer en una nueva película que anunciarán debidamente después de acudir al festival de Cannes colgada de su brazo con un espectacular vestido de alta costura. Está todo pensado. Y si de paso me divierto con estos neandertales, mejor. Pero no contaba con que Marco estuviera aquí.

—¿Has traído los permisos? —le pregunta Luk a Marco.

—Sí, los tengo.

—¡Menos mal!

—¿Cómo vais con todo?

—Retrasados... Está todo muy diferente de cuando lo llevábamos nosotros. Charlotte nos está ayudando, pero...

—Yo le daría un lavado de cara completo a este lugar —opina Borja—. Con un poco de mano, podría quedar muy *cool*.

—No tenemos tiempo para eso —ataja Marco molesto—. Hay que abrir en tres días como mucho.

—Necesito dos semanas para hacer algo decente —repite Borja. Y sonrío ante la

confrontación que se crea.

La especialidad de mi «prometido ficticio» son los tipos duros. Habla su mismo idioma. Y Marco es el hombre más duro que he conocido nunca. Es difícilísimo penetrar sus murallas, pero cuando lo haces... Es inolvidable.

—No tenemos dos semanas —subraya Marco despacio como si Borja fuera tonto.

—¿Por qué no?

—Tenemos tres días para organizar lo básico y abrir —le dice a Luk.

—Vale, bajo a diez. Pero ni un día menos —cede Borja.

Marco lo mira estupefacto. No sabe si echarse a reír o a llorar.

—¡Venga ya! ¡Todo puede retrasarse diez días! —exclama Borja—, aunque sea quedando mal con todo el mundo. Pero hacedme caso, será la diferencia entre reabrir un local sin más o causar sensación.

—¡No queremos causar sensación! —berrea Marco.

—Yo sí... —dice de pronto Ani.

Marco la mira asustado, leyendo un «perdón» en la mirada de Luk.

No sé qué se traen entre manos, solo sé que sería un error no aprovechar que Borja está aquí y quiere ayudarles con su negocio.

—Ani... no tenemos tiempo... —susurra Luk hacia mi tía.

—Cuando yo no tengo tiempo, lo fabrico —dice Borja con chulería.

—Me encanta este chico —sonríe Ani. A mí se me escapa la risa y todos me miran con fastidio por traerle a nuestras vidas.

—Escuchadle, por favor —pido en general.

Marco me mira decepcionado. Sé que estoy interfiriendo en sus planes, pero yo también tengo los míos, y son igual de importantes.

—Esto no puede estar cerrado este fin de semana —declara Marco—. Es el lugar de ocio donde se reúne la juventud. Si no abrimos, alguien perderá mucho dinero... Se formará un caos con los proveedores de todo tipo de servicios —dice mirando a Luk y a Lenny, mandándoles un mensaje subliminal. Sé que hablan de drogas. Quieren atrapar a alguien.

—Entiendo lo de los proveedores —dice Borja—. Pero hay solución.

—¿Cuál?

—Trasladar la fiesta a otro lugar. Anunciaremos la reapertura del local por todo lo alto para la semana que viene. Si lo cerráis, será con la promesa de darles una maravilla cuando terminemos con él. Fijaremos la fecha de inauguración y la gente estará deseando volver.

Los presentes se miran unos a otros y esperan que Marco lo acepte. Su autoridad le precede. Su buen juicio. Le he contado a Borja toda mi historia con él y le he dicho que procurase metérselo en el bolsillo.

—¿A dónde trasladaríamos la fiesta este fin de semana? —pregunta Marco escéptico.

—Se me ocurre organizar una fiesta en la playa. ¿Qué te parece, nena? —Me arrima a él cariñoso—. Puedo invitar a un par de amigos VIPS. Poner un par de plataformas con gogós, acondicionar una barra y hacer algo parecido a lo que hicimos en el «Mykonos fucks Ibiza».

—Es una idea genial. —Lo abraza encantada. Él me besa el cuello y veo que Marco aparta la mirada.

—¿Mykonos fucks Ibiza? —repite Charlotte divertida.

—Era el lema de una fiesta que montamos en Grecia.

La veo sonreír y sé que tenemos otra aliada. Me cae bien esa chica.

—Si quieres que empecemos de nuevo con esto, hay que hacerlo bien —le dice Ani a Luk.

Este último piensa rápido dándose cuenta de que le está dando un ultimátum a su relación y que el local es como una alegoría de su historia de amor. En su mano está que resurja o se vaya a pique. ¡Reacciona, Luk!

Mi tío mira a Marco suplicante y dice:

—Lo de la fiesta en la playa podría ser buena idea para mantenerlos distraídos, ¿no? Así tendríamos más tiempo para renovar el local...

—Sí, pero que Mykonos se folle a Ibiza no será suficiente —dice Marco. Y oír esas palabras en su boca hace que me hierva la sangre—. Hay que organizar algo más grande, que implique a todo el pueblo y se movilice la seguridad. Como uno de esos torneos de fin de semana que organizaba Iker hace años, y por la noche, la fiesta de Mykonos para la juventud.

—Podría funcionar —apoya Lenny.

—Me gusta la gente que piensa a lo grande —sonríe Borja.

—Sí, pero tú no puedes estar en todas partes a la vez —dice Marco—. Si has dicho que vas a ayudarles con el diseño del local, hazlo. El resto tenemos que repartirnos todo lo demás...

—Charlotte tiene que quedarse en el local con nosotros —dice Ani.

—Le diré a Lucas que hable con Iker y Dani para lo del campeonato —apostilla Lenny—. Querrán hacer camisetas y pancartas y la gente tiene que apuntarse para hacer los equipos.

—Yo puedo encargarme de la fiesta Mykonos —propongo—. Tengo frescos los pasos que seguimos la última vez.

Marco me mira como si no me reconociera.

—¿Y qué harás tú? —le pregunta Borja vacilón.

—Procurar que nadie muera en el intento —responde Marco mordaz.

Borja se echa a reír.

—Me encanta este tío...

—Me voy —se despide Marco—. Hay mucho que hacer...

Borja rodea a Ani y a Luk por los hombros y se los lleva diciendo: «Venid conmigo y hablemos de arte».

Yo sigo a Marco.

—¡Espera!

Él se detiene y me mira como si no soportase estar cerca de mí.

—¿Qué pasa...?

—Quiero pedirte un favor.

—¿Cuál? —dice desconfiado.

—Que dejes atrás el mal rollo y estés normal conmigo.

—Estoy normal.

—No es verdad. No eres el Marco de siempre.

—Ese ya no existe, Luz. Estamos hablando porque mis primos se han metido en un lío que requiere intervención policial, pero no tengo ningún interés en retomar la relación con nadie. Y mucho menos, contigo. Espero que seas muy feliz en tu matrimonio...

—¿¡Puedes parar ya?! —exclamo harta—. ¡Deja de exagerar y réstale importancia, todos lo hemos hecho! Supéralo de una vez, Marco, y vuelve. Te echamos de menos.

Me fulmina con la mirada y se va del local. ¡La historia de mi vida!

Su especialidad es alejarse de mí. Por cada avance en la dirección correcta, retrocede otros tres. Como ocurrió cuando le llamé tres días después de la «masturbación telefónica» y... ¡sorpresa!, no me cogió el teléfono. Pero no me molestó porque ya me lo esperaba. Tampoco había mucho más que añadir. Su deseo por mí había quedado al descubierto, y no era un

puñetero encuentro inevitable por el roce, porque nosotros estábamos muy lejos el uno del otro. Lejísimos.

Le escribí un par de veces más, pero no obtuve respuesta, y por último, le mandé una foto para que no me olvidara. No llevaba un vertiginoso escote ni mi típico top ajustado con el ombligo al aire, sino que estaba tirada en la cama, con una camiseta suya puesta que había hurtado de su armario hacía mucho, y mirando a cámara para dejarle claro que le pertenecía.

Lo imaginé tirándose del pelo y echándome de menos.

Tras su silencio, impuse el mío y le hice creer que me había cansado de sus desplantes, solo así volvería a acercarse a mí.

Para conquistar a Marco debía jugar con su mente.

Una semana después, le puse un corazón naranja. Indicándole que ya no era rojo del todo, que se estaba oxidando, y su mente analítica lo pilló a la primera. Dio un doble click en él, apoyando la moción.

Pero no iba a rendirme. Mi corazón permanecería rojo impertérrito esperando la victoria. Mi estrategia consistía en abordarlo cara a cara en Navidad, en el momento más inesperado, y dejar en su mano el renunciar a mí para siempre o hacerme suya de una vez por todas.

Cuando supe que Marco había aceptado el billete para viajar a Byron Bay en Navidad me puse a bailar. ¡No podía esperar!

El día que llegó, después de saludar a los mayores, nos tocó el turno al resto.

Lucas y Aitor lo abrazaron con entusiasmo. Lenny, más retraído. Luego Cora y Lía, y me dejó a mí para el final.

Me miró dándome acceso a una parte de él donde todas nuestras confidencias, nuestros besos y nuestro placer estaban protegidos por una barrera irrompible que protegería con su vida.

El destino se encargó de que me estrechara entre sus brazos como si llevara mucho tiempo deseándolo. Lo escuché aspirar el olor de mi pelo y soltar un suspiro lleno de sufrimiento.

Os parecerá raro, pero fue uno de los mejores momentos de mi vida. Porque capté lo que significaba... bueno, lo captaron todos. Porque le fue imposible disimular lo que sentía.

—Te he echado de menos, pequeña —musitó embebido en mi pelo.

—Yo más. —Lo aprisioné contra mi cuerpo.

No quería separarme de él, pero tuvimos que hacerlo antes de que los mayores se dieran cuenta de que no me importaría tomar la cena de Nochebuena a horcajadas sobre él.

Marco guardó las distancias durante las fiestas y participó de la compañía de los mayores y de sus conversaciones más que de las nuestras. Al fin y al cabo, Lucas y yo teníamos diecisiete y el resto: 16, 14, y Lenny y Cora, 13.

Los días previos a Nochevieja, Marco vino con nosotros a la playa. Estaba abarrotada debido al buen tiempo y no pasé por alto las miradas furtivas que me echó.

Cuando fuimos todos al agua, aproveché para colgarme de su cuello y le pedí a Cora que hiciera lo mismo.

Había una gran diferencia entre cómo jugaba con ella y cómo me agarraba a mí, estudiando dónde poner sus manos. No eran imaginaciones mías. Sus pupilas estaban dilatadas y hambrientas.

—Yo me salgo —anunció Cora cansada. Poco a poco los demás hicieron lo mismo y Marco y yo nos quedamos solos en el agua.

Aproveché para volver a enroscarme en su cuello y solo entonces me miró sin miedo a dejar al descubierto sus sentimientos de nuevo. No dudé en abrazarlo con fuerza y acoplar mi cuerpo al suyo.

Él no dijo nada, solo disfrutó de la sensación del roce de nuestra piel. Tuve fuertes tentaciones de comprobar si estaba duro, pero no me hacía falta. Sus ojos vigilando mi boca y su respiración entrecortada me lo confirmaron.

—¿Por qué me miras así? —pregunté coqueta.

—¿Cómo te miro?

—Como siempre he querido que lo hicieras... Como si te gustara.

—¿Puedes culparme? Byron te ha sentado bien. Estás preciosa...

Me arrimé a su cuerpo de una forma más íntima y él echó un vistazo para comprobar si teníamos público.

—No hagas eso, pueden vernos.

—Pues llévame más hondo...

—¿Para qué? —preguntó con una anticipación perversa.

El silencio que siguió se llenó con todo lo que teníamos ganas de hacernos. Me arqueé contra él y resopló excitado.

—Necesitamos tiempo a solas, Marco —musité sensual.

—Eso sería muy peligroso... —musitó lascivo.

—Te besaría ahora mismo si pudiera —me atreví a decir—. ¿Y tú?

No respondió, pero leí en su mirada que él también.

Estaba pasando. Al fin sus sentimientos lo dominaban y no podía apartarse más. Marco tenía mucha fuerza de voluntad, pero un hombre enamorado es capaz de cualquier cosa.

—Te he estado esperando, ¿sabes? Sigo siendo virgen. Eres el único al que quiero dejar entrar en mi cuerpo...

Su mirada desorbitada me chivó que estaba a punto de perder el control al imaginar cómo sería, y se separó de mí, asustado.

—Luz, no me hagas esto, por favor... No me hagas sufrir...

—¿Crees que yo no sufro con tu rechazo, sabiendo que quieres hacerlo tanto como yo?

—No podemos... —zanjó sobrepasado.

—¿Quién lo dice?

—Mak no volvería a hablarme en la vida...

—¡Si le contamos lo que sentimos puede que lo entienda!

—¡No, Luz...! Ni se te ocurra hacerlo. Eso no es una posibilidad... Jamás lo entendería.

—Pues guardaremos el secreto. No tiene que saberlo nadie...

Se frotó la cara, nervioso.

—Yo lo sabré. Olvídalo, ¿vale? Es imposible. No vale la pena...

Mi corazón soltó un quejido.

—¿No la valgo? —repetí dolida.

—No, porque te perdería, y prefiero tenerte cerca aunque no pueda tenerte como deseo...

—La felicidad que sentirías teniéndome lo compensaría todo si te dejases llevar. No voy a esperarte eternamente, Marco... ¿De verdad vas a dejar que otro toque lo que es tuyo? Que devore cada centímetro de mi suave piel, que se hunda entre mis piernas hasta el fondo, que me deje marcada para siempre...

—Basta —gimió y comenzó a nadar con rapidez hacia la orilla.

Me quedé un rato más allí, suspendida en el agua, con la mirada llorosa. Quizá tuviera razón y no lo mereciera. Porque toda la pena que estaba sintiendo estaba destruyendo mi amor propio. Me hacía sentir que no era suficiente para él. Daba igual lo hermosa que fuera, no me quería. No como yo necesitaba que lo hiciera.

A partir de ese momento, lo ignoré y redirigí mis atenciones hacia otra persona. Hacia la única que podía ayudarme. Un valiente...

Kali, el hijo de los vecinos, no se cortaba un pelo en piropearme siempre que podía, pero yo sabía que no tenía un interés real en mí, lo hacía solo para molestar a mis primos y poner celosa a Cora.

Se suponía que sobre el papel solo tenía trece años, pero viniendo de Etiopía, seguro que su certificado de nacimiento era inventado y tenía al menos quince o dieciséis; su fornido cuerpo lo proclamaba sin remilgos. Y no eran los quince de un país primermundista, sino los de un país subdesarrollado donde con esa edad ya eres un adulto con casa propia, familia e hijos.

Me había fijado en que salía a echar la basura puntualmente a las nueve de la noche, y un par de días antes de Nochevieja, lo abordé.

—¡Eh! Hola... Necesito pedirte un favor.

—Uy, qué miedo —contestó vacilón—. ¿Qué quieres?

—Que presumas de que vamos a follar en la fiesta de Nochevieja.

—¿Que qué...?!

—No te emociones. Solo es un experimento.

—¿Y ese experimento consiste en saber cuántos huesos pueden romperme tus primos?

Solté una risita.

—No, consiste en que la gente que nos gusta entienda de una vez que no puede seguir dándonos largas...

—A mí no me gusta nadie.

—¿No babeas por Cora? —lo piqué—. Sé que le intrigas. Si quieres que mueva ficha, le vendría bien saber que tiene competencia y que alguien antes que ella va a probar lo que es hacerlo con un... contigo.

—¿Ibas a decir con un «negro»? Puedes decir la palabra, no es ningún insulto, ¿sabes? —murmuró ofendido.

Me sorprendió que se lo tomara así.

—¡Ya lo sé!

—Pues no has sido capaz de decirlo.

—¡Oye, que yo no soy racista!

—¿Y por qué me tratas como a un animal de feria?

Abrí la boca alucinada.

—Yo no... —La voz se me trabó. Porque pensándolo un poco sí que lo había cosificado como un ser con una minga considerable solo por su tono de piel.

—Olvídalo... —Se fue.

—¡Espera! Lo siento, de verdad, no era mi intención hacerte sentir mal. ¡Al contrario! He venido a aprovecharme de que eres un chico guapo con un cuerpo escultural para tu edad que pertenece a una raza que tiene fama de estar muy bien dotada. ¡Ha sido más bien un halago!

—¿Te parezco guapo?

—Sí...

—¿A pesar de ser negro?

Esa pregunta me descolocó. ¿Como que «a pesar»?

—A mí me parece un rasgo muy exótico y diferente.

—Tú también eres exótica y distinta a las chicas de tu edad. Eres muy guapa y tienes un cuerpo escultural para tu edad... Si yo viniera a pedirte el mismo favor, ¿te lo tomarías como un halago o te sentaría mal?

—Mal... —admití—. Lo siento mucho. —Me tapé la cara—. ¡Es que estoy desesperada! Y si mis primos te tienen manía es porque saben que eres un rival fuerte, tenlo claro.

—¿Por quién estás desesperada? ¿Quién es el afortunado?

Me dio miedo decírselo, pero no tenía nada que perder.

—Por Marco.

—¿Ese no es tu hermano...? —preguntó atónito.

—No. No lo es. Para mí es el chico que vivía conmigo y al que siempre he amado. Pero él pasa de mí...

—¡No me extraña! Es un buen marrón...

—Ya nos hemos liado —sentencié—. Y más de una vez...

—Joder... —Flipó.

—Le he dicho que me estoy reservando para él, pero si supiera que voy a estar con otro... quizá reaccionaría.

—Pfff... Me van a partir las piernas, preciosa... pero te ayudaré.

—¿En serio?! —celebré—. ¿Por qué? —pregunté extrañada.

—Porque solo sé hacer una cosa bien y es... cabrear a los Morgan. Son los únicos a los que les importa lo que digo... Me hacen sentir importante.

Nos echamos a reír. Mis primos decían de él que era un ser despreciable, pero en ese momento me pareció solo un incomprendido.

Y sí que tenía un don para cabrearlos... Buf.

No sé cómo lo hizo. Yo solo tuve que seguirle el juego cuando nos encontramos la noche anterior en el *pub*. La Nochevieja caía en domingo e íbamos a celebrarlo juntos en casa de mis tíos Kai y Mía.

El cabrón aprovechó para robarme un beso delante de todos, pero mereció la pena por la cara que puso Marco y la conversación posterior. Se notaba que llevaba tres cervezas de más...

—¿Qué se supone que haces? —masculló.

—Buscarme a otro que riegue mi flor. ¿No es eso lo que querías?

—Sí, pero no con él.

—Da igual con quien, si no va a ser contigo... Estoy harta.

—Luz, por favor... Sé razonable. Ese tío es escoria. Sería un gran error.

—¿Más que hacerlo contigo?

—¡Sí, joder...!

—Pues ya sabes... Tienes hasta mañana a las doce para impedirlo.

—No me hagas esto, Luz... —repitió ebrio.

—¡Me lo estás haciendo tú a mí! Si no sientes lo mismo, quiero pasar página y lo haré mañana por la noche. De ti depende que quede un borrón horripilante o el mejor recuerdo del mundo.

Al final no importó... porque alguien arrancó esa página de cuajo.

13 SEDUCCIÓN

*“Tu insistencia al oponerte a esto sólo alimenta mis ganas de demostrar que me deseas.
Haré lo que haga falta”
Jodi Ellen Malpas*



Abandono el *pub* antes de que me dé un ataque.

¿Que lo supere? Me cago en la puta de oros...

Han pasado siete años y seguro que desde entonces ella ha tenido una vida fabulosa, pero yo no he vuelto a levantar cabeza. No creo que pueda superar nunca lo que pasó esa noche.

Saco el móvil y hago algo que no quería tener que hacer.

—¡Hombre...! —responden al segundo tono.

—Hola, Yolanda. Siento molestarte.

—No me molestas. Estaba esperando tu llamada.

—Genial... —Me siento humillado.

—¿Qué ha pasado?

—Adivínalo, ya que lo sabes todo.

—Que tu familia te ha recibido con los brazos abiertos después de mucho tiempo y no lo soportas.

—Al menos vales lo que cobras —mascullo dándole la razón.

—Te conozco como si te hubiera parido, Marco.

—Me alegro, para eso te pago. Necesito herramientas para manejar esta situación, Yolanda... Luz me acaba de decir «que lo supere de una vez» ¡y Mak me ha dicho que sigo siendo un Morgan! ¿Qué coño hago?

—¿Te has planteado lo de disculparte y pelillos a la mar? Ella va a casarse y es evidente que Mak ya te ha perdonado...

—Pero yo no. Y nunca lo haré.

—Marco...

—¡Necesito soluciones prácticas para aguantar dos semanas más! Me iría ahora mismo al aeropuerto, pero no puedo dejar tirados a mis primos. He intentado esquivarles, pero es del todo imposible. Ayúdame, por favor...

—De acuerdo. Cuéntame por qué me has llamado ahora mismo. ¿Qué ha pasado en los últimos diez minutos?

—¡Que Luz me ha presentado a su prometido como si nada! ¡Y le ha dicho que soy su hermano! ¡SU HERMANO!

—Entiendo.

—Casi cojo un taburete y lo destrozo contra la barra... —Me froto el pelo.

—¿Estás celoso?

Suelto una carcajada histérica.

—¿Estás loca? ¡Yo no quiero estar con Luz! ¡Lo que quiero es alejarme de ella lo máximo posible!

—Curioso... ¿Sabes qué creo, Marco? Que no puedes perdonarte a ti mismo porque sigues sintiendo algo por ella.

—Claro que siento algo, ¡la odio!

—¿Por qué?

—Por darme un ultimátum. Por empujarme hacia una situación que nunca debió ocurrir. Por...

—¿Por no poder olvidarla? —termina por mí.

—Cómo iba a hacerlo... La conozco desde que nació. Es mi familia. Es... Tú no sabes cómo es.

—Claro que lo sé. Me enseñaste su cuenta de Instagram y soy muy consciente de que es una tentación con piernas. Por eso quieres largarte, porque no te fías de ti mismo, ¿verdad?

—Joder... —resoplo angustiado—. ¿Te he dicho que me caes mal?

Oigo cómo se ríe, pero lo digo en serio. ¿Causo yo esta sensación? Tengo que dejar de comportarme como un inspector de Hacienda...

—Voy a darte un consejo, Marco, y espero que lo sigas. Puede ser la solución a todos tus problemas.

—Te escucho. —Me concentro.

—Creo que deberías tirártela otra vez.

El suelo bajo mis pies se tambalea y pierdo el equilibrio. ¿Qué coño acaba de decir?

—¿Disculpa...?

—Ya me has oído. Estás traumatizado, y el tiempo no te ha curado. Debes volver al punto inicial para dejar de demonizarte y no seguir idealizándola. Luz tiene razón, necesitas dejar de darle tanta importancia, y la única manera de que lo entiendas es repetirlo y darte cuenta de que no es para tanto.

—¡¿PERO QUÉ CLASE DE TERAPEUTA ERES TÚ?!

—La mejor. Según el premio ANPIR por tercer año consecutivo...

—¡Pues se te va la pinza más que a nadie! ¡Estás despedida!

Cuelgo, pero no me preocupo. Lo primero que me preguntó al entrar en su consulta el primer día fue que si de verdad quería curarme. Cuando le juré que sí, me contestó: «bien, pues recuerda que, cada vez que quieras despedirme será cuando estés cerca de lograrlo».

La madre que la parió, ¡qué descansada se quedó!

Claro que no he olvidado a Luz. Estos años no he dejado de preocuparme por ella, de estar orgulloso de su éxito, de husmear demasiadas veces en sus redes sociales y de compararla con todas las chicas que he conocido... Incluso con Eva, una novia con la que estuve dos años y medio, acabó dándose cuenta de que «había otra». De que «no me entregaba del todo», de que «mi corazón estaba ocupado», palabras textuales, pero no era eso. Es que lo tenía roto... Mak le dio una patada voladora y yo terminé de rematarlo dejándolo inservible para siempre.

No me perdonaba haber caído en la tentación. Fue tan increíble... Tan sucio. Tan indecente. Tan perfecto... que cada vez que lo recordaba me sentía un puto degenerado.

¿Qué iba a perdonarme Mak exactamente? ¡Si yo pensaba lo mismo! No quería que volviera a quererme, porque yo no lo hacía.

Muchas veces pienso que si volviera a vivirlo de nuevo no lo haría, pero luego recuerdo la situación y creo que sería incapaz de resistirme. Luz tiene un poder sobre mí que me da pánico. Por eso huyo de ella.

La noche que me dio el ultimátum con Kali apenas dormí; no quería que llegara el día, pero por mucho que lo intenté no pude frenar el tiempo.

Esa mañana, Lucas se marchó temprano a la playa y me fui con él para estar el menor tiempo posible cerca de ella y de sus atrayentes ojos azules que me preguntaban insistentes si había tomado una decisión.

Sinceramente, no podía pronunciar ese «ok, acuéstate con otro».

Lucas captó que me pasaba algo, pero como él siempre ha odiado que le pregunten por su vida sentimental, solo dijo:

—¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

—No... Tranquilo. Estoy bien.

—¿Y por qué parece que estés rezando para ahogarte en el mar?

Sonreí ante la broma.

—Es una playa bastante bonita para morir.

Me miró ceñudo.

—Debe de ser duro haberte quedado viviendo solo en Madrid —me tanteó.

—Sí. Pero era lo mejor...

Volvió a mirarme perspicaz. No lo demostró, pero sé que entendió que me refería a Luz. Había captado que entre nosotros había algo más que una simple nostalgia fraternal, como si él fuera un experto en desear lo que no se debe.

—Al que he visto jodido es a Lenny... —comenté—. Ya hace dos años que sucedió aquello y sigue muy encerrado en sí mismo.

—Sí... por eso sus padres se van a separar. Porque los psicólogos dicen que ser testigo de sus peleas, refuerza su culpabilidad.

—Pobre... Se arrepentirá toda la vida de haber apretado ese gatillo.

—Yo creo que tarde o temprano se dará cuenta de que fue lo mejor que pudo hacer. Si hubiera sido al contrario, es decir, si por culpa de no apretarlo ese tío hubiera matado a su madre, el arrepentimiento sería aún mayor.

Lo miré con atención.

—Siempre nos arrepentimos más de lo que no hacemos... —dijo pensativo y noté que lo había experimentado en primera persona.

—¿Tú estás bien?

—Sí... Pero hace poco perdí la oportunidad de hacer algo que deseaba mucho en un armario y...

—¿En un armario?

—Da igual... La cosa es que ahora me arrepiento de no haberlo hecho cuando tuve la oportunidad. Quise ser juicioso y me di cuenta tarde de que solo era un cobarde que intentaba ocultar sus sentimientos.

Sus palabras me trastocaron mucho.

A mediodía, nuestras madres prepararon una deliciosa comida familiar en la que todo fueron risas, buen humor y sentir el abrazo familiar que tanto echaba de menos. Incluso Luk y Ani cedieron un poco a la nostalgia al ver a Lenny más animado.

Por la tarde, los tres reyes me cogieron por banda para ir a tomar algo antes de cenar, y fueron unas horas tan épicas, de cachondeo, de bravuconadas, de gestos que construyen quién eres, que se me quitó de la cabeza el ponerlo todo en juego.

Todos bebimos un poco de más, para que Luk olvidara del todo su difícil situación familiar. Y funcionó. Estábamos pletóricos, sobre todo mi padre.

—Estoy tan contento de que estemos todos juntos —sonrió encantado—. Te he echado mucho de menos, hijo.

—Mentiroso —me mofé—. ¡Estás en el paraíso con tus mejores amigos! No me necesitas.

—Sería el paraíso si tú estuvieras aquí permanentemente. Solo entonces todo sería perfecto. —Me acarició el cuello.

Desvié la mirada, atribulado.

—Pero te entiendo —añadió deprisa—. Mis padres también sufrieron cuando me fui de casa para vivir mi propia vida, pero no sabía que tanto...

—Vamos a vernos mucho. O eso espero...

—Ya, pero llevo echándote de menos desde que te fuiste a la universidad. Eso sí fue una puñalada traperera, dejarme tirado en casa con una mujer entrando en la menopausia y otra en la adolescencia.

Solté una risotada y me espachurró para vengarse en broma.

—Por suerte, Luz ya es toda una mujer... —musitó con orgullo.

Ahí sí que miré al suelo, deseando enterrar la cabeza en él.

—Sí... —confirmé.

—No quiere estudiar —dijo pesaroso—. Quiere hacer carrera en las pasarelas. Y sé que es muy guapa y podría conseguirlo, pero tengo miedo de que no sea feliz cuando deje de ser una jovencita deseable. Necesita hacer algo más con su vida aparte de eso.

—Estoy de acuerdo.

—Por no hablar de la cantidad de babosos que se pajearán con ella... —resopló—. Eso lo llevo fatal.

Me atraganté con la cerveza que casualmente estaba bebiendo.

—Eso es inevitable, aunque no sea modelo —contesté.

—Los mataría a todos con un simple chasquido de dedos, como Thanos... —farfulló ebrio. Y los huevos se me metieron hacia dentro. Porque sabía que lo decía en serio. Le gustaba liquidar maleantes de por sí, y a tíos así más todavía.

—¿Y tú qué? ¿No hay nadie especial por ahí? —me preguntó con picardía—. ¿Por eso quisiste quedarte en Madrid, bandido? Dime la verdad.

—Algo así, sí.

—Debe de ser muy especial para separarte de tu familia —dijo Luk.

—Lo es...

—¿Por qué no nos lo habías contado? ¿Cuándo nos la presentarás? ¡Quiero conocerla! —dijo *mi padre* ilusionado.

—¿Por qué eres tan puto cotilla? —saltó Kai con una sonrisa.

—¡Habló! —exclamó Mak divertido—. Entre Dani y tú podrías hacer un blog de cotilleos de Byron. Entre los dos lo sabéis todo...

—Todo no. No sé por qué mi hijo me odia —murmuró beodo.

Todos guardamos silencio.

—Lucas no te odia —dije con pena. Pero no debería haberlo hecho porque esas fueron las últimas palabras textuales que oí de su boca cuando le pregunté por su padre esa misma mañana.

—Algún día querré conocer a esa chica especial —dijo Mak—. Me quedo más tranquilo sabiendo que tienes a alguien. —Me apretó la pierna con cariño. Y lo recuerdo bien porque esa fue la última vez que me tocó. De forma amigable, al menos...

Cuando volvimos a casa, me juré mantener la calma. Luz no podía chantajearme emocionalmente de esa manera. Debía dejar que viviera su vida y que cometiera sus propios errores, pero cuando la vi aparecer en el jardín, me quedé sin respiración. Los cuatro lo hicimos, de hecho.

El silencio subrayó que acababa de pasar un ángel. Era ella misma.

Su pelo negro brillaba más que nunca. Sus ojos azules refulgían en la noche y sus jugosos labios de fresa rivalizaban con su vestido color sandía. Visualizamos tan claramente que era carne de alfombra roja que nos quedamos sin habla.

—Hola... —Sonrió vergonzosa. ESTABA. JODIDAMENTE. PERDIDO.

—Cariño, estás preciosa —musitó Mak, conmocionado.

—Ya lo creo —repuso Luk.

—Desde luego —confirmó Kai.

Al no decir nada, me miró esperando el pertinente piropo. Pero yo era incapaz de hablar, me había dejado mudo de la impresión, y un segundo después, los tres estudiaban mi desconcierto con ojo crítico.

El tiempo pasaba y tenía delante a tres puñeteros SABUESOS expertos en olfatear delincuentes, y yo no dejaba de pensar en cometer un delito con ella.

Respiré hondo para recuperar el oxígeno y fruncieron el ceño.

—Señorita... —empecé serio—. Olvídate de salir así esta noche. Ve a ponerte unos vaqueros o algo con lo que estés menos guapa. ¡Mak, dile algo! Dile que como salga así, algún listo la secuestrará...

Por suerte, los tres se echaron a reír a capela, siguiendo la broma.

Yo no me reí. No mientras me clavase esa mirada que ya estaba desabrochándome el pantalón...

Me mojé los labios y suspiré ante su expresión triunfante. Estaba arrebatadora, esa es la verdad. Y no dejaba de pensar en el sabor de su boca. En lo que sentí al besarla el último día en mi coche. En ese abrazo en el agua...

No es que en ese momento decidiera que cumpliría sus sueños húmedos, pero tenía claro que no iba a dejar que Kali se la beneficiara.

No la merecía.

Nadie la merecía.

Quizá algún príncipe o algún famoso jugador de hockey sobre hielo. Los demás, ninguno, y menos, ese gilipollas.

Cuando los vecinos aparecieron, Kali y Luz se saludaron cariñosos. Con su altura, su planta y una elegante americana negra, él parecía mayor de lo que era. Me chirriaron los dientes cuando le dijo algo al oído y ella se rió coqueta. Después le dijo que estaba muy guapo. Mi camisa azul cobalto no era gran cosa, pero no la había mencionado.

Después de tontear con Cora y cruzar un par de frases irónicas con Lía, Kali se escabulló a por algo de beber al pequeño bar que mi tío Kai había improvisado en un lateral y lo seguí.

—¿Sabes dónde hay algo de vino? —me preguntó como si nada.

—¿Acaso tienes edad para beber?

—¿Eres poli o qué? Un día es un día. Y necesito relajarme.

—Mientras no lo hagas con mi hermana, vale... —mascullé.

Su respuesta fue sonreír como un auténtico hijo de puta.

—No te enfades, anda, que es Nochevieja.

—Hablo en serio...

—Si no soy yo, será otro, Marco. ¿Crees que una chica como ella va a permanecer mucho tiempo en el mercado de las vírgenes? Despierta.

—Ya lo sé. Pero no será hoy. Y menos, contigo.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo de malo? ¿Es por que soy negro?

Su inseguridad no me pasó inadvertida.

—No. Es porque lo hace por despecho y no debería ser así...

—Tienes razón. Debería hacerlo con alguien del que esté enamorada y que la quiera de la misma forma, pero me ha dicho que eso es imposible, así que se ha buscado una buena tranca que lo compense.

Me acerqué a él amenazante.

—Si la tocas, desearás estar muerto...

—Adelante. Hazme lo que quieras —dijo impasible—. Merecerá la pena ver cómo te detienen por atacar a un menor.

Cuando entendí que Kali no atendería a razones, pasé al plan B: no alejarme de ella en toda la maldita noche.

Tremenda mala idea...

Porque cada palabra que decía, cada sonrisa que regalaba, cada mirada que me echaba, iban calentándome el pecho hasta que los demás dejaron de existir para mí. Mi debilidad quedó confirmada.

A medianoche, esperamos la cuenta atrás, como cada año, mirando al cielo para ver los fuegos artificiales que hacían en una playa cercana. Era espectacular ver cómo caían prácticamente en nuestro jardín, pero cuando giré la cabeza para verle la cara a Luz, vi que Kali la estaba besando aprovechando que todo el mundo estaba pendiente del espectáculo pirotécnico y se me cruzaron los cables. Me consumí vivo y no la empujé lejos de él de milagro.

Logré permanecer en silencio, apretando los puños y cuando el petardeo terminó, todo el mundo empezó a felicitarse entre sí.

Apenas recuerdo esos besos, abrazos, palabras, buenos deseos y felicitaciones. Eran los últimos y me los arrebató para siempre.

Cuando la locura terminó, me di cuenta de que ella y Kali habían desaparecido. ¿Dónde coño estaban?

Pensé que me ahogaba al imaginarlos desnudándose.

Cuando vi que mi padre ayudaba a mi tío Luk a encender unas luces de colores y a poner música, no me lo pensé dos veces y fui en busca de Luz.

No sabía dónde buscar.

No creí que se hubieran atrevido a subir a ninguna habitación. Si yo estuviera en su lugar, iría a la bodega o al garaje. Mejor la bodega porque había un cómodo sofá en el que enrollarse.

Cuando los encontré allí y vi que estaban vestidos, respiré aliviado. Estaban muy cerca el uno del otro, pero solo hablando y sin tocarse.

Cuando repararon en mi presencia, hubo un cruce de miradas.

—¿Qué haces aquí? Vete ahora mismo —ordenó ella enfadada.

—No pienso irme...

—Vámonos a tu casa, Kali.

Dejé que él pasara por mi lado, pero cuando ella iba a hacerlo le corté el paso.

No me hizo falta decir nada para que supiera lo que quería. Solo murmuré un «Lárgate» hacia él y Kali se marchó.

Cuando volví a mirarla, se cruzó de brazos con un gesto belicoso.

—¿Qué pasa, Marco? ¿Ahora eres un «ni conmigo ni sin mí»?

—Solo quiero hacerte una pregunta...

—¿Cuál?

—¿Por qué quieres acostarte con un tío que no te quiere y al que no quieres? ¿Por qué no ves lo mala idea que es eso?

—¡Porque me da igual! —exclamó ofuscada—. ¡Nunca querré a nadie como te quiero a ti, *Mako*! ¡Y ningún tío me querrá nunca tanto como tú! ¡¿Por qué no lo ves tú?! —Su voz se partió al final—. ¿Por qué... por qué no me quieres como necesito que me quieras? —sollozó indefensa.

Estaba tan preciosa que dolía mirarla, pero dolía aún más verla sufrir por mí.

Me acerqué a ella y le sujeté la cara con cuidado.

—Eres tú la que está ciega, pequeña... Te quiero tanto que apenas puedo soportarlo, ¿lo entiendes? Quise quedarme en Madrid porque no puedo controlarme si te tengo cerca... No puedo, joder.

Ella negó con la cabeza. Sus ojos estaban bañados en lágrimas.

—Si me quisieras bien, no me harías daño...

La agarré con más ímpetu, enfadado por que dijera aquello y me quedé a tres centímetros de su boca.

—Te quiero más que a nada, joder... Más que a cualquier cosa.

—Si eso fuera cierto, sacrificarías tu felicidad por la mía. Pero prefieres que sufra yo a hacerlo tú... Eso no es amor.

Sus palabras me hirieron profundamente. ¿Era cierto? ¿Estaba pensando solo en mí?

—Tú no sabes lo que estoy sufriendo...

—Pues yo no pienso permitir que sufras.

Su boca encontró la mía con el roce de labios más perfecto que ha existido. Y de pronto, vi tan claro que besarla superaba con creces todos los pequeños placeres que me mantenían con vida que no paré. Sentir su boca cerrándose sobre la mía, no podía compararse a nada.

Tener su sabor surcando mi torrente sanguíneo era una puta fiesta para todos mis sentidos y la euforia me dominó por completo.

No podía parar de besarla con pasión. Si alguien nos pillaba, sería horrible, pero me dio igual; porque lo sería aún más si no lo hacíamos.

La llevé hasta el sofá que había pegado a la pared y justo antes de caer juntos en él, sin dejar de besarnos, tuve el tino de apagar la luz.

La bodega estaba ubicada en el semisótano, así que la luz de la luna se filtraba por las escotillas superiores que estaban a nivel del suelo, lo que dotaba al ambiente de un resplandor azul muy especial.

No quería separar mi boca de la suya para nada. Quería quedarme sostenido en ese instante caliente y perfecto para siempre. En esas llamas que ardían entre nosotros y que estaban dejándome sin ropa por momentos.

Nuestras manos iban como locas tocando todo lo que podían.

Su abultado escote no dejaba de inflarse y desinflarse debido a su respiración acelerada. El vestido era palabra de honor y, sin poder evitarlo, mi boca atacó sin piedad su canalillo. Que de un solo movimiento se lo bajara para ofrecerme sus pezones enhiestos, me hizo perder el control.

No puedo explicar lo simétricos, firmes y duros que eran... La jodida perfección hecha carne. Solo para mí.

Pensaba que me corría cuando empecé a aspirarlos, a apretarlos y a rozarlos con la lengua. Su cuerpo reaccionaba a cada caricia demostrando que estaba muy excitada. Se notaba que tenía experiencia en todos los pasos previos al coito. No obstante, cuando su mano fue a parar a mi bragueta, mi nivel de dureza la sorprendió. Quise advertirle que me rompería en mil pedazos si seguía tocándola.

Para evitarlo, empecé a meterle mano yo. Quería prepararla bien para que no le doliera, pero pronto me di cuenta de que no le hacía ninguna falta... Llevaba preparada para mí muchísimo tiempo y me lo demostró apoyando la espalda en el sofá y atrayéndome hacia sí para que encajara mi cuerpo con el suyo.

Nunca había estado tan ansioso por estar con una chica.

El vestido tenía grandes aberturas que facilitaron el quitarlo de en medio. Parecía que lo había elegido pensando en ese momento en concreto. Era demencial.

Seguí besándola con fruición sin dejar de incrustarme en su cuerpo. Todavía no la había penetrado, pero era como si lo estuviera haciendo. No había vuelta atrás y los dos lo sabíamos. En ese instante, no pensé dónde estábamos ni qué día era, solo asimilé que si no lo hacía, me moriría.

A base de tirones, conseguimos que nuestros sexos desnudos se rozaran, como no dejaban de hacerlo nuestras lenguas húmedas y jadeantes.

Hubiese preferido hacerlo en otras circunstancias. En una cama, con velas, música relajante y más tranquilidad, no como si el mundo fuera a acabarse de un momento a otro. Menuda premonición fue...

Cuando metí la mano para guiar mi miembro hasta el vértice de sus piernas, me sorprendió lo mojada que estaba.

—Por Dios... —gemí cautivado.

—Hazlo ya... ¿Tienes un preservativo?

—Sí —Lo busqué en mi bolsillo y lo abrí con los dientes.

—¿Lo cogiste pensando en mí? —preguntó ilusionada.

Me coloqué sobre ella de nuevo y nos miramos a los ojos con un deseo infinito.

—Siempre es por ti, pequeña —musité sentido—. Siempre... aunque esté con otra.

Ella sonrió extasiada y nos besamos con un sentimiento sagrado.

No tenía ni idea de que algunos sueños podían hacerse realidad. De que fuera tan fácil conseguirlos cuando dejabas de resistirte a ellos. Que pudieran ser tan importantes como para sacrificar toda una vida en el intento...

Nos besamos con los ojos abiertos por última vez; ninguno de los dos quería perderse la expresión del otro al acoplarnos por fin.

No lo vocalizamos, pero ella me suplicó con los ojos que no me echara atrás y yo le pedí perdón con los míos por no poder detenerme.

Me colé en su interior de un solo empujón con un suave gruñido.

Ella gimíó alto y el placer que me atravesó fue tan sublime que por poco me desmayo. Esperé para moverme despacio, quería que se acostumbrara a mí. Ansiaba que desapareciera el dolor y que no perdiera la tensión del orgasmo inminente que había empezado a fraguarse en su bajo vientre durante el *petting*.

La embestí despacio y profundamente, como si quisiera grabarme a fuego en sus entrañas. Es cierto eso de que nunca sabes que es el mejor día de tu vida hasta que lo estás viviendo.

Nos movimos sorprendidos de que aquello fuera tan increíble.

—Sí, por favor, sigue... —gimió bajito. Y al oírla, aceleré el ritmo.

No quería pasarme, porque mi grado de excitación era máximo y temía que el sueño terminara rápido. No deseaba perder esa sensación de que estaba hecha a mi medida. Habíamos nacido para estar juntos.

La besé ensimismado, disfrutando de un placer inigualable que no sabía si alguna vez volvería a vivir. Entonces, ella me tocó la cara y nos miramos.

—Te quiero —jadeó—. Siempre te he querido y siempre te querré.

Esas palabras, combinadas con el orgasmo que estaba a punto de alcanzarme fueron lo mejor que he sentido en mi vida.

—Yo también —musité cerrando los ojos, sobrepasado. Y volví a besarla aumentando el ritmo de las embestidas.

Que me clavara las uñas en la espalda me indicó que estaba a punto de llegar, y seguí embistiendo para deslizarme con ella en una espiral de deleite que me dejó totalmente desorientado.

Fueron segundos. Segundos contados en el cielo. Hasta que oí:

—¡¡¿QUÉ COÑO ESTÁIS HACIENDO?!!

Era la última voz que hubiera deseado escuchar. La de *nuestro padre*.

14
CULPA TUYA

*“¿Qué es peor que te
rompan el corazón o romperselo a alguien a quien amas?”
Mercedes Ron*



Estoy a punto de entrar en el Capitán Nemo y veo a Marco diez metros más allá consultando la pantalla de su móvil.

Aparta la mirada como si le irritara lo que está leyendo y se cruje el cuello. Parece tenso.

Cambio de rumbo y me acerco a él.

—Hola... —saludo renqueante.

De un solo vistazo, analiza quién soy y recuerda todo lo que le he hecho. La expresión de sus ojos decide que no soy su amigo. Y no puedo culparle.

Fue sin querer, es cierto, pero yo fui el responsable de dejar al descubierto su aventura con Luz.

Esa Nochevieja bebimos más que nunca porque hacía bastante calor. El vino blanco entraba solo; me gustaba servirlo bien frío. Siempre he dicho que las del vino son las mejores borracheras: silenciosas, incitantes... Te hacen hacer locuras de las buenas. Así que mientras Luk y Mak terminaban de acondicionar la fiesta, fui a la bodega a por un par de botellas más.

Entré como si nada porque la luz estaba apagada, y justo antes de encenderla, los vi.

Bueno, más bien los escuché y luego los vi.

LOS VI, JODER.

No sé cómo fui capaz de retroceder sobre mis pasos y largarme. Estaba tan impactado que durante un lapso de tres segundos puse el piloto automático y fui a parar a donde había dejado a Luk y a Mak. Creo que intentaba retroceder en el tiempo para no descubrirlos.

—¿Qué te pasa? —me preguntó el *padre* de las criaturas.

A Mak no se le escapaba una. Y menos, tratándose de mí. Se aprendió de memoria las expresiones de mi cara cuando empezó a visitarme en la cárcel.

—Nada... —logré articular como un puto robot.

—¿Cómo que nada? Estás poniendo la misma cara que cuando te metías en un lío de los gordos. ¿Qué ha pasado? ¡Luk! —lo llamó para que se acercara.

—Nada... ¡De verdad! —dije nervioso.

—Kai...

Me froté los ojos porque no podía salir de mi asombro por mucho que lo intentara. La imagen

de Marco moviéndose con fervor sobre el cuerpo de Luz martilleaba mi cerebro. Porque esa era Luz, joder. Lo era. LO ERA...

—¿Qué pasa? —preguntó Luk observándome.

—No sé. Pero nada bueno. Míralo.

—Está pálido —confirmó Luk.

—¿Qué has visto, Kai? Dínoslo...

—Kai... —me presionó Luk serio. Su voz traslucía todo el miedo acumulado desde el ataque. Aunque hubieran pasado dos años, el pobre seguía en alerta.

—No es nada... En serio, dejadlo, por favor...

—¿No ibas a por vino? ¿Dónde está? —cuestionó Mak.

Mirarlo y tragar saliva no fue la mejor de las ideas.

—Iré a por él...

—¡NO! —grité impulsivamente—. Ya voy yo...

—Kai, me estás mosqueando —murmuró Mak comenzando a andar hacia la bodega. Su olfato para los problemas siempre fue innegable.

—No vayas, por favor... —supliqué aterrado plantándome en su camino.

—¿Por qué no?

—Por favor... —mientras pronunciaba esas palabras me di perfecta cuenta de que aquello iba a acabar mal. Terminaría enterándose porque de tonto no tenía un pelo, pero no podía permitir que lo viera.

Cuando volvió a esquivarme, me vi obligado a agarrarle. Y al notar mi resistencia, se deshizo de mí con un movimiento brusco y echó a correr.

No pude alcanzarle a tiempo.

Entró en la bodega como un toro y mis peores presagios se hicieron realidad. Marco seguía encajado en el cuerpo de Luz.

—¡¿QUÉ COÑO ESTÁIS HACIENDO?!!

Su voz sonó tan rotunda y cabreada que parecía de ultratumba.

Encendió la luz de un manotazo y Luk llegó justo a tiempo para fliparlo a todo color. Y para ver el triple salto mortal de Marco que le hizo terminar en el suelo.

—¡Papá...! —exclamó Luz incorporándose y tapándose los pechos.

—¡PERO QUÉ HOSTIAS...! —Mak no terminó la frase. Tenía los ojos inyectados en sangre. Y se acercó un par de pasos a ellos.

—¡Fuera de aquí! —gritó su hija, deteniéndole. Pero lo que lo detuvo fue la visión de una pequeña mancha de sangre en la tapicería del sofá.

Marco siguió su mirada con la cara desencajada. Parecía que el corazón iba a salirse del pecho, pero mantuvo la posición, con el pantalón y el calzoncillo desvencijados, como si fuera a protegerla si se le ocurría ir a por ella.

Pero Mak tenía muy claro a quien culpar de la deshonra de su hija, y no dudó en avanzar hacia Marco y cogerle del cuello.

—¡¿CÓMO HAS PODIDO, MARCO?! ¡TE LO HE DADO TODO! ¡TODOOOO! ¡¿Y ASÍ ME LO PAGAS?!

Cuando vimos que el chaval no tenía intención de defenderse, Luk y yo saltamos sobre Mak.

—¡Suéltalo! —grité agarrándolo con fuerza. Pero la rabia lo cegaba.

—¡Mak! ¡Mak...! —exclamó Luk, pero nuestro amigo no dejaba de zarandear a Marco con una violencia inhumana.

—¡ERES UN HIJO DE PUTA! ¡ES TU HERMANA, JODER!

—¡Y le quiero! —vociferó la susodicha.

—¡Tú, cállate! ¡No tienes ni puta idea de lo que te ha hecho! ¡Eres despreciable! —bramó mirando a Marco—. ¡Sabía que no podía confiar en ti! ¡Lo sabía! ¡No quiero volver a verte en mi puta vida!

—¡Mak, cálmate...! —voceó Luk alarmado.

—¡No me da la puta gana! ¡SE HA REÍDO DE MÍ, JODER! ¡Se ha aprovechado de ella! ¡Y de mí!

Mak estaba tan emocionalmente desequilibrado que la expresión de su cara oscilaba entre la desolación pura y la ira extrema de una forma muy siniestra. No sabía si iba a echarse a llorar o a matarlo con sus propias manos, pero por si acaso:

—Vete, Marco —le insté preocupado.

—¡ESO! ¡VETE Y NO VUELVAS NUNCA! —chilló Mak fuera de sí.

—¡Nooo! —sollozó Luz. Pero el chaval no se lo pensó dos veces y desapareció a la carrera.

Supongo que cuando lo vieron huir tan rápido, los demás se enteraron de lo que había pasado porque las mujeres no tardaron en aparecer y encontrar a Mak sentado en el sofá con las manos en la cara y a Luz llorando desconsoladamente.

—¿Qué ha pasado?!

Mis hijos aparecieron en tropel, junto a Lenny y Kali.

—¡Joder, menuda pillada...! —dijo este último, divertido.

Luz clavó su mirada en él.

—¡Eres odioso! ¡Todo el mundo te odia y con motivo! —Se lanzó a por él y Kali la empujó lejos antes de que lo tocara, lo que provocó que Lenny lo atacara sin remedio y se montara una revuelta.

—¡Lucas...! —grité enfadado. ¿No se daba cuenta de que debía proteger a los más jóvenes de ver u oír cosas de este tipo?—. Llévatelos de aquí a todos. —No vi a Aitor y me pregunté dónde estaría.

—Pero...

—¡Obedece YA! Marchaos de aquí.

Los obligó a salir y las mujeres también se llevaron a Luz.

En el último momento, Mía me miró asustada y negué sutilmente con la cabeza para comunicarle que aquello no tenía fácil solución.

Mei no sabía si atender a Mak o a Luz, pero los llantos de su hija se impusieron sabiendo que su marido nos tenía a nosotros.

Luk y Ani ni siquiera se miraron. Actuaban como si no existieran. Como si nunca hubieran perdido a un hijo ni tuvieran a otro traumatizado. Era su forma de manejar el dolor. Los habíamos convencido para acudir a la fiesta, pero... Si a raíz de ese ataque a nuestra familia la cubrió una nube negra, con lo que acababa de pasar habíamos entrado en alerta de tornado cinco.

Cuando nos quedamos los tres solos, Luk y yo nos miramos haciendo revisión de daños. Al menos nadie había muerto esa vez. O eso pensábamos...

Luk se acercó a Mak y se agachó en el suelo frente a él.

—Eh... —le acarició las rodillas.

—Delante de mis putas narices... —susurró solamente.

—No te culpes —murmuré—. Aquí no hay culpables.

—Claro que sí. ¿En qué cojones estaba pensando...? ¡Es su hermana!

Se hizo un silencio en el que ninguno nos atrevimos a llevarle la contraria, aunque hubiera matices. Necesitaba nuestro apoyo más que nunca.

—Ella ha dicho que se quieren —recordó Luk.

—¿Qué va a decir?! ¡Le habrá llenado la cabeza de pájaros! Maldita sea..., ¿no había más chicas?! ¡Se supone que tiene a alguien especial en Madrid!

—Creo que ella es su alguien especial —caí en la cuenta—, y se quedó en Madrid solo para esquivarla. Me pareció muy raro que no quisiera venir. A Marco le encanta Byron...

—Me importa una mierda. ¡Es mi pequeña! —gimió dolido—. No puede... ¡Hay putos límites, joder, y él se los ha saltado todos! Conmigo ya no tiene nada que hacer. Para mí está muerto.

Luk y yo volvimos a mirarnos. Ahí estaba el cadáver...

Sabíamos que era su enfado y el inmenso amor por su hija el que hablaba. Era la niña de sus ojos. Su debilidad. Su orgullo. Una flor increíblemente bella y delicada que había cuidado con mimo desde que nació... Y alguien acababa de mearse encima. Bueno, algo peor.

Sea como sea, no era momento de razonar con la sangre fresca todavía a su lado.

—Salgamos, te serviré una copa —Me activé—. ¿Qué quieres?

—Bourbon. Doble. A palo seco —barruntó.

Una hora después, cuando iba por el tercero, nuestras chicas aparecieron de nuevo.

—Luz está dormida —informó Mía llegando a mi lado y haciéndome un mimo. Yo la acogí entre mis brazos para dar ejemplo.

—Marco no me coge el teléfono —dijo Mei preocupada—. ¿A dónde habrá ido?

—Que se vaya a la mierda —musitó Mak beodo, mirando su vaso fijamente.

—Mak...

—Ni Mak ni pollas —contestó rudo—. No lo quiero cerca.

Luk se levantó y agarró a Mei de los brazos para llevársela aparte.

Intentó tranquilizarla y le suplicó que no se enfrentara a él. Entonces se marchó en busca de Marco. Lo encontró horas más tarde en una playa, completamente mojado, y lo llevó a su casa.

Mei y Mía se sentaron a la mesa con nosotros.

—¿Qué os ha dicho Luz? —pregunté cauto. Necesitaba información.

—Que están enamorados —contestó Mía—. Que llevan mucho tiempo resistiéndose y que ha sido culpa suya, que él no quería.

—Pues para no querer, se la estaba metiendo hasta el fondo —replicó Mak—. A mi dulce, preciosa y menor de edad... hija —subrayó con inquina—. No tiene perdón de Dios... Dile a Luk que si lo encuentra, lo esconda. Si lo tengo delante, no sé qué le haré. No quiero volver a verlo. Para mí está muerto.

Le cogí la mano a Mei cuando vi que le caían lágrimas por la cara.

—Cuando se te muera de verdad un hijo, te darás cuenta del terrible error que estás cometiendo, Mak.

El rotundo alegato de Ani, junto con su airada retirada, enfrió todavía más los ánimos.

—No es mi hijo —masculló Mak—. Un hijo mío jamás hubiera hecho algo así...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se sujetó la cabeza con la mano.

—¿Es para tanto? —me preguntó Mía cuando por fin nos metimos en la cama horas después y nos quedamos abrazados en un nudo de articulaciones irrompible.

—Desde fuera quizá no, pero ponte en su lugar. ¿Qué pensarías si pillaras a Aitor, por ejemplo, acostándose con Cora?

—No puedo imaginarlo... ¡Lo veo imposible! Pero es distinto...

—Para Mak, no. Para él son sus hijos por igual. Y no le entra en la cabeza aunque no compartan sangre. Se siente muy culpable.

—¿Por qué?

—Por exponer a su hija a esa posibilidad. Por confiar en Marco tan ciegamente. Y sobre todo, por perderle como hijo... Porque, si de pronto es alguien que se tira a tu hija, ya no es tu hijo. No puede serlo... Y esa pérdida es la que le está destrozando, no la del himen de Luz.

—Eso puedo entenderlo —musitó Mía pensativa con los labios en la piel de mi trapecio—. Porque desde luego, Luz no me ha parecido ninguna víctima. Ha confesado que ha llevado a Marco al límite para conseguir que cediera.

—Me lo puedo imaginar... Es igual que Mei a su edad, es decir, jodidamente implacable con los hombres. Y no hay nada más vulnerable que un hombre enamorado. —Me encajé en su pequeño cuerpo y me sentí en paz.

No había un día en el que no diera gracias a Dios por haber conocido a Mía. Por haberme rendido a mis sentimientos cuando todas las señales me decían que me alejara de ella. Por eso entendía a Marco. Ella para mí también era una intocable. Alguien a quien mi abuela querría proteger de un traficante como yo. Alguien que también me llevó al límite para derrumbar mis murallas.

¿Y Mak? ¿Qué se le pasó por la cabeza cuando se lio con mi hermana? Acababa de ser víctima de un secuestro y le dije que cuidara de ella. Habían matado a su novia y tenía a Marco. Pero tampoco pudo resistirse. Ni siquiera con la amenaza velada de que yo lo mataría si lo descubría. ¡Era todo lo mismo! Y ese pensamiento hizo que me tranquilizara un poco. Que tuviera esperanza... Y que se me pusiera dura, la verdad.

Le hice saber a Mía lo que quería con mi lenguaje corporal.

—¿En serio? ¿Ahora? —preguntó mi mujer divertida.

—Alguien tiene que empezar el año bien, amor...

—Hola... —contesta Marco al verme, vuelvo al presente y veo que estamos en medio de la calle—. ¿Cómo está Cora?

—Estable. Le duele todo, pero sigue teniendo mala leche. Eso es buena señal. Se recuperará...

—Me alegro mucho. En serio.

—Ahora el que me preocupa es Lucas... y Ani y Luk —Señalo el bar—. Y Aitor. Y Lenny... Por favor, dime cómo puedo ayudar, Marco.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—No metiéndote, Kai. Tu preocupación desmedida solo hace que reine el caos —murmura rencoroso.

Me lamo los labios. Soy un puto intenso. Lo sé... Le pillaron por mi culpa. Porque no supe disimular. Porque exageré.

—Marco, yo... Siempre he querido decirte que lo siento mucho. Lo de hace siete años me pilló desprevenido y no supe reaccionar. Te fallé... Yo... no soy perfecto.

—Yo menos —musita con la vista en el suelo—. Pero no quiero hablar de eso. He venido a ayudar a tus hijos. Déjame hacerlo sin inmiscuirte, por favor. Si no quieres que Lucas dé un paso en falso, no te metas, ¿de acuerdo?

—Es muy fácil decirlo, pero si pasa algo y no he hecho nada para impedirlo, nunca me lo perdonaré.

—Es que sí tienes que hacer algo: confiar en mí. Me lo debes...

Nos mantenemos la mirada.

—Yo siempre he confiado en ti, Marco, ¡siempre! Pero convencimos a Mak para solucionar

las cosas y te negaste. Ahí me fallaste tú.

—Fallé mucho antes de eso. Cuando Luz me besó la primera vez debí ir a contárselo a Mak, pero me lo callé...

—¿Crees que él vino corriendo a decirme que se había cepillado a mi hermana mil veces a mis espaldas? ¡Y encima él no quería nada serio con ella! ¡Y Mei le pilló en la cama con tu tía Ani! Si pudimos arreglar eso, se puede arreglar todo.

—No tengo ningún interés en arreglar nada. Solo quiero terminar con esto y marcharme, pero acabo de saber que todo va a retrasarse quince días más y aún lo estoy asimilando...

—¿Quince días? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—El puto prometido de Luz... Eso ha pasado.

—Todavía no tengo el placer de conocerlo. No he salido del hospital en tres días...

—Pues entra y disfruta —murmura desabrido—. Además de *influencer*, es decorador de interiores y ha convencido a Ani para aprovechar la ocasión de que su nuevo bar «cause furor».

—¿Cómo...?

—Y Luk tiene que acatar sus deseos porque está en juego el futuro de su relación.

—Joder...

—Sí. Joder.

—¡Pero los narcos no van a quedarse cruzados de brazos! El capitán está detenido y...

—Lo sé. Y voy a decirte una cosa sobre ese tío, Kai, ayer le interrogué y me dio muy mala espina.

—¿A qué te refieres?

—Lo vi muy tranquilo, ¿sabes? Demasiado. Y eso me hace pensar que está cubierto de algún modo. Cubierto por alguien con muchísimo poder... un poder político o judicial.

—¿Hablas de corrupción?

—Me miró como si todos mis intentos fueran a ser inútiles, y sentí que no puedo fiarme de nadie.

—¿Y qué piensas hacer?

—De entrada, vamos a movilizar a todo el pueblo este fin de semana. Haremos un campeonato de fútbol en la playa con fiesta nocturna. Eso nos dará un margen de protección y aprovecharemos el evento para ensalzar a Lucas como el nuevo distribuidor de sustancias.

Me froto la cara con ansiedad. ¿Mi hijo el nuevo capitán...?

—Si quieres ayudar, habla con Iker y Dani sobre el campeonato. Aún no se lo hemos dicho, y es fundamental para mantenernos a salvo este fin de semana...

—Esos tíos van en serio, Marco. Casi perdemos a Cora... Hay que eliminarlos.

—Déjalo en mis manos. Te pediré ayuda si la necesito, ¿vale?

—Son mis hijos, Marco... Y están justo donde no quería, viviendo mi jodida vida.

—Esta vez será distinto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me tenéis a mí.

15
ALAS DE SANGRE

“Tu mente ya sabe la respuesta, así que cálmate y permítele que la recuerde”
Rebeca Yarros



Pongo los ojos en blanco al oír:

—¡O seaaa, me encantaaa! —Por parte del nuevo prometido de Luz. ¿De dónde ha sacado mi prima a este espécimen? Tengo mis dudas de que sea humano, más bien diría que es una masa de purpurina hermafrodita. ¡El tío lleva las uñas pintadas de verde fosforito!

—¡¿Cómo lo veis, chicas?!

—¡Genial! ¡Quedará de fábula! —exclaman Carlota y mi madre. Y solo por el brillo que desprenden sus ojos, merece la pena este castigo.

No es que me disguste cómo planea dejar el local. Borja tiene ojo, pero su tono de voz *chupiguay* es más de lo que puedo soportar antes de las diez de la mañana.

Me estoy esforzando mucho por poner buena cara para que mi mundo no se desmorone de nuevo, pero cada vez que echo un vistazo a los cimientos que lo sostienen todo, me echo a temblar.

El accidente de Cora me trastocó por completo. Fue como un *déjà vu* terrible verla en la cama de un hospital. Volví a ser el niño de diez años que se hizo pis encima cuando vio tan herida a su madre. Y las lesiones de Cora eran peores. Vale que yo no conducía, pero el Moonbow existía por mi culpa, ergo, era el responsable de que estuviera medio muerta.

Me costó salir del puto bucle de querer autodestruirme, y como lo que más daño podría hacerme sería perder a Carlota, no quería ni mirarla a la cara por miedo a hacer algo que pudiera alejarla de mí. Ya la había perdido lo suficiente tras escuchar mi horrible voz.

Menos mal que Lucas me puso las pilas, porque estaba a punto de echarlo todo a perder de nuevo. Para colmo, se demostró que la felicidad de mis padres dependía por completo de mi equilibrio emocional y no podía joderles otra vez.

—Carlo —la llamo cuando Borja se los lleva para «hablar de arte».

Su cara de espanto me frena un poco. ¿No le gusta ese diminutivo?

—Dime...

Necesito que todo deje de chocarle tanto. ¡Es mi novia! Se supone...

—Necesito que esto salga bien —señalo alrededor—. Mis padres están en la cuerda floja por culpa de los últimos acontecimientos y mi madre necesita un motivo para confiar en que esto

puede salir bien. Y tú... podrías ser clave para eso.

Su cara es un poema. Consigue cerrar la boca y carraspea.

—¡Perdona...! Sí. Sí. Vale. Es que todavía flipo al oírte decir tantas palabras seguidas, como has estado tan callado estos últimos días...

—Lo siento —musito avergonzado—. Sé que la he jodido, pero...

—¡No! Lo entiendo... Sé que Cora significa mucho para ti.

Me mata que suene dolida.

—Ha sido un gran susto.

—Lo entiendo. En serio... —Intenta sonreír. Pero los dos sabemos que tenemos un elefante en la habitación. Lo único que quiero dejar claro es que no se llama Cora. Se llama... «Lenny 2.0».

—Vuelvo a hablar, sí, pero no he cambiado tanto... No olvides que no soy normal. Que hable no significa que me haya curado milagrosamente... Sigo teniendo problemas para gestionar las emociones y sé que ahora mismo no estamos bien, pero... necesito que delante de mis padres lo estemos. Que les ayudemos. Que esto salga bien...

—Claro. No te preocupes...

La sonrisa que me lanza, esa de buena persona entrañable, hace que le mire los labios con deseo. Sé que nota que me muero por besarla, pero su lenguaje corporal me indica que le incomodaría que lo hiciera.

—Si quieres que esto salga bien, lo primero que hay que cambiar es el nuevo nombre del local —dice de pronto, pizpireta.

—¿Qué pasa con el nombre?

—¿Dumbledore? Yo también soy fan de Harry Potter, pero cuando te arreglas para salir delante del espejo sintiéndote sexi, no piensas en ese viejecito encantador. ¿O sí?

—Más a menudo de lo que quisiera...

Que se le escape la risa es buena señal. Yo también sonrío.

—Hablo en serio... Necesitamos otro nombre.

—¿Uno más sexi? —susurro decadente. Ella toma aire, ruborizada.

—Uno significativo y poderoso. Tú eres bueno con los nombres. Piensa otro. Se te ocurrió el de Moonbow...

Que lo mencione hace que mi actitud morbosa se desmorone en el aire como un castillo de naipes. Puto Moonbow...

—El tatuaje que tienen tus padres en el brazo... ¿Qué significan esas alas? ¿Son por tu hermano?

—No... Son alas de valquiria. Se lo hicieron mucho antes de que yo naciera. Mis padres han pasado por muchas cosas... A él lo hirieron en el cuello y tardó casi un año en volver a caminar. Durante su periodo de recuperación quiso cortar con ella...

—¿Qué dices?!

—Sí... Y ella pasó dos semanas creyendo que estaba muerto. Incluso fue a su entierro y a leer su testamento. Al final resultó que estaba en protección de testigos.

—¡Joder...! —exclama alucinada—. ¡Y cuando descubrió que estaba vivo, ¿quiso romper?!

—Sí... Habían estado hablando de hacerse un tatuaje a juego antes de que le hirieran.

—Qué bonito —musita emocionada—. ¿Y por qué la valquiria?

—Mi padre era un guerrero. Un guerrero de élite. Era geo en España. Y cuando se enamoró de mi madre empezó a llamarla valquiria porque tenía unas alas tatuadas en la nuca. Él se consideraba un guerrero caído, porque había pasado de ser poli a tener que infiltrarse como matón a sueldo de un narco, y cuenta la leyenda que cuando la conoció lo arrastró directamente

al cielo.

—¡POR DIOS! ¡Tenemos que salvar su historia de amor!

Su efusividad me hace sonreír de nuevo. Es una gran historia.

—Cuando él quiso cortar, ella se hizo el tatuaje para recordarle que siempre sería su valquiria. Y cuando él quiso recuperarla, apareció con el mismo en el antebrazo.

—¡Pues está claro! El nombre tiene que tener que ver con las valquirias. ¡Y es sexi! ¡Vamos a decírselo!

Nos acercamos a ellos en medio de un discurso filosófico de Borja.

—Esto tiene que ser como un trozo de cielo, chicos. Un maldito oasis. Me imagino todo muy blanco, con madera en tono suave y decoración de mimbre. Muy zen de día, y que de noche pueda transformarse en otro ambiente más *cool* gracias a la iluminación.

—Me gusta —sonríe mi madre.

—Sí, sí... a mí también —responde mi padre mientras piensa que estaría mejor muerto y de camino al cielo de verdad. Pobre guerrero... Más le valdría esperar en...

—El Valhalla —digo de pronto en voz alta. Y todos se giran hacia mí sorprendidos.

—¿Qué? —pregunta Borja.

—Podría llamarse «Valhalla» —repito—. Es un trozo de cielo en el reino de la eternidad donde las valquirias llevan a los héroes caídos en combate como reserva para que luchen contra las fuerzas del caos en la batalla del fin del mundo...

Mis padres suben las cejas alucinados.

—Me gusta —señala Borja—. Tiene un punto guerrero. Y, al fin y al cabo, los bares no dejan de ser un territorio de batalla, ¿verdad?

Mis padres se miran sus tatuajes y después a los ojos. Casi puedo ver cómo miles de recuerdos se apoderan de ellos y activan de nuevo su amor.

—¡Es perfecto! —interviene Carlota con una sonrisa preciosa.

Se acerca a mí y me abraza entusiasmada por culpa del *hype* que tiene por las nubes después de escuchar la historia.

Seré imbécil para muchas cosas, pero no pierdo la oportunidad de ponerle las manos encima a una chica guapa. Huele tan bien. Y sentir que me toca sin miedo es jodidamente reconfortante.

—El logo del bar pueden ser las alas de la valquiria junto con el nombre «Valhalla» —añade mi chica feliz—. ¡Va a quedar chulísimo!

Mis padres se animan con la idea y dicen que les parece bien. Es como si de pronto hubieran recuperado las ganas de vivir. Su «Viva la vida» está en proceso de resucitar.

Miro a Carlota intentando transmitirle mi agradecimiento y no puedo resistirme a cogerle la barbilla y encajar nuestras bocas con una dulzura que me sorprende hasta a mí.

El gesto la pilló por sorpresa y se tensa, pero lo siento, llevo demasiado tiempo sin besarla. Es un beso corto y sin lengua, pero muy íntimo, y para quitarle hierro, me desvíó y le hago un arrumaco en el cuello.

—¡Fantabuloso! —exclama Borja—. ¡Pues ya tenemos el tema! Voy a llamar a una amiga para que lo agilice todo con empresas de aquí.

Empieza a hacer llamadas como un loco y me gusta escuchar que no admite un no por respuesta.

Carlota y yo apenas nos separamos en toda la tarde, nos viene bien estar ayudando con el local, creo que ha empezado a acostumbrarse al nuevo Lenny. Pero me aterra que se enamore otra vez de alguien que no soy. De una versión mejorada que es solo un escaparate para no asustar a nadie con lo que hay dentro de mí.

También he vuelto a convertirme en su chófer. Me he nombrado el encargado de llevarla y traerla de su casa al trabajo y del trabajo al bar. Delante de mis padres todo es fácil, pero la despedida en su casa por la noche se pone difícil.

Puede que haya recuperado la voz, pero no viene acompañada por el valor de decirle que quiero que duerma conmigo. Que quiero besarla durante horas. Que quiero volver a hacerle el amor. Pero claro, primero hay que recuperar ese «amor»... Pfff.

Cuando nos despedimos me sonrío, pero me corto de arrasar su boca por miedo a que me frene. Vuelvo a casa como un perro con las orejas gachas.

—¿Qué tal el día? —me pregunta Lucas en cuanto entro por la puerta. Está con Aitor en el sofá jugando a la Play.

—Bien...

—¿Dónde está Charlotte? —pregunta Aitor extrañado.

—La he dejado en casa.

Los dos me miran circunspectos y me invaden las ganas de irme a mi habitación, pero me quedo y resisto.

—Pero... ¿estáis enfadados o algo?

—No, no...

—Entonces, ¿por qué no duermo aquí contigo?

Lucas me mira con sumo interés.

El antiguo Lenny se hubiera marchado sin contestar. El nuevo se fuerza a contestar:

—No lo sé...

—¿Podéis dejarle en paz? —Aparece Marco por detrás de mí—. ¿Husmeamos acaso nosotros cómo os van las cosas con Freya y con Hugo?

«¿Hugo?», quiero preguntar. ¿A qué viene ese nombre? Es evidente que me he perdido algo. Lo de Freya es un completo expediente X que, por supuesto, también quiero saber. Quizá en vez de huir todos, deberíamos hablar. Y como dicen que cuando hay que hablar de dos, es mejor empezar por uno mismo, lo hago.

—Charlotte y yo estamos yendo despacio por ahora —confieso—. Ha sido todo muy traumático y dice que no le parezco el mismo. Entiendo que no quiera dormir con un puto desconocido...

Los tres me miran con la boca abierta. Muchísimas gracias...

—¡Pero si sigues siendo igual de *grumpy* y *creppy* que siempre! —exclama Aitor.

—¿Qué me he perdido de Hugo? —le pregunto a cambio.

—Nada, que cuando Lucas y yo hemos ido a llorarle a Iker para que organizara el campeonato en tiempo récord, le han pedido ayuda a Hugo y vamos a encargarnos juntos de los equipos infantiles.

—¿Y?

—Que a Aitor le ha bastado una tarde de logística para que Hugo empiece a babear de nuevo por él y le hemos dicho que tenga cuidado.

—No es buena idea que te vuelvas a meter en ese jardín —opino.

—¡Ya lo sé! Y no voy a hacerlo... ¿Pero tan malo sería un poco de sexo para celebrar el trabajo bien hecho? —Sonríe pillo.

—Sí, porque igual él se lo toma como algo más —opina Lucas.

—Es bombero y es gay. ¡No tiene tiempo para sentimientos!

Que Marco se ría me gusta. Se le nota algo más cómodo aquí.

—Ahora tú cuéntanos qué pasa con Freya —quiere saber Aitor.

—No hay nada que contar. Papá tenía razón... Tenerla en mi vida supone ponerla en peligro. Su padre va a convencerla para que se marche de Byron por un tiempo...

—Y cuando todo termine, ¿lo retomaréis donde lo dejasteis?

—Es que lo dejamos muy mal... Ella no quería cortar con Chris. Y yo no voy a ser el segundo plato de nadie, así que... Se acabó.

Nos quedamos en silencio porque sabemos que para él ella es su plato principal, y eso implica que va a tener que conformarse con sobras durante el resto de su vida.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal con Luz? —increpa Lucas a Marco—. Aquí, o nos mojamos todos o ninguno...

Mi primo pone cara de no entender la pregunta.

—¿Yo con Luz? Nada. Cero pelotero. Eso sí, he flipado mucho con su prometido...

—¡Ese sí que es *creppy*! —exclamo divertido—. No me jodas, parece que lo ha sacado del Capitolio de *Los Juegos del hambre*.

—¡Tal cual! —me señala Aitor cómico.

—Muy cierto —Sonríe Lucas.

—Ese tío es bisexual como mínimo, ¿no, Aitor? —pregunta Marco.

—Y te quedas corto. Yo creo que será pansexual.

—¿Eso qué es? ¿Que le pone la gente que está como un pan?

Todos nos echamos a reír en cascada. Excepto Marco, que acaba de confesar que cree que Luz está muy buena y sabe que Aitor se va a encargar de restregárselo.

—¿Tienes hambre, Marco? ¿Te apetece un bocadillo? —se burla.

La risa de Aitor es tan contagiosa que nos la pega. Mi primo pone los ojos en blanco y murmura que somos unos críos.

Admito que el coloquio ha estado mejor que huir a mi habitación.

—Venga, dejaos de risas, hay mucho que hacer. —Pone orden Marco.

Y todavía nos reímos más.

Al día siguiente, después de acompañar a Charlotte al trabajo y desearle que tenga un buen día como un puto beato, me voy al hospital a ver a Cora.

Han pasado varios días desde el accidente y está algo mejor.

Cuando llego, encuentro allí a los de siempre: Kai, Mía y Lía.

Me acerco a la impedida y le doy un beso en la frente.

—¡Hola...! —me saluda más feliz que una perdiz.

—¿Cómo estás?

—Bien... Y ahora que has venido, mejor. —Me coge la mano entusiasmada y no la aparto. Al contrario. Pongo la otra sobre la suya porque todo lo que me pida me parece poco.

—¿Tienes mucho dolor?

—Algo, pero me están poniendo morfina, así que lo aguanto bien.

—Eres una campeona...

—¡No puedo creer que estés hablando! —Me mira maravillada.

—Sí, bueno... A la gente le está costando acostumbrarse. Dicen que no parezco yo...

Kai levanta una ceja al detectar mi angustia. Más me valdría callarme delante de él.

—¡Es normal! ¡Lo que te impedía hablar se ha ido! ¡Has cambiado!

—No he cambiado tanto... Sigo preocupándome mucho por ti. No soporto verte así...

Sus ojos centellean y creo que me he pasado. Pero es la verdad.

—¿Podéis dejarnos solos, por favor? —pide Cora a sus padres.

—Ni de coña —contesta Kai obcecado. Pero Mía y Lía van saliendo de la habitación y su

mujer lo arrastra con ella.

—Kai, vaaamos...

Miro a mi tío sabiendo lo que está pensado, porque Cora nunca ha escondido sus sentimientos por mí, y menos, desde el escándalo de Luz y Marco.

—Tranquilo... —musito para sosegar su inquietud. Voy a por una silla para sentarme más cerca de ella y volver a cogerle las manos.

Una vez solos, Cora rompe a llorar antes de que pueda decirme nada y la consuelo acariciándole el pelo.

—¿Por qué lloras?

—Mírame... ¡Soy un despojo humano! ¡Mi vida ha acabado!

—Ni de coña —contesto tenaz—. ¿Sabes cuánta gente hubiera sobrevivido a un accidente así? Muy poca. Pero tú eres especial, Cora, siempre lo has sido. Eres una guerrera, como mi madre.

—Lo era. Ahora he perdido todo mi poder... Voy a dejar de tener un cuerpo bonito y nadie me querrá.

—No lo has perdido. Te costará un tiempo, pero volverás a ser tú.

—¿Y qué hago mientras tanto?! ¡¿Morirme de pena?!

—No. Explorar otras partes de ti que son aún más poderosas que tu físico.

—¿Como cuáles?

—Como tu cabeza y tu corazón.

—¡Yo no tengo de eso!

Sonrío.

—¿A cuál de las dos te refieres?

—¡A ninguna de las dos! Soy tonta y cruel...

—No es cierto. Eres una chica muy lista y tienes un corazón de oro, lo que pasa que no lo usas mucho. Yo también pensaba que no lo tenía, pero sí. Incluso el gilipollas de Kali debe de tenerlo por ahí, supongo que cerca del culo.

Intenta reírse y no puede. El dolor se lo impide.

—Si te sirve de consuelo yo odio a Charlotte... —musita decidida—. Aunque a veces me cae bien, es un poco confuso... Es tan graciosa como patética. Una mezcla superrara.

Sonrío de nuevo. Si supiera que se parece más a Carlota de lo que piensa... Cora también es muy graciosa, y cuando se pone, tiene un punto entrañable que te deja sin aliento, pero su belleza clásica y estereotipada eclipsa totalmente el resto de sus aptitudes. La gente no se fija en lo que dice o en las caras que pone, pero son geniales. Y creo que Charlotte y ella harían muy buenas migas. Igual que con Lía.

—Puedes aprovechar este tiempo en el hospital para dejar de mirarte al espejo y mirar un poco más a los demás —le recomiendo—. Creo que te enterarías de muchísimos chismes y te lo pasarías en grande con las visitas.

—De acuerdo, empecemos: te miro y creo que, a pesar de que has vuelto a hablar y estás saliendo con Charlotte, estás triste. ¿Por qué?

—¿Ves? Se te va a dar de maravilla...

—No evites contestar.

—Como decía, eres muy lista.

—Deja de huir. Sé que te pasa algo. ¿Qué es?

—Que creo que Carlota no me quiere tanto como decía...

—Uy, «Carlota» —me imita—. Esto se pone serio...

—Me da igual. Charlotte, si te gusta más...

—¿Y por qué piensas eso?

—No sé... Creo que no me manda a la mierda porque está ayudándome con mis padres.

—¡Pero si el día de tu cumpleaños estabais genial a última hora! Me puse tan perra viéndoos enrollaros que tuve que zumbarme a uno de los amigos del surf de Lucas...

—Y a Lucas debió de pasarle lo mismo porque se zumbó a Freya.

—¡¿QUE QUÉ...?!

Sonríó al ver su cara de pasmo. No soy un chismoso, pero ella sí y quería hacerle un regalo.

—Guárdame el secreto —la aviso—. Te lo he dicho para que veas que la información es poder y para que entiendas lo bien que puedes pasártelo aquí, haciendo que cada visita te cuente sus cosas.

—¡Por Dios...! ¡Lucas y Freya! —Se mueve y suelta un grito de dolor.

—Shh, para... Pero después Chris murió, así que imagínate cómo estará ella.

—El día del accidente la vi fatal, ¡y ahora entiendo hasta qué punto! Gracias por contármelo.

—Yo no te lo he dicho.

—¿Y tú cómo lo sabes? A Lucas no le pega airearlo. Es muy suyo.

—A mí me lo dijo Aitor. Marco a él. Y Lucas a Marco con motivo de la investigación policial...

—¡Sois las viejas del visillo 2.0! —se parte de risa y vuelve a gemir de dolor. En momentos así pienso que estoy haciendo lo correcto al dejar atrás al Lenny sombrío y traumatizado, aunque lo siga estando. El problema es que me estoy convirtiendo en el perfil de suicida perfecto. En esa persona de la que nunca sospecharías porque siempre está al 100% de cara a la galería pero lleva la tortura por dentro.

La sonrisa se me funde en los labios al pensar en eso.

—Charlotte está loca por ti —replica Cora intentando animarme.

—No sé... Creo que yo era una idea para ella. Quería perder la virginidad con un Morgan. Aprender lo que pudiera. Y ahora quizá ha perdido el interés...

—Es imposible perder el interés en ti. Te lo digo yo que lo he intentado muchas veces.

Mi sonrisa se hace más ancha. Esta vez, genuinamente.

—¿Qué pasa? ¿No quiere acostarse contigo? —pregunta comedida.

—Ni besarme...

—¡Sabía que era idiota profunda!

De pronto, una enfermera entra en la habitación para cambiarle una vía y mis tíos vuelven a entrar.

—Bueno, tengo que irme a ayudar a mis padres con el local —me despido—. Hay mucho que hacer.

—Me voy contigo —dice Lía—. Tengo que estudiar.

Me despido de todos y cuando me acerco a Cora para besarla, me sujeta con fuerza contra ella para decirme algo al oído.

—Gracias por venir. Aunque te parezca increíble me has recordado quién soy. Recuérдалo tú también, ¿vale? El Lenny que yo conozco no pide permiso ni perdón. En tu mutismo no residía tu atractivo sexual... a mí me pones muchísimo más hablando.

Me guiña un ojo y le beso la mano. Porque tiene razón. Solo tengo que dejar de ser un jodido perrito faldero y demostrarle a Charlotte que sigo siendo el mismo capullo de antes.

A mediodía, cuando la recojo del trabajo, estoy bastante callado en el trayecto hacia el bar. Al llegar, Borja y mis padres nos abordan con mil problemas y apenas tengo tiempo de mirarla en toda la tarde. Noto que ella sí está pendiente de mí, y en un momento dado, se va a la parte de

atrás y la intercepto para, sin decir nada, aplastarla contra una pared y besarla con urgencia.

Su reacción es increíble. Responde al morreo con una intensidad que me deja a punto de explotar. Quizá ese sea el truco. No dar nada por hecho. No confesar que nos queremos. Quedarnos con la jodida duda.

Cuando salgo de nuevo, dejándola allí, me siento bien. Así soy yo. Sin explicaciones. Sin normas. Y ahora sé exactamente cuál debe ser el siguiente paso: decirle adiós con la mano cuando la lleve a casa esta noche.

—Hasta mañana... —musito prácticamente sin mirarla cuando aparco delante de su puerta. Sin miedo al abandono. Sin hacer ademán de querer besarla. Sin preocuparme por lo que pensará de mí.

—¿Estás bien? —pregunta confusa.

—Perfectamente. Solo un poco cansado... Al llegar cenaré algo y me meteré en la cama directamente. Mañana nos espera un día duro. El local, el campeonato de fútbol y por la noche fiesta de Byron Bay *fucks* Venice Beach.

—¿A quién se le ha ocurrido ese nombre?! —dice divertida.

—¿Tú qué crees?

—¡A Aitor!

—Bingo...

Nos miramos un segundo afables y cuando deslizo la vista por sus deliciosos labios, la aparto con rapidez. ¡Lenny capullo, vuelve!

—Que descanses... —murmuro de nuevo.

Cuál es mi sorpresa cuando, un par de horas después, me escribe.

«Hola, tengo una duda...».

«¿Cuál?», tecleo frenético.

«¿Mañana tienes pensado ir a la fiesta de Byron *fucks* Venice?».

«Sí».

«¿Y querrás venir también a la de Lenny *fucks* Charlotte?».

Al leerlo se me cae el teléfono de la mano. ¡Joder...!

Está claro que prefiere al Lenny de antes. ¡Después de solo un día siendo él ya quiere follarme!

Mi nuevo yo no sabe qué contestar. ¡¿Qué contestaría el antiguo Lenny?!

Tecleo con la ansiedad rebasándome por todos los poros.

«Iremos. ¿Alguna vez lo has hecho en la playa?».

16
BAD ASH

“Ya sabes lo que dicen: si no puedes estar con la persona a la que quieres, quiere a la persona con la que estás”

Alina Not



Ruby me grita que ya está lista y resoplo. No sé qué coño ponerme para ir a un campeonato de fútbol playa.

¿En qué momento ha empezado a parecerme raro vestir de civil?

Solo estoy cómodo con mi camisa azul de policía. Me siento más yo mismo y no sé por qué. Supongo que es por la autoridad que me otorga. El saber que con el uniforme puesto jamás romperé las normas, aunque esa sensación peligrosó el día que vi aparecer a Aitor Morgan en comisaría tras la detención de su hermano.

Fue como plantarle un crucifijo en la cara a un diablo que te sonríe perverso. Solo que encima él parece un maldito querubín rubio.

¿Fui borde? Puede. Pero tenía mis motivos. Unos enormes. Y duros.

—¿Estás listo? Tenemos que irnos —se asoma Ruby a la puerta.

Murmuro un «voy» y me miro al espejo por última vez.

«Puedes con esto», me digo mentalmente.

Hace un día de playa espectacular y me maravilla ver que mis tíos han montado el campeonato en un tiempo récord.

Cuando Iker nos llamó, no daba un duro por ello, apenas quedaba tiempo, pero la gente se animó y muchos establecimientos del pueblo se ofrecieron a colaborar como patrocinadores.

La idea de que Hugo y Aitor fueran a encargarse juntos de los equipos infantiles no me convenció mucho, sobre todo viéndoles organizarlo entre risas. ¿Es que Hugo había olvidado lo que nos hizo?

—¡Ahí está Hugo! —señala mi mujer. Y mantengo la respiración. Porque sé que en cualquier momento verá a Aitor y ocurrirá...

No teníamos que haber venido.

Ruby y yo nunca participamos en este tipo de eventos, pero hoy ha insistido mucho en venir. Tengo una teoría al respecto, pero es jodida de la hostia.

Desde hace más o menos seis meses nuestra vida sexual deja mucho que desear. No sé si es el calentamiento global o que estamos intentando ser veganos, pero la chispa en la cama ha ido

menguando. La cuestión es, que desde hace diez días, se ha vuelto a reavivar... Estamos mucho más activos, y aquí viene lo jodido... los maratones de sexo han coincidido con los días que, por hache o por be, me he topado con Aitor.

¿Casualidad o maldición ancestral?

Ruby es consciente de ello. Somos de esas parejas que se lo cuentan todo, sobre todo después de lo que nos pasó con Aitor... Desde entonces, nuestra confianza raya en lo absurdo, pero me gusta que sea así. Nuestro vínculo es lo más importante de mi vida. Y Aitor lo sabía perfectamente cuando intentó romperlo...

—Caray... —musita Ruby observándole—. Los años le han sentado bien...

Mis ojos perfilan la figura de Aitor y me atraviesa el habitual espasmo en la polla que me ocurre al verlo desde que era adolescente.

Esos ojos. Ese pelo. Esa piel inmaculada... Y sobre todo, esa sonrisa de cabrón. Aitor destila la esencia pura de Byron Bay, ese «vive y deja vivir», ese «carpe *fucking* diem» que le otorga un poder ilimitado. Uno que es capaz de poner de rodillas hasta al más escéptico. Y mirando a Cuenca al más hetero...

—Ya te dije que estaba guapo —¿Para qué mentir?—. Hugo ya está babeando por él otra vez...

«Y no lo culpo», podía haber añadido. Porque está más musculoso de lo que recordaba y sin camiseta parece el puto Hércules... Bueno, de hecho, es clavadito a Brad Pitt cuando era joven. Uf...

—¡Chicos, venid aquí! —les grita Aitor a los niños interrumpiendo el juego—. ¿Lo estáis pasando bien?

—¡Sííííí! —chillan en manada ante su sonrisa contagiosa.

—Muy bien. Escuchadme todos, tenéis diez minutos para ir a beber agua y saludar a vuestros padres. Después, volved corriendo, listos para ganar, ¿entendido? ¡¿Qué somos?! —exclama poniendo la mano en medio del círculo.

Y todos colocan la suya encima.

—¡¡El mejor equipo!! —gritan a la vez. Y luego se dispersan.

Aitor busca a Hugo y lo encuentra mirándolo embelesado. Se juntan para abandonar el campo entre risas y empujones, y por un momento, es como si nada hubiera cambiado. Hasta que nos ve...

Sus ojos van de mí a Ruby con nerviosismo. Es obvio que no esperaba encontrarnos aquí. Mi mujer y él no se veían desde... bueno, desde que se casaron.

—¡Hola...! —la saluda sorprendido de que le mire.

—Buenas... —contesta Ruby ruborizada. Actúa como si sus últimos orgasmos se los hubiera procurado él y no yo. De ahí, mi teoría.

—Me alegro de verte —balbucea Aitor dándole un descarado repaso—. Estás genial.

—Tú también.

—Felicidades por... vuestra boda —musita con culpabilidad.

—Gracias. ¡Por lo menos de esa sí me acuerdo! —bromea Ruby.

Aitor mira a Hugo en tensión y le dice:

—Bueno, voy a... —Y no hace falta que termine la frase, todos captamos que lo único que quiere es marcharse por si Ruby se pone a gritar por... no sé... por descubrir que le puse los cuernos con él y que como venganza Aitor la sedujo para que se casara con él.

Imaginaos el panorama...

Pero lo cierto es que Ruby fue más comprensiva de lo que esperaba. De hecho, gracias a su

reacción, tuve claro que era la mujer de mi vida.

Nuestra relación estaba cimentada en unos pilares sólidos de confianza y cariño. Nos conocíamos muy bien el uno al otro y sabíamos que si nos habíamos fallado no era culpa nuestra, sino de él.

Era muy fácil caer en el hechizo de Aitor Morgan. Si hubiera vivido en Salem en 1560, lo habrían ejecutado sin miramientos.

Durante el año que fue novio de Hugo nos conquistó a todos en la sombra. Le abrimos las puertas de nuestra casa y campó a sus anchas, acostándose con Hugo por la noche, hablando conmigo de madrugada y tonteando con Ruby durante el día, en la piscina o en la playa. Era un encantador de serpientes.

La noche que me confundió con mi hermano y se abrazó a mí en la cocina fue un antes y un después.

Esa madrugada no bajé al jardín porque no quería encontrarme con él. Quizá si lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado. Pero a partir de ese momento, comenzó una dinámica extraña entre nosotros.

—Buenos días... —Me saludó en el desayuno—. Anoche no bajaste.

—Me quedé dormido —Mentí. Pero de alguna forma él supo que no había podido pegar ojo en toda la maldita noche.

—Te estuve esperando para hablar.

—¿De qué? —pregunté nervioso.

—De todo y de nada. Como siempre...

—Ah, bueno... Otro día.

Pero la noche siguiente tampoco bajé. Y sabía que eso me estaba condenando de lleno. Pero lo que de verdad lo empeoró fue no bajar la tercera vez.

Aitor estuvo todo el día cabreado conmigo. Apenas me dirigió la palabra, y Hugo y Ruby empezaron a sospechar que le pasaba algo.

—Esta noche no me quedaré a dormir —notificó Aitor a mi hermano durante la cena. Oírlo me dejó frío.

—¿Por qué no?

—No me encuentro muy bien...

—Si estás mal, yo puedo cuidarte —se ofreció Hugo.

—No, tranquilo... prefiero irme a casa.

No tardé ni medio minuto en escribirle un mensaje a Aitor.

«Quédate, por favor. Esta noche bajo y hablamos».

Una hora después, por arte de magia, le dijo que estaba mejor y que se quedaría. Ver cómo mi hermano lo besaba de forma lenta en agradecimiento me hizo trizas. Yo sí que no estaba bien. Normalmente podía mantener a raya mi atracción física por Aitor. Llevaba años de práctica y podía vivir con ello sin problema, pero desde que me abrazó, estar en su presencia me resultaba insoportable. Era como si todos los poros de mi cuerpo quisieran volver a sentirle. Era de locos.

Esa noche lo di todo en la cama con Ruby. Estaba de los nervios por verle. Ella se quedó frita enseguida y yo bajé como había prometido.

Cuando salí al jardín y lo vi sentado en el sofá individual redondo y hueco, me dio un vuelco el corazón. ¿Por qué coño me pasaba eso?

—Hola... —dijo serio.

—Eh...

—¿Vas a decirme qué coño te pasa conmigo?

—No me pasa nada —Me quedé de pie delante de él.

—Así que vas a mentirme —inquirió hosco. Nunca lo había visto así.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero saber por qué dejaste de bajar por las noches.

—¿Qué pasa? ¿Es obligatorio o qué?

—No, pero sé que te pasa algo. Empezó la noche que te abracé sin querer en la cocina.

Permanecí en silencio.

—No me gustó, ¿vale? —confesé finalmente.

—Lo entiendo. ¡Pero no fue mi intención! No siento nada por ti si es lo que tanto te preocupa...

—Vale... Aclarado —Me apoyé en el respaldo del sofá, incómodo.

—¿No podíamos haberlo hablado antes? —dijo molesto.

Me sentí mal al hacerle pensar que me molestaba que pudiera gustarle, y más cuando acababa de hundirme por decir que yo no le gustaba en absoluto.

—Hay una cosa que no entiendo... —comencé—. Si mi hermano te gusta, ¿por qué yo no?

Se me quedó mirando alucinado, y de pronto, soltó una risita.

—¿Es una buena pregunta!, pero, por esa regla de tres, Ruby debería estar loca por tu hermano, ¿no?

—Ya...

Se levantó risueño del huevo y vino a apoyarse junto a mí.

—El físico de alguien puede gustarte, pero yo creo que lo que realmente te atrae de una persona es su personalidad. Y Hugo y tú sois muy distintos.

—¿Me estás diciendo que te caigo mal?

—¡No! —Se rio—. En realidad, tú me gustas bastante. Te he dicho que no para que no te sintieras violento, pero en la hipotética situación de que Ruby no existiera y Hugo tampoco, te follaría encantado...

Mi corazón dejó de bombear cuando escuché esas palabras.

—¡Pero no estamos en esa hipótesis! —aclaró al verme la cara—, así que puedes estar tranquilo, ¿vale?

Pero no lo estaba. Acababa de joderme la vida con esa confesión. Con ese mundo alternativo donde podría follarme a lo bestia. Esa imagen me llevó a otra dimensión donde mi vida ya no era tal y como la conocía. No sabía si podría pensar en otra cosa de allí a la eternidad.

Esperó a que me riera del chiste, pero no pude. Y a él se le borró la sonrisa de la boca al instante. Una boca que me quedé mirando pasmado, fantaseando con que Hugo y Ruby tenían un jodido accidente de tráfico.

¿Cómo pudo Aitor leerme el pensamiento? Es un misterio que jamás podré resolver. Pero en un puto segundo, la electricidad entre nosotros se transformó. Su vista se ancló en mis labios y sentí que las paredes de la casa, la valla del jardín y las mansiones colindantes se cernían sobre nosotros obligándonos a juntarnos para que no nos aplastaran.

Cuando estábamos a menos de tres dedos, lo amarré por los hombros para frenarlo, pero él me sujetó para impedir que huyera.

Forcejamos durante un segundo hasta que lo empujé lejos.

—No vuelvas a tocarme en tu vida —lo amenacé antes de irme.

Pasaron dos semanas en las que Aitor no volvió por mi casa poniendo excusas tontas, aunque Hugo me dijo que pasaron tiempo juntos. El verano llegó a su fin y comenzó el nuevo curso.

Ya casi me había acostumbrado al dolor que me producía no verle cuando me lo crucé en el

campus.

¿Os ha pasado alguna vez que veis a alguien y el mundo se detiene a cámara lenta? Porque es lo que sentí. Los segundos pasaron sin saludarnos y la oportunidad se perdió. Estuve todo el día sintiéndome mal por ello. Tanto, que al día siguiente hice por coincidir con Hugo solo para verlo.

—Hola, ¿qué os contáis? —los saludé.

—Nada, estábamos hablando de la fiesta de bienvenida de mañana.

—¿Vais a ir?

—Aitor da el discurso inaugural.

—Qué horror... —opiné—. Yo no pienso ir.

Pero mentía. Tenía un plan. Ya no podía aguantar más.

La fiesta de bienvenida era un día ridículo en el que toda la universidad se ponía la misma camiseta e invadía el edificio principal con litros de alcohol y altavoces gigantes con los que no se entendía la música porque los ponían demasiado cerca los unos de los otros.

El plan era sencillo. Gemelos iguales, misma camiseta.

Me haría pasar por mi hermano por unos minutos. Solo deseaba sentirlo una vez más... Saber qué se sentía siendo mi hermano.

Fue fácil manipular a Hugo para sustituirle. Convencí a un amigo para que lo llamara y lo entretuviera lejos al menos quince minutos.

Esperé a que Aitor bajara de dar su discurso y me encontrara. Me había puesto incluso la colonia de Hugo.

Les pedí a sus amigos que le dijeran a Aitor que le esperaba en la escalera de incendios. Era el sitio oficial para montártelo con alguien.

El corazón me latía a mil por hora sabiendo que aparecería en cualquier momento. ¿Se daría cuenta de que era yo?

Cuando escuché la puerta, no me moví. Me quedé de espaldas apoyado en la pared. Durante unos segundos solo escuché su respiración. Pensaba que me había reconocido, pero de pronto sentí que se pegaba a mí y me besaba el cuello mientras acariciaba mis músculos oblicuos con sus manos. La sensación fue demoledora.

—¿Querías verme? —musitó en mi oído.

No hubiera podido sacarle de su error aunque quisiera. Era incapaz de hablar. Sus habilidosas manos subieron hasta mis pectorales y temí que notara mi corazón desbocado.

Me dio la vuelta y esperé a que me preguntara qué coño estaba haciendo allí, pero en vez de eso, acunó mi cara y me besó con una soltura formidable.

Sus besos fueron lo más erótico que había experimentado en años.

Tenía miedo de que mis potentes latidos me provocaran un ataque al corazón. La maestría con la que su lengua acariciaba la mía me hizo desear más, sumiéndome en un estado en el que me fue imposible parar, y más cuando su mano encontró mi polla a punto de estallar.

Gemí con la respiración entrecortada cuando noté que me desabrochaba el pantalón y se abría paso en mis calzoncillos para bombeármela. No me creía que aquello estuviera pasando. Y menos, que me estuviera gustando tanto.

No sé cómo se las ingenió para darme la espalda sin dejar de besarme, pero me agarró de la nuca profundizando el beso y me sentí como Leo y Kate en la jodida proa del Titanic.

—Fóllame... —suplicó sin dejar de masturbarme con vehemencia—. Bárame el pantalón y hazlo —me ordenó.

Llevó mi mano a su paquete y lo apreté como acto reflejo. Su gemido me hizo sentir tan poderoso que me pregunté cómo sonaría al correrse.

No tardé en desabrocharle el botón, me moría por acariciar su piel. El mero hecho de pensar en tomarlo hizo que mi excitación se disparara. Mi plan no era llegar tan lejos, pero no preví cómo me haría sentir.

Rozar mi cuerpo contra el suyo me estaba pareciendo el puto paraíso y no quería quedarme con la duda de saber cómo sería corrernos juntos...

Lo hizo todo él. No dejó de besarme y toquetearme de forma sensual mientras me colocaba un condón, y cuando sentí que se arqueaba para recibirme, solo tuve que acoplarme a él y dejar que mi deseo encontrara el camino.

El alarido que solté al sentirme conectado a su cuerpo fue brutal.

Nunca pensé que el sexo pudiera ser así. No conocía ese placer tan crudo de que si paras, te mueres.

Me hundí en él varias veces sin acordarme ni de respirar.

—Más... —exigió Aitor con voz decadente—. Más fuerte...

La petición hizo que me volviera loco y empezara a embestirle con una fuerza sobrehumana que se llevó por delante el límite de mi cordura. La razón no tenía nada que hacer frente a ese instinto carnal desconocido. Fue el mejor polvo de toda mi jodida vida. El puto mejor. Y por primera vez entendí a mi hermano y su obsesión por Aitor Morgan. Follar con él era algo insuperable.

Cuando terminé, solo pensaba en huir de su espacio vital y decirle que iba al baño para salir por piernas de allí lo antes posible.

—No creas ni por un segundo que no sé con quién he follado —dijo de pronto—. Solo quiero saber si ha sido como esperabas, Enzo...

No me atreví a responder. Me fui sin mirarle y deseé no volver a verlo en mi vida. El plan era encerrarme en casa hasta nuevo aviso. Con lo que no contaba era con que se atrevería a venir a dormir bajo mi techo solo un par de días después, y encima, Ruby no vino porque estaba enferma. La tensión que se respiraba en el ambiente era máxima.

Ni se me ocurrió bajar al jardín de madrugada; no estaba tan loco. Pero Aitor lo estaba lo suficiente como para colarse en mi habitación.

—¿Qué haces aquí? —dije anonadado.

—Tenemos que hablar...

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. No había encendido la luz porque la claridad de la luna entraba por la ventana iluminando la noche y también controlando su mente lunática, al parecer.

—Márchate. No hay nada de qué hablar. —Me incorporé asustado.

—Enzo...

—No digas nada, por favor. ¡Solo quiero olvidarlo!

—Pues yo necesito saber desde cuándo sientes esto y qué significa.

—¡No significa nada! Fue simple curiosidad.

—Y una mierda —replicó—. Nunca había sentido nada parecido...

Se acercó a mi cama y me puse muy nervioso. No estaba seguro de que mi corazón soportara su cercanía de nuevo. No lo forzaba tanto ni cuando iba a correr por la playa.

—No deberías estar en mi habitación... —farfullé incómodo.

—Y tú no deberías haberte hecho pasar por Hugo, deberías haber hablado conmigo acerca de tus sentimientos antes...

—No, porque no siento nada por ti —me planté rotundo—. Solo me das morbo, Aitor. Es muy fácil encapricharse de ti. Eres enfermizamente encantador y sensual. Llevas poniéndome

cachondo todo el verano y quería quitármelo de encima para no acabar tan loco como mi hermano. Pero esto no tiene nada que ver con los sentimientos. Ruby es el amor de mi vida. Tú solo eres...

—No te creo —contestó sin flaquear. Y su certeza me dio pavor.

¿Qué coño quería de mí?

—Ruby no te conoce del todo —expuso—. Porque le ocultas una parte muy importante de ti mismo. A todo el mundo, menos a mí.

—¿De qué hablas?

—¡Tú no quieres estudiar Derecho y tampoco estar con ella! Por eso no puedes dormir por las noches. Tu vida es solo un escaparate perfecto, pero tú eres otra persona... Alguien que necesita sentirse vivo. Y conmigo lo estás.

—¡No sé de dónde sacas eso! Lárgate de una vez...

—Lo sabes perfectamente... —dijo colocando una mano sobre mi pecho—. Lo saco de tu corazón. De lo que tratan de decirte sus latidos...

Ese músculo traidor se disparó dándole la razón. Pero me negaba a creerlo. No quería. Me gustaba mi vida. Y no concebía la grotesca idea de que no mandaba en mis sentimientos.

Entonces recordé una frase que mi padre puso en su cuenta de *DeBlack* una vez, «Puedes tener lo que desees, pero no elegir lo que desees».

—Tú no tienes ni idea de lo que quiere mi corazón ni de lo que necesita... —sentencié—. Y es a Ruby. Lo que me palpita cuando te veo a ti es la polla —dije llevando su mano hasta mi miembro—. Por eso le he dado de comer. Estás loco si crees que alguien podría tomarte en serio para algo más que no sea follar. Ni siquiera mi hermano te considera fiable, solo vive subyugado a tu libidinoso hechizo. Pero se merece más que eso... Un compromiso serio. Algo que tú jamás podrás darle porque te gusta demasiado «esto» —Nos señalé a ambos.

—¿Y qué es «esto»? —preguntó dolido.

—Te gusta gustar a los demás, Aitor. Volvernos locos. Desquiciarnos. Hacernos dudar de nosotros mismos. Pero yo soy fuerte... Sé lo que quiero y lo que necesito. El único antídoto para tu veneno era follarte una vez y ya lo he hecho. Y si lo cuentas, podré reconducir mi vida y hacer que Ruby me perdone. Tú, sin embargo, perderás mucho más. Y ahora lárgate de mi habitación y sal de mi vida para siempre.

Aitor se levantó y se fue sin decir nada. ¿Cómo iba a imaginar lo que haría en venganza?

Solo le costó dos semanas convencer a Ruby de que tenía dudas con Hugo porque sentía algo muy profundo por ella. Se la llevó una noche a *The Esplanade* en Gold Coast, que es como el Strip de Las Vegas en Australia, y pasaron la noche en el hotel The Star, uno de los más lujosos de la zona.

Me había mofado multitud de veces de esa iglesia de bodas rápidas en la que Elvis te acompaña hasta el altar, y a Aitor le pareció divertido adquirir el mayor compromiso que hay con la mujer de mi vida.

No fue fácil conseguir la jodida anulación.

Mi tío Jon tuvo que llamar a muchas puertas para resolver el desaguizado. El padre de Aitor se enfadó tanto que lo mandó a estudiar fuera, a Oxford, nada menos, como un favor.

Nadie se enteró del motivo real. Hugo se cerró en banda pensando que Aitor era un Don Juan. Ruby se sentía muy culpable por haberse dejado embaucar por él. Lo de casarse lo achacó a una locura más de las muchas que haces estando borracho, pero por lo que me pidió perdón mil veces fue por la noche de pasión que compartió con Aitor. Me chocó que sus explicaciones fueran las mismas que yo le daría si le contara lo que hice con él, y decidí confesarlo porque quería a mi

chica de vuelta. Ruby se había transformado en alguien que me debía algo por haberla perdonado y no era justo. Un noche lluviosa de marzo, me emborraché y se lo conté.

—¿Hablas en serio? —dijo ojiplática.

—Sí... No te lo conté en su momento porque no significó nada para mí, pero si alguien puede entender cómo caí en sus redes eres tú, Ruby, porque has vivido lo mismo. Si tus sentimientos por mí no han cambiado, a pesar de Aitor, espero que me creas cuando te digo que los míos por ti tampoco. Solo fue... Es un... Ya sabes cómo es... Existe gente así, que te empuja hacia un precipicio hasta que caes, pero no pienso dejar que nos joda la vida que teníamos planeada. Yo quiero lo que tengo contigo. Un nivel de sinceridad y confianza que no tiene casi nadie y que para mí es lo más valioso del mundo.

Nos abrazamos y me perdonó. Nos perdonamos mutuamente. Juro que jamás he sentido tanto alivio.

Quedamos en que Hugo no debía saberlo nunca. Su relación con Ruby se había resentido mucho y no quería perder a mi hermano por nada del mundo.

—Bueno... —empezó ella—. Si vamos a ser sinceros, el sexo con Aitor fue una pasada.

Me reí e intenté apartar los celos.

—Yo lo flipé mucho también, pero el tío es un libertino profesional. Si se pinta de azul, podría ir disfrazado de viagra en Halloween.

Ruby se tronchó de risa y... ¿adivináis? Tuvimos una noche de sexo increíble en su recuerdo.

Hace seis meses que empecé a trabajar en comisaría. Por fin tengo un trabajo fijo y Ruby y yo nos casamos y empezamos a vivir juntos en una casa de obra nueva. No ha sido un cambio drástico porque antes nos veíamos mucho, pero la rutina ha hecho mella... Cuando Hugo me contó que había vuelto a enrollarse con Aitor en una fiesta, se lo conté a Ruby y nos quedamos bastante chafados con la noticia.

Poco después, le conté que lo había visto en comisaría y empezó a hacerme muchísimas preguntas: que si había tonteado conmigo, que si estaba guapo... Le dije que sí a todo y esa noche tuvimos buen sexo por primera vez en meses.

Cuando hace unos días supe que iba a tener que trabajar con Aitor mano a mano, infiltrándome en el *pub* como camarero, Ruby decidió que no iba a dejarme solo ante el peligro. Decía que debíamos mostrar un frente unido e indivisible ante su seductor hechizo, por eso había querido venir hoy. Pero acabo de darme cuenta de que no pretende protegerme de él, sino lanzarnos juntos hacia el peligro de su preciosa boca.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

“El amor es un fuego que arde sin ser visto, es una herida que duele y no se siente”
William Shakespeare



Aitor viene directo a mí y me roba la botella de agua de la mano con un gesto azorado. Estamos en la playa, hace calor, pero le pasa algo.

—¿Va todo bien?

Niega con la cabeza sin dejar de tragar.

—De fábula —contesta al terminar.

—¿Y por qué te estás bebiendo el agua como si fuera vodka?

—Acabo de ver a Ruby...

—¿No jodas...? ¿Y qué, sigue enfadada contigo?

—No. Y eso es lo grave. Los gemelos y ella me estaban mirado como si quisieran follarme todos a la vez. Creo que planean matarme.

Me río. No puedo hacer otra cosa.

—¿Qué coño les das, Aitor? ¿Son masoquistas?

—Ni idea. Pero si les doy lo que quieren, igual termino en Singapur esta vez. —Vuelve a beber.

—Aitor...

—Lo sé, lo sé. Me portaré bien.

—Te necesito al 100%. Estamos viviendo una situación muy difícil.

—No te preocupes. Puedes confiar en mí.

En su tono oigo la misma querencia arrastrada que yo utilizo cuando se lo digo a mi padre y me ablando un poco.

—Confío en ti, pero ponte una camiseta y deja de disparar atractivo sexual a discreción, ¿vale?

—Eso implica que deje de ser adorable con los niños y no puedo. ¿Dónde está Marco?

—No sé... Escondiéndose de Luz y su prometido, creo. Y de Mak.

—Todavía no me creo que haya venido. Nos debe de querer mucho.

—O quizá haya venido para impedir el matrimonio de Luz. ¿Lo has pensado?

—Claro que lo he pensado. Porque lo sabía. No sé cómo, pero lo sabía, el cabrón. «Por amigos comunes», dijo. Pero Marco y Luz no tienen amigos comunes. Y menos Borja y Marco. Yo creo que nunca le ha perdido la pista. Es decir, que todavía siente algo por ella.

—Y el otro día cometió el terrible error de mencionar a Borja...

—Exacto. Ahí se le vio el plumero. No piensa permitir esa unión.

—Y Mak se lo agradecerá en el alma.

—Y volverán a ser amigos.

Charlotte aparece a nuestro lado muy sonriente.

—¡Hola, chicos!

Parece contenta. Supongo que estar rodeada de un montón de gente viendo partidos de fútbol simultáneos le hace sentirse segura.

Está preciosa con un pantalón corto blanco de encaje de cintura alta y una camiseta negra corta con un corazón garabateado en blanco. Su mirada desprende un halo bastante potente de anticipación sexual y Aitor y yo nos miramos como si estuviésemos pensando lo mismo.

Y lo siento por ella, pero desde que atropellaron a mi hermana mi nueva vena kamikaze controla lo que digo.

—¿Has practicado sexo hoy? —pregunto a bocajarro.

—¡¿Cómo...?! ¡No!

—Pero lo vas a hacer —repone Aitor con seguridad.

—¿Lenny os lo ha contado? —dice roja como un tomate.

—No, pero se te nota en la mirada —sonríó—. Además, acabas de confirmárnoslo. Ya iba siendo hora...

—Sí. Felicidades por ese futuro sexo de reconciliación —añade Aitor.

—¡No hay ningún sexo de reconciliación!

Algunas personas la miran al pasar por su lado y se pone todavía más roja. Aitor y yo nos reímos entre dientes.

—¡Callaos los dos! Lenny viene hacia aquí...

Mi primo aparece con su aire de rebelde sin causa y le da tal repaso al modelito de Char que me pone cachondo hasta a mí.

Madre mía... menudo sexo más bueno van a tener esta noche.

Qué envidia. Lástima que me queden pocas horas de vida...

¿Que cómo lo sé?

Porque los narcos de la zona desean mi muerte desesperadamente y la provocación de detener al capitán no va a quedar impune.

Anoche Marco me comunicó que debíamos volver a fabricar Moonbow para conseguir proclamarme el nuevo distribuidor de la zona ante gente muy chungu. Por eso siento que en cualquier momento alguien va a volarme la puta cabeza desde la distancia.

Y saber que cada segundo podría ser el último, hace que cada segundo cuente. Ya no pienso callarme nada.

—¿Cómo vais? —pregunta Lenny.

—Bastante cachondos. ¿Y tú? —contesta Aitor.

Me doblo de risa y me largo alegando que tengo que encontrar a Marco. No debería alejarme de él, es mi jodido guardaespaldas.

Aitor vuelve al terreno de juego con los niños y Lenny busca a Iker y a Dani para ofrecerles su ayuda. Está distinto, eso está claro. Pero todavía no sé si para mejor o para peor. Sus acciones y reacciones me tienen muy confundido.

Busco a Marco por todas partes y no lo encuentro.

Intento pensar como él, ¿dónde me metería para controlarlo todo y a todos?

Miro hacia las alturas y lo veo en la torre de vigilancia de la playa, compartiendo una bebida

con el socorrista. No puedo creerlo...

Subo a la caseta y saludo a Jerry juntando mi puño con el suyo. Se sacó el curso de salvamento el año pasado y es su primer año.

—¿Cómo va todo?

—Bien —contesta Marco sin dejar de mirar al frente. Ahí plantado parece un General del Ejército de Tierra.

—¿Qué estás mirando?

En un minuto me señala varios puntos vulnerables, incluida una terraza en primera línea de playa donde nuestros padres están sentados.

Luk y Mak han arrastrado a mi padre a tomar algo con ellos «para que absorba un poco de vitamina D», según ellos.

—Míralos, tranquilamente, como si no pasara nada —mascullo.

—No te dejes engañar. Han venido a controlarnos. Ahora mismo saben que tú y yo estamos aquí arriba. Y dónde está el resto. Además, esta noche, Luk y Mak vendrán a la fiesta para vigilarte de lejos. Seguramente me quiten este sitio y tenga que buscarme otro, porque desde aquí tendrán buena visibilidad para sus miras telescópicas...

Subo las cejas escéptico. ¿Se está quedando conmigo?

—Da todos modos, prefiero que tú estés a mi lado en la fiesta.

—¿Y arriesgarme a que Borja *fucks* Marco? No, gracias...

Sonrío ante la broma.

—Borja estará demasiado ocupado con sus amigos VIPS. Pero yo te necesitaré.

—No nos conviene que me vean contigo, Lucas. Cada minuto que pasa sin que te llamen para llegar a un acuerdo, tengo menos esperanzas de que vayan a confiar en ti como si fueras uno de ellos. Pero no tengas miedo, esta noche estarás cubierto.

—No tengo miedo —digo de prisa. Él me mira suspicaz.

—Si no lo tuvieras, serías un estúpido...

Tiene razón. Pero lo de tener miedo es algo nuevo para mí. Ahora me doy cuenta de que nunca lo había tenido realmente y me gustaría preguntarle a mi padre cómo lo gestiona él. Pero no puedo. Estoy solo en esto.

Cuando cae la noche, el Campeonato de fútbol pierde su ambiente lúdico para transformarse en una *party* de proporciones estratosféricas.

¿Pero qué leches ha montado Borja? ¡Hay hasta una tabla de surf hinchable de quince metros!, y un mosaico de flores redondo con el símbolo de «haz el amor y no la guerra» de unos tres metros de diámetro. Se ha tomado muy en serio mi resumen de que esto es un pueblo hippie surfero.

Tengo que admitir que el resultado con la música, las luces y el ejército de camareros con camisetas flúor fucsia con el nuevo logo del bar de mis tíos en negro es una pasada. Borja es un crack, por mucho que le pese a Marco. Otra cosa es que sea el hombre ideal para Luz.

Tardo menos de una hora en ir a casa con la moto, ducharme y volver para ayudar en lo que pueda. No me he matado mucho con el vestuario porque sé que voy a terminar con una de esas camisetas rosas. Se supone que soy el nuevo dueño del Valhalla...

Cuando llego, veo que Borja y Luz ya están aquí con unas pintas psicodélicas que dan miedo. Voy a ahorrarme la descripción, pero parecen listos para acudir a la gala del MET.

—Hola, chicos...

—¡Lucas! Ven —me pide él entusiasmado—. Te daré tu uniforme.

—Vale.

Lo sigo y me sorprende enseñándome una camiseta negra con detalles en fucsia flúor. Pone «Morgan» por delante, y tiene el logo del bar en grande, por detrás, como si fueran unas alas en mi espalda.

—¡Joder...! ¡Está guapísima!

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo! ¡Gracias!

—El *boss* no puede ir con cualquier cosa...

—Es brutal —la admiro. Y me la pongo enseguida.

—Te queda de muerte —dice sin perderse ni un fotograma de mi cambio de vestuario.

—Gracias... Estoy muy impresionado por cómo has montado todo esto tan rápido. Creo que podría aprender mucho de ti...

Se me queda mirando demasiado tiempo.

—Oye, tú... ¿no estás con nadie, verdad? O sea, no tienes pareja...

La pregunta me sorprende, pero...

—No.

—Si te pasas esta noche por el palco VIP —señala la plataforma—, te presentaré a una amiga que creo que puede gustarte. Se llama GinMaw, búscala en Instagram y me dices si te interesa...

—Vale... Gracias. —Nada como tener contactos.

Enzo y Aitor no tardan en llegar. Me insultan cuando ven mi camiseta en comparación con las suyas.

—¡La rosa no está tan mal! —me mofo de ellos.

—No me veo de rosa, la verdad... —masculla Enzo.

—No te quejes —replica Aitor—. El fucsia realza el color de tus ojos. Yo, sin embargo, parezco el puñetero Ken...

El aludido intenta no reírse, y me doy cuenta de que ya es tarde para él. ¡Ya es suyo...! Pobres gemelos.

Miro a Aitor avisándolo de que no se lo folle otra vez y él me mira abriendo las manos como si fuera el ser más inocente del planeta.

—¿Ha llegado algo interesante? —me pregunta Enzo refiriéndose a las sustancias ilegales.

—Sí. Había coca escondida entre las bebidas. Deben de estar a punto de llegar los camellos para distribuirla.

—Bien. Quiero ver si hay caras nuevas.

La noche se sucede y todo parece estar saliendo bien, pero cometo el error de contarle a Aitor lo que me ha dicho Borja y no tarda ni medio segundo en buscar a GinMaw en las redes sociales.

—HOSTIAS... —farfulla al verla—. Mira esto...

Me enseña un post donde una rubia de infarto tira de sus bragas hacia arriba haciendo que se le claven en el... y dejando ver que va del todo depilada y mostrando su figura perfecta. Lleva un top elástico que retiene a duras penas sus prominentes pechos y tiene los labios más esponjosos que he visto en mi vida.

Aparto la mirada. Y Freya parpadea en mi mente, escociéndome.

—Tienes que tirártela... —suplica Aitor—. ¡Por ti y por todos tus compañeros!

—No me apetece mucho...

—¡¿Cómo que no?! ¡Si estamos todos salidísimos con esto de la misión suicida, ¿no lo notas?!

Claro que lo noto. Ellos están nerviosos, pero yo estoy cabreado. Y dolido. Y...

—Madre de Dios... —musita Aitor viendo más fotos de ella—. No puedes perder esta oportunidad, tío. Si no, pongo cara de estreñido y voy yo. Igual no nota la diferencia entre

nosotros...

Lo empujo juguetón.

—Ya veré... No me presiones.

—¿Es por Freya? ¿No dijiste que se acabó?

—Eso dije.

—¿Se ha ido ya de Byron?

—No lo sé... Desde luego, de mí no ha venido a despedirse...

—Y esperabas que lo hiciera para tomar la decisión final, ¿no?

No respondo. Pero mi silencio otorga. Lo cierto es que ha tenido tiempo de sobra para buscarme y no lo ha hecho. No quiero preguntar si se ha ido ya o no, mientras no lo sepa, mantendré la esperanza de que no se haya marchado sin despedirse dejándome cristalino lo poco que significo para ella.

Localizo a sus amigas y no verla entre ellas es un mal presagio. Lía no ha venido por compasión con Cora. La pobre se ha echado a llorar cuando se ha enterado de que a la fiesta venían auténticos *ticks* azules de Instagram.

Y hablando de ellos, de pronto, una aparece en la barra: Luz.

—¡Hola! Borja me envía a buscarte para que vengas a la zona VIP. Dice que quiere presentarte a alguien...

Mis piernas salen de la barra en contra de mi corazón, pero está castigado por hacerse ilusiones con Freya.

—Borja me cae bien, es un crack —comento en su oído.

—Sí, es el mejor. Pero pensaba que te gustaba Freya —dice directa.

Y me mira como si me estuviese juzgando.

—Y yo pensaba que te gustaba Marco, pero ya ves, vas a casarte...

Baja la cabeza y me pide que la siga. Maldita sea...

—Lo siento. Sé que no es lo mismo.

—No. No lo es. Borja tiene talento y es bueno conmigo.

—Que tiene talento es innegable. Solo digo que...

—Sé lo que intentas decir... —me frena antes de seguir—, pero yo hace mucho tiempo que pasé página con Marco. Tuve que hacerlo. Porque no luchó por mí, y tú estás a punto de hacer lo mismo con Freya...

—Quizá en ese momento no pudo luchar por ti, pero...

—No hablo de ese momento, hablo de después.

—¿Cuándo? —pregunto perplejo.

—El día que cumplí los dieciocho lo llamé por teléfono, pero no me contestó. También le envié un *email* diciéndole que quería estar con él, que ya era libre y mayor de edad, pero lo ignoró. No se puede decir que yo no hice todo lo posible por estar juntos. ¿Opinas que estaría mejor con Marco? Quizá sea cierto, pero no depende de mí. Y llega un momento en el que no te queda otra opción que olvidarlo. ¿Tú quieres olvidar a Freya?

Sus palabras me dejan anonadado. ¡No tenía ni idea de que Marco la hubiera rechazado después! Tuvo tiempo de pensarlo en frío, de echarla de menos y aún así rechazó la oportunidad de ser feliz.

Miro a Luz con pena. ¿Si alguien como ella perdió la esperanza de estar con la persona a la que amaba, qué nos depara al resto?

Llegamos a la zona VIP y Borja hace las presentaciones.

—Gin, este es Morgan, el dueño del local que estoy reformando y con el que he montado esta

fiesta.

—Encantada —responde ella sugerente. Y leo en sus ojos que se refiere a que estaría «encantada» de perdernos en la parte de atrás del escenario para que me la coma entera.

—Igualmente...

Todavía no he terminado de decirlo cuando veo a Freya en mitad del gentío. Me quedo tan en *shock* que no escucho lo siguiente que me pregunta Gin.

Me fijo en que busca a alguien en la barra, y que me maten si no es a mí.

—Perdón, ahora vuelvo... —Me despido veloz.

La busco desesperado donde me ha parecido verla, pero no la encuentro, y de pronto, la localizo apoyada en una de las barras.

Me acerco con toda la templanza que tengo, que es bien poca a estas alturas, y respiro hondo antes de abordarla.

El tiempo transcurre a cámara lenta cuando nuestros ojos se encuentran. Eso no me ha pasado con la rubia.

—Morgan... —balbucea cortada.

—Prefiero que me llames Lucas.

—Lo siento, lo he leído en tu camiseta...

—¿Te gusta? ¿A que es genial? —digo dándome la vuelta para que vea las alas en mi espalda.

—Sí, me encanta. Me alegro mucho de que Ani y Luk vayan a reabrir el local...

—Yo también. No esperaba verte aquí... —digo renqueante—. ¿Estás mejor? ¿Qué tal tu muñeca?

—Bien —Me la muestra vendada—. Voy poco a poco. Yo... no pensaba venir. No estoy para fiestas, pero... tenía que verte.

—¿A las tres de la mañana? —digo consultando la hora.

—Sí... Ha sido cuando... he reunido el valor para venir.

Esas palabras me calientan el pecho de una forma inexplicable.

Y de pronto, la realidad me golpea. ¿Qué estoy haciendo?

Visualizo a Marco cagándose en todo por estar hablando con ella a la vista de todo el mundo. De los que fueron a por ella y de los que quieren aniquilarme quitándome lo que más quiero y del resto.

—Escúchame —digo con disimulo—, ve hacia la carpa del DJ y quédate detrás, iré a buscarte.

—¿Por qué?

—Hazme caso, por favor, ahora te lo explico. Si puedes dar un rodeo hasta llegar allí, mejor.

Me voy tranquilamente, como si no tuviera prisa.

Entro en la barra y me quedo esperando como si no pensara reunirme con nadie en unos minutos.

Cuando pasa el tiempo necesario me agacho y ya no vuelvo a emerger, sino que me escabullo hasta el final de la barra para perderme entre la gente en cuanto tengo oportunidad.

Lo primero que hago es quitarme la camiseta; hay gente que no lleva y muchas chicas en bikini o sucedáneo. Hago un par de quiebros y logro llegar a donde he quedado con Freya.

—¿Dónde estabas?!

—Lo siento...

—¿Qué ocurre?

Tengo que pensar rápido porque no puedo contarle la verdad. Sé que sería lo más correcto, y que en cuanto empiezas a mentir la cagas, pero si se entera de que estoy metido en lo mismo que mató a Christopher no querrá saber nada de mí.

—Lucas, ¿qué pasa? ¿Por qué me has hecho venir aquí?

¿Por qué? ¡¿Por qué?! ¡POR QUÉ!

¿Por qué quería que viniera?

¿Por qué no le he dicho que se fuera?

¿Por qué no puedo mentirle?

—Porque quería hacer esto... —Cojo su barbilla en un arrebato y la beso con pasión.

Que reaccione agarrándome del pelo y abriendo la boca a lo bestia para comernos con ansia me desestabiliza por completo.

La sujeto con fuerza contra mí con miedo a que cambie de opinión. El ímpetu de nuestros lametazos podría ganar un premio a la mejor forma de hacer estallar tu sistema emocional por los aires.

Que justo cuando acabas de perder la esperanza con alguien te devore como lo está haciendo ella, te hace creer que tienes un jodido ángel de la guarda custodiando tu alma.

Un beso así es capaz de hacer que te lo replantees todo. Capaz de tomar decisiones de las que nacerán grandes sueños. Capaz de todo.

Dejo de besarla y la arrastro hacia la noche. Hacia mi lugar favorito para tener sexo si ligas en alguno de los bares cercanos a la playa. Se trata de un peñasco enano que sobresale en la arena y que tiene la ergonomía perfecta para... Oh, pero está ocupado. ¡Mierda!

No quiero mirar, pero la ropa me resulta familiar y de pronto caigo en que son... ¡Charlotte y Lenny! ¡La madre que lo parió! Yo le hablé de este lugar.

—¿Esos no son...? —empieza Freya.

—Sí... —musito recalculando la ruta hacia mi segunda opción. Un restaurante cercano que a estas horas está cerrado y que tiene unas camas balinesas en las que te puedes colar sorteando los arbustos circundantes.

Freya no me detiene ni pregunta nada cuando aparto todo lo que puedo la vegetación para que acceda al interior. Lleva un vestido de flores y una cazadora vaquera que me encanta, pero se hace un rasguño en el muslo con una de las ramas.

—Mierda... —Se limpia el hilo de sangre que aparece. Yo también me raspo el pecho porque no llevo camiseta, pero tengo una idea para que se nos pase el dolor.

La acojo entre mis brazos con propiedad y la beso profundamente.

Ella parece olvidarlo todo y se une a mi propuesta.

Seguro que Marco está preocupado y que me cae una buena bronca, pero sintiendo la turgencia de sus labios, la calidez y el sabor de su lengua, lo que me pase será poco comparado con renunciar a esto.

La arrastro hacia una de las camas y hago que se tumbe boca arriba para caer sobre ella. Es justo ese momento de la noche, lo que yo llamo la hora bruja, donde todo te da igual y solo importa sentirlo todo.

Nos besamos durante unos minutos de forma tierna y sensual a la vez. Al final le bajo los tirantes del vestido para besar el lugar donde reposaban y ella desabrocha mi pantalón indicando que también piensa que estaremos mejor sin ropa.

Desnudarla es sencillo, con los tirantes fuera de juego consigo deslizar el vestido hasta que ella misma se deshace de él por los pies. Tenerla tan expuesta es un sueño; no sé ni por dónde empezar...

Nuestra primera vez fue caótica, tormentosa y a ciegas. La segunda vez necesito que sea memorable, así que me tomo mi tiempo para besar cada centímetro de su espléndida piel.

—¿Por qué querías verme? —pregunto sensual mientras beso su tripa y deslizo sus bragas con

una lentitud pasmosa por sus piernas.

La imagen de su sexo me marea como si acabaran de golpearme con una sartén.

—Quería decirte que me voy por... un tiempo —se le entrecortan las palabras cuando acerco mi aliento a su sexo perfectamente depilado.

Poso mis labios sobre su pubis con suavidad y la sacudida que le provoca me embriaga de poder. La torturo con calma. Adoro sentir cómo se retuerce de anticipación.

—¿Por qué querías que lo supiera? —hablo contra sus delicados pliegues húmedos y se me escapa un pequeño lametazo entre ellos que me nubla el cerebro. No creo que pueda seguir hablando. Acabo de mutar a animal.

—Quería que... me detuvieras... —gime cuando me abro paso con la lengua. Su sabor no es de este mundo...

Ella me agarra del pelo transmitiéndome lo que quiere y necesita. Pero yo también quiero cosas. Quiero correrme de gusto escuchando lo mucho que le importo. Así que levanto la cabeza y pregunto:

—¿Por qué querías que te detuviera?

Antes de que conteste me lanzo de nuevo en picado y me la follo con la lengua, usando una técnica que sé que las vuelve locas.

—¡Dios...! —farfulla alucinada.

No ceso en mi empeño y se agarra con tanta fuerza a mi cabello que me hace daño.

—Contesta, si quieres que siga. —Le doy una tregua—. ¿Por qué quieres que te detenga?

—Porque... —se afana en responder, pero hace una pausa para pensar—. Quiero estar contigo...

Recompenso su sinceridad llevándola al límite pero sin dejar que se corra. Cambiando la velocidad y acariciando sus pechos para que sus impulsos nerviosos se vuelvan locos.

—¿A qué te refieres con estar conmigo? —pregunto subiendo por su estómago e introduciendo un par de dedos en su interior justo cuando atrapo uno de sus pezones con mis dientes.

Su cuerpo se contrae de una forma deliciosa alrededor de mi índice y corazón y mi miembro se queja deseoso de zambullirse en ella.

—Me refiero a esto... —dice atrayéndome hacia su boca con fuerza, haciendo que mi cuerpo se incruste en el suyo, y abriendo las piernas para guiar perfectamente mi erección hacia su sexo.

Sumergirme de golpe en la humedad de su cuerpo me provoca una sensación indescriptible. Gimo en su boca y retrocedo para volver a introducirme con fuerza en ella.

Siento tanto placer que no puedo creerlo. Me da miedo acelerarme, pero a la vez no puedo parar de moverme ni de besarla con brío.

Deslizo las manos por debajo de sus nalgas para aferrarla más a mí y clavarme más profundamente en ella. Esto es el sumun de mi existencia.

De pronto me pregunto si cada vez que hagamos esto se convertirá en el momento más feliz de mi vida hasta la fecha. Si será siempre tan perfecto. O si tendré que volver a estar con otras y la comparación me quemará por dentro.

—Dios, Lucas... ¡No parees...!

—No podría aunque quisiera —musito acelerando el ritmo.

El remolino de sensaciones que me asola no lo había sentido en la vida. El placer es tan intenso y las embestidas tan brutales que estoy a punto de romperme.

—Me voy... —avisa desesperada, y lo agradezco porque por fin puedo dejarme llevar y disfrutarlo con ella.

Que nuestros orgasmos se sincronicen desemboca en una explosión tántrica que no creo que olvidemos nunca.

Me derrumbo sobre ella y pienso que si tengo que morir, no me importa. Ya no. Porque me llevaré esto a la tumba conmigo.

EL FABRICANTE DE LÁGRIMAS

“Vestida de dolor, ella seguía siendo lo más bello y resplandeciente del mundo.”
Erin Doom



Tener a Lucas desmadejado encima de mí es un sueño hecho realidad.

No mentía. Me ha costado mucho venir a la fiesta y buscarle para decirle lo que sentía. Y al final, él me ha encontrado a mí, me ha besado y hemos terminado así. Más fácil imposible.

Hubiera sido perfecto quedarnos un rato besándonos y confesando que siempre nos hemos querido, pero él se levanta raudo y sospecho que ahora viene la parte difícil.

Una vez vestida, lo miro y me fijo en que él no se ha puesto la camiseta; se la deja colgada del pantalón. Me gustaría saber por qué se la ha quitado antes y por qué no se la pone ahora, pero es lo de menos.

Nos juntamos y me acaricia los brazos despacio, casi con pena.

Después suspira y me abraza con fuerza. Me temo lo peor.

Cuando me suelta y me mira dice:

—Tienes que irte, Freya... No puedo detenerte.

—¿Por qué?

—Porque necesitas irte. Dani le contó a mi padre que te había surgido una gran oportunidad laboral y no quiero ser el culpable de que la pierdas.

—Tú eres mucho más importante que un trabajo.

La expresión de su cara se contrae como si le hubiese dolido escuchar esa frase. Pero se recompone e insiste:

—Christopher acaba de morir... Creo que necesitas un tiempo para asimilarlo y saber si de verdad quieres estar conmigo. No quiero ser un efecto rebote.

—¡Tú no eres un efecto rebote!

—La noche que estuvimos juntos no lo tenías tan claro. No querías dejar a Chris, y ahora..., como no te queda otra opción, aquí estoy yo.

—¡No es así! —exclamo indignada. ¿Cómo puede pensar eso? ¡Es el puñetero Lucas Morgan! Si supiera la de diarios que rellené con su nombre...

—Sospechaste de mí —me acusa—. ¿Sabes el daño que me hizo eso?

—¡Lo siento! ¡No sabía qué pensar! ¡Me remitía a las pruebas!

—Puedo decirte cinco nombres de los que no me creería nada aunque tuviera las pruebas

delante. Creo que hemos dejado de conocernos, Freya, que tenemos que tomárnoslo con calma para...

—¡Todas las parejas empiezan así! La mayoría no se conocen de antes y empiezan una relación perdidamente enamorados. Cuando pasa el tiempo se van conociendo y adaptando. No tenemos por qué conocernos perfectamente para que lo nuestro funcione. El sexo es increíble.

—Conmigo siempre lo es...

Subo las cejas alucinada. Jamás hubiera imaginado que diría algo así. Quizá sea cierto que no nos conocemos tanto. O quizá lo he idealizado en mi mente.

—Ha estado bien, creo que nos lo debíamos, pero... sigo pensando que necesitas un tiempo para... no sé... para olvidar a Chris. Para guardarle luto o...

—¡¡No necesito tiempo!! —chillo nerviosa. Como si necesitara confesar lo mal que lo he estado pasando precisamente por eso. Porque la muerte de Chris me había quitado una venda de los ojos en más de un sentido. Con él. Conmigo misma. Con Lucas...

—Pues no sé si quiero estar con una chica que no necesita tiempo después de que asesinen a su novio de dos años y medio, habiéndole puesto los cuernos la misma noche que murió...

Cuando termina de hablar escucho una detonación.

Es mi corazón que ha explotado en mil pedazos que nunca jamás volverán a juntarse.

Pierdo la vista en la nada y asiento. Porque tiene razón. Soy un puto monstruo. Soy lo peor. Soy... indigna. Como siempre me he temido. No estoy a la altura del gran Lucas Morgan. Y seguramente tampoco de Christopher. Desde luego, no lo estuve para Steve, que me dejó nada más follarme y nunca volvió.

—Tienes razón... —digo atribulada—. No deberías estar conmigo...

La expresión de su cara se fractura un poco durante un instante, pero vuelve a la normalidad en décimas de segundo.

—Tengo que volver... —formula cabizbajo, dando por terminado nuestro último encuentro.

Tenía mis dudas sobre irme, ahora lo estoy deseando.

LA PACIENTE SILENCIOSA

“No todo es lo que parece, hay que escuchar más allá de las palabras”
Alex Michaelides



Una semana después

—Dígame otra vez por qué no puede darme el alta...

—¿Porque estás totalmente escayolada?

—¡¿Usted sabe lo importante que es esta inauguración?!

—¿Más que tus huesos se suelden bien?

—Ñe...

—Ya habrá otras fiestas, cariño —dice mi madre.

—Además, ¿quieres que te vean así? —señala Lía.

—¡Me jode mucho perdérmelo!

—Haremos una cosa —propone mi hermana—. Iré con una cámara Go Pro en la cabeza y será como si estuvieras allí.

—¿Harías eso por mí?

—Sí. Me pegaré tu foto en la frente y por un día tendré vida social.

Me río a mandíbula batiente, y en consecuencia, me duele todo el cuerpo. Pero merece la pena. No sabía que a mi hermana le importara tanto. Lenny tenía razón, esta semana he estado observando a todo el mundo y he descubierto un montón de cosas increíbles.

Al día siguiente de la fiesta Byron *fucks* Venice, que por lo que cuentan, debió de ser apoteósica, Freya apareció por la mañana temprano con bastante mala cara.

—Hola, Cora... ¿Cómo estás?

—¡No!, ¡¿cómo estás tú?! ¡Tienes peor pinta que yo!

—No he dormido mucho...

—¿Fuiste ayer a la fiesta?

—Me pasé un rato, pero poco tiempo.

—¿Y qué tal te fue?

Que no contestara para no echarse a llorar, me alarmó.

—Eh... ¿qué te pasa?

—Nada... —sollozó—. Yo debería estar consolándote a ti. Has tenido un accidente muy grave. Uno en el que me salvaste la vida... No deberías haberlo hecho.... Soy lo peor.

Empezó a llorar y flipé. ¿Qué coño...?

—No vuelvas a decir eso. ¡Tú no eres lo peor! Eres una de mis mejores amigas. Y si no te salvo, Lucas no me lo hubiera perdonado...

En ese momento empezó a llorar todavía más fuerte y puse la misma cara que Scrat cada vez que pierde la bellota y sabe que la ha liado parda. Entonces recordé lo que Lenny me había contado. Seguramente se sentía culpable por haberle puesto los cuernos a un fiambre.

Lo siento, mis respetos, pero Chris nunca fue santo de mi devoción. Estaba bueno y tal, pero era demasiado mandón. O ella demasiado blanda, no sé... Pero yo no permitiría que me trataran como a ella. A la primera contestación tóxica le hubiera dado billete de vuelta. Nunca hablamos abiertamente de ello, porque Freya y yo somos amigas, pero si hay un tema tabú con las amigas, es lo anormal que te parece el tío que se la clava.

—¿Puedo decirte algo con sinceridad, aunque me taches de fría?

—Tú siempre eres fría.

—Vale, pues creo que estás mejor sin Christopher. No sufras por él.

—No sufro por él. Sufro por tu hermano...

Me contó toda la movida y aluciné en color.

—¡¿Será idiota?! ¡Me va a oír!

—No le digas nada... Voy a marcharme. Venía a decírtelo.

—Quizá te venga bien alejarte de Byron... y de tanto anormal.

—Yo creo que tiene razón...

—No. No la tiene —dije convencida—. ¡Ha estado a punto de perderte en el atropello...! ¡No entiendo nada! —Me devané los sesos.

Nos abrazamos fuerte y le dije que se cuidara.

—Céntrate en el trabajo —le aconsejé—. Vas a hacer una de las cosas que más te gustan. Lúcete y demuéstrole lo que vales.

—Lo intentaré...

Cuando Lucas apareció esa misma noche para verme, me encontró de brazos cruzados.

—Freya ha estado aquí esta mañana...

La cara le cambió al momento. El dolor cruzó su mirada. Esa no era la expresión de alguien que «no le parecía lo suficientemente humana para él».

—¿Cómo estaba?

—Fatal. Destrozada. Más reventada por dentro que yo. Y me ha contado por qué. Me lo ha contado todo. ¡¿Cómo se te ocurre, Lucas?! ¿Sabes el daño que le has hecho?

Su pecho se vació como si se hubiera quedado sin aire. Su postura, que de normal es sacar pecho, se encorvó como si cargara con un peso enorme. Y cuando se dio la vuelta y se apoyó en la pared, flipé del todo.

¡Mamáaaa... qué interesante era la vida!

—Intentaron matarla —musitó solamente—. Dejar que se quedara habría sido condenarla a muerte. El atropello fue intencionado, Cora. Ella era el objetivo.

Mis ojos saltones se quedaron sin habla.

—Si lo supiera..., aparte del terror que supondría para ella, no querría saber nada de mí nunca más. Y con razón. Se lo contaré todo cuando no exista una amenaza real. Y rezaré para que siga queriendo estar conmigo.

—¿Y si luego no puedes recuperarla?

—Podré. Me quiere.

—¿Y si conoce a otro? ¡En Sydney hay mucha gente, Lucas, y le has roto el corazón! Mi hermano se quedó pensativo.

—No tengo más opciones que confiar en ello. Sé que sois muy amigas, Cora, pero no le cuentas nada, por favor. Antes de nada, eres mi hermana...

—No te preocupes. Ven a abrazarme, anda.

En ese momento, mi padre entró en la habitación y la tensión que recorrió el cuerpo de mi hermano me pareció rara. ¿Qué le ocurría? Sabía que tenían sus roces de alfas, pero me constaba que en el fondo se querían. ¿No? ¡¿NO?!

Los hombros de mi hermano volvieron a caer de la misma forma que con Freya. Y me hice cargo de lo que suponía para él.

—¿Cómo fue ayer?

—¿Por qué me preguntas, si ya lo sabes? —contestó Lucas—. Tienes a tus informantes.

«¿Informantes de qué?», me pregunté.

—¿Qué informantes? ¿De que habláis?

—De nada —zanjó mi padre acallando a Lucas con la mirada.

«¡¿Para qué hablas, Cora?!», me reñí. Desde ese momento aprendí a guardar silencio y a escuchar. Y madre mía... ¡la de cosas que se oyen!

Ha sido una semana de lo más productiva aquí plantada.

Mis tíos Luk y Mak vinieron a verme, pero parecían más preocupados por el estrés de mi padre que por mi estado de salud. Un poco más tarde, apareció Marco y la cosa se puso interesante. Para mí Marco y Luz eran un referente amoroso más simbólico que Romeo y Julieta. A la historia de Shakespeare le faltó que fueran hermanastros, por favor. El tío era un aficionado...

—Hola, Cora, ¿cómo te encuentras? —preguntó Marco atento.

—Aburrida.

—Ya. Tómatelo con calma.

—Esa palabra no forma parte de mi vocabulario.

—Pues estrésate.

—Eso haré, gracias. —Sonreí. Él me devolvió la sonrisa.

Después, se acercó con disimulo a los tres reyes y comenzaron a cuchichear entre los cuatro en voz baja. Apenas capté nada. Algo de la inauguración y no sé qué de un cargamento de bebidas.

Pero lo mejor de todo es que de repente llegaron Borja y Luz y los cuatro se tensaron visiblemente. Sobre todo Mak y Marco. Solo me faltaban unas palomitas.

—¡Hola! —exclamó Luz superfalsa. Había una tensión genial.

—Caballeros... —los saludó Borja—. Buenas tardes a todos.

El prometido de Luz molaba un montón, era como una obra de arte moderna andante y estaba claro que esos cuatro no sabían apreciar lo guay que le quedaba el *eyeliner* negro.

Me fijé en que Marco no duró ni treinta segundos en la habitación, y Mak salió detrás de él. Habría pagado por asomarme al pasillo y escuchar lo que se decían, pero una tiene sus limitaciones.

Hablé un ratito con la parejita y cuando le pregunté a Borja hasta cuándo se quedaría, me contaron que en quince días acudirían juntos al festival de Cannes y de ahí volverían a Madrid. ¿Marco estaría invitado a la boda? Tenía que averiguarlo.

Los que también se pasaron a verme fueron Lenny y Charlotte.

—¿Por qué brilláis así? —pregunté haciéndome la tonta.

—¿Qué? ¿Dónde? —dijo Charlotte tocándose la cara.

—No le hagas ni caso —dijo Lenny captando mi sarcasmo.

—Es en serio. Brilláis como dos putos Gusiluces... Creo que habéis practicado demasiado sexo esta semana.

Charlotte no supo dónde meterse. ¡CAZADA!

—¿Te diviertes? —preguntó Lenny.

—Mucho. Gracias por el consejo.

Pero lo más gordo Gordo GORDO que había descubierto durante esa semana había sido la extraña dinámica entre mi no-novio Kali y mi hermana Lía.

Él había venido a verme cada día desde el accidente, igual que ella, y se habían encontrado cada vez, claro. No sabía quién era el perro y quién el gato, pero siempre acababan gruñéndose.

Andan a la gresca desde que eran infantes. Las malas lenguas dicen que a ella le gusta, pero solo es una forma de explicar su desmedida animadversión por él y conozco lo suficiente a mi hermana para saber que lo odia de verdad.

Ambos son demasiado mordaces y bastante crueles. Y ya sabéis lo que dicen, lo que te molesta de los demás es lo que en realidad te molesta de ti mismo.

Sin embargo, desde que observo sus caras y sus gestos desde esta perspectiva, noto algo raro entre ellos. Por ejemplo, apenas se miran a la cara. Vale que se detestan, pero me he fijado en que sí observan al otro cuando este no se da cuenta. Es como si no quisieran admitirlo.

Normalmente, intentan no coincidir juntos en el mismo espacio. Si Kali llega, Lía nos deja intimidad. Y cuando él se marcha, ella no tarda en entrar. O sea, que no hablan fuera entre ellos. Excepto un día, que ella tardó algo más de la cuenta en pasar y al final entró mucho más alterada de lo normal.

—¿Habéis discutido? ¿Qué te ha dicho?

—Nada... Sus subnormalidades de siempre.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté ávida de información.

—Que si creo que podría conseguirle tres minutos sin cámaras para hacerte un dedo.

Las carcajadas que solté hicieron que me doliese hasta el alma.

—¡Joder, dile que sí!

Ella torció la cabeza como si no tuviera remedio.

—Es broma —aclaré—. ¿De verdad te ha dicho eso? Ni siquiera ha intentado besarme.

—A ver... Es obvio que no estás en condiciones.

—Por eso. No tiene sentido. Creo que te lo ha dicho solo para cabrearte. ¡Le mola cabrearte! —deduje avispada—. Es su droga.

—Sííí, toda su energía procede de mi mala leche —dijo irónica.

—¿O me estás ocultando algo? —pregunté suspicaz—. ¿Seguro que te ha dicho eso?

La cara que puso de «¡pillada!» me chivó que había acertado. Lo de escuchar a la gente y analizar sus gestos era una maldita pasada. ¿Qué hacía yo mirando el móvil tanto tiempo si la diversión estaba fuera?

—Cuéntamelo. ¿Es algo que no puedes decirme?

Guardó silencio. ¡Iba por buen camino!

—Espera... ¿Tenéis secretos entre vosotros? —dije incrédula.

—¡No! No es eso...

—¿No me digas que estáis liados?! —exclamé alucinada—. ¡Porque eso cuadraría totalmente con vuestra dinámica! ¡Enemigos de día, amantes de noche! ¡Ayyy, madre!

—¿Qué dices, cacho loca?! ¡¿Cómo puedes pensarlo siquiera?! ¡Kali está enamorado de ti!

—Sé que pasa algo y que me lo estáis ocultando.

—¡Yo no te oculto nada! No puedo hablar por él.

—¡Entonces hay algo! Os amáis, ¿verdad? ¿Os habéis acostado? ¡Puedes contármelo! No voy a enfadarme.

—¿Cómo que no te enfadarías?! ¡¿Te estás oyendo?! ¡Kali es una persona con sentimientos! Deberías tener un poco más de tacto con él.

—Tengo mucho «tacto» con él... Y no veas lo que disfruta —sonríó.

—¡Deja de bromear! ¡¿Es que no te importa nadie?! ¿No te importa el tío con el que más veces te has acostado en la vida?

—Tampoco han sido tantas... A veces hacemos otras cosas.

—¡¡Me da igual!!

—¿Y desde cuándo para ti Kali es una persona con sentimientos? —La miré desconfiada—. ¡Para mí solo es un pene con piernas!

—Eres incorregible... —murmuró marchándose de la habitación.

Abrí las manos en la soledad de la estancia como si no entendiera nada.

—Interesante... —musité después.

La siguiente vez que pillé a Kali a solas, lo acorralé sin piedad.

—Lía me ha contado vuestro secretito... —empecé tunanta.

—¿Qué...? ¿Qué «secretito»?

—El vuestro. —Esto era mil veces más divertido que liarme con tíos.

—No sé de qué me hablas...

—Lo sabes muy bien. Y quiero que sepas que me parece fatal...

Me miró circunspecto. ¡Había algo! ¿Qué leches sería?

—No tiene derecho a decirte nada, es un asunto privado.

La sangre me hirvió de intriga.

—¿Un asunto tuyo privado que ella sabe y yo no?

—Sí.

—¿Cómo es posible?!

Se encogió de hombros, incómodo.

—¡Joder, Kali..., ¿por qué sigues viniendo a verme si estás liado con mi hermana?!

La mala suerte quiso que justo en ese momento mi padre estuviera entrando en la habitación y oyera la frase.

—¿Qué pasa aquí? —pronunció rotundo.

La cara de Kali al escucharlo fue de traca. Estaba realmente acojonado. Se giró a cámara lenta y mi padre lo atravesó con la mirada.

—¿La ha visto un neurólogo? ¡Porque está empezando a decir locuras! —me señaló Kali.

—¿Insinúas que liarte con mi hija Lía sería una locura?

Su boca se abrió de par en par y yo tapé la mía aguantando la risa a su espalda. Mi padre me vio y ni se inmutó. Era un genio.

—Dime, Kali... —continuó amenazante—. ¿Acaso Lía tiene algún defecto que la haga poco deseable?

Kali tragó saliva cuando mi padre colocó las manos en su cintura.

—¡No, señor! Lía es... preciosa.

—Eso pensaba...

Mi no-novio no dejaba de mirar el tatuaje de su cuello. Era la única persona que parecía impresionarlo y nadie sabía por qué.

—Entonces, ¿estás engañando a mi hija con mi otra hija o no?

—¡No, señor!

—¿Seguro?

—¡Sí, señor!

—¡Pero tienen secretos entre ellos! —me chivé divertida.

—¿Es eso cierto? —Lo acusó mi padre levantado una ceja.

—¡No, señor! ¡Sí, señor! ¡No...!

—Lárgate de aquí, anda.

Kali salió pitando y mi padre me sonrió divertido.

—Cómo te pasas con él...

—No más que tú.

—*Touchée* —Se acercó y me dio un beso en la sien.

—A ese chico le importas mucho, Cora. No ha dejado de venir a verte ni un solo día. Hasta le vi llorar al saber que estabas bien. ¿Te importa a ti?

—¡Claro! Es mi amigo.

—No he visto que hayan venido muchos amigos tuyos chicos... Solo él. Quizá te convendría conservarlo...

—¡Eso hago!

—Pero no así... Si sigues acostándote con él, lo acabarás perdiendo. Te lo digo por experiencia...

—No lo estoy perdiendo.

—¿Tú crees? Lía sabe secretos de él que tú no. ¿Sabes por qué? Porque no te considera su amiga. Y cuando se dé cuenta de que no sois nada más, le perderás para siempre. Y creo que él no puede permitirse perderte ahora mismo. Su mejor amigo ha muerto y anda contándole secretos a su enemiga acérrima de siempre...

Nos miramos a los ojos y le sonreí con cariño.

—Gracias, papá. Adoro lo sabio que eres.

Él me abrazó. Hacía mucho que mi padre no me abrazaba así. Llevaba demasiado tiempo sin mirarle a los ojos más de dos segundos seguidos.

Diez días en el hospital habían conseguido que lo viera todo desde otra perspectiva. Era milagroso.

—Bueno, tengo que irme —dice mi hermana devolviéndome al presente—. La inauguración empieza en un par de horas y tengo que arreglarme.

—Vete ya —dice mi madre—. Yo me quedo con Cora.

—Puedo quedarme sola, mamá. Ve tú también. No te la pierdas.

—No voy a dejarte sola.

—Pasaré después a darte la Go Pro. —Me guiña un ojo mi hermana.

—¿En serio?!

—¡Por supuesto!

—¿Vas a ir con eso en la cabeza toda la noche? —dije conmovida.

—Por ti, lo que sea.

Frunzo el ceño.

—Sigo teniendo serias dudas de que te hayas liado con Kali. Tanta amabilidad no es normal en ti.

Ella pone los ojos en blanco y se va.

—¿Se han liado? —pregunta mi madre cotilla.

—¡Qué va! ¡¿Te lo imaginas?! ¡Si ha estado conmigo mil veces!

—Bueno..., eso no significa nada. Tu tío Roi se casó con Vicky y, ¿sabes cuántas veces se había acostado con Luk y Mak? Incontables...

—¡¿QUÉ DICES?! ¡¿Y él lo sabía?! ¡

—¡Claro!

—¡Eso es muy fuerte, mamá! ¿Y qué pasa cuando se ven? ¿Roi no cree que quien tuvo, retuvo?

Mi madre sonrió ante mi ignorancia y sentí en mis carnes ese paso obligado en la vida donde dejas de pensar que tu madre no entiende un carajo de nada y empiezas a darte cuenta de que tiene razón en todo.

—Cariño, cuando te enamoras de verdad, no te retiene nada ni nadie... Algún día lo entenderás.

LOS JUEGOS DEL HAMBRE

“No hay enemigo más peligroso que un amigo despechado”
Suzanne Collins



Me miro al espejo por última vez. He arriesgado con un nuevo *look* porque hoy es la inauguración del «Valhalla».

Se anunció que el *dress code* obligatorio sería GOLD&WHITE, pero estando de camarero no podré lucir ninguno de mis modelitos, por eso he improvisado con el pelo y lo llevo rolo *Grease*, con gomina por los lados y un tupé a lo Danny Zucco. Quiero estar decente por si termino en el depósito.

Que Marco está preocupado es un hecho. Cree que pueden intentar algo esta noche, pero dudo que consigan burlar el despliegue policial que ha levantado. Eso sí, yo no me siento nada seguro con Enzo a mi lado en la barra, más guapo que nunca, y teniéndolo prohibido. Se lo he prometido a Lucas. Y a mi padre. Y a mis tíos. Y a todos los que han venido a advertirme de que deje en paz a los hijos de Guille y Laura... ¡Como si yo tuviera la culpa de ser irresistible para ellos!

—Una pregunta desde mi ignorancia —abordé a Marco ayer con los últimos preparativos de las cámaras de vigilancia—. ¿Vamos a pillar a los malos cuando vengán al *pub* a traficar?

—No —sonrió condescendiente—. «Los malos» no vendrán aquí...

—¿Cómo quieres que los llame? ¿Narcos?

—Si no quieres sonar como un niño de once años, sí.

—Pues explícame cómo vas a pillar a los narcos. Quiero saber qué esperar...

—Lo que queremos es llegar al mandamás, no a los camellos de poca monta que solo distribuyen las sustancias.

—¿Y cómo vas a llegar a él?

—Por medio de Lucas. Es el nuevo propietario del Capitán Nemo. Esperemos que los encargados de los escalafones superiores quieran hacer tratos con él. Esos son los que están en contacto con el jefe. Lo trincaremos y nos llevará a él si quiere volver a ver la luz del sol.

—¿Entonces a qué viene tanta cámara?

—Son por si descubren nuestras intenciones y entra un tío armado con una semiautomática y empieza a cargarse a gente, por ejemplo...

El corazón se me paró.

—¿ESO ES UNA POSIBILIDAD...?!

—Están cabreados porque hemos detenido al capitán y les estamos haciendo perder dinero. No va a ser fácil que confíen en Lucas. Por eso hemos puesto en circulación el Moonbow. Para demostrarles que somos como ellos. No soportarán que Lucas se esté enriqueciendo, y al final, picarán. Pero ya han demostrado que prefieren borrarlo del mapa que trabajar con él...

—A mi padre también querían borrarlo, ¿no?

—Sí, pero tu padre tenía un imperio —dijo pensativo—. Tenía información secreta de todo el mundo para usar en su contra. Y tenía a Luk y a Mak a su lado que le salvaron el culo mil veces.

—Bueno, nosotros te tenemos a ti...

Lo vi resoplar. Que tuviera dudas me dio terror.

—Protegeros sin que se note que tenéis apoyo policial es muy complicado. No puedo plantar a dos polis en la puerta...

—¿Por qué no? Las discotecas de prestigio tienen porteros. Y bien que me has plantado a un poli en la barra para volverme loco...

—Enzo es perfecto porque todavía no lo conocen. Hace poco tiempo que es policía y prácticamente no ha salido de comisaría. Si pasa algo, prefiero que esté a tu lado. Le he dicho que su principal misión es protegerte.

—¿Y quién va a protegerme a mí de su atractivo sexual?

—¿Tu fuerza de voluntad?

—¿Quién es esa?

Lo vi sonreír.

—Podrías prestarme una poca, porque vamos, Luz está más preciosa que nunca, y el otro día oí como Mak, prácticamente, te suplicaba que rompieras su compromiso con Borja.

—No deberías escuchar conversaciones ajenas...

—¿Cómo puede pedirte ayuda después de cómo se portó contigo?

—No quiero hablar de eso...

—¡Pues deberías! Por lo que cuentas, esto puede alargarse semanas y no puedes seguir encerrado en casa sin hacer otra cosa que trabajar.

—Eso no es cosa tuya.

—Sí lo es. Porque vas a acabar harto de nosotros y no quiero que te marches.

Me miró extrañado.

—Mi vida está en Madrid. Lo sabes. Esto es temporal.

—Te recuerdo que he vivido seis meses contigo en Madrid y aquello era el reino de la monotonía y la tristeza.

—No exageres. En Madrid tengo amigos que son como familia...

—¡Tú ya tienes una familia! —exclamé—. O la tenías, hasta que decidiste renunciar a ella. No solo a Luz. ¡Renunciaste a todos!

—Déjalo, Aitor...

—No entiendo por qué has venido si en el fondo te importamos una mierda —dije desabrido.

—Aitor... —Me llamó cuando me fui. Pero quería darle algo en qué pensar. Que aflojara un poco el palo que tenía metido por el culo.

Anoche, entre todos, terminamos de rellenar las moras de colores.

Por fin todo estaba listo después de muchos días de preparativos.

—Recemos para que vean el Moonbow como un rival fuerte que puede apropiarse del mercado —comentó Marco—. Es en lo que más confío. Les interesa mucho, por eso secuestraron a Charlotte...

—Si no la hubiéramos rescatado, ahora viviríamos felices... —solté melancólico. Y todos me miraron serios.

—¡Era broma! —Pero mi sonrisa no se les contagió a ninguno.

—Métete esas bromas por el culo —repuso Lenny.

—Lo haré. Son lo único que toca mi culo últimamente.

Charlotte sonrió. Era la única que me entendía.

—Cada día tengo más claro que eres adicto al sexo —dijo Lenny.

—Es muy fácil hablar cuando todos pillasteis en la «Byron *fucks* Venice» menos yo.

—Yo tampoco pillé —replicó Marco.

—¡Tú no cuentas! ¿Acaso has vuelto a practicar sexo desde lo de Luz? Qué coño... ¿te has vuelto a lavar desde lo de Luz?

Lenny explotó de risa y Lucas disimuló su diversión. Marco se me quedó mirando prometiéndome una tortura de pellizcos inacabable. Sabe que los odio. Mi piel solo está hecha para caricias.

—¿Se puede saber con quién follaste tú, Lucas? —Quiso saber Marco.

—Con una Instagrammer que estaba como un tren —contesté por él, porque mi hermano nunca presumiría de ello. Ser un *gentleman* forma parte de su personalidad.

—¿Por qué estás tan seguro de que lo hice? —preguntó enigmático.

—Porque desapareciste cuando Luz vino a buscarte para llevarte a la zona VIP, y volviste media hora más tarde, sin camiseta y con cara de haber follado.

—La perdí. He tenido que pedirle otra a Borja —dijo sin confirmar ni desmentir nada. Así era él. Cuando le rogué detalles sucios, me miró levantando una ceja y yo retrocedí como Homer Simpson en un seto.

Yo, mojar, no mojé, pero me empapé enterito con Enzo al lado.

Se cruzó de brazos como un segurata macizo y se limitó a vigilarme y a observar la fiesta. Imaginaos lo cachondo que terminó. El ambiente era muy erótico festivo y no dejaban de llegarle estímulos visuales de gente ligera de ropa bailando sensualmente al son de los últimos éxitos musicales. Y después estaba yo, tan arrollador como de costumbre, sirviendo copas y tonteando con todo bicho viviente.

Súmale una oscuridad relativa en la que hacer maldades... Era la situación perfecta para caer en la tentación. Además, su mujercita se había quedado en casa. ¿O no...?

¡Pues no!

De pronto, Ruby apareció con unas amigas, vestida especialmente sexi, y los ojos de Enzo centellearon como si necesitara descargar horas de excitación en su joven y elástica vagina. Sé de lo que hablo...

No me gusta la palabra «coño» ni «chocho» ni «centro», ¿qué es, la plaza mayor del pueblo? Por el contrario, me encanta comer «higos», «kiwis» y «papayas», desde siempre, y por lo que vi a Enzo también. No era como Hugo.

Atendí a las chicas intentando retener parte de mi encanto, lo juro, pero sus risitas nerviosas, su lenguaje corporal y sus miradas lascivas me decían que Ruby les había hablado maravillas de mi lengua.

—Gracias —contestó la susodicha coqueta, yéndose a bailar.

—Ruby está muy guapa... —comenté con Enzo.

—Ni la mires.

—Mirar es gratis.

Y lo hice. Lo miré y él me miró a mí con alevosía. Aprovechamos para hacerlo a fondo

durante varios segundos. Habíamos cambiado bastante en dos años. Yo ya no era un estudiante universitario y él era un policía novato, es decir, motivado con sus entrenamientos para atrapar a «los malos». Y yo lo era. Muy malo...

—Tú también estás guapo —dijo de pronto, sorprendiéndome—. Pero no soy de los que tropiezan dos veces con la misma piedra, así que ni lo intentes.

—Nunca me habían llamado piedra. Pero me mola. Están duras. Como yo casi siempre.

Enzo sonrió contra su voluntad y miró al frente de nuevo.

—No te preocupes, no voy a intentar nada —lo tranquilicé—. Me lo han prohibido tajantemente, así que estáis a salvo.

Levantó una ceja, ofendido.

—¿Insinúas que si quisieras podrías conseguirlo? Eso es muy presuntuoso, incluso para ti.

—Estás equivocado, Enzo. Yo no hago nada. Sois vosotros los que venís a mí. Yo solo me dejo querer...

Me miró ultrajado y me puse a atender a un par de chicos que también me miraban con ojos golosos. Mi fama me precedía, supongo. O igual me los había tirado ya. No era fácil llevar la cuenta de todos los cuerpos en los que me había metido en los últimos seis meses. Lo que sí recordaba perfectamente era que no lo había hecho en uno muy concreto... el de Enzo.

—Eres un provocador, Aitor —escuché que murmuraba cuando terminé—. Y las provocaciones tienen reacciones...

—Soy como soy. No voy a cambiar porque tú no sepas controlarte.

Achicó la mirada como si fuera a pegarme. Pero me di cuenta de que no podía culparles. No era justo.

—Lo siento —claudiqué—. Te prometo que se acabaron los vaciles. Sé que estás trabajando. Marco me lo ha repetido varias veces.

El problema de cuando me pongo serio es que ligo todavía más, porque dejo de ser un angelito travieso para convertirme en un ángel caído, y al parecer, eso da muchísimo más morbo.

Un par de horas después, sobre las cuatro de la mañana, Hugo se personó en la barra. A día de hoy, nadie los confundiría. Hugo está más cachas que Enzo, rozando la halterofilia, y lleva el pelo rapado por los lados y más oscurecido. Enzo tiene el pelo más largo y despeinado, con puntas rubias disparadas hacia todas partes.

—¿Quieres que te espere y te acompañe a casa? —me preguntó Hugo directo. No me sorprendió porque llevábamos todo el día de muy buen rollo y recordando viejos tiempos, o sea, viejos polvos.

El encuentro que tuvimos hacía un par de semanas fue bastante impersonal y agresivo; dejé que me castigara por casarme con Ruby porque me lo merecía, pero estaba claro que quería enmendarlo.

—Estoy cansado... Mejor otro día.

—Pues yo me voy ya —se despidió sin dramas.

—Adiós —pronunció Enzo cuando le hizo un gesto con las cejas. Y un minuto después musitó —: Gracias...

No le pregunté por qué ni dije nada, solo seguí trabajando. Pero sabía que se refería a que hubiera pasado de su hermano.

Ruby y sus amigas vinieron a pedir varias copas más. Estaban muy animadas..., es decir, borrachas y salidas. A Ruby se le marcaban los pezones en la camiseta y Enzo me pilló mirándolos. Sus ojos de halcón parecían controlarlo todo.

Cuando la fiesta estaba a punto de terminar, Marco se metió en la barra.

—Veta ya —le dijo a Enzo—. Ya me quedo yo.
—Puedo ayudaros a recoger.
—No. Márchate. Tu chica te está esperando...
Otro que lo controlaba todo y a todos desde las alturas.
—Vale... Nos vemos.
—Gracias, Enzo.
—De nada —Y al decirlo me miró—. Adiós... —murmuró al pasar por mi lado.
—Disfruta... —le dije de vuelta. Él frenó sus pasos entendiendo que me refería al polvazo que iba a echarle a su mujer después de pasar toda la noche deseándome, y siguió andando.
No pude dejar de mirar su espalda al irse.

—¡Madre mía...! ¡Esto es increíble! —exclamo cuando entro en el nuevo local y lo veo listo para la inauguración.

Los mayores ya pueden decir misa, ¡que Borja es un puto genio!

No lo había visto nunca de noche, y tengo que decir que la iluminación consigue darle un aspecto esotérico y sexi que jamás hubiera pensado encontrarme. ¡Parece otro sitio! ¡Es como la entrada de un spa de lujo barra burdel de élite!

Las enormes letras de «Valhalla» en oro, situadas en la pared principal quedan sublimes. Las botellas de lujo, las copas de cristal bueno, todo destila clase.

Borja y Luz observan mi estupefacción sonrientes.

—Esto es... Esto es... ¡A tus pies, tío! —Me agacho ante él.

—Me alegro de que te guste.

—¡¿Gustarme?! Pienso traerme una cama y dormir aquí. Está decidido.

Los dos se ríen.

Luz está soberbia con un vestido blanco muy corto, de manga larga y un generoso escote, pero combinarlo con unas botas altas de ante marrón claro le dan un toque angelical al *outfit* que enamora. Su precioso pelo negro rompe el conjunto con unas salvajes ondas perfectas acariciando su cara.

Él es un espectáculo visual con traje y pajarita negros y una americana estampada con un mosaico de flores blancas y oro.

—Ven a cambiarte. La camiseta fucsia es para el día, por la noche la cosa cambia...

Cuando veo la camisa blanca con las alas bordadas con hilo de oro sobre el pectoral izquierdo, me emociono sin poder evitarlo.

—Creo que voy a llorar —digo con la mano en el corazón.

Luz y Borja se miran encantados.

De pronto, Marco, Lucas y Enzo cruzan el almacén y me quedo lívido cuando veo a Enzo con la misma camisa puesta. Pfff.... No había calculado los daños colaterales de esta maravilla. ¡Le queda de muerte!

La boca se me llena de baba y tengo que tragarla.

Odio mucho a Lucas cuando veo que él lleva una camisa de un dorado claro con la que parece un maldito dios griego. No puede estar más guapo. Y por último miro a Marco... Lamentablemente lleva una de sus camisetas rancias de algodón, rigurosamente blanca, de manga larga y cuello redondo con tres botones abiertos. Se lo perdono porque le queda casi dibujada, marcando cada curva de sus pectorales y bíceps como si fuera el jodido Supermán. Me juego algo a que ha hecho flexiones antes de venir...

Los tres se callan abruptamente cuando nos ven y disimulan. Esto va a ser divertido...

Cuando mi padre y mis tíos llegan al local me alegra que lo flipen igual que yo. No han dejado

de meterse con Borja en toda la semana.

—Que sí, que tiene un don para decorar, pero él no es una jodida pared, hostia... —dice Mak—. ¿Habéis visto su blazer? A eso me refiero. ¡Ese tío no se respeta a sí mismo...!

—Tendrás que adaptarte —aconseja Kai sonriente.

—No te molestes. Nadie será nunca perfecto para su hijita... —se burla Luk.

—Lo único que me consuela es que si entra un tío pegando tiros, él será el primero en morir.

Los tres se ríen por lo bajo. Su humor negro no tiene límites.

—¿Tú qué opinas, Aitor? —me pregunta Luk—. Eres un tío con gusto... ¿Qué te parece Borja?

—Gracias, tío Luk —Los miro altanero—. Borja es Dios.

—¡Nooo! —lamenta Mak, y Kai y Luk se parten de risa.

De pronto, veo que Luk lleva un arma bajo la axila y se me cambia la cara.

—¿Vais armados? —pregunto con un susurro histérico.

—Hasta los dientes —contesta Mak—. Si se les ocurre hacer algo, va a morir hasta el apuntador...

Abro la boca alucinado y mi padre me mira indulgente.

—No te preocupes, no pasará nada. Tus tíos son unos exagerados.

—No juegues con mis emociones —masculla Mak—. Va a pasar.

—Mejor que no pase nada —opina Luk—. Y mañana nos vamos a pegar tiros para desfogarnos.

—¿Sin sangre? Qué aburrido...

Luk sonrío y niega con la cabeza.

—No van a matar a Borja, no te hagas ilusiones.

—Soñar es gratis...

Sé que están de guasa. Lo sé porque mi padre ni se inmuta. Cuando lo veo preocupado, es cuando me tiembla todo.

Al rato, mis tías aparecen y se muestran maravilladas. Y mis tíos todavía más de verlas a ellas. Mak y Mei se plantan un besazo en los morros y mi tía Ani se ruboriza ante la mirada hambrienta de Luk. Está especialmente guapa esta noche y mi tío le dice algo al oído que la hace sonreír. Entre ellos ha vuelto un magnetismo especial que hacía años que no veía. Observo sus tatuajes y sonrío complacido.

—Hola —escucho una voz detrás de mí.

Me giro y veo a Enzo, guapo a morir, demasiado cerca de mi boca.

—Hola... —me aparto al momento.

—Hoy sí que voy a tener que fingir ser camarero. ¿Me enseñas dónde está todo?

—Claro.

Se lo explico lo mejor que puedo, pero no sé si lo pillará porque parece estar atento a tres cosas a la vez.

—A tu primo va a darle un infarto —comenta en un momento dado.

—¿A cuál? —Porque a esas alturas, Lenny y Charlotte han llegado y Marco se ha unido a esa familia que se supone que no tiene mientras Lucas saluda a todo el mundo. Incluso ha venido Lía con una... ¿Go Pro en la cabeza?

—¿Por qué sonrías? —me pregunta Enzo.

—Porque me gusta ver a toda mi familia reunida.

—Faltan tu madre y Cora, ¿no?

—Es verdad...

—Me han dicho que tu hermana se pondrá bien. Me alegro.

—Gracias...

—Me refería a Marco. Entre la tensión del caso y que no puede apartar los ojos de Luz, al final le va a dar algo. Debería relajarse un poco...

Y tiene gracia que diga eso. Porque si le pregunté a Marco por el peligro real de esta noche fue porque creo que necesita desfogarse un poco y aprender a disfrutar de esa vida que intenta proteger. Y como resulta que volvemos a tener Moonbow he pensado que no le vendría mal tomar un poquito...

¡Si no me dejan flirtear, tendré que buscarme un entretenimiento!

Ayer, cuando inyectamos el Moonbow en las moras, digamos que me guardé una dosis en una de las jeringuillas. Y cuando a lo largo de la noche me pida una Coca Cola, que lo hará porque está de servicio y no va a beber alcohol, se lo echaré en ella.

Ya he dicho que va a ser divertido.

MARAVILLOSO DESASTRE

“Soy tuya. Cada nervio de mi ser dolía por tu ausencia. No quiero nunca más volverme a separar de ti. Te amo y te amaré por siempre”

Jamie McGuire



«Inspira, espira», me recuerdo cada treinta segundos.

Hacía años que no estaba tan nervioso. Y no es por la puta misión.

Hay tanta seguridad que los vería venir a kilómetros literalmente, porque tengo a un compañero controlando un sensor de movimiento en la calle principal clasificando cada coche que entra con una antelación de doscientos metros. Si ve algo sospechoso, me avisará.

Estoy nervioso por Luz. La breve interacción que he tenido con ella estos últimos días me ha hecho polvo. ¡Es como si Dios me odiara!

He intentado pasarme por el local solo lo imprescindible, porque la parejita feliz siempre estaba por aquí ayudando, y admito que ha quedado de puta madre, pero a base de destrozarme los nervios.

He intentado actuar normal, para que no volviera a echarme en cara que soy un mártir que sigue loco por ella, pero durante la fiesta de Byron *fucks* Venice tuve que volver a cruzarme en su camino...

Habían montado un palco VIP elevado en un lateral, lleno de *influencers* famosos amiguitos de superBorja. ¿Y qué hace ese tipo de gente en fiestas así? Liarla...

Cuando vi que Borja depositaba un cuenco de cristal con un puñado de moras de colores para todos sus amigos, solté un taco y me moví rápido.

Le había pedido a Charlotte que me contara su composición y efectos concienzudamente, y sabía que no le convenía tomarlo a nadie que quisiera preservar su buena imagen pública.

El chico de seguridad que custodiaba la entrada del palco quitó el cordel para que pasara y subí las escaleras a toda prisa. Luz tenía una mora en la mano y Borja acababa de comérsela.

La detuve justo a tiempo de impedir que se la llevara a la boca.

—No lo hagas —dije tajante.

—¡Marco...! —exclamó sorprendida—. ¿Qué pasa?!

—No te la comas.

—Yo ya me la he comido —dijo Borja preocupado—. ¿Pasa algo? Nos han dicho que era la

nueva sensación local. Tope natural.

—No es buena idea...

—¿Crees que es mi primera vez? —se mofa ella—. Por un poco de diversión en una fiesta no pasa nada. No somos adictos.

—Sí que pasa, pero no es por eso. Me han advertido que se te va mucho la olla...

—¿Y eso es malo? —sonríe Borja con guasa.

—Yo me lo pensaría si pretendes dar una imagen fiable en Cannes. Será tu presentación oficial en sociedad y buscarán más información sobre ti por todas partes. Si te lo tomas, seguro que esta noche dará que hablar... No lo hagas, Luz.

La miré como lo hacía antes, cuando era su hermano y le aseguraba con los ojos que solo quería lo mejor para ella.

—Está bien... —contestó extasiada.

—¡Es que es la mejor! —dijo Borja embelesado. Fue a besarla y lo frené impulsivamente diciendo «No os beséis». Admito que soné más brusco de lo que pretendía.

Él me miró en plan «¿Tanto te molesta?». Y supe que Borja lo sabía todo sobre mí. Sobre nosotros. Lo que pasó.

—Él todavía lo tiene en la boca —justifiqué mi acción.

—¡Pero si ya me lo he tragado! Entiendo que no quieras vernos besarnos... Es una chica difícil de olvidar. Lo siento por ti, de verdad...

El bochorno me comió vivo y Luz no sabía dónde meterse. ¿Tan rápida era la droga? Charlotte me dijo que tardaba poco en hacer efecto, pero...

—Vigíalo esta noche —le dije a ella, ignorándolo—. Va a hacer y a decir muchas cosas inapropiadas...

—¿Por qué no admites que te molesta que nos besemos?! —se rio él, divertido. Quizá es que el alcohol lo aceleraba. O que era imbécil...

—Tened cuidado —Me di la vuelta para abandonar el palco.

—¡Marco! —oí a mi espalda cuando ya había bajado un par de escalones. Me giré y verla encumbrada en el borde de la escalera, con varios haces de luz dotándola de un resplandor majestuoso, hizo que se me apagara el cerebro. Ni en mis mejores sueños estaba tan imponente. Pocas fotos de su Instagram eran capaces de captar la inmensidad de su belleza y me daba rabia que la gente no percibiera lo mismo que yo, sino una tercera parte, y de pronto dije:

—No te muevas...

Saqué mi móvil y le hice una foto desde un ángulo brutal. No tuve que pedirle que sonriera, la expresión de su cara, conmovida al entender que todavía era víctima de su belleza, fue perfecta.

Comprobé la captura y se la enseñé.

—¡Guau...! ¡Qué chulada! ¡Gracias!

—Te la pasaré. —Volví a huir.

—Marco... —me llamó de nuevo. Y la miré.

—Gracias... —«Por preocuparte por mí».

—De nada —musité y me fui evitando mirarla un segundo más.

No había pasado siete años sin verla por nada, sino porque no quería recordar esa maldita sensación. La de mi sangre hirviendo en su presencia. La de las ganas quemándome tanto en los labios que no podía seguir sosteniendo la distancia con ellos.

No hay nada peor que querer estar con alguien y no poder.

Y es muy duro que te escriba un email precioso donde manifieste que desea entregarse a ti, incluso desafiando a sus padres, y tener que ignorarlo.

Pensé muchas veces en llamarla y decirle que había cambiado de opinión. Rogarle que viniera a Madrid conmigo para olvidarnos del mundo juntos, pero no podía hacerle eso a Mak. No podía quitarle a su hija después de todo lo que había hecho por mí. Se lo debía. No me habría sentido bien conmigo mismo.

Cuando unos años después, el que había sido *mi padre*, me llamó para arreglar las cosas, yo acababa de romper con Eva. Y era más consciente que nunca de que no tenía superada a Luz. ¿A qué precio hubiera recuperado a mis padres? Habría sido una puta tortura.

Luz estaba imparable a nivel laboral. La estaban contratando para un montón de campañas de firmas importantes a lo largo y ancho del planeta y no tenía ningún derecho a volver y trastocar su vida de nuevo. De hecho, en esa época, se decía que tenía un lío con un cantante inglés, ídolo de masas juveniles, y no quería estropearlo.

Lo mejor era alejarme para no sufrir y seguir con mi vida. Además, por mucho que ellos me hubieran perdonado, yo no. Me costaría un mundo mirarles a la cara después de lo que hice. El sentido del deber y del honor se había afianzado en mí desde que me hice policía y recordar que había sido tan débil e insensato me resultaba insoportable.

En un momento de la fiesta, Mak apareció entre las sombras.

No me sorprendió porque sabía que estarían aquí.

—¿Cómo va todo?

—Bien... —mascullé. No quería que me alienase con su cariño ni con sus bromas. De casta le viene al galgo que Luz me cautivara tanto. Era la reencarnación de mis dos personas favoritas en el mundo.

—Me estás haciendo sentir mucho orgullo estos días... —confesó Mak—. Veo que estás en todo.

—Es mi trabajo...

—No todos los policías son iguales.

—Yo aprendí de los mejores...

Su mirada me envolvió con cariño y mi sangre se calentó.

«No sigas por ahí, Marco», me grité. ¿Por qué era tan jodidamente débil?

Si no lo mandaba lejos, terminaría espachurrándome contra su pecho. Y como llegara a oler su familiar esencia, volvería a ser un niño de cinco años atento a cómo su nuevo padre le enseñaba a hacer pizza casera.

Aparté la mirada e intenté endurecerme.

—¿Dónde está Luk? —le pregunté.

—Con Ani... Las oportunidades hay que aprovecharlas y le he asegurado que no le necesitaba. Lo tienes todo muy bien atado.

—Algo me da mala espina... Tengo serias dudas de si van a picar.

—De momento, ha sido buena idea hacer algo público en medio del pueblo. No se arriesgarán a atacarnos.

—Fue idea de Borja, en realidad. —Al César lo que es del César.

Mak resopló al escuchar ese nombre.

—Te juro que no lo entiendo... ¿Cómo puede estar con ese tío?!

—Ni idea, pero ya tiene a la mitad de la familia en el bolsillo, así que creo que tendrás que acostumbrarte a él...

—Que le gustaras tú, podía entenderlo, ¡pero este...!

Esas palabras consiguieron cortarme la respiración. Pensé en huir despavorido, pero preferí hacer como si no lo hubiera oído. Como si no acabara de cruzarme un flash de esa mancha de

sangre en su presencia.

—Tienes que ayudarme a destapar a Borja. ¡Hay que impedir esa boda! Ya he mandado que lo investiguen...

—No creo que encuentres nada que le haga cambiar de opinión. Luz está con él por su popularidad. Es alguien que está invitado al puñetero Festival de Cannes... Eso es lo único que le importa.

—Podrías hablar con ella... Hacerla entrar en razón. Una cosa es salir con él, ¡¿pero casarse?! ¿En qué coño está pensando? ¡Si es superjoven! Y la vida da muchas vueltas...

—Sí que las da, sí...

Sentí que me miraba y no le correspondí. Solo recé para que se largara.

—Bueno, tengo que seguir trabajando... —dije invitándole a irse.

—Vale. Pero por favor, si tienes ocasión, dile algo. A ti te escuchará.

Ni de coña iba a decirle nada. Todo lo que saliera de mi boca podría malinterpretarse, y Borja ya pensaba que estaba celoso de ellos.

La semana siguiente, me pasé un día por el local porque Lucas me dijo que varios distribuidores habían contactado con él al ver que el Moonbow volvía a estar en circulación. El plan era que todos los capos, incluidos los que intentaron secuestrar a Charlotte y atropellar a Freya, nos confiaran su mercancía, pero algo me dice que lo único que les interesa es liquidar a Lucas y quedarse con su negocio.

Fui una hora antes para asegurarme de que los equipos de vigilancia instalados funcionaban bien y poder grabarlo todo.

—Hola —saludé al entrar en el local.

Estaban los de siempre: Luk, Ani, Lenny, Charlotte, Borja y... nadie más. Por un instante fantaseé con que Luz se hubiera quedado en casa, pero entró cinco minutos después con café y cruasanes para todos.

—Ah, no sabía que estabas... —dijo al verme—. ¿Quieres un café?

—No, no...

Hui hacia el despacho y me senté en el ordenador para acceder a las cámaras. Funcionaban todas menos una. Después de un rato, descubrí que un cable no hacía buena conexión y me aventuré en un trastero lleno de polvo en busca de un empalme.

—¿Dónde estarán las malditas luces? —escuché barruntar a alguien en voz baja. Era Luz, que venía a por algo a un lugar que le asqueaba porque hacía años que nadie pasaba la mopa. Se perdió entre las cajas, sigilosa, y me quedé quieto para que no detectara mi presencia.

El sitio estaba abarrotado de bultos en altura.

De pronto, la puerta se cerró de golpe y la luz se apagó.

—¡No! ¡Estoy aquí! —gritó Luz.

Esperé a que la persona que nos había encerrado por error, volviera, abriera y se rieran de ello, pero no lo hizo. No sé cómo Luz llegó hasta la puerta y empezó a aporrearla.

—¡¿HOLA?! ¡Estoy aquíí!

Estuvo unos segundos callada esperando su rescate.

—Mierda... —masculló—. ¿Dónde está el móvil cuando lo necesitas? —Comenzó a dar golpes de nuevo—. ¡Por favor, ayuda!

Yo tampoco llevaba el móvil, lo había dejado sobre la mesa del despacho, pero quizá a mí sí me oyeran. Avancé hacia ella con calma.

—Luz...

La escuché rebotar contra la puerta del susto.

—¿Quién eres?!

—Soy Marco.

—¿Qué haces aquí...?!

—Estaba al fondo buscando un cable.

—¿Seguro que eres tú?

—¿Ya no reconoces ni mi voz?

—¡Pues no! ¡Hace demasiado que no la oigo! Y yo, si no lo veo, no lo creo. ¡Ayuda, por favor! —golpeó la puerta con fuerza.

—Para ya... ¡Te vas a hacer daño!

—Me estoy agobiando... —resopló frustrada.

—Antes he visto unas linternas por aquí...

Intenté palpar la estantería junto a la puerta, pero toqué algo blando.

—¡¡AH!! ¡Algo me ha tocado!

—¡He sido yo, tranquila!

—¿Crees que es el mejor momento para meterme mano?!

—¡No te estaba metiendo mano! ¡Estaba buscando las linternas!

—¡Pues no están en mis tetas!

El corazón comenzó a latirme rápido al pensar que si no las encontraba quedaría como un puto pervertido.

Seguí palpando en el estante y encontré una.

—¡Aquí está! —dije activándola.

La luz era tenue, pero algo era algo. La enfoqué con ella y abrió los ojos con temor. Acto seguido me enfoqué a mí.

—Soy yo.

—¿Por qué no nos oyen?

—Están lejos. Pero tarde o temprano, Borja te buscará. No te preocupes...

—No me gustan los lugares cerrados...

—Lo sé. Respira despacio.

—Hay demasiado polvo. No me gusta el polvo...

—También lo sé. Enseguida vendrán. Voy a intentar forzar la puerta. Apártate. Toma.

Le di la linterna y me dejó sitio. No me concentré en lo que estaba haciendo porque acababa de rozar su mano y me había provocado una descarga eléctrica, como las que les dan a los condenados a muerte.

Intenté empujar la puerta sin éxito.

—Nada, se abre hacia adentro, así que, por mucho que empuje, no se abrirá. Debe de ser muy antigua. Ahora la normativa obliga a que una puerta se abra en dirección a la salida.

—Dios mío... ¡¿vamos a quedarnos sin aire?! —preguntó asustada.

—No. Pasa aire por la rendija de debajo de la puerta.

La luz tembló y se redujo la luminancia. A esa linterna le quedaba poco tiempo de vida.

—Maldita sea... —murmuró Luz—. ¿Por qué no vienen?

—Enseguida vendrán. ¿Por qué no te sientas?

—¿Dónde?

—Aquí. —Señalé unas cajas con la luz. Estaban colocadas en forma de escalera y trepó hasta sentarse en la tercera, haciendo equilibrios para quedar a una altura razonable para sus largas piernas.

—Intenta golpear la puerta a ver si nos oyen... —me pidió.

—¿Saben que estás aquí?

—Sí, Ani me ha mandado a por unas luces.

—Pues pronto vendrán. Cuéntame algo mientras tanto...

—¿Que te cuente algo? ¡Apenas me has dirigido la palabra en toda la semana! —bufó enfadada.

—Pero ahora lo necesitas. Cuéntame cómo conociste a Borja y dónde os vais a casar.

—No quiero hablar de eso contigo. Noto en tu tono de voz que no lo apruebas, y ya tengo suficiente con los caretos de mi padre. Si tan solo se molestara en conocerle...

—No es por él. Solo cree que eres demasiado joven para casarte...

—¡Sí es por él! ¿Por qué tiene que haber una edad fija para hacer las cosas? —replicó molesta—. Un papel no cambia nada. ¡Yo voy a seguir disfrutando de la vida!

—Ese papel es un compromiso serio. Y con tu edad, deberías estar libre de ellos. Tienes toda la vida por delante...

—Ser libre no es la ausencia de compromisos, es tener la libertad de elegir lo que creo que es mejor para mí. Y Borja lo es...

—¿Porque puede ayudarte en tu carrera?

—No, porque es un tío leal y fiel a sus sentimientos. No como tú...

Flipé con la contestación, pero me la merecía. Sería el momento idóneo para pedirle perdón por pasar de su *email*, el problema era que *Sorry, not sorry*, porque creo que hice lo correcto. Por lo que debería pedirle perdón es por ser tan débil y ceder a sus deseos de desvirgarla.

—Yo soy fiel a mí mismo —dije sin más.

—Para mí fuiste un cobarde...

Fruncí el ceño.

—Siendo poli me he enfrentado a situaciones que ni te imaginas...

—Me refiero a tus sentimientos, tipo duro.

—¿Qué sentimientos, Luz? ¿Esa es la explicación que te das a ti misma para dormir bien por las noches? ¿Que no contesté a ese *email* porque era un cobarde y no quería admitir que sentía algo por ti?

—Sí.

—¿Y no se te pasó por la cabeza la posibilidad de que lo sopesé y decidí que no quería nada serio contigo? ¿Que me di cuenta de que no fuiste más que un jodido calentón?

—No, porque eso te convertiría en un cerdo.

—¡Vale, por fin lo entiendes! Bienvenida a la realidad.

En ese momento, la linterna se murió.

—Ay, madre... —musitó sintiendo que perdía el equilibrio al estar suspendida sin tocar el suelo.

—No te muevas.

—¡Me voy a caer...!

Me acerqué a donde estaba, y en cuanto me tocó, se sujetó a mí.

—Espera, te bajo...

Cuando la agarré me dio la sensación de que era peso pluma, y el pensamiento de que podría follármela sujetándola solo con una mano cruzó por mi mente como un rayo, dejando la estela de su olor.

No veíamos nada y nos costó un par de segundos que se estabilizara en el suelo. Entonces la solté. Pero ella volvió a agarrarme veloz.

—No me dejes sola...

Sus delicados dedos clavados en mi potente antebrazo causaron estragos en mi ritmo cardíaco.
—Ven... —La agarré del codo para que me soltara. Prefería tocarla yo, que no ella a mí.

Dejé su mano apoyada en mi cintura y comencé a aporrear la puerta. Ahora era yo el que necesitaba salir de allí cuanto antes, porque volvía a sentirme un cerdo. Un cerdo dominado por su cálido y turgente cuerpo, por su miedo entrañable a la oscuridad que respondía a la necesidad de estar en contacto conmigo. Y porque la verdad había salido a la luz. Seis putos meses de terapia, joder... para que ella llegara al jodido quid de la cuestión en dos minutos.

«Tíratela y deja de demonizarte», recordé a Yolanda.

Maldita bruja... Pero tenía razón, porque así me sentí, un puto cerdo que había perdido el Norte por la Lolita de turno. Vale que en la novela de Vladimir Nabokov ella tenía doce años y Luz contaba con edad suficiente para tener relaciones consentidas en España, pero yo había conocido a la niña que fue. ¡A la de doce! Y sentía que estaba rompiendo una norma sagrada.

En su presencia, mi férreo sentido de la justicia no servía de nada.

—¡Para ya! ¡Te vas a hacer daño! —me frenó Luz.

—¡Chicos! —gritaron desde el otro lado—. ¡Tranquilos! ¡Ya vamos!

Respiré aliviado, y cuando abrieron la puerta, salí disparado.

—¿Quién la ha cerrado? —preguntó ella enfadada.

—Yo. Lo siento, nena... —musitó Borja—. He pasado y no he visto a nadie dentro, así que la he cerrado y he apagado la luz.

—Nunca cerramos esa puerta —explicó Luk—. Se atranca.

—Pues la quiero cerrada —replicó—. Es un cuartucho superfeo.

Terminé lo que tenía que hacer y me largué antes de que llegara Lucas. Iba a observar el encuentro desde mi móvil en un bar cercano.

No he vuelto a mirar a Luz a la cara hasta hoy. Y ha sido una jodida mala idea porque está tan excepcionalmente atractiva vestida para la ocasión que casi deseo que me disparen y terminen con mi agonía.

Las horas se suceden sin que ocurra nada extraño y poco a poco empiezo a relajarme. No he dejado de moverme, haciendo un recorrido circular desde la entrada al despacho para visualizar las cámaras, y tengo sed. Me dirijo a la barra pensando que en poco más de una hora todo habrá terminado y dejaremos de ser un blanco fácil.

—Thor, ¿me pones una Coca Cola?

Pienso bebérmela de un trago porque no puedo andar por ahí con un vaso en la mano, la necesito libre para llevarla a mi arma si fuera necesario.

Toco mi pistola para comprobar que sigue en su sitio. No se me nota nada porque la llevo alojada en el hueco lumbar, dentro de mi porta-armas favorito, por dentro del pantalón.

Mi mirada coincide con la de Mak y sus ojos, llenos de respeto, me dicen que sabe perfectamente que estoy acariciando mi arma.

Apenas los he saludado de pasada cuando han llegado. Sabe que intento limitar el contacto y al menos ya no me agobia tanto.

Lo veo levantar su copa, a modo de saludo.

Aitor deja una Coca Cola delante de mí y se larga porque la barra está a tope. La cojo y veo que Mak sigue mirándome melancólico.

«Soy un cerdo», recuerdo. Pero levanto el vaso, devolviéndole el saludo, y no dejo de beber hasta terminarlo.

NOSOTROS EN LA LUNA

“Es imposible saber cuando conocerás a la persona que pondrá de golpe tu mundo al revés. Sencillamente, sucede”

Alice Kellen



Mi madre me mira de reojo y me pregunta por sexta vez:

—¿Estás bien?

—¡Está más que bien! —contesta Ani animada—. Mírala... Es imposible estar más guapa. Mil gracias por ayudarnos a hacer esto realidad —Me abraza con fuerza. Y me sorprende porque Ani no es muy de abrazar. Se nota que está feliz.

—Lo que hace el buen sexo... —murmura mi madre socarrona.

—¡Cállate...! —Le atiza mi tía, divertida.

—¿Pero Luk y tú habéis vuelto o no? —pregunto confusa.

—Estamos en ello... Todavía no hay nada oficial.

Mi madre resopla:

—¿Y cuántas veces tenéis que triscar esta semana para que lo sea?

—Eso no cuenta. Hemos estado mucho tiempo juntos esta semana.

—En eso consiste ser pareja, tía Ani, si no, seríais solo amigos.

—Hablando de eso —dice sibilina—. ¿Qué tal se desenvuelve Borja en la cama? ¡Estoy un poco perdida con él!

—A Borja no le gustan las camas, prefiere cualquier otra superficie.

—¡UH! —chillan ellas y yo me río.

No he mentido. En las fiestas que organiza en su casa, si se lía con alguien, su cama permanece siempre impoluta. Es como un ritual. Yo creo que la reserva para alguien especial. Tan especial como él, ya que se considera no binario.

—Me gusta lo generoso que es Borja —comenta mi madre.

—Sí, esa es su mayor cualidad, sin duda —digo pensando en que accedió sin pensar al acuerdo de la productora. Y no fue por dinero, él no lo necesita, lo está haciendo por mí. Y de paso, ha ayudado a mis tíos. Es un amor.

—Y cuéntanos, ¿has podido hablar algo con Marco? —fisga Ani.

No sé por qué me pregunta si seguro que mi madre ya la ha puesto al tanto de lo que me soltó el día que nos quedamos encerrados.

—No mucho...

—Pues deberíais. Estaría bien que dejara de estar tan avergonzado por lo que hizo. Volver a la normalidad.

—Ya se lo dije, pero...

—Es muy cabezón —explica mi madre—. Pero Mak está haciendo grandes progresos con él. Eso es lo importante.

Claro... Eso es lo importante, no yo.

Mi madre siempre ha sido pesimista con respecto a mi relación con Marco, y cuando le conté lo que me dijo en el almacén, se cumplieron sus peores sospechas: que Marco no me había querido nunca. Al menos, «no lo suficiente», como siempre decía.

El primer año lo pasé muy mal; no podía quitármelo de la cabeza. Pero cuando no me contestó a ese *email* ni a las llamadas ni a nada, empezó lo peor. Mi madre insistía en que tenía que pasar página.

—¡Pero me quiere, mamá! ¡Sé que me quiere!

—Eso es innegable, cariño. Pero quizá «no lo suficiente». Yo pasé por muchos tíos así antes de encontrar a tu padre. ¡Algunos incluso estaban casados! Imagínate lo ciega que estaba, pensando que era amor verdadero, pero no lo era. Los hombres son así, Luz, y cuanto antes lo sepas, mejor... —decía acariciándome el pelo, sentida.

Me costó mucho tiempo asimilar que tenía que olvidarlo, pero nunca llegué a pensar que no me quisiera lo suficiente. Estaba convencida de que solo era un gran cobarde. Pero que el otro día me lo refutara, me dejó fría. Más fría que la venganza que pienso cobrarme esta noche...

No puedo quejarme de mi vida, soy una afortunada, pero admito que Marco siempre ha sido mi espinita clavada. Ese «Pero» que añadido al final de cada frase que alguien me lanza como un cumplido.

No obstante, con el tiempo, conseguí desterrarlo de mi mente y seguir con mi vida; de mi corazón ya fue más complicado... Pero tenía la esperanza de que, algún día, alguien especial lo borraría del todo.

Encontrármelo aquel día en casa de Freya fue un completo *shock*. No esperaba volver a verlo, y menos, que tuviera la desfachatez de apenas saludarme. La siguiente vez que lo vi, lo perseguí para dejarlo en evidencia. ¡Se comportaba como si él fuera el ofendido!

Le odié un par de noches hasta que Borja me convenció de que había sido una suerte librarme de un capullo como él.

El problema vino cuando lo conoció en persona...

—¡Nena, ese tío está loco por ti!

—¿Qué dices? Para nada...

—¡Joder que no! ¡¿Estás ciega?! ¡No quiere ni mirarte a la cara!

—Exacto.

—¡Porque le gustas demasiado!

—Estuve años obsesionada con esa idea, Borja, pero ya no. Solo quiero olvidarlo, ¿vale?

Pero luego Borja tomó Moonbow y no dejó de decirme que Marco estaba colado por mí durante toda la noche.

—Un tío que pasa de ti no viene desde la otra punta de la fiesta para salvarte. Un tío que pasa de ti no nos prohíbe besarnos tan bruscamente. Era una prueba y ha caído como un tonto.

Cuando poco después me llegó la foto que me había hecho en la escalera, Borja se partió de risa cuando se la enseñé.

—¡¿Y todavía sigues teniendo dudas? ¡¡Está flipado por ti!!

No quería volver a envenenarme con esas ideas fantasiosas. Sobre todo, porque verle tan guapo, tan hombre, tan herido, tan Marco y tan... uff, me había roto los esquemas de chica triunfadora que puede tener a cualquier hombre que desee.

«A todos, menos a uno», recordé.

Me hice la dura, pero cada vez que lo veía, analizaba todos sus gestos en busca de alguna pista que mostrara que le seguía gustando.

¿Quieres una? «No fuiste más que un jodido calentón». Ahí la tienes, me decía mi consciente. Porque eso no era el «sub».

Esa frase hizo que las dudas se esfumaran de mi cabeza de un plumazo y la venganza lo ocupara todo. Para muestra, mi modelito *hot* de hoy. Si tanto le pongo, espero que sufra de lo lindo esta noche.

—Chicas... —oigo de repente. ¡Es él! Y nos mira de tan buen humor que me sorprende. Hace diez minutos tenía cara de que iba a caerse el cielo—. Dejadme deciros que parecéis todas unas diosas... —Nos mira complacido—. Sobre todo tú, *mamá*... —Y que se funda en un cariñoso abrazo con ella nos deja patidifusas. El «mamá» también.

—Marco... —susurra Mei encantada sin salir de su asombro.

—Te he echado tanto de menos... Muchísimo. Perdóname por no llamarte más y por no cogerte el teléfono a veces... ¿Me perdonas? —pregunta preocupado.

—Claro que sí... —balbucea ella embelesada.

Entonces, mira a Ani.

—Me encanta verte tan radiante otra vez, tía Ani —Le coge las manos y se las besa—. Luk está deseando casarse otra vez contigo. Eso le he oído decir...

Los ojos de todas se agrandan más de lo normal. ¿Está borracho o se ha vuelto loco?

De pronto, me mira.

—Y tú... —Se toca el corazón sentido—. Tú no deberías estar aquí, ¡deberías estar en un...!

—Marco, te necesitan dentro —aparece Aitor acelerado, cortando su frase—. Vamos, ven, es urgente. Disculpad, chicas...

Tira de su brazo con fuerza, pero él se empeña en decir: «¡un museo...!».

Mei se echa a llorar emocionada, preguntándole a Ani si lo ha oído.

—¡Sí! ¡Ha sido increíble, Mei!

Pero a mí las prisas de Aitor me han parecido muy sospechosas. ¿Y desde cuándo Marco sonríe en mi presencia?

Los sigo por puro instinto y veo que lo lleva al despacho. Me quedo fuera escuchando.

—Comprueba que todo esté bien —le ordena Aitor nervioso mientras manipula su teléfono para ponérselo en la oreja.

Marco obedece y observa las pantallas.

—¡Lenny! Ven rápido al despacho... —mascullo Aitor en el móvil—. ¡Porque sí! ¡La he cagado! ¡Ven echando hostias!

—¿Te has cagado? —pregunta Marco distraído—. ¿Qué ha pasado?

—Me vas a matar —musita Aitor arrepentido—. ¿Cómo te sientes?

—¿Yo? De puta madre. ¿Por?

—Vale. ¿Y no te parece extraño?

—No sé... Estoy bien.

—Joder, esa sonrisa me da mucho miedo —dice Aitor—. ¡Qué imbécil he sido!

Me escondo porque oigo que viene Lenny. Entra en el despacho con su habitual mala cara.

—¿Qué coño pasa?

—Que se ha cagado encima —responde Marco señalando a Aitor.

—¿Qué...?

Aitor lo agarra del brazo con fuerza para llevarlo aparte y los observo hablar.

Lenny está guapísimo desde que tiene novia; el amor le sienta bien. Lleva una camisa abierta de lino blanco por donde asoman sus definidos pectorales con varios colgantes sobre ellos. Siempre ha tenido estilo. Y altura. A Aitor no le hace falta tenerlo con su carisma.

—¿Qué coño has hecho, Aitor?! —reacciona Lenny cabreado.

—Me pareció buena idea...

—NO ME JODAS...

—¡Lo siento!

Lenny resopla alucinado y se pasa una mano por el pelo.

—¡En días así, habría que sedarte, joder! —lo abronca.

—Lenny, por favor... Si Marco se entera, me mata. Y yo tengo que irme a la barra, no puedo dejar solo a Enzo, hay mucha gente. ¡Tienes que quedarte con él!

—¿Y crees que voy a poder retenerle solo?! Llama a Lucas.

—Lucas también me matará si se entera. ¡Le dije que no le fallaría! Lenny, por favor..., de un rey de las cagadas a otro. ¡Cúbreme!

—Tengo que salir, chicos... —Se levanta Marco. Y me escondo porque se disponen a salir del despacho—. Aquí todo está bien...

Sale y los otros le siguen, mascullando.

—Es para matarte, en serio... —susurra Lenny.

—Vigílalo, ¿vale? Detenle si va a decir o hacer algo raro...

—¿Cómo se te ocurre, joder? ¡Con el Moonbow no se juega!

Abro mucho los ojos. ¡¡Ha tomado Moonbow!!

Cuando se van, salgo y percibo que el local está bastante lleno ya.

Veo a Lucas hablando con Iker y Dani, y a Aitor entrando en la barra. Lenny sigue a Marco, que se dirige a... ¡hacia nuestros padres!

De entrada, se muestra sonriente y amable con ellos. Las caras de estupefacción de los mayores no tienen precio y me acerco sigilosa.

—Tómate algo, Marco, llevas mucho rato trabajando —le dice Aitor poniéndole un vino tinto delante. Es como si quisiera que bebiera a toda costa. ¿Será el antídoto?

—Me has leído la mente, primo, gracias. ¡Vamos a brindar! —les dice a todos—. Porque este bar sea el principio de una nueva familia Morgan versión dos punto cero.

Los tres reyes abren mucho los ojos y se miran entre ellos.

—Chin, chin —sonríe Marco animado chocando con sus copas. Es el único que bebe porque los demás se han quedado anonadados.

Se termina todo el líquido del tirón y deposita la copa en la barra.

—¿Me pones otra?

—¿Y tú.. —empieza Mak renqueante—... tú vas a formar parte de esta nueva versión de la familia? Porque eso me encantaría...

—¿En serio? —responde Marco ilusionado—. ¡A mí también! Pero, ¿cómo podría, Mak? Es decir, ¿quién, en su sano juicio, me perdonaría lo que hice? ¡Nadie! —exclama terroríficamente feliz—. ¡Y no entiendo como tú puedes! De verdad, no lo entiendo... ¡No es posible!

—Puedo porque te quiero —sentencia Mak rotundo—. Nunca he dejado de hacerlo... Y cuanto más me enfadaba, más la cagaba. No supe gestionarlo...

Marco lo mira serio.

—Tenías motivos para enfadarte, Mak... Fue culpa mía. Y me da igual que me perdonen porque yo no pienso perdonarme a mí mismo nunca, así que... —Se le ahoga la voz y desvía la mirada.

Ninguno de los presentes da crédito a lo que está pasando. Aitor, Lenny, Luk y Kai los observan en trance. Igual que yo.

De pronto, Mak agarra a Marco y lo abraza con fuerza, reteniéndolo contra él.

—Perdóname tú a mí, por favor... ¡Tú no hiciste nada malo! Yo sí.

Marco se agarra a mi padre, rendido a su cariño. La expresión de su cara se arruga y apoya la cabeza en su trapecio. Luk se tapa la boca, alucinado. Kai se muerde los labios, sobrecogido. Aitor y Lenny se miran preocupados. Y yo... yo no entiendo por qué esto no podía haber tenido lugar hace tiempo.

Ah, ya..., porque Marco no tenía el Moonbow en su organismo.

Me contaron que era la droga de la verdad y parece ser cierto. De pronto, caigo en que es la oportunidad perfecta para saber quién tiene razón, si mi madre o Borja, porque yo ya no sé qué pensar de él.

Cuando Marco y Mak se separan, ambos tienen los ojos encharcados.

—Hijo, saca el mejor champán que tengas —dice Kai a Aitor—. Esto se merece un brindis como Dios manda...

Marco agarra el nuevo vino que Aitor le ha rellenado y se lo bebe.

Mei y Mak se abrazan y hablan en susurros. Entonces veo que Lenny se lleva a Marco alegando que ahora vuelven. Los sigo con prisa. Caminan mucho más rápido que yo y no quiero perderles. Veo que lo lleva al baño y entreabro la puerta para escucharlos.

—¿Estás bien? —le pregunta preocupado.

—Sí, sí...

Lenny se frota la cara. Supongo que teme que mañana cuando se despierte y recuerde esto, quiera irse en el primer avión.

Espero a que salgan para interceptarlos.

—Quiero hablar contigo —le digo a Marco.

—Ni de coña... —suelta Lenny aterrado—. Ahora mismo no puede.

—Luz... —musita Marco, conmocionado, saboreando un mundo entero de sufrimiento en su boca al decir mi nombre.

—Lenny, déjanos hablar. No hagas que me enfade. Vete.

—No puedo, joder... Habla con él mañana, por favor. ¡Ahora no!

—Ahora es el momento perfecto. —Lo cojo de la mano y tiro de él hasta el despacho. Cuando cierro la puerta, me mira melancólico.

—Madre mía, Luz... ¿Cómo puedes ser así?

—¿A qué te refieres? —digo extrañada.

—¡A ti! ¿Te has visto? O sea... ¿te has mirado al puto espejo antes de salir de casa? ¿Cómo esperas que...? —Se frena a sí mismo con dificultad.

—¿Que qué? —pregunto interesada.

Se tapa la boca resistiéndose a decirlo. Se agacha y resopla.

—Dilo de una vez...

—¡No puedo! No debo...

—¿El qué?

—Lo guapa que estás. Solo eso. No es un puto secreto, ¿verdad? Es que te miro y flipo. ¡FLIPO, JODER! Yo no sé si al resto del mundo le pasa lo mismo o solo es a mí, pero si fueras

mi prometida... —Se frena de nuevo.

—¿Qué pasa si lo fuera?

—Que estaría todo el día encima de ti. ¡¿Qué leches le pasa a ese tío?! ¡Porque ni siquiera te mira! Y yo... yo no puedo dejar de mirarte. ¡No puedo!

—¡Pero si apenas me miras! —exclamo enfadada.

—Lo intento, Luz, intento no hacerlo... Pero no es nada fácil. Eres la mujer más increíble que he visto en mi vida. Ah, y mi terapeuta dice que tenemos que follar. Aunque eso sea lo último que quiero...

—¿QUÉ? —digo alucinada. Y no puedo evitar sonreír de puro asombro. ¡Esto del Moonbow es la leche!—. Espera, ¿de verdad no querrías hacerlo? —digo adoptando una postura muy apetecible.

Él me mira consternado. Que se joda.

—Joder... —Se tapa los ojos agobiado—. ¡NO PUEDO!

—¿Pero te gustaría? Di la verdad.

—Lo sabes de sobra...

—Pues lo siento, perdiste tu oportunidad hace tiempo —digo con satisfacción—. Lo sopesaste y decidiste que no me querías lo suficiente, ¿recuerdas? Así que ahora el calentón te lo quitas con otra.

—Yo no dije eso —musita.

—¡Oh, sí! Me lo dijiste el otro día en el almacén.

—Yo no dije que no te quisiera lo suficiente.

—¡Es lo mismo! Dijiste que no merezco la pena...

—Lo entendiste mal. Quería decir que no la merezco yo...

Me quedo a cuadros. La verdad centellea en sus ojos y siento que no voy a poder soportarla cuando la suelte a bocajarro.

—Nunca te he merecido, Luz. Enamorarme de ti ha sido lo más deleznable que he hecho en mi vida... Y si me hubiera permitido estar contigo, no me habría sentido bien conmigo mismo. Te mereces algo mejor que un puto cerdo que cuando ve a su *hermana* apenas puede respirar. Incluso siete años después, te sigo deseando con un dolor inhumano. ¡Es horrible! Es... injusto... Pero no puedo verte como familia. No sintiendo esto por ti. Es una tortura...

El corazón me da un vuelco y me lanzo a él para besarle.

Sus labios se cierran sobre los míos sin hacer preguntas.

Me sostiene contra él con fuerza y me agarra del cuello sin darle cuartel a mi lengua. Los sonidos que emergen de su garganta me dejan claras muchas cosas: la primera, que está manteniendo una batalla interna de campeonato; y la segunda; que nunca me ha olvidado.

—¡No puedo hacer esto! —Frena en seco.

—Sí que puedes, ya no soy tu hermana, Marco. Ya no...

—¡Pero vas a casarte!

—¿Y si te digo que Borja es solo mi mejor amigo? ¿Que lo de la boda es una farsa de *marketing* que ha programado una productora? ¿Que no hay motivo para que no puedas follarme aquí y ahora tal como te ha prescrito tu terapeuta...?

Me mira desconcertado y me mojo los labios.

Un segundo después, me placa como un jugador de rugby y chocamos contra la puerta con un golpe seco. Su forma de aprisionarme es casi dolorosa pero muy excitante.

Nos besamos con una destreza que solo da la experiencia de años de práctica. Su lengua tortura la mía con una exquisitez increíble. La calidad es tan alta que mi temperatura basal

asciende varios grados.

—Joder, Luz... —gime acelerado—. No puedo creerlo...

Sus manos acarician mi cuerpo con fruición. Sube por mis muslos y se detiene para pellizcarme el culo con lascivia. Su forma de agarrarlo, con una ruda propiedad, me hace desear tenerlo dentro al instante.

Sus lengua se vuelve obscena al percibir esa querencia en mí y una de sus manos me sube el vestido para esquivar mi tanga e internar sus dedos en mi desbordante humedad.

Su vehemente invasión me provoca tanto placer que le muerdo los labios para demostrárselo. Me encantan los tíos que saben hacer bien un dedo. Que saben dónde y cómo tocar, con la cadencia y la presión perfecta.

—¡Oh, Dios...!

Nuestras respiraciones mantienen una conversación muy guarra que vendría a decir algo así como «¿Te gusta?». «Sí, no pares». «No pararía aunque me lo rogaras llorando, pequeña».

Gimo al sentir que mi cuerpo se acelera sin remedio; la tensión acumulada es demasiado alta y me masturba con tal desesperación que me pone a cien. Pero lo mejor es que no puede dejar de clavarle en mi cuerpo mientras lo hace, transformándolo en algo muy intenso.

—¡Dios, Marco...! —Le muerdo la oreja—. ¡Me voy a correr! ¡Ah...!

Él me mira con las pupilas dilatadas al máximo mientras un increíble orgasmo me vapulea entera. Y por la expresión de su cara, sé que esto no ha hecho más que empezar. Y que va a ser brutal.

Sin ningún tipo de delicadeza, me arranca de la puerta y me obliga a apoyar las manos sobre la mesa del despacho, quedando de espaldas a él.

Oír la celeridad con la que se desabrocha el cinturón mientras me mantiene sujeta para que no me escape, hace que se me doblen las rodillas de pura necesidad por alojarle dentro de mí.

Mi vestido sigue subido e imagino la panorámica que tendrá con mi culo encumbrado por mis botas altas, adornado con mi precioso tanga rosa de Dolce & Gabbana.

Oigo cómo rasga un preservativo y se lo coloca a toda mecha. El deseo es insoportable cuando, tras apartar mi ropa interior, siento que me penetra con un envite tan brusco que casi me muero de gusto.

¡¡Gracias, Dios!!

Sus primeras embestidas, contundentes y profundas, hacen que gima como una gata en celo. Sus manos acarician mi cintura con veneración extraña, y muy pronto acelera hasta alcanzar un ritmo de los que te dejan completamente sin habla. Soy incapaz de respirar, solo puedo sentir placer. Y no me importa nada.

Él sí respira como si estuviera corriendo una maratón. No sé cuántas veces arremete contra mí como un auténtico macho ibérico, pero en la jodida última vuelta lo da todo para arrancarme otro orgasmo antes de que él llegué a la meta.

OH... MY... GOD...

Había fantaseado muchas veces con cómo sería volver a hacerlo con él, pero juro que jamás pensé que pudiera superar tanto mis expectativas. En mi mente no existía la posibilidad de que me tratara como a una mujer de verdad, deseable y adulta, pero acaba de demostrar que me equivocaba.

No ha podido ser más perfecto.

PERDONA SI TE LLAMO AMOR

“En el amor, el dolor es proporcional a la belleza de la historia que has vivido.”
Federico Moccia



Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy en mi cama. Bueno, en la de la habitación de invitados de mis primos, pero no recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

De pronto, varios *flashbacks* cruzan mi cabeza:

Un abrazo con Mak, besos enfermizos con Luz, Lucas quitándome la pistola de la mano, las acometidas más placenteras en el culo más perfecto del mundo, un beso con...

—¡Nooo! —exclamo tapándome la cara con la almohada.

¿PERO QUÉ COÑO HICE AYER?

¡Se supone que estaba de servicio!

Salto de la cama y veo que sigo vestido. No sé qué hacer mientras otra secuencia de recuerdos se desbloquean en mi mente. A cuál peor.

Una frase en mi boca... «Me he tirado a Luz». ¡¿A quién coño se la dije?! ¡No puede ser!

Busco mi arma porque necesito morirme ahora mismo.

Me tapo la boca cuando vuelvo a recordar ese beso con...

No... Yo. Nunca. Jamás... hubiera hecho algo así en mi sano juicio. Mi reputación se ha ido al garete. Una fulminante y dolorosa muerte social... Como con el Moonbow. ¡EL MOONBOW!

Salgo de la habitación buscando respuestas y encuentro a doble LL en la cocina. Lenny y Lucas.

—¿Quién me dio Moonbow anoche? —pregunto directo.

Ambos se miran con culpabilidad. Lenny habla:

—Nadie.

—¡¿A quién se le ocurre?! ¡¿Tenéis idea de todo lo que hice?! —

—Pues... sí —contesta Lucas algo avergonzado—. Lo vimos todo.

—Y lo que no vimos nos lo contaste —añade Lenny—. Encaje rosa, muy bonito.

—Por Dios... —Me sujeto la cabeza.

—Al menos ya has mojado —apunta Lucas. Y sus labios desaparecen en una fina línea para ocultar su sonrisa. Lo miro enfadado.

—No tiene ni puta gracia...

—No estuvo tan mal —opina Lenny—. Lo de Mak fue muy bonito.

Me froto la boca, contrariado. Madre mía...

—¡Besé a Borja! —digo consternado. Y los cabrones sonríen.

—Eso fue muy gracioso —ríe Lucas.

—Será para ti...

—¡Estabas tan feliz! —expone—. Sería justo después de hacerlo con Luz. Fuiste directo a él, le dijiste que era un auténtico ángel, y después le diste un buen morreo. ¿Recuerdas cómo Mak escupió todo lo que tenía en la boca? —Le dice a Lenny, chistoso.

—¡Sííí! ¡Fue lo más!

—Joder... ¿Dónde está mi pistola? —Quiero usarla.

—Te la quitamos cuando llegó Kali —indica Lenny.

—Pensaba que te lo cargabas... —se mofa Lucas.

—¿Cómo se me ocurre amenazarle? —musito atónito.

—Lo viste discutiendo con Lía y le dijiste que tenías una bala con su nombre. Casi se muere del susto.

—Mierda...

—Solo por eso merecí la pena todo —se jacta Lucas.

—Lo siento, pero os van a dar por culo. Yo me largo... —decido.

—¡No te enfades, Marco!

—¡O me decís ahora mismo quién ha sido o me voy!

—Fuimos todos —responde Lenny. Lucas no lo contradice.

—Pues que os jodan —Me giro—. Voy a hacer la puta maleta.

—*Mako*... —oigo que me llama Lucas. Lenny se ríe y lo llama cabrón. Desde luego, estos enanos tienen a quien salir...

De repente, me acuerdo de todo con suma claridad. De cada caricia, de cada beso... del orgasmo más controvertido de mi vida en el momento más inesperado. ¿Qué hice con el condón? ¿No lo dejaría allí?

Rebusco en mis pantalones y cuando lo encuentro con un nudo, respiro aliviado.

«Me he tirado a Luz», intento asimilar. Se lo dije a Lenny y a Charlotte cuando me trajeron a casa. No tengo perdón de Dios. Y lo digo en serio. ¿Con qué cara me presento yo ahora delante de todo el mundo?

Siento que me hundo y opto por coger el teléfono y hacer una llamada. Al revisarlo, veo que tengo varios mensajes. ¡No, por favor!

Uno de Mak. Otro de Luz. De Aitor. De Enzo... ¿Por quién me toman, por el puto confesionario de *Gran Hermano*?

Leo el de Mak.

«¿Te vienes esta tarde al Valhalla? Iremos sobre las 20h a hablar del caso».

Cierro los ojos con fuerza y una frase cruza mi mente: «Tú no hiciste nada malo». Los ojos comienzan a pesarme al llenarse de lágrimas.

¡Esas palabras me hicieron tanto bien que ni lo sabe...!

Entonces, ¿por qué sigo sintiéndome mal por lo que hice? Me he acostado con Luz, como me recomendó Yolanda, y no he dejado de demonizarlo. Quizá sea porque anoche me pasé tres pueblos con ella. ¡Fui un puto animal, pero estaba poseído! ¿Qué pensará de mí...?

Me hundo más y más hacia lo negro y busco el contacto de Yolanda antes de que brote un ataque de ansiedad. Llamando...

—¡Marco! ¿Cómo te va?

—Mal. Muy mal... Seguí tu consejo y estoy peor que nunca.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Tuve sexo con Luz.

—¿En serio? No daba un duro...

—Fue porque mis primos me drogaron, pero no me siento mejor. Sigo sin perdonarme por lo que hice. ¡No ha funcionado, joder!

—¿Cómo va a funcionar si lo hiciste mal?

—¿Mal? Perdona, pero creo que se me da bastante bien...

—Me refiero a que lo hiciste drogado y así no funciona. Deberías haber estado en plenas facultades mentales. Las drogas lo tergiversan todo y tienden a magnificar los sentimientos, tanto los buenos como los malos. Tienes que repetirlo. Te prometo que es la solución a todo.

—¿Que lo repita?! ¿Tú esnifas galletas o qué?

—Seguro que ella está dispuesta. Dile que es algo médico.

Me entró la risa al recordar que...

—Me parece que ya se lo dije...

—Eres un romántico, Marco.

—También me reconcilié con mi *padre*. Creo...

—Has dicho *mi padre*, en vez de Mak. Así que es un hecho.

—Gracias por la aclaración, doctora...

—Para servirte.

—Oye, ¿qué significa que haya besado al prometido de Luz?

—Eso lo dejamos para la siguiente llamada, si te parece... Haz los deberes. —Y me cuelga. ¡Está fatal de la cabeza...!

Sigo revisando los mensajes: el de Luz lo dejo para el final y me meto en el de Aitor.

«Fui yo. Los demás no sabían nada. Por cierto: de nada».

—La madre que lo parió... —mascullo. ¡Ha heredado la locura de su madre!

Me meto en el mensaje de Enzo:

«Todo controlado. Tranquilo». Se refiere al caso. Y le doy las gracias. Si en dos días los capos no contactan con Lucas, pensaré un nuevo plan.

Por fin llega el momento de meterme en el mensaje de Luz y respiro hondo. No sé qué va a pasar ahora con ella. Estoy perdido.

«Pregunta rápida: ¿vas a estar sin hablarme otros siete años?». Y debajo veo una foto de su dedo índice queriendo tocarme.

Las comisuras de mis labios se elevan un poco al recordar que ese dedo traidor solo quería juntarse, pero terminó haciendo mucho más.

«Respuesta rápida: No». Y le mando una foto de mi meñique.

De pronto, se conecta y mi corazón se dispara. Escribiendo...

Aparecen caritas muertas de risa y un «Me alegro».

Por primera vez me pregunto si sería posible un mundo en el que yo fuera siempre el Marco drogado de Moonbow. Un mundo en el que Mak y yo nos hubiéramos perdonado y Luz y yo fuéramos capaces de ser «amigos que se mandan fotos de sus dedos y caritas sonrientes».

Pero tengo que ser realista...

Este es un mundo en el que ayer hice el ridículo más espantoso. No solo volví a zumbarme a la hija de Mak (al menos siento que ya no es nada mío), sino que besé a un tío y amenacé a un chaval con mi arma.

Tengo que buscar a Kali y disculparme con él. Y tengo que dar las gracias por tener la suerte

de que no pasara nada teniendo la guardia tan baja... porque podía haber sido fatal. De hecho, va a serlo...

Porque algo me dice que «los malos», como los llama Aitor, no van a permitir que el Valhalla se imponga como el nuevo Capitán Nemo ni como el máximo dispensador de Moonbow.

24
MANTIS

*“Después de regalarte el mejor orgasmo de tu vida, te hará perder la cabeza”
Rose Gate*



Abro la puerta de casa y lo hago con la misma ropa de anoche. Blanco y en botella...

—Te voy a matar —susurra Marco desde el sofá. Pero muchas intenciones de venir a por mí no tiene, así que me acerco yo a él.

—Buenas... Aquí estoy. Soy todo tuyo.

Me mira de arriba abajo.

—¿De dónde vienes? Pareces los restos de una paliza.

—No quieras saberlo...

—Dime que no has estado con Enzo.

—No he estado con Enzo.

—Menos mal... ¿Y quién es el afortunado o la afortunada?

—Su mujer y su hermano.

Marco resopla y niega con la cabeza.

—Tú siempre superándote...

—Soy inocente, en serio, tenía el consentimiento de Enzo.

—¿Cómo...?

—Es una larga historia...

Pero es mentira, es bastante corta:

Se abre el telón... Aparecen dos tíos de buen ver en una barra, con dos camisas apoteósicas y una química cósmica entre ellos, charlando con una mujer atractiva que se ha acostado con ambos y *ronea* por una noche especial... ¿Cómo se llama la serie? «Tú, yo y ella».

Quedaba menos de media hora para cerrar el Valhalla y que la inauguración terminara. Lenny y Char acababan de llevarse a Marco a casa porque casi se carga a Kali al pillarle discutiendo con Lía. Como si eso no fuera la tónica habitual entre ellos. Y de pronto, Ruby, apareció.

Llevaba un vestido blanco atado al cuello que le apretaba los pechos mostrando un jugoso canalillo. Su espalda quedaba al aire alardeando de que no llevaba sujetador. El pelo, recogido de una forma desenfadada y sensual, llamaba la atención sobre su cuello y hombros desnudos, listos para dejar caer tus labios sobre su piel.

Lo que me sorprendió es que Enzo se extrañara de verla.

—Al final has venido... Te he dicho que no hacía falta.

—Ya, pero me apetecía veros —En plural.

—Ya queda poco...

—Vale. Esperaré y nos vamos juntos.

Enzo y yo llevábamos toda la tarde con miraditas insinuantes y roces al pasar uno cerca del otro. Habíamos estado ayudándonos con los pedidos, dejando claro que nos compenetrábamos muy bien. Y ambos, bueno, yo, al menos, tenía la esperanza de que, al terminar, charlásemos un rato en la flagrante penumbra que ofrecía el paseo marítimo por la noche. Sería como en los viejos tiempos. Quería que me contara por qué dejó la carrera y se metió a policía y sonsacarle si era completamente feliz. También me gustaría saber si Hugo sabía lo nuestro... Solo por curiosidad. Porque tenía claro que Ruby, sí.

Y no solo porque creyera que Enzo sería incapaz de ocultarle un secreto así a su pareja, dada su honorabilidad, sino porque en la mirada de ella había un recelo ondulante que iba y venía.

—¿Qué tal se os ha dado la noche? —preguntó Ruby—. ¿Mucho trabajo?

—Sí... No hemos parado. Enzo debería cobrar el doble hoy.

—Quizá puedas pagárselo de otra manera...

—Ruby... —masculló él, mirándola con desaprobación.

—¿Qué pasa? Ya lo hemos hablado.

—Y te he dicho que mejor no.

—Solo estoy tanteando el terreno.

Enzo suspiró molesto y siguió ordenando el bar. ¿Qué me había perdido? ¿A qué le había dicho que no? Ella me miró incitándome a preguntarlo.

—¿A qué te ha dicho que no?

—A que, como lleváis toda la tarde trabajando, al cerrar, os toméis un ratito de relax, por ejemplo, tomando algo en nuestra nueva casa. Todavía no te la hemos enseñado...

Miré a Enzo tras captar el mensaje subliminal. ¿Me estaban invitando a... su casa? ¿Con qué intenciones?

Enzo leyó la confusión en mis ojos en un nanosegundo.

—Ruby es así de hospitalaria... —justificó azorado.

Ella me sonrió coqueta dejando claro el tipo de hospitalidad que quería ofrecerme. ¿Cómo era posible?

—Necesito saber algo, Ruby —empecé con la adrenalina disparada en mi sistema nervioso—. ¿Por qué no me odias? Es decir, ¿por qué no me guardas rencor por lo que pasó?

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Tan importante te crees en mi vida?

Enzo intentó disimular una sonrisa. Era un gesto marca de la casa.

—A ver..., te convencí para fugarnos juntos y casarnos —expuse culpable—. Entendería que me odiasen. Y él también.

Ella se tomó su tiempo para contestar saboreando su vino.

—Tal y como yo lo veo, amaba a Enzo antes de esa noche y sigo amándolo después. O sea, que no fue nada significativo en mi vida... Al menos, a nivel sentimental. Pero la noche en sí no estuvo mal...

Tragué saliva conmocionado.

—Pero... Podrías estar molesta porque a él le doliera lo que pasó...

—No más que a mí el saber que estuvisteis juntos una vez.

Mis ojos se abrieron como platos y miré a Enzo. ¡¡LO SABÍA!!

Él agachó la cabeza y siguió amontonando vasos limpios que yo había sacado previamente del

lavavajillas.

—Ya nos perdonamos mutuamente en su día —añadió ella—. Es agua pasada.

—Ya veo...

Pero seguía sin verlo. ¿Por qué me invitaban a su casa ahora? ¿Qué querían de mí? ¿Cogernos de la mano y cantar el Kumbayá?

Pero no iba a preguntarlo para recibir una contestación tipo «para que nos des tu opinión» o «para tomar una inocente copa». Si quería saber lo que pretendían realmente, tendría que ir.

—De acuerdo... —Me enderecé—. Si queréis, al acabar, me tomo algo en vuestra casa y así la conozco.

Enzo giró la cabeza para mirarme alucinado. Casi podía sentir su corazón bombeando frenético bajo su camisa.

«¿Por qué le sigues el rollo?», pareció preguntarme con los ojos.

A lo que le contesté subiendo las cejas:

«¿De qué tienes tanto miedo, heterocurioso?».

Pensar en la posibilidad de besarle de nuevo erizó el pelo de mi brazo e hizo que mi vista se estrellara contra sus labios.

Les dije que se fueran y me mandaran la dirección exacta; yo acudiría en mi coche después de despedirme de mi familia. Pero en realidad, quería darles la oportunidad de discutirlo y que cambiaran de opinión. Había sido una propuesta a traición por parte de Ruby.

—¿Vas a salir? —preguntó Lucas. Le dije que se fuera a casa sin mí.

—He quedado.

—¿Con quién? —Levantó una ceja.

—¿Pensabas que no iba a ligar hoy vestido así? —Me señalé truhán.

Él puso los ojos en blanco.

—Te acompaño hasta allí. No quiero que vayas solo...

—No hace falta, de verdad —No quería que supiera que iba a casa de Enzo—. Estaré bien. A los malos yo no les intereso. No soy nadie.

—¡Claro que lo eres! Eres mi único hermano.

—Ya, pero no me harán nada. Saben que te molesto más vivo que muerto. —Saqué la lengua.

—Cuidate, idiota... Y si necesitas algo, me llamas.

—Lo haré, *bro*. Te lo prometo. Márchate tranquilo.

Cuando llegué a la dirección que finalmente me enviaron, me sorprendió el emplazamiento. Era una manzana de adosados de tres pisos y jardín a ambos lados, con un diseño moderno y lujoso.

Me acerqué a la puerta principal y llamé cohibido.

Ruby me abrió con una sonrisa de anticipación que casi me mata. Una que advertía que debía buscar un baño y asearme un poco porque pensaba comerme vivo. Llevaba toda la tarde trabajando a destajo.

Me enseñaron la parte de abajo de la casa y admito que todo lo que vi me gustó mucho. Hablo de detalles, adornos y colores escogidos. Eran muy Enzo. Y me chivaban que estaría igual de cómodo en su salón que dentro de él.

Pedí permiso para utilizar el baño y cuando salí, más fresco y limpio que una rosa, el anfitrión me instó a sentarme en el sofá, mientras Ruby preparaba unas copas.

—¿Te ayudamos? —pregunté servicial.

—No, ya habéis preparado demasiadas esta noche.

Me acomodé entre los cojines del abultado sofá color piedra y miré a Enzo desafiante.

«¿Qué hago aquí?», le pregunté con los ojos.

Él parpadeó despacio como si no fuese cosa suya y se sentó cerca, pero dejando claramente un hueco entre los dos para Ruby.

—¿Estás cansado? —indagué.

—Depende de para qué...

Torcí la cabeza ante su sugerente respuesta. Percibí que se había cambiado la camisa y seguramente también lavado. Llevaba un polo de tejido técnico azul marino que acariciaba su cuerpo tonificado.

Cuando ella apareció con las bebidas, se sentó en medio y las repartió.

—Gracias... —La probé.

—Cuéntanos, Aitor, ¿dónde has estado estos dos años? ¿Qué has hecho y con quién?

—Uf... Si tengo que contestar a eso voy a estar aquí dos días —bromeé.

Les resumí mis andanzas en Oxford y en Madrid. Les hablé de mi amigo Varo, futuro magnate de una empresa hotelera muy importante, y de las fiestas que me había pegado.

—¿Por qué has vuelto, si todo era tan genial? —me reprochó Enzo.

—Porque echaba de menos Byron... Y a mi familia.

—Nosotros también te hemos echado de menos —repuso Ruby poniéndome una cariñosa mano en la pierna. Cuando empezó a acariciarme despacio, coloqué la mía sobre la suya.

—Me cuesta creer que hayáis pensado algo en mí...

—No tanto —atajó Enzo—. Pero cuando lo hemos hecho, los buenos recuerdos contigo predominaban sobre los malos.

Lo acuné con los ojos queriendo saber a qué se refería exactamente, si a nuestras charlas nocturnas o a nuestro breve encuentro sexual.

—La mejor forma de que lo entiendas —continuó ella—, es que sepas que cuando tu nombre sale a colación en esta casa, sentimos esto...

Alzó la mano que estaba sujetando y se metió uno de mis dedos en la boca para sacarlo arrastrando sus húmedos labios por él. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—¿Lo has sentido?

Quise gritar. ¿Yo les hacía sentir eso?

—Cada vez que te mencionamos, nuestros cuerpos se activan por el recuerdo, no podemos evitarlo. Y cuando supimos que Enzo iba a trabajar contigo y a someterse a tus descarados flirteos..., nos preguntamos si te gustaría ayudarnos a descargar esa tensión. Al fin y al cabo, es culpa tuya por ser tan sexi.

No había estado más asombrado en mi vida. Y mira que me he metido en movidas raras, pero no podía creer que esas lascivas palabras hubieran salido de su mojigata boca. ¡¿O es que ya no lo era?!

Nuestro polvo de antaño no fue para tirar cohetes. Al principio, estaba tan excitada que volví a sentir que tenía quince años, donde lo más básico ya es un mundo y apenas te da tiempo de divertirse por saciar una necesidad, pero después se lo tomó con más calma y debió de flipar. Y ahora quería más. Comprensible. Pero el cariz de la situación, añadiendo a Enzo a la ecuación, era totalmente distinto. Más perverso e interesante. Así que cuando se acercó a mi boca con intención de atraparla, la abrí para capturar sus labios.

El contacto volvió a electrocutar su cuerpo y se quedó quieta un instante asimilando la sensación. Después, volvió a besarme con suma delicadeza, como si llevara mucho tiempo deseándolo.

Nuestras lenguas se entrelazaron varias veces con una lentitud pasmosa y cuando por fin se

apartó de mí, busqué a Enzo con la mirada. Descubrirlo pegado a su espalda, besando su hombro, me puso duro al momento.

Un segundo... ¿cuáles eran las normas? ¿Yo podía tocarlo a él? Porque si digo que me moría por invadir su espacio vital desde que lo vi en comisaría la primera vez no mentiría. Me había reprimido tantas veces en esas dos semanas que no sabía lo que haría si me daban inmunidad total para tocarlo. ¿Iba a poder follarle por fin o él solo era activo?

Algo me advirtió que si quería adivinarlo debía tener contenta a Ruby primero. Y si generalmente no le hago ascos a un desconocido, a una chica con la que he tenido tanto trato y que ha cambiado el chip a uno mucho más lujurioso, menos.

Estaba dispuesto a hacer que no se arrepintiera de su decisión.

—¿Tú estás de acuerdo con esto, Enzo? —pregunté.

—Yo solo quiero que ella disfrute... —susurró con voz ronca.

—Pues va a disfrutar como nunca.

Nada más decirlo, me activé para convertirme en un felino voraz, y notar la tensión en sus cuerpos me hizo sonreír. Sabía exactamente lo que más le excitaría a una chica con su perfil puritano.

—Ahora eres nuestra, Ruby... —empecé—. Vamos a poseerte los dos como nos plazca... Así que no te resistas...

Me miró como si no tuviera pensado hacerlo, pero muy pronto la metería en el rol de ser la chica más deseada del mundo y no poder hacer nada por impedirlo.

Desabroché su vestido por la zona del cuello y la despojé de él, dejándola solo con unas braguitas blancas semitransparentes. Sus pechos pequeños y en punta siempre me habían gustado. Y sabía cómo hacer que me gustaran todavía más.

Me levanté del sofá para situarme detrás de él y obligarla a recostarse sobre el cojín superior. Su espalda se arqueó quedando totalmente expuesta a nosotros y subí sus brazos para agarrárselos con una mano por detrás de su cabeza. No dudé en acariciar sus pechos con fruición.

—No te muevas. Vamos a darnos un festín contigo antes de follarte... Lo mejor es que te entregues al placer...

Arrasé su boca apasionadamente, sin dejar de masajear su pechos, y gimió alucinada.

—Quítale las bragas y empieza a comértela, Enzo —ordené—, luego me tocará a mí y tú la sujetarás. Dime lo mojada que está... Dime cuánto desea que la devoremos. Has nacido para esto, nena...

Él obedeció con un nerviosismo patente en sus movimientos, como si apenas pudiera hacer algo más que mirarme poniendo tan cachonda a su mujer.

—Dios mío —murmuró él cuando acercó su boca a su entrepierna, seguramente encontrándola encharcada.

El cuerpo de Ruby convulsionó al notar que su lengua aspiraba su nudo de nervios. Enzo empezó a degustarla, agarrando sus posaderas con ambas manos, como si estuviera comiéndose una jugosa sandía. Mi polla se endureció al pensar en eso. Donde esté la fruta madura...

Dejé atrás la lengua de Ruby para alcanzar sus pechos con mi boca. No le di tregua durante unos segundos. Ella gemía alucinada por el doble asalto a sus puntos erógenos y le recordé que se entregara.

De pronto, una de mis manos bajó por su tripa hasta su monte de Venus, donde Enzo tenía encajada la frente. Me abrí paso para comprobar su excitación y Enzo se apartó.

—Muy bien, nena, así me gusta, que tu cuerpo colabore y acepte su destino...

Enzo y yo nos miramos durante un momento a los ojos y no se me ocurrió otra cosa que meter

mis dedos embadurnados de Ruby en su boca, acariciando sus labios con lascivia.

Él se dejó, anonadado, y pronto redirigí su cabeza hacia su sexo agarrándolo del pelo.

Ambos gritaron al sentirse de nuevo electrificados.

—Déjala al borde del orgasmo y avísame.

Mi toque transformó a Enzo en un animal sexual que se esforzó por llevarla a la locura. Casi me lleva a mí también fantaseando con cómo sería una mamada bajo esas fauces letales. Y cuando vi que Ruby estaba a punto de explotar, fui hacia él y lo frené.

—Préstales atención a sus pechos —le sugerí.

Él se sentó al lado de Ruby y tiré de ella hacia abajo para acomodarla a mi cuerpo como quería. Entonces empecé a masturbarla con una conocida técnica para lograr un squirt alucinante.

—Mirad esto...

Ruby no tardó nada en gritar mientras se corría viva literalmente. El momento subió la temperatura un par de grados en la habitación. Miré a Enzo con una sonrisa ufana, prometiéndole que con él podría hacer lo mismo.

—Quítate los pantalones —le dije mientras yo me deshacía de la camiseta—. Quítatelo todo, de hecho...

Obedeció y cuando vi su vara de carne, dura y dispuesta, se me hizo la boca agua. No obstante, le indiqué a Ruby que se colocara entre sus piernas de rodillas para devolverle el favor con su boca, mientras yo me arrodillaba detrás de ella para apropiarme de su culo.

De forma automática, cogí un condón de mi bolsillo y me lo puse mientras veía cómo Enzo arrugaba la cara de gusto por sentir los labios de Ruby alrededor de su verga.

Entonces, nos miramos. Y os aseguro que fue muy satisfactorio introducirme en su mujer imaginando que era a él a quien penetraba. El placer me atravesó de una forma tan cruda que me quedé sin respiración. Y él captó perfectamente lo que había imaginado.

Enzo agarró la cabeza de Ruby para que incrementara el ritmo y yo me sumé a su idea en mis arremetidas. Éramos un tándem perfecto en el que ninguno de los tres comprendía cómo el sexo podía ser tan jodidamente bueno.

Mantenernos la mirada en una situación así hizo que la culminación se precipitara, y en un momento dado, Enzo apartó bruscamente a Ruby para que no terminara la fiesta.

Salí de ella, sosteniendo mi pantalón; no me lo había quitado.

—Ven. —La ayudé a levantarse—. Tú también, Enzo.

Me dirigí hacia una mesa maciza de madera pulida que había en el comedor. No sabía si era nogal o cerezo, pero parecía estable y cara.

Le dije a Enzo que se sentara con las piernas abiertas y acomodé dos sillas para que apoyara los pies.

—Súbete a horcajadas hacia él —insté a Rubí—, y que Enzo se hunda dentro de ti, hasta el fondo.

Cuando se abrazó a él, le besó y enseguida conectaron sus sexos con un gemido suave. Me pegué a la espalda de ella y masajee sus nalgas ayudándola a moverse suavemente.

—Te morías por metérsela, ¿verdad, Enzo? —dije lascivo en voz alta—. Díselo a Ruby. Quiere oírlo... Dile cuánto deseabas que te montara así. ¿Te gusta o no?

—Sí... —jadeó él excitado. Los acaricié a los dos con sensualidad como si me pusiera a mil verlos follar sin la más mínima conexión entre ellos. Aunque eso pronto cambiaría.

Metí una mano entre los dos para pellizcar un pezón de Rubí y besarle el cuello, pero lo que de verdad pretendía era atacar su puerta trasera, tan despejada y accesible tan abierta de piernas que mi dureza ya lloraba por ella. Hice una ligera incursión con mi dedo untado de saliva y ella dio

un respingo.

—Shhh... —la tranquilicé—. Te va a gustar, nena...

—Nunca lo he hecho...

No quería iniciar una conversación donde me diría que tenía miedo de que le doliese o de que no le gustase y se enfriara el ambiente. La experiencia me decía que su grado de excitación y dilatación era óptimo para que fuese un éxito, así que me tiré de la moto y dije lujurioso:

—Me da igual si te gusta o no, llevo una semana pensando en tu precioso culo. No deberías haberlo movido tan sensualmente en la fiesta Byron *fucks* Venice, porque ahora Aitor *fucks* Ruby... Me pones muy cachondo...

Con esas palabras conseguí que mis dedos se introdujeran con soltura en su culo imitando el movimiento que más tarde haría con mi miembro en él. La incité a clavarle con más fuerza y rapidez en Enzo demostrándole lo bueno que iba a ser.

—Confía en mí, no voy a hacerte daño. ¿Te gusta lo que te hago? Dime, ¿te gusta mucho?

—Sííí... —gimió alucinada. Enzo, con la respiración acelerada, luchó contra el ardor que estaban adquiriendo sus movimientos y contra lo que significaba que a él le hubiera instado a sentarse más al borde de la mesa todavía.

En cuanto pude, sustituí mi dedo por mi martillo de Thor y me hundí en ella como si fuera una puñetera pista de hielo a mediodía.

El gemido de Ruby fue tan erótico que me endurecí más de lo que ya lo estaba. Y todavía quedaba lo mejor.

Le di tiempo a acostumbrarse, acariciando su cuerpo con lujuria. Poco a poco, empecé a moverme, provocando que ellos también lo hicieran y nos acompasamos a la perfección. La lubricación era alta y no costó nada afianzar un ritmo inmejorable. En un momento dado, me agarré al hombro de Enzo para ejercer más presión y gritaron.

—Dios mío... —murmuró ella perturbada.

—Qué bueno —Me felicité. Porque la presión que sentía no era ni medio normal. Entre lo estrecha que era y que Enzo ocupaba parte del espacio, me estrujaba como una boa constrictor.

Enzo me miró sobrepasado, suscribiendo mis palabras, y no dejé de moverme con fuerza contra él. Quería que sintiera mi empuje. Mis ganas. Que imaginara de lo que era capaz si alguna vez cedía a mi control.

Ella se abrazó totalmente a su marido para concentrarse en el intenso placer que estaba experimentando. Eso hizo que la cara de Enzo y la mía quedaran frente a frente, muy cerca. Ninguno se apartó, sino que respiramos el uno el aire del otro.

Nos aceleramos augurando una culminación delirante, y de pronto, le agarré del pelo y lo atraje hacia mi boca con violencia.

Nuestras lenguas batallaron por llevarse la razón de cuál de los dos estaba más cachondo. Su sabor no tenía nada que ver con el de su hermano. Su forma de besar era mucho más varonil y oscura.

Fueron instantes críticos en los que mi polla avisó de que reventaría de un momento a otro. Por suerte, Ruby gritó que se corría con tal alarido que nos hizo despegar los labios y terminar con un orgasmo interestelar. Es decir, tan jodidamente surrealista como la película.

Pero la cosa no terminó ahí. Con ellos, sí. Perdón. Enzo y Ruby no daban para más. Los conocía y sabía que tenían que hablar, comentarlo, ponerse melosos y reafirmar que había sido genial, así que me fui rápido de su casa con un «gracias por todo».

Solo me hizo falta un mensaje de texto para encontrar el plan perfecto. El que necesitaba más que respirar. Porque mi plátano no iba a quedarse tranquilo hasta que se metiera en Enzo...

O sucedáneo...

«Hola, ¿dónde estás?», escribí a Hugo.

CÓMO LLAMARTE AMOR A GRITOS

*“Además de quererse mucho, hay que quererse bien”**Alina Not*

Me despierto en la cama de Lenny y veo que estoy sola.

Me duele todo el cuerpo porque ha sido una semana contrarreloj para que ayer todo saliera bien en la inauguración. . Por suerte, fue un éxito rotundo. Lo nuestro ya es otra historia...

El sábado pasado, en el campeonato de fútbol playa, estuve observando a Lenny durante todo el día. Lo notaba tenso. No dejaba de vigilar los pasos de Marco, de su padre y sus tíos, e incluso de Morgan y de Aitor. Después resoplaba y negaba con la cabeza.

—¿Te pasa algo? —le pregunté.

Él me miró, recordando mi presencia e intentó disimular. No me gustaba sentir que no quería compartir conmigo sus preocupaciones. Su vista fue a parar a mi atuendo, como si fuera lo único que le interesaba de mí: el sexo.

—Nada... —carraspeó.

—Puedes contármelo —Lo animé. Y le toqué un brazo de forma cariñosa.

Su primer instinto fue apartarlo, pero enseguida volvió a agarrarme la mano para conservarla entre las dos suyas.

—Es solo que... me sienta mal que no estén contando conmigo para nada. Creo que tienen miedo de que pase algo y me quede otra vez traumatizado...

Debí poner una cara extraña. Porque preguntó:

—¿Tú también lo piensas?

—Has dicho *otra vez*. Eso implicaría que ya no lo estás... Y tu reacción ante el atropello de Cora demostró que todavía no estás bien, Lenny.

—¿Cómo iba a estarlo? Por mi culpa toda mi familia está en peligro, y tú también.

—No es culpa tuya. Y están trabajando para solucionarlo.

—Pensar que puedo perderte o perder a alguien que me importa otra vez, me deja paralizado.

—Es normal tener miedo.

—¡No es miedo, es...! —se recompuso—. Quedarme quieto es la única forma de controlar mi ira y no hacer una locura.

Abrí los ojos asustada. Tenía que pensar rápido. Quería ayudarlo.

—Si hicieras terapia, podrían ayudarte a encontrar otras formas de canalizar la ira.

—Ya encontré una: el sexo. —El corazón se me desbocó—. Pero desde que me enamoré de ti, estoy jodido...

—¿Por qué lo dices?

—Porque ahora el sexo me recuerda aún más lo que hay en juego...

Se acercó a mí y me besó sin poder evitarlo, casi con dolor.

Había sido una semana muy confusa para los dos entre el secuestro y el atropello. Que volviera a su patentada técnica silenciosa me hizo darme cuenta de que no deseaba que fuera distante conmigo como antes, solo quería que fuera sincero. Y su forma de besarme contra la pared del bar me demostró cuánto se estaba conteniendo por mí.

Eso era lo que más me enamoraba de él, mi poder para frenar su pronto asesino y violento la mayoría del tiempo. Y cuando no podía hacerlo, era aún mejor. Estaba decidida a domesticar a la bestia que llevaba dentro a base de amor. Y si era necesario, de sexo, sabía que esa era la vía más directa hacia sus sentimientos.

Me había propuesto «arreglar a Lenny» y sabía a quién pedir ayuda.

Me fui directa a visitar a Cora porque necesitaba un *look* urgente para la fiesta de esa noche.

—Necesito que Lenny cortocircuite, como en la fiesta neón.

Al oírlo, sonrió perversa, y verla emocionarse en esa cama de hospital mereció la pena la humillación de *Mujer, blanca, soltera, busca*.

—Veamos, va a ser una fiesta muy *cool*. ¡Con famosos que están de vuelta de todo en moda! Así que tienes que estar espectacular.

Me santigué y se partió de risa. Después me llamó zorra alegando que le habían dolido las costillas al reírse. Ya estaba empezando a caerle bien.

—¡Ostras! ¡Acabo de acordarme que tengo un conjunto explosivo guardado en mi armario sin estrenar! Dile a Lía que te lo dé. Enseña bastante el ombligo, pero...

Hice una mueca de disgusto.

—Tienes un cuerpo bonito, Charlotte, puedes enseñarlo.

—Puedo. Pero no veo la necesidad.

—Necesidad es lo que tendrá él cuando te vea... —Sonrió sagaz—. Usa tu belleza mientras puedas, es un poder único. Y nunca sabes cuándo desaparecerá... —dijo refiriéndose claramente a ella.

—Yo prefiero usar la inteligencia, es más duradera.

—Eso será lo que le enamore del todo, pero para que te desee ha de verte sexi. Y ese conjunto lo es. Y accesible, tú ya me entiendes...

—¿Cómo es exactamente?

—La parte de abajo es una falda elástica que puedes ponerte a cualquier medida. La de arriba es un top corto, muy corto, que apenas cubre el pecho con un fruncido del que cuelgan dos cordones. Pero lo genial es que es de manga larga y deja los hombros al descubierto.

—¿Top cortísimo de manga larga? Podría estar bien...

—Además, no tiene un escote pronunciado. Te va a gustar.

—Aun así, del estómago a la cintura se verá mucha piel...

—¡Para eso están los complementos, cielo! —dijo condescendiente—. Busca en mi joyero. Hay un piercing para el ombligo de quita y pon. También algunos tatuajes pequeños de mentira que dan el pego. Pelo recogido, ni lo dudes.

Imaginé el conjunto y me gustó.

—Eres increíble, Cora... —dijo maravillada—. Tienes un don para hacer que alguien se sienta sexi.

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Podrías dedicarte a esto de forma profesional. Luz podría darte visibilidad para ayudar a chicas de a pie, como yo, que no tienen ni pajolera idea de moda.

Ella se quedó pensativa

—Y si no, siempre puedo ser detective privado, porque te prometo que esta semana he captado multitud de dinámicas extrañas en la familia.

—¿Qué dinámicas?

—Sin ir más lejos, la tuya con Lenny. ¿Qué problema tienes, chica? ¡Él está loco por ti! ¿Vas a romperle el corazón? Porque te mato.

La miré de hito en hito y luego solté una carcajada nerviosa.

—Para rompérselo, primero tendría que dármelo —dije renqueante—. Y no lo ha hecho... Sigue encerrado en sí mismo. Parecía que estábamos avanzando, pero... Todavía no me ha dicho que me quiere.

—¿No?

—No. Creo que no lo tiene muy claro. O quizá ese sea el problema, que me quiere y es demasiado para él.

—Dile cómo te sientes. Él te lo aclarará todo.

—No sé si estoy lista para oír lo que tenga que decirme...

—¿Que te quiere o que no?

—Ambas cosas...

Pero llegó la noche y, cuando vi a los Morgan en la fiesta, lo tuve muy claro. Los adoraba a todos. Cada uno en su papel.

Aitor detrás de la barra renegando de servir las bebidas en vasos de plástico. Lenny con su cara amenazante hasta que llegara yo y suavizara su expresión con alivio. Y Lucas, que estaba irresistible con una camiseta negra de alas fucsias fluorescentes, sufriendo por todo y por todos. Le quedaba tan él que no pude evitar acercarme y acariciar el emblema que llevaba escrito en el pecho: «Morgan».

—¡Es chulísima...!

—¿A que sí? —sonrió encantado.

—Es muy tú.

—¿Me ves así? —preguntó entre sorprendido y halagado.

—Tal cual. Así sois los Morgan. Una luz neón en la oscuridad.

—Por si sirve de algo, tú también estás impresionante —dijo observando mi modelito perverso.

—Es de Cora —confesé.

—Buena idea. Así igual dejas de imponerle tanto a Lenny...

—¿Cómo? ¿Crees que le impongo?

—Lo que creo es que le aterra perderte.

—¿Y qué puedo hacer para demostrarle lo contrario?

—No sé... ¿Qué haría Cora?

Nos sonreímos jocosos.

—Él me ha dicho que se siente mal porque no estéis contando con él para la misión... —me chivé.

—No es eso. Solo intentamos protegerle.

—Quizá la solución no sea apartarlo.

—El que se aparta es él, Char. Siempre es él. Pero no dejes que se aparte de ti, ¿vale?

—No sé cómo hacerlo...

—Ese modelito es un buen principio —Me guiñó un ojo—. Pero de ti necesitaré algo más que eso... Quiere tu corazón.

Esas palabras me dieron valor para presentarme ante Lenny y sus amigos. Él estaba guapísimo con una camisa gris abierta y un pantalón blanco. Al parecer, su apuesta también había sido la de mostrar mucha piel y hacer que deseara lamer el hueco entre sus pectorales. Ese punto en concreto era mi jodida casa.

Al verme, su mirada se calentó. Tomó aire por la boca cuando un flash porno cruzó su cabeza.

—Jo... der... —musitó su amigo Tom, incapaz de apartar los ojos de mí. Lenny lo miró como si fuera a matarlo, pero yo lo abracé para distraerle y pronto fijó su vista en mi boca.

—Hola...

—Hola... —respondió a duras penas.

Le acaricié el cuello sensual y se acercó para encontrar mis labios. El beso fue tan obsceno que alguien cercano carraspeó.

—Ahora entiendo por qué no me han mandado hacer nada esta noche... —susurró en mi oído—. Porque sabían que no podría concentrarme en nada contigo cerca...

Sonreí halagada.

—Oh, pero sí tienes algo que hacer... —dije insinuante.

Él levantó una ceja, confuso.

—Canalizar tu ira en mí... Muy profundamente...

Morderle el lóbulo de la oreja le dejó claro a qué me refería. Y se encargó de ejecutarlo arrastrándome hasta una roca que había en medio de la playa.

Estuvimos besándonos muchísimo rato, como si no quisiéramos hacer otra cosa en el mundo. Y no queríamos. Me abrazó varias veces solo para sentir mi cuerpo contra el suyo y asimilar que me había recuperado.

—No quiero perderte nunca, Carlota —susurró sentido.

—No vas a perderme...

—No es una frase hecha, ¿vale? Luego pasan cosas... Cosas malas. Lo he vivido. Y... no quiero perderte nunca.

—No te preocupes.

—Si lo hago es porque te has convertido en alguien demasiado importante para mí... Eres... parte de mi yo de ahora. De la persona que intento ser. Volví a hablar por ti, porque me asustaba más perderte que cualquier otra cosa en el mundo.

Lo besé con pasión. ¡Era él! El chico del que me había enamorado poniendo palabras a sus gestos dolidos y dramáticos. Nunca unos besos me habían sabido tan bien.

—No me importa que te asuste el mundo —musité en sus labios—. Pero no quiero que tengas miedo de mí. ¡Porque yo te quiero...! Solo te quiero a ti, Lenny. Eres tan especial. Tan sensible. Inteligente...

Me miró consternado durante un segundo y me acarició la cara.

—Yo nunca había conocido a una chica como tú. Nunca había sentido esto... Creo que te quise desde el primer momento en que te vi, acojonada pero dispuesta a todo. Tan graciosa y valiente... Y creo que te querré siempre, pase lo que pase. Haces que todo valga la pena.

Nunca había hecho el amor en una roca. No concebía que pudiera hacerse. Me lo había imaginado más sucio, más «ponte como puedas», más «termina rápido». Nunca pensé que la roca pudiera desaparecer. Que su cuerpo y el mío pudieran fundirse en un roce celestial, tan lento y estudiado que me entraron ganas de llorar. Fue inolvidable.

No quería que terminara nunca, pero lo hizo. Y para ello, cambió ligeramente el ángulo y la cadencia, y una presión desconocida se despertó en mi vientre. Era cada vez más aguda y amenazaba con romperme en mil pedazos. Lo apreté más contra mí, advirtiéndoselo, y le besé. Quería estallar con su boca en la mía, y cuando lo hice, dejé de besarle para dejarme arrasar por esa ola.

Entonces lo escuché:

—Te quiero con todo mi ser...

El placer físico se mezcló con el espiritual y sentí que estaba viviendo uno de los mejores momentos de mi vida.

Cuando terminamos y nos vestimos, volvió a acogerme entre sus brazos para besarme.

—Ha sido una pasada... —le aseguré emocionada.

—¿Sabes lo que sería una pasada? Que esta noche vinieras a dormir conmigo...

Mi respuesta fue sonreír y asentir.

Nos fuimos pronto de la fiesta y volver a hacerlo en su cama y dormirnos abrazados fue una auténtica y verdadera «pasada».

El resto de la semana fue un cuentecito de hadas de toda la vida. Y notarnos tan cariñosos, ayudó a que sus padres también lo estuvieran... tanto que, uno de los días, acabábamos de irnos, cuando tuve que regresar al local porque me había olvidado una cosa, y los encontré... eh... «manos a la obra», nunca mejor dicho. Estaban medio desnudos y acalorados sobre la barra, besándose enloquecidos. La habían puesto nueva esa misma tarde, y al parecer, habían decidido estrenarla...

—¡Lo siento! ¡PERDÓN! —Me tapé la cara y volví a salir a la calle maldiciendo en voz baja.

Lenny estaba a cien metros y me miró preocupado. Le había dicho que me esperara en el coche, pero no me había hecho caso. Todavía no se fiaba de que estuviera a salvo.

Vino a mi encuentro y yo fui al suyo para bloquearle.

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada...

—¿Y el pañuelo?

—Da igual, he pensado que no lo necesito. Vámonos ya...

—¿Va todo bien? —preguntó más preocupado todavía.

Rehuí su mirada, avergonzada.

—Es que... ¡acabo de pillar a tus padres en pleno arrebató de pasión!

—¡¿Qué?!

—Tu padre tenía la camisa desabrochada y tu madre una teta fuera.

—¡¿CÓMO...?!

—¡Me has preguntado! Y menos mal que no iban más adelantados, si no, me muero...

De pronto, lo vi sonreír de una forma que nunca le había visto antes y me abrazó con fuerza.

—Gracias por hacerlo posible.

—¡No! ¡Te juro que se han desnudado ellos solos!

Se rio despreocupado.

—Lo sé, pero tú tienes todo que ver en ello. Como me ven feliz, ellos se permiten serlo también...

—¿Eres feliz? —pregunté pizpireta.

Él se acercó a mi cara, jugueteón.

—Sí, pero no lo cuentes... Tengo una reputación que mantener.

Lo dijo con un deje tan sexi que me dejó alelada. Después, juntó su frente con la mía y me

besó despacio. ¿Cómo podía saber tan bien? Quizá porque por fin sentía que estábamos en la misma onda, y anoche todo salió de perlas, hasta que Marco casi se carga a Kali...

—Llévatelo de aquí —le suplicó Lucas a Lenny. Y lo hicimos. Me dio pena ver a Marco en ese estado. Lo había vivido. Sabía que revolvía tus peores recuerdos y te hacía polvo. Además había bebido bastante en poco tiempo y parecía que no estaba acostumbrado al alcohol.

—En serio, chicos, hacéis muy buena pareja —farfulló tirado en el asiento de atrás—. Y no compartís padres, con eso ya tenéis mucho ganado...

—Deberíamos aprovechar y preguntarle algo... —dijo Lenny sonriendo entre dientes.

—¿Como qué?

—No sé, pero no tendremos otra oportunidad así en la vida. Es muy cerrado. Además, seguro que mañana no se acuerda de nada.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—No sé. Solo quiero ayudarlo a que sea feliz.

—Soy feliz... —contestó el aludido—. Como una perdiz. En serio. Muy feliz. Felicísimo...

—Es el Moonbow el que habla —aclaré a Lenny.

—¿Tan feliz te hace?

—Por momentos, pero luego da bandazos en los que te pega un gran bajón por los malos recuerdos.

—Marco, si pudieras cambiar algo de tu vida, ¿qué sería? —le preguntó Lenny.

—No me habría acostado con Luz —contestó directo—. Joder... Tendría que haber dejado que ese hijo de puta de Kali cometiera el crimen, así no la habría perdido para siempre. A ninguno de vosotros...

Lenny y yo nos miramos. Me había contado con pelos y señales toda la historia.

—Pero ahora nos has recuperado a todos —musitó Lenny.

—No... La he vuelto a cagar... Me acabo de tirar a Luz otra vez.

—¡¿QUÉ?! ¡¿CUÁNDO?!

—En el despacho. Llevaba un tanga de encaje rosa que casi me provoca un aneurisma, tío...

Nuestros ojos se agrandaron y luego sonreímos alucinados. ¡Eso no era historia antigua, sino nueva!

—Si a Mak le pareciera bien, ¿te gustaría estar con ella? —pregunté perspicaz.

—No... Yo... no la merezco. Puede estar con alguien mejor que yo.

—No hay nadie mejor que tú, Marco —repuso Lenny.

—Yo también te quiero. Eres un puto héroe, joder... —murmuró ido—. Y tienes muy buen gusto para las tías. Me gusta como pega la rubia...

Nos reímos un montón y Lenny se me quedó mirando de una forma especial, luego dijo:

—A mí también, primo, a mí también...

Lo dejamos en su cama y se quedó dormido rápido. No fallaba.

Después, Lenny y yo subimos a su habitación y estuvimos besándonos en su cama.

—Yo tampoco te merezco —musitó apasionado en un momento muy íntimo—. Pero pienso pasarme el resto de mi vida intentando merecerte...

La de ayer fue una gran noche. Una que me hizo pensar que podría estar con él toda la vida.

De pronto, lo veo entrar en mi habitación con un bañador puesto y sin camiseta. Es muy listo, pero... ¿os he hablado de sus abdominales?

Cuando ve que estoy despierta, me sonríe. Pero no es una de esas sonrisas bobaliconas de «me muero por ti», se ríe como si se estuviera acordando de cuando las gaviotas me atacaron para robarme el gofre. Como si el mundo fuera un lugar mejor solo porque yo estuviera en él.

—Buenos días —murmuró divertido—. Aitor acaba de llegar. Es hombre muerto.

—¿Tú crees? Soy de las que piensa que debería de darle las gracias.

—Pues baja a dar tu opinión antes de que se produzca la masacre —Me dio un beso en los labios.

—¿Con estas pintas? Quería ducharme primero.

—Estás preciosa apestando a mí —murmuró cariñoso.

—Me voy antes de que apeste todavía más... —Me escapo de sus garras.

Salgo de la habitación y me dirijo abajo, pero de pronto veo a Lucas en su habitación. Está mirando el móvil y sonrío de una forma extraña.

No puedo dejarlo pasar porque llevo toda la semana preocupada por él. Sé que Freya se marchó tras el susto del atropello y lo he visto bastante inmune a ello. Demasiado. ¿Habrà otra?

—Buenas... —lo saludo—. ¿Se puede?

—Char... Pasa. —Se guarda el móvil—. ¿Va todo bien?

—Sí. Me dirijo a ver el linchamiento de Aitor. ¿Me acompañas?

—Nah, la sangre no llegará al río. Lo quiere demasiado. Aitor es una de esas personas a las que le perdonarías cualquier cosa... Hasta Enzo y su mujer le han perdonado lo que les hizo. Es para flipar... No sé cómo lo hace...

—¿Cómo estás tú? Sonreías hace un momento. —Señalo el móvil.

—Ah... Sí. Estoy... Resulta que he encontrado un patrocinador que quizá quiera invertir en mi empresa de surf y... bueno, eso me ayuda a no pensar dónde me estoy metiendo ocupando el lugar del capitán... Me hace pensar que quizá haya una esperanza para mí.

La melancolía de su voz me hace polvo. Lucas es así. Una de esas personas que necesitas que sea feliz a toda costa por justicia divina.

—Por supuesto que hay esperanza. ¡Todo va a salir bien...!

—Ya... Sí...

Pero no parece muy convencido.

—Baja —dice—. Quizá Aitor necesite un testigo después de todo...

Tengo la intuición de que quiere librarse de mí para volver a consultar el teléfono. Si fuera un patrocinador, lo haría delante de mí.

—Está bien... —Lo dejo.

Cuando estoy a punto de irme de su habitación vuelvo a fijarme en el póster de la pared. Odio que todos sus sueños se hayan truncado por culpa del Capitán Nemo. Y me giro decidida:

—¿Sabes? Me dio rabia que te perdieras la final de Campeonato de Surf, podrías haberte clasificado...

—Ya. Bueno... Una cosa más de tantas que han salido mal.

—Quizá te dejarían volver a presentarte. Tu caso es especial, y la gira mundial todavía no ha terminado. ¿No hay otro campeonato en Margaret River dentro de poco?

—Sí... Pero no puedo irme con la que tenemos montada aquí...

—Es una pena. Sería una buena estrategia para empezar a lucir tu marca. Piénsalo.

—Ya lo he hecho. Y no puedo irme ahora... Ojalá pudiera.

Y, ¿qué queréis que os diga?, pero siempre he tenido complejo de genio de lámpara maravillosa que concede deseos y sabía quién podía convencerlo. Su gurú particular.

26
CORRUPT

*“Son demasiados los que quieren cambiarnos y muy pocos los que quieren que seamos nosotros mismos”
Penelope Douglas*



A las ocho y media de la tarde entro en el Valhalla mucho más tranquilo. A pesar de mi fatídico despertar, ha sido un día la mar de productivo. Tengo un nuevo plan. Varios, en realidad.

Saludo a los tres reyes, que están en una mesa apartada, y voy directo a la barra para pedir algo de beber. Aitor ha llegado a las siete.

—¿Me pones una Coca Cola? Sin Moonbow, si no te importa...

—No vas a olvidarlo en la vida, ¿verdad?

—¿Tú qué crees?

—Que sepas que no lo siento ni un ápice. Tienes mucha mejor cara que ayer a estas horas.

—Pues tú no. Ayer a estas horas estabas mucho más guapo.

—Retira eso, cabrón.

—Y tú deja la polla quieta. ¿Lucas está en el despacho?

—Sí, pegado al teléfono por si llama alguien.

—Bien. Me voy a hablar con los tres reyes.

—Suerte...

De pronto, Enzo aparece y lo saludo con las cejas. Le he llamado esta mañana por teléfono para hablar del caso, porque las próximas 48 horas son cruciales. Y también le he pedido que deje de volver loco a mi primo.

—Tú ya tienes una vida hecha, Enzo... No quieras meterte en líos.

—¿Crees que yo quiero esto?! La culpa es de mi mujer... Está obsesionada con Aitor y cree que la solución es hartarse de él hasta que se le pase.

—Oye, ¿tu mujer no tendrá una terapeuta que se llama Yolanda?

—¿Qué? No... No tiene terapeuta.

—Ah, vale... Bueno, sea como sea, a Aitor parece que todo le da igual, pero no es así. Cuando llegó a Madrid, tras un semestre en Oxford, todavía no te había olvidado...

—Supongo que hablas de Hugo, mi hermano.

—No, no hablo de él...

La línea se ha quedado en silencio durante unos segundos.

—No tengo nada en contra de que la gente se divierta con el sexo, Enzo, pero jugar con los sentimientos es distinto...

—Lo entiendo. Descuida.

Pero la mirada que cruzan entre ellos no es la de alguien que tiene claro que no podrá volver a besar al otro.

Aitor me planta una CocaCola delante.

—Pruébala tú primero —lo reto. Y su forma de reírse me deja claro que está limpia de sustancias.

—Que os sea leve la tarde...

—A ti también.

Me acerco a la mesa de los padres y los tres me miran como si fuera Papa Noel y les trajera regalos.

—Hola... —saludo contrito.

—Gracias por venir —responde Mak emocionado.

—De nada.

—¿Qué tal terminaste anoche? —pregunta Luk con guasa—. ¿Te lo pasaste bien en la inauguración o qué?

Que apenas puedan ocultar sus sonrisas denota que saben que no era yo mismo.

—Solo voy a decir una cosa... —digo muy serio—. Podéis estar orgullosos, vuestros hijos son aún más hijos de puta que vosotros.

Los tres estallan en carcajadas y yo sonrío.

Pasamos un rato bastante distendido, metiéndonos con Luk y su local pijo, y Mak no deja de regalarme miradas llenas de satisfacción. Si él supiera lo que le hice anoche a su hijita no me miraría así...

—¿Cuál es el plan, Marco? —pregunta Kai—. Porque estoy seguro de que tienes un plan A, B y C.

—Sí. El C es liarme a tiros...

—¡Ese es mi hijo! —suelta Mak con orgullo. Lo miramos. Nos mira—. ¡¿Qué?! ¡Tengo derecho a llevarme algo de mérito, ¿no?! ¡Lo crié a mi imagen y semejanza!

—¡Dirás a la de todos! —se queja Luk—. Marco tiene mi cabeza fría y los cojones de Kai. ¡Tuyo solo tiene que es de gatillo fácil!

—¡Eso es lo más importante!

—¿Cuál es tu plan B? —Quiere saber Kai.

—¿Qué pasa? ¿No confías en el A?

—Tú mismo dijiste que no confías mucho en él.

—Lo sabremos en 24 horas...

—Explícanos el B, por si acaso.

—El B es la chica difícil... ¿Y qué haces con ese tipo de chicas?

—¿Pasar de ella? —Luk.

—¿Cabrearla? —sonríe Mak.

—¿Llorarle? —prueba Kai.

Los miro y niego con la cabeza, alucinado.

—¡Vuestros hijos están aquí de puro milagro! Lo que hay que hacer con esa chica es engatusarla. Y en nuestro caso, sobornarlos.

—Me gusta —me señala Kai—. ¿Cómo?

—Dándoles lo que quieren: el Moonbow. Les ofreceremos un cargamento de cinco mil moras

para cubrir las pérdidas que les hayamos podido ocasionar y también les daremos la fórmula exacta para que la comercialicen ellos mismos. Se acabó la persecución.

—¿Sin sangre? —pregunta Mak decepcionado.

—Me parece un buen plan —opina Kai.

—Lo es —opina Luk—, mientras sea el escenario para propiciar el plan C y matarlos a todos.

Kai y yo lo miramos serios. Luk no suele ser tan sanguinario. O no lo era antes de perder a un hijo, claro.

—No podéis fiaros de su buena fe —se justifica—. Porque años después, volverán a por más... Hemos matado a varios de los suyos.

—Y ellos han herido a Ani y matado a Christofer, estamos en paz —replica Kai sombrío.

—¿Desde cuándo eres tan pacífico? —increpa Mak.

—Desde que tengo a tres hijos en la línea de fuego —sentencia Kai.

—¡Precisamente, joder! —subraya Luk—. No podemos dejarles con vida...

—Pensadlo de esta forma —los interrumpo—. Si ahora terminamos bien con ellos, en un futuro no nos atacarán sin avisar. Primero intentarán mangonearnos, valdremos más vivos que muertos, y cuando lo hagan, iremos a por ellos.

—¿¡Pretendes que vayamos a por ellos en taca taca?! —dice Mak.

Todos nos partimos de risa.

—Si se columpian, yo no necesitaré un andador para darles caza —explico—. Pero de momento, me parece un buen parche.

—Lo es —Me felicita Kai—. ¿Cómo procedemos?

—Si en un par de días no se han puesto en contacto con nosotros, le haremos la oferta al capitán junto con su inmunidad. Seguro que la aceptan.

—Perfecto.

De pronto, Luz y Borja entran en el local y se acercan a nosotros.

Intento disimular la reacción de mi cuerpo al verla. ¡Maldito traidor! ¡Es como si la oliera...!

Lleva un vestido largo sin mangas, de franjas con distintos estampados, cada uno de una textura y un color diferentes. En conclusión: está aún más bonita que ayer. Más natural. Menos *destroyer*. Seguramente, así vestida, me hubiera cortado de ponerla contra la mesa de esa forma...

Me clava la mirada tan intensamente que me hace inspirar hondo, y de pronto, caigo en la cuenta de que ella ayer no estaba drogada. ¿Cuál es su excusa?

—¡Los hombres Morgan! —vocea Borja—. ¿Cómo estáis?

Me sonrío recordando que ayer le besé y me come la vergüenza.

—¿Podemos sentarnos? —le pregunta a Luk.

—¡Por supuesto! —contesta complaciente. Después de la semana de polvos que le ha proporcionado con la remodelación, ya es su fan.

Luz toma asiento a mi lado y rehuyo su mirada.

—Marco —me llama de pronto—. ¿Desde cuándo Aitor se lleva tan bien con Enzo y su mujer? Ayer los vi mucho rato hablando en la barra.

—Sí, yo también me fijé —musita Kai pensativo—. Le dije que no volviera a molestarles...

Había olvidado que en esta familia no se pueden tener secretos.

—Pues... No sé... Al parecer ahora son amigos.

—¿Cómo es posible? ¿No le engañó con su mujer? —pregunta Luk.

—Sí. Y no solo eso, ¡sino que se casó con ella! —apunta Mak cotilla.

—¿Aitor ha dormido en casa esta noche? —cuestiona Kai con sus superpoderes de deducción.

Trago saliva. ¡Los tres juntos son tan peligrosos que es un suicidio compartir una mesa con ellos y con Luz!

—No sé... —farfullo.

Todos me miran sospechando que miento.

—¡Vale! No ha dormido en casa.

—Lo sabía... —musita Luz pizpireta. Y la regaño con la mirada.

—¿No pensaréis que se fue con ellos, no? —dice Kai alucinado.

—Fijo —habla Mak.

—¡La culpa es tuya por contarle nuestras andanzas juveniles! —exclama Luk divertido—. El primer trío es inolvidable...

—¿Primer qué...? —Me rio en su cara—. ¡Aitor os da mil vueltas comparado con vosotros a su edad!, creedme... He vivido con él...

—¡¿Cómo...?! —clama Kai, alucinado. Y todos nos reímos de él.

La situación me parece tan surrealista que hasta me permito mirar a Luz y a Mak. Habría jurado que nunca jamás volvería a estar sentado a una mesa con los dos tan sonrientes.

—¡Aitor! —grita Mak de lejos. Este nos mira—. ¡Saluda a tus fans!

Lo hace, chistoso, y nos reímos todavía más. En ese momento, pasa un ángel y ninguno dice nada, pero no podemos dejar de sonreír.

Vuelvo a mirar a ese maldito querubín rubio y va siendo hora de admitir que todo esto es posible gracias a él.

—¿Quién quiere otra ronda? —pregunto levantándome animado.

Los tres reyes contestan afirmativamente.

—¿Vosotros qué queréis? —les pregunto a Luz y a Borja.

—Yo una cerveza —dice Borja.

—Yo te acompaño. Tú solo no podrás traerlo todo —opina Luz.

Mis nervios se ponen de pie, pero les digo que se sienten. Le he dicho esta mañana que no iba a huir otros siete años, y en algún momento tendremos que hablar. Mejor que sea en un lugar público y con testigos...

Caminamos cinco pasos hasta la barra, donde Aitor nos espera.

—¿A qué han venido esas risitas? —nos pregunta interesado.

—Estábamos hablando de lo bien que se te da ser camarero.

—Sí, seguro...

—Se pensaban que el de anoche era tu primer trío —informa Luz.

—¡¿Qué?! ¡¿Se lo has contado?! —

—¡¿Yo?! ¡Qué va! Lo han adivinado ellos solos. No sé ni cómo...

—¿Mi primer trío? Qué carrozas son. —Se descojona Aitor.

Luz y yo nos miramos divertidos. Y decido sincerarme:

—Yo también debo serlo, porque no he hecho ninguno.

—Yo tampoco —salta Luz.

—¡¡Anda ya!! —gritamos al unísono Aitor y yo.

—¡Es la verdad!

—No te lo crees ni tú, bonita —ríe Aitor.

—¡Va en serio!

—¡Luz, tú habrás hecho quintetos por lo menos! —me burlo.

—¡Os digo que no! —se sulfura ella. Y Aitor y yo nos miramos divertidos. No voy a caer en la trampa de pensar que apenas se ha acostado con nadie estos años, y cuando lo ha hecho, ha

sido un auténtico fiasco, como me ha pasado a mí. Yo soy rarito.

—A otro perro con ese hueso, primita supermodelo. ¿Qué os pongo, chicos?

Le cantamos las bebidas y se marcha a prepararlas. El momento ha llegado:

—Luz... Yo... Quería pedirte perdón.

—¿Por qué de todo? —dice vacilona—. Tienes para elegir.

Tuerzo la cabeza culpable.

—Por lo de ayer.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque estaba drogado y..., bueno...

—Me lo imaginé cuando besaste a Borja —Sonríe.

—No me lo recuerdes...

—¡Tranquilo, a él le encantó!

—Vale... —Sonrío vergonzoso.

—No tienes que pedirme perdón por nada. Yo curé mi trauma y tú el tuyo. Fue una buena forma de cerrar el círculo y borrar el recuerdo anterior, ¿no crees? Creo que era un paso indispensable para que hoy podamos estar así de bien.

—Creo que fui un poco brusco...

—No te preocupes. Me gusta duro.

La miro alucinado y ella aparta la mirada, ruborizada. Puedo sentir como un manto de calor se extiende por mi piel. «Hola, atracción».

¿Le gusta duro? ¿Soy yo o aquí empieza a hacer muchísimo calor?

Me separo el borde de la camiseta del cuello.

—¿Y hasta cuando... vais a seguir Borja y tú con la farsa de la boda?

—Hasta el Festival de Cannes por lo menos. Luego, ya veremos... No creo que a mis padres les importe mucho nuestra ruptura. Seguro que se sienten aliviados.

—Seguro. El matrimonio es algo serio...

—Guárdame el secreto, *por fa*. Cuanto menos gente lo sepa, mejor.

—Claro, tranquila. Entonces, ¿ya está? ¿Todo aclarado?

—Por mi parte, sí. ¿Y por la tuya?

—Sí... —Aunque siga pensando lo peor de mí mismo.

—Ese «sí» no ha sonado real. Te conozco un poco, ¿sabes? Dime la verdad... ¿Ya estás bien?

La miro preguntándome cómo puede creer que lo estoy después de lo que le dije ayer. Ella parece tenerlo todo bajo control. Ha madurado.

—Veo que has cambiado mucho en estos siete años...

—Ya no soy una cría... —Lanza el guante sugerente, exudando feminidad.

—Me doy cuenta... —Lo recojo sensual, ojeando su cuerpo.

Y también me doy cuenta de que Aitor ya tiene las bebidas preparadas y está haciendo tiempo para no interrumpirnos. Es ahora o nunca.

—Si te digo la verdad, yo no he superado mi trauma. Sigo pensando que está mal desearte tanto. Mi terapeuta me dijo que dejaría de demonizarme si me acostaba contigo, pero no ha sido así. Y según ella, deberíamos volver a hacerlo...

Suelta una carcajada como si hubiera dicho algo graciosísimo y se agarra de mi brazo para no caerse de bruces al suelo.

Todos nos miran y sonrío con cara de «¡Se monda con mis chistes!».

—¿De verdad te lo ha dicho o te lo acabas de inventar?!

—Te lo juro. Dice que si lo hice drogado no funciona...

Se vuelve a partir de risa y espero a que se le pase.

—Madre mía... ¿y te cobra por ese tipo de consejos?

—Un pastón, además.

—¡Qué bueno...! —dice limpiándose la lagrimilla del ojo.

—¿Estarías dispuesta a hacerlo? —pregunto enigmático.

Me mira sin saber si hablo en serio o en broma. Y la duda le impide explotar de risa de nuevo.

—¿Hablas en serio?

—Sería por prescripción médica... Mi salud mental está en juego.

Se tapa la boca con la diversión asomando por sus ojos.

—Lo siento... —intenta corregirse—. Es un tema serio. —Pero es incapaz de ocultar su risa.

La miro intensamente para que conteste y notar su reticencia es completamente nuevo para mí.

—Lo siento, pero... se me haría raro volver a acostarme contigo.

—Has dicho que te gustó.

—¡Sí, pero sabiendo que ese es el motivo, no podría!

Y de pronto me vuelvo loco. Loco de verla en ese punto vulnerable de las mujeres, cuando dicen no con la boca y sí con los ojos. Esa sonrisa de «estás loco, pero no pares». Ese caldo de cultivo en el que la adrenalina te indica que podría pasar cualquier cosa. El juego. La apuesta...

Me acerco más a ella y susurro en su oreja:

—Entonces nunca me curaré, «Luz de mi vida, fuego de mis entrañas».

Se le borra la sonrisa y se queda embobada mirándome los labios.

Y de repente, alguien carraspea.

Es Aitor con las bebidas y los ojos muy abiertos.

«¡¿Qué coño haces?!», parece decirme.

—Gracias... —Las coge Luz. Y se va.

Aitor niega con la mirada. ¿Cómo nos hemos intercambiado los papeles?

Seguimos bebiendo un rato con los mayores hasta que dicen que tienen que irse.

Borja y Luz deciden quedarse un rato más. Yo no tengo prisa porque quiero hablar con Lucas cuando cierre, y Borja y Luz me están contando anécdotas graciosas de sus redes sociales.

Diez minutos después, Borja declara que le duele la cabeza y se va.

—¡Pero vosotros quedaos! —dice tunante—. La noche es joven...

—No, me voy contigo. Alguien tiene que cuidarte...

—Insisto en que te quedes —la presiona Borja—. Creo que Marco y tú tenéis mucho de que hablar...

—¡No creas...!

Su comportamiento histérico y huidizo llama mi atención. Está nerviosa... ¿Qué oculta?

—Termínate la bebida tranquilamente y te vas —propongo amable.

Ella me mira aterrada, supongo que por el estigma de que tengo problemas mentales, pero todos los tenemos. Más o menos graves.

—Está bien... Subiré en quince minutos.

Ambos se hospedan en un hotel de esta misma calle, no quisieron incomodar a Mei y a Mak alojándose en su casa.

—Me he quedado, pero no creas que voy a acostarme contigo... —dice de sopetón. Y su sinceridad me hace sonreír. Esa es mi chica...

—No entiendo por qué no —la vacilo, divertido—. Soy el único hombre que sabe que en realidad no estás comprometida. Te esperan semanas de soledad hasta que rompáis. Podrías aprovecharte de mí...

—¿Eres tú el que quiere aprovecharse de mí para curar un ridículo trauma!

—No es ridículo.

—Para mí, sí. ¡Nunca hemos sido hermanos y lo sabes!

—Para nuestros padres lo éramos.

—Me da igual —se cruza de brazos—. No quiero volver a ese tema. Quiero estar siempre como esta tarde... Nada más.

—Así será. No te enfades. La culpa es de mi terapeuta, que está loca.

—¡Sí que me enfado, Marco! ¡Estás agravando mi trauma!

—¿Por qué?!

—Dios..., ¡eres imbécil! —exclama sulfurada. Y de pronto, tengo mucha curiosidad por entenderla.

—Dime por qué, por favor... ¿Cuál es tu trama?

—¡Siempre he sentido que no me querías tanto como yo a ti! Que me rechazaras ha sido mi espinita clavada durante muchísimos años. Ayer por fin siento que me deseas, que has sufrido por mí, que, de algún modo, he sido importante para ti. ¡¿Y ahora me dices que volvamos a follar por prescripción médica, arrebatándome el hecho de que sea porque te mueres por mí, para dejar de sentirte un cerdo indecoroso?! Lo siento, pero no.

»¡Me he acostado con muy pocos tíos durante estos años! Y con los que lo he hecho han tenido que besar el suelo por donde piso. Tenías razón, ¿sabes? No me mereces. ¡Nunca me has merecido! Nunca me has perseguido ni me has cortejado, ¡porque no te ha hecho falta! Pero eso se acabó, Marco. ¡Si quieres peces, mójate el culo, chaval!

Sus palabras me dejan tan petrificado que no puedo seguirla cuando se levanta y se va. ¡¿Qué cojones...?!

¡Soy un imbécil de tomo y lomo! ¿Que yo no la quería tanto como ella a mí? ¡Es al revés! Mi forma de quererla estaba mal de tantas maneras distintas que no podía soportarlo... y al final, parece que nunca la quise como ella merecía.

Sé que nunca podré volver atrás y curar su corazón, pero al menos puedo esforzarme en restaurar su amor propio y demostrarle que siempre he pensado que es la mujer más maravillosa de la tierra.

LA CELESTINA

“Gran parte de la salud es desearla”
Fernando de Rojas



No dejo de mirar hacia la puerta de mi habitación con avidez, debe de estar a punto de llegar...

Cada mañana, puntual, Ray aparece para llevarme a alguna parte.

Es un celador joven con greñas rubias y tatuajes por todas partes.

—¡Hola! —me saludó el primer día, animado—. Uy, ¿qué te ha pasado? ¿Te has caído de un sexto piso?

Lo miré enfadada con la vida. Los primeros días fueron espantosos.

—Me han atropellado (¡imbécil!) —Podía haber añadido.

—Pues cómo habrá terminado el coche... Venga, te vienes de paseo conmigo, vamos a hacerte un TAC.

—¿Otro más?

—Sí. Tienen que controlar que no tengas una hemorragia interna. Agárrate fuerte que nos vamos. ¡IIHHH! —Hizo un sonido de derrape y salió de la habitación demasiado rápido para alguien que tenía tantos huesos rotos como yo—. Acelera en la pista, el estadio se pone de pie... ¡Cuidado! ¡Una silla de ruedas a las once en punto! No sabremos si podrá esquivarla o se producirá el impacto...

—¡Otro impacto no! ¡Paraaa!

—Ray... —lo frenó una enfermera mayor—. Hoy hay mucha gente.

—Yo no soy, Addison, es la cama. A esta chica le gusta la velocidad.

—Te aseguro que no —le llevé la contraria enfurruñada.

—Cuanto más rápido vayas, antes dejarás atrás esos humos... —murmuró empujando la camilla más despacio.

—¿Qué humos? ¿Los de que casi me muero y no me apetece chocar contra nada más?

—Esos mismos. Pero tranquila, todavía es pronto... Sigues en la fase de cabreo.

—¿Cómo quieres que esté? ¿Dando saltos de alegría por haberme quedado en este deplorable estado? ¡Soy un desecho!

—Pronto estarás agradecida... Siempre pasa.

—¡¿Cómo voy a estar agradecida?! ¡Lo que me ha pasado es una putada! ¡Como tú estás sano, no lo entiendes!

—La que no lo entiende eres tú. Típico de las guapas...

—¡Addison! ¡Quiero a otro celador!

—No te oye. Una pena...

—¿Tratas así a todos los pacientes o me ha tocado un premio?

—La gente que está grave no tiene tiempo para estar enfadada, así que mejor, agárrate...

Abrí los ojos asustada cuando aceleró la velocidad.

—¡Paraaa!

Cuando lo vi sonreír travieso, el pensamiento de que era guapo cruzó por mi mente. Tenía unos brazos fuertes y bronceados llenos de tatuajes hippies. Su pelo dorado y revuelto me recordaba un poco a mi padre recién levantado.

—¡Echa el freno, McQueen! —le dijo el hombre de la sala del TAC.

—Puntualidad, Josh, que no se diga... Vengo a por ti en un rato, cariño. —Me guiñó un ojo.

—Que venga alguien al que no le haya tocado el carné de conducir en una tómbola, por favor...

Soltó una risita y se fue con su pijama verde de celador que se adaptaba a sus anchos hombros con una osadía imperdonable.

—Acabarás adorándole... —me aseguró el tal Josh.

—Lo dudo. ¿Cómo puede ir así por el hospital? Voy a quejarme.

—No servirá de nada. Ray es un alma libre. Vive en su caravana con su perro, va en bici a todas partes y le cae bien a todo el mundo.

—Pues a mí no.

—Dale tiempo. Te conquistará como a todos los demás.

Y ahí estaba yo, dispuesta a que no me conquistara costase lo que costase. Brazo sobre brazo, esperando a que me recogiera del maldito TAC.

Me tuvo esperando diez largos minutos hasta que llegó corriendo.

—Lo siento, me han entretenido. Le daban el alta a una señora y me había traído un regalo.

—No será por lo bien que haces tu trabajo...

—Nah. Es porque soy majo. Y guapísimo.

—Sí, seguro...

—¿No te parezco guapo?

—Pues no. La gente que me cae mal no me parece guapa.

—Por esa regla de tres, tú deberías parecerme un orco... —Se hizo un silencio en el que asimilé el cumplido—. Eso sí, no tienes pinta de ser muy simpática.

—¡Y tú tienes pinta de ser un peñazo!

—Nadie es perfecto. Agárrate...

—¡Ni se te ocurraaa!

Cada día me acompañaba a una prueba distinta y, tras varias frases desagradables, me hacía un rally por el hospital. Por mucho que me quejara, nadie me hacía caso. Ya me había rendido con él. Además, delante de mis padres, se mostraba encantador.

—Ya veo de dónde ha sacado la pequeña Morgan su belleza... Son como dos gotas de agua. ¿La tuvo a los diez años?

Mi madre se echó a reír y aparecieron dos corazones en sus ojos.

—Buenos días, señor Morgan, le traigo el periódico deportivo. Lo he mangado de la sala de médicos.

—¡Gracias, chaval!

—Enseguida le devuelvo a su pequeña, tiene al menos quince minutos para tomarse un café.

—Gracias... Ray —contestó mi padre leyendo su tarjeta.

—Para servirle, señor.

—¿Para servirle? No es un dios... —murmuré cuando salimos.

—Para mí, sí. Tiene una mujer increíble, me gusta su estilo y mataría por su moto. Lo de tener una hija borde es un mal menor...

—A mi padre no le gustan los pelotas.

—Entonces a ti debe de adorarte...

—Sí, soy su favorita —sonreí.

A Luz, que solía visitarme por las mañanas temprano para sustituir a quien había pasado la noche conmigo, también la tenía comiendo de su mano.

—¿Qué os dan de comer en vuestra familia? —formuló al verla con una sonrisa seductora—. Sois todos demasiado guapos...

—Mi prima es modelo profesional —presumí—. Tiene un millón de seguidores en Instagram y pronto será actriz.

—¡Caramba! ¿Cómo te llamas? Te buscaré.

—Mi cuenta es LuMor. Yo soy Luz —Le ofreció la mano.

—Un placer. Veo que las malas pulgas no son genéticas... —musitó mirándome de reojo.

—¿Ves como es imbécil?

Luz se echó a reír con ganas y Ray sonrió.

—Hasta luego, preciosas...

Al día siguiente, mi prima apareció con una sonrisa tunante.

—¿A que no sabes quién me siguió en Instagram anoche?

—¿Justin Timberlake? ¿Harry Styles? ¡¿Chris Wood?!

—Rayo Mcqueen...

—¿Quién?

—¡El celador cañón! Y no veas qué fotos... ¿Cómo puedes decir que no es guapo?

—Porque le odio —contesté automáticamente, pero la vista se me fue a la pantalla que me mostraba una foto en la que Ray aparecía en primer plano, mirando a cámara, con su perro detrás de él, como si le estuviera abrazando. Tenía un montón de fotos con el peludo. Y también en la playa, sin camiseta y mojado, taladrándote con sus increíbles ojos verdes. Uf...

—Está muy bueno —sentenció Luz. Y no pude rebatírselo. Ya no.

—¡Su perrita se llama Duquesa! Qué monada... Pone que son #bestfriends y no parece que tenga novia.

—No me sorprende... —dije mordaz—. Con lo idiota que es.

Luz me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha hecho para que le odies tanto?

Me encogí de hombros, molesta, porque la respuesta era «nada».

—No es por él... es que me recuerda que ya no puedo ligar con nadie estando así. Ya no soy una opción por muy guapa que le parezca.

—¿Y qué me dices de esa gente que se enamora de objetos? El mes pasado leí que una chica acababa de divorciarse de una grúa y se había casado con un patinete.

El dolor me atravesó cuando solté una carcajada.

—¡Cabronaaaa! ¡Dios....! ¡Te odio, joder!

—Hablo en serio... Si un ruso se casó con una pizza, a ti puede quererte alguien.

—¡Vete, zorraaa! —grité ahogándome de risa y de dolor a la vez.

En ese momento, Ray entró en la habitación, sonriendo.

—¿Necesitas ayuda, pequeña Morgan?

—Quizá sí... —respondió Luz—. ¿Tienes algún orinal mono por ahí con el que pueda ponerse romántica?

Una nueva ola de risa me revolcó dejándome sin respiración. Me estaba poniendo roja y me dolía horrores. Lo peor que pueden hacerte recién operado es hacerte reír.

Ray percibió mi angustia y se acercó a mí.

—Tranquila... Respira... —dijo preocupado—. Piensa en lo poco que te gusta que te lleve por ahí a toda velocidad.

Pero lo cierto es que cada día esperaba que viniera para discutir con él y entretenerme un rato.

Poco a poco, recuperé la respiración, pero me quedé de nuevo sin ella cuando me acarició el pelo con ternura.

—¿Estás mejor?

Asentí. Y caí directamente en sus redes. ¡¿Cómo era posible?!

Le eché la culpa a las fotos con su perrita que revelaban un lado tierno de él que a mí me faltaba. ¿Y no es eso lo que buscamos en una pareja, nuestras propias carencias? Ya no me salía meterme con él.

Al día siguiente, Ray coincidió con Kali.

Estaba apoyado en mi cama, cogiéndome de la mano, y su vista se quedó clavada en el gesto.

—Tengo que llevármela un minuto, será rápido...

—Vale, te espero aquí.

De camino guardamos silencio hasta que dijo:

—¿Es tu novio?

—No lo tengo claro...

Subió las cejas, sorprendido.

—Seamos lo que seamos, creo que voy a romper con él.

—¿Por qué?

—Porque lo nuestro ya no tiene sentido... No en este estado.

Me miró como si no lo entendiera.

—Yo creo que en este estado es cuando más sentido tiene...

No dijimos nada más, pero esa simple frase me hizo darme cuenta de lo que Kali era para mí. Un amigo.

Al volver a la habitación, Ray desapareció sin su clásica pullita de despedida y Kali se mostró muy interesado por mí. Parecía nervioso y confuso, como si tampoco supiera cómo sentirse conmigo. Me miró los labios y reculó.

—¿Quieres besarme? —le pregunté directa. Observé detenidamente su reacción y leí un «No» en su mirada, sin embargo dijo:

—¿Tú quieres que te bese?

—Creo que no... —Me encogí de hombros—. Es que no se cumplen las condiciones necesarias para ello. Estoy acostumbrada a besarte en un ambiente festivo, con alcohol en mi cuerpo y pudiendo disfrutar del calentón que me provoca, pero estando aquí, no le veo mucho sentido. ¿Y tú?

—Siento lo mismo. Pero no quería que sintieras que no quiero hacerlo porque estás... medio destrozada.

—¡Gracias, hombre! —Me reí por no llorar.

—Vas a recuperarte —dijo convencido—. Y cuando lo hagas, si quieres darte el lote conmigo en medio de una fiesta, lo haré encantado, pero aquí y ahora, se me hace raro...

—Tengo una teoría sobre nosotros, ¿quieres oírla?
—Claro —dijo acariciándome la mano.
—Creo que somos amigos.
—Bueno... Yo no me tiro a mis amigas.
—¿Acaso tienes alguna? Dime un ejemplo.
—Pues... Megan, Freya, Amber...
—¿Son tus amigas o simples conocidas? ¿Sueles preocuparte por sus vidas?
—No mucho...
—Yo tampoco tengo más amigos chicos de los que preocuparme. Solo tú.
—Se supone que no deseas tirarte a tus amigos, ¿no?
—Bueno, ahora mismo no queremos, ¿verdad? Igual es que la noche nos confunde...
—Según mi padre, no queremos crear un vínculo profundo con nadie que nos haga sentir que no controlamos la situación —dijo Kali burlón.
—Puede que tenga razón —admití—. Porque tú para mí eres casa.
Me acarició la mano, conmovido.
—Y tú para mí. Me asusté mucho cuando te atropellaron... —confesó—. Eres lo único que me queda, Cora. Lo único que me hace sentir bien.
—No te preocupes. Sigo aquí. Y te va a sonar raro, pero... esto me ha abierto los ojos. Llevo tantos días sin hacer mis ejercicios, ni mis rituales de belleza, sin pensar en la ropa que voy a ponerme mañana, que es como si fuera otra persona. Y me gusta esa persona. Soy lista, Kali, soy más lista de lo que pensaba.
—Menuda suerte... Yo cada día soy más tonto, no sé cómo lo hago. ¡Acaba de romper conmigo una tía que no puede andar!
—¡Serás bobo! —Le aticé con cariño.
—Hasta que me pegues me gusta de ti —dijo besándome la mano. Y en ese momento me di cuenta de lo necesitado de cariño que estaba en realidad. Iba por ahí, chuleando de vida perfecta, cuando en el fondo, se sentía tan vacío que deseaba llenar ese hueco con cualquier cosa, buena o mala. Con tal de tener un poco de atención.
—No has mencionado a Lía... —dije de pronto.
—¿Qué?
—No la has contado cuando has enumerado a las chicas de tu vida, pero ella conoce tus secretos... ¿Por qué no la has mencionado?
—Porque a ella no la considero una amiga —dijo con seguridad.
—Sin embargo, interaccionas con ella más que con ninguna de las que has mencionado.
—Eso es porque es una enemiga. Una importante...
—¿Como mis hermanos y mi primo?
—Algo sí. Pero en chica...
—Estos días me he dado cuenta de que mi hermana es más buena gente de lo que creía... Pensaba que solo era una renegada con mala leche, pero he visto lo mucho que se preocupa por los demás. Es estupenda... ¿Te puedes creer que ha ido a la inauguración con una Go Pro en la cabeza solo para que yo lo vea todo? —dije feliz. Y se la mostré en directo.
—Madre mía, cuánta gente...
—Sí, me dan una envidia que no veas.
—¡Dios mio...! ¡Qué belleza! —Se escuchó decir a un tío con un deje muy esnob—. ¡Déjame decirte que eres espectacular!
La cámara giró bruscamente hacia atrás, como si estuviera buscando a alguien tras ella.

—¿Es a mí?

—¡Sí, a ti! ¿Nunca te han dicho que eres muy exuberante?

—Eh... Creo que no...

—Pues exudas una belleza atronadora. ¡Es muy exagerado! ¿Puedo tomarte una fotografía? Si no te gusta, la borro. Es mi trabajo. Tengo una cuenta de fotografía con trescientos mil seguidores... ¿Puedo?

—Vale... —contestó ella cohibida.

—Quítate la cámara de la cabeza un momento, por favor.

—Está bien.

La imagen se desenfocó mientras escuchábamos decir: «¡Oh, sí! ¡Fantástica! ¡Dios...! ¡Más!».

—Cualquiera diría que se la está tirando... —comenté con Kali.

Pero no se rio. Su cara estaba seria.

—¡Ha sido impresionante! —escuchamos que decía él—. No sabes lo preciosa que eres, en serio, y la gente debería saberlo... ¿Puedo colgar esta en mi cuenta?

—De acuerdo... —contestó Lía flipada.

—¡Genial, gracias!

Mi hermana volvió a colocarse la cámara y dio una vuelta por el *pub*.

Kali y yo nos pusimos a hablar de otras cosas. De mi tratamiento, del tiempo que iba a estar allí y de que iba a perder el último semestre.

Veinte minutos después, volvimos a escuchar la misma voz chillona.

—¡Mira, esto, preciosa...! ¡Ya lleva veinticinco mil me gustas y sigue subiendo! ¡A la gente le encantas! ¡Has sido todo un descubrimiento!

—¡Qué pasada! —celebró Lía.

—Me encantaría hacerte más fotos alguna vez con diferentes conjuntos... Montar un *shooting*, vaya. ¿Te interesaría?

—No sé...

—Te lo juro. ¡Hoy brillas con luz propia y tienes que aprovecharlo! Me tienes eclipsado. A mí y a otras veinticin... ¡veintiséis mil personas ya!

La mira aluciflipado.

—Oye... tengo una habitación en un hotel cercano. Podría hacerte más fotos allí, he traído lo necesario en mi maleta... ¿Te gustaría?

Kali y yo nos miramos alarmados. Esa frase había sonado muy mal.

—No sé... —contestó Lía renqueante.

—Perdona. No suelo hacer esto, pero es que eres demasiado especial... Por favor, ven conmigo.

Apreté el brazo de Kali.

—No puedo irme todavía —repuso Lía—. Le prometí a mi hermana que le grabaría la fiesta.

—¡Pero si la fiesta eres tú! ¡Eres tú la que tiene que estar delante de una cámara! ¡Eres la chica más fabulosa que he visto en mi vida!

Kali se puso de pie, nervioso.

—Esto pinta mal, Cora.

—¿Verdad?

—Sí. ¿Desde cuándo Lía es la chica más fabulosa de la fiesta? Ese tío busca algo... Y con esa labia la convencerá para hacerse fotos desnuda o algo peor.

—¿Como qué?

—¿Sabes la de visualizaciones que tienen los vídeos titulados «Me follo a una gorda guarra

que conocí en un bar»?

—¡Tienes que impedirlo! —chillé con impotencia—. ¡Ve allí y búscala! ¡No dejes que se vaya con él, Kali!

—¿Y si no me hace caso?!

—¡Dile que yo te lo he pedido! ¡O díselo a Lucas o a Marco! ¡Por favor, ve rápido!

—Voy...

Salió disparado y en quince minutos, lo vi aparecer ante la Go Pro de Lía.

—¡Lía...! —resopló al encontrarla.

—¿Qué pasa? ¡¿Cora está bien?!

—¡Sí, sí! Estaba en el hospital con ella cuando hemos visto cómo ese fotógrafo asqueroso te decía que te fueras a su habitación con él... He venido a impedírtelo.

—¿Por qué?

La cara de Kali fue un poema.

—¿En serio no te has dado cuenta de que quiere aprovecharse de ti?

—¿Has visto lo guapo que es? ¡Más bien, yo me aprovecharé de él!

—Lía, esto pinta mal —se acercó a ella—. Ese tío podría hacerte cualquier cosa...

—¡Eso es lo que quiero! —se separó de él—. No soy ninguna cría, ¡tengo veintiún años! ¡Y si un tío que me gusta quiere acostarse conmigo, pues bienvenido sea!

—¿Y si te convence para fotografiarte desnuda? ¿Y si te graba? Podría manipularte para...

—¿Por quién me tomas?! —gritó enfadada.

—¡Por una chica completamente desesperada!

Vi en directo cómo le cruzaba la cara y me tapé la boca con la mano.

—¿No puedes dejar de liarla ni un solo día, tío? —Escuché una voz.

La cámara enfocó a Marco con una actitud amenazante dispuesto a proteger a Lía.

—¡Explícale lo que ocurre! —grité sola en mi habitación. Pero Kali apartó la cara, molesto.

—¿No puedes dejar en paz a mi puta familia? —masculló Marco.

Había algo peligroso en su tono de voz, se notaba que iba colocado.

—Tranquilo... —musitó mi amigo.

De pronto, Marco sacó una pistola de la nada y se la pegó a la cara.

—¿Ves esto? Aquí dentro hay una bala que lleva tu nombre. Y como no dejes de molestarnos...

Lucas colocó una mano sobre el arma y la apartó con decisión.

—¿Qué coño te pasa? —lo oí susurrar—. ¿Te has vuelto loco?

Los ojos de Kali estaban imbuidos de miedo.

Vi movimiento y entendí que Lía había salido del local a paso rápido.

Escuché un gemido bajo, como un lloriqueo, y vi que se quitaba la cámara, pero no la apagó.

—Lía... —escuché de lejos. Y juraría que era la voz de Kali, pero la cámara enfocaba al suelo de la calle.

—¡Déjame en paz!

—No puedo... Cora me ha pedido que te detenga.

—Claro, cómo no... Tranquilo, no osaría pensar que te preocupas por mí. Pero por ella irías hasta la luna, aunque te trate como el culo...

«¡Yo no lo trato mal!», clamé.

—He venido porque te debía una...

«¿De qué le debes una?!».

Lía se rio sin ganas.

—Sí, esto es lo mismo. Me has salvado de tener una noche de pasión, ¡qué horror!

—Ese tío nos ha dado muy mala espina, en serio...

—Entiendo... —dijo con agonía—. Es imposible que alguien esté interesado en mí si no es para descuartizarme o abusar de mí, ¿no? Un chico como ese no puede verme preciosa una noche y querer estar conmigo... Eso es imposible...

—No es eso... Estás realmente guapa esta noche, pero ese tío...

Hubo un impasse en el que imaginé que se estaban mirando a los ojos flipando por lo que acababa de decir.

—¿Crees que estoy guapa?

Hubo otro silencio largo en el que nadie dijo nada. Y de pronto, escuché la voz chillona del fotógrafo psicópata. Que en realidad no lo era, porque recordé que Borja lo había invitado personalmente.

—Eh, ¡estás ahí, preciosa! ¿Nos vamos ya?

—Aléjate de ella —escuché la voz grave de Kali—. No va a ir a ninguna parte contigo.

—Solo vamos a hacer unas fotos...

—Si eso es cierto, no te importará que vaya con vosotros, ¿no?

—Ni hablar —se plantó Lía.

—Pues olvídale. No vas a ir sola. No me importa liarla...

—Que venga, si quiere —ofreció el fotógrafo—. Puede mirar.

De pronto, la cámara dejó de emitir.

—¡Nooo! —grité desolada.

Al día siguiente, o sea, ayer, Lía y Kali estuvieron más raros que en toda su vida. Me contestaron con monosílabos a los mensajes que les mandé y alegaron que no podían venir a visitarme cuando se lo rogué. ¿Qué leches pasaría en esa habitación de hotel?

De pronto, la puerta se abre y aparece Ray, con el pelo corto.

La boca se me abre sola porque está rompedor.

—Buenos días, pequeña Morgan... ¿Cómo estás hoy?

«¡SOLTERA!», quiero gritarle, pero me callo a tiempo.

Flipante... ¡Mi vida nunca había sido tan emocionante como ahora!

JAQUE MATE AL AMOR

“Quiero estar contigo. Tanto como pueda. Todo lo que tú me dejes”
Ali Hazelwood



Entro en el hospital recordando mi discusión de anoche con Marco.

Después de desahogarme con Borja, explicándole que quería repetir «sin drogas de por medio» para quitarle la debida importancia y olvidar su obsesión por mí, me eché a llorar.

—No va a poder olvidarte porque esa obsesión se llama amor... Dale un poco de tiempo, verás cómo reacciona.

—Ya es tarde. No quiero saber nada más de él.

Y lo decía en serio. Debía concentrarme en mi vida como había hecho hasta ahora.

Intenté meterme en la cama y dormir. Al día siguiente iban a venir a hacerme unas fotos para un catálogo de bañadores y necesitaba estar bien, pero antes quiero pasarme por el hospital a ver a Cora. Si me pasara lo mismo que a ella, estaría muy deprimida.

Pero cuando entro en su habitación, me llevo la sorpresa del siglo. La encuentro con una sonrisa radiante en la boca porque... ¡Marco está aquí! Parecen muy entretenidos viendo algo en su portátil.

Al notar mi presencia, Cora lo cierra de golpe.

—¡Hola!

—Hola...

Marco me clava la mirada esperando a que pose mis ojos sobre él más de dos segundos seguidos. Lo lleva claro...

—¿Cómo has pasado la noche? —pregunto interesada.

—Bien... ¡Muy bien!

—No sabía que estabas acompañada. Si quieres me voy a dar una vuelta hasta que terminéis...

—¡No! ¡Ayúdanos, Luz! Estamos intentando resolver un misterio muy importante.

—¿Qué misterio?

—El motivo por el que Lía y Kali estaban discutiendo cuando Marco lo amenazó con su pistola. ¿Sabes quién es MikSol?

—Sí, Mikel Solki —expongo con asco—. Ese fotógrafo famosillo...

—Pues estaba en la inauguración.

—Lo sé. Borja quiso traerlo porque sus *reels* alcanzan decenas de miles de visitas, pero me

cae fatal.

—¿Por qué?

—Es un asqueroso. Tiene buen ojo con el objetivo, pero se pasa mucho.

—Y tanto. Sobre todo cuando ve algo que le gusta...

—¿Qué pasa con él?

—¿Adivina con quién se quedó fascinado? ¡Con Lía!

—No me sorprende. Estaba espectacular con un jersey blanco abierto y largo. Lo llevaba cerrado sobre sí mismo, mostrando un bonito escote con sus hombros al descubierto. Además llevaba el pelo precioso.

—Sí, yo también me fijé —añade Marco.

—Pues vimos que ese tío le empezaba a decir que quería echarle fotos a solas en su habitación de hotel y nos dio mala espina. Así que le dije a Kali que fuera a impedírselo.

—Por eso discutían —esclarece Marco.

—Sí, pero después, salieron a la calle y Mikel insistió en que se fuera con él, pero Kali no la dejó. Dijo que si quería ir, iría él también, y Mikel cedió.

—¿Y...?

—¡Y no sé más! ¡Quiero averiguar qué ocurrió!

—¿Has llamado a Lía? —inquiero.

—Sí, pero no me coge el teléfono y Kali tampoco. ¡Tenéis que ayudarme! ¡Yo estoy aquí retenida y voy a volverme loca!

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Marco.

—Lo primero, comprobad que Mikel esté vivo, porque Kali es capaz de habérselo cargado...

Marco y yo nos sonreímos, divertidos. ¡¿Por qué coño le sonrío?! ¡Quiere follarme para desenamorarse de mí! Aparto la mirada.

—Creo que estás demasiado aburrida, Cora... —murmura él.

—¡No! ¡Es que el tío no ha colgado nada desde entonces! Ni siquiera las fotos que supuestamente iba a hacerle a Lía... Ayudadme o me moriré de intriga. ¿Visteis a mi hermana ayer? ¿Qué está haciendo? Solo me contesta con monosílabos...

—Yo no la vi.

—Yo vi a Kali —informa Marco.

—¿Y cómo estaba?

—En su línea... Fui a pedirle perdón y no se regodeó mucho en mi culpabilidad. Es más, me dijo que no pasaba nada.

—Tenéis una misión, chicos... ¿qué pasó en ese hotel?

—Veré qué averiguo.

—Gracias, Marco. Y tú, Luz, pregúntale a Lía...

—Yo estoy muy liada hoy. Tengo un *shooting* a mediodía en la playa. Ni siquiera voy a comer.

—¡Pues la buscas por la tarde!

—A ver cómo termino de cansada. Aunque suene raro, que te echen fotos agota.

—¡Y yo quiero saber si se las echaron a Lía!

—Esos hicieron de todo menos fotos, te lo digo yo... —dice Marco con picardía.

—¡Me muero, eh! —exclama Cora alucinada. Volvemos a reírnos.

Marco abraza a mi prima para despedirse de ella y cuando pasa por mi lado, me da un beso en la mejilla que me deja fuera de juego.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? —susurra enigmático.

Los latidos de mi corazón se disparan sin control ante su propuesta y lo miro con los ojos muy abiertos. ¿A qué viene esto?

—¿Cómo...?

—En el Sumon, un restaurante de sushi que me han recomendado. ¿Te apetece?

Suena tan seguro de que no recibirá una negativa que por mucho que lo intente no me sale decirle que no. ¡Maldita sea!

—¿Qué me dices? —insiste serio—. Los dos solos...

«¡¿POR QUÉ?! ¡¿PARA QUÉ?!», gritan mis ojos. Y él parece oírlos.

—Quiero que me cuentes todo lo que has hecho estos siete años... Me he perdido mucho.

Los nervios se apoderan de mí al imaginarme confesándome con él tipo «Perdóneme, padre, porque he pecado... ¡he pensado demasiadas veces en ti al masturbarme!».

—Piénsatelo y luego me escribes... —Se despide ante mi silencio.

Se va de la habitación como si esto fuera el salvaje oeste y Cora me mira entusiasmada con los ojos como platos. Yo levanto un dedo.

—No digas ni una sola palabra...

—¡PERO...!

—Por favor —Cierro los ojos.

—¡LO SIENTO!! ¡No tengo vida y necesito saber cosas...!

Paseo por la habitación pensativa. ¿Se ha vuelto loco?

—¿Qué quieres saber?

—Primero de todo, ¿desde cuándo Marco te da besos en la mejilla?!

—¡No lo sé...! ¡Desde ahora mismo!

—¡Y UN HUEVO! ¿Qué ha cambiado? ¡Ya estás rajando, Luz! Hasta ayer casi ni te miraba, ¿cuándo habéis roto la barrera del contacto físico?

No quería, pero un par de pucheros y un discurso dramático después, me convence para que se lo suelte todo de principio a fin.

—¡Por el amor de Dios! —berrea alucinada, y me cojo el puente de la nariz.

—No es para tanto...

—¡¿QUE NO ES PARA TANTO?! ¡Os habéis acostado otra vez! ¡Y no estás prometida!

—No se lo digas a nadie...

—Tranquila, soy una tumba, pero quiero todos los detalles. ¡Dios! ¡Este accidente es lo mejor que me ha pasado en la vida!

Será posible... ¡y al llegar me daba pena!

Son las tres. El sol cae a plomo y tengo hambre.

—¿Está lista Luz? —pregunta el director del set.

—Un minuto —contesta la peluquera echándome más laca.

Es mi sexto cambio de modelaje y ya estoy cansada.

—Traigo un paquete para Luz Morgan —vocea un repartidor.

—¡Soy yo...!

Me da una bolsa de plástico y me pide que firme en su pantalla. Sea lo que sea, huele muy bien y la abro descubriendo una caja cuadrada que contiene comida. Viene con una nota.

«Si quieres más, ven esta noche a las 21h al Sumon,
te estaré esperando. Marco».

No puedo evitar abrirla y, al ver unos rollitos de verdura con aguacate, me meto uno en la boca

y suelto un gemido de placer parecido al que me provocó el remitente en el despacho del Valhalla.

Dicen que a algunas personas se las conquista por el estómago, y debe de haber algo de cierto, porque que alguien te alimente genera un sentimiento primitivo innegable. Al menos, conmigo, funciona, porque no dejo de pensar en él en todo el maldito día. ¡Qué desgracia! ¿Por qué lo hace? ¡¿Qué quiere de mí?!

«Curarse». Eso quiere. «Curarse de mí», pienso con tristeza. Y si cedo, hay dos posibles finales: el primero, que como Borja dice se dé cuenta de que es amor; o dos, que consiga camelarme para que baje mis defensas (y mis bragas), y se dé cuenta de que me ha idealizado y pueda seguir con su vida sin sentirse culpable.

Es una apuesta arriesgada se mire por dónde se mire, porque ¿qué hay de mí? ¿Tengo claro que quiero estar con un gilipollas que no tiene claro si me quiere y aun así me manda comida deliciosa al trabajo? ¡¿Quién hace eso?!

El final de la sesión queda regular por su culpa. ¡Igual solo pretende hundir mi carrera!

Me encuentro con Borja a la hora de la siesta y le cuento mi dilema.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Ir a cenar?

—No lo sé...

—Le pides que se lo curre, y cuando lo hace, ¿pasas de él?

—¡Se lo está currando para follarme y curarse de mí! Debería mandarle a la mierda y dejar que sufra por mí el resto de la eternidad.

—No. Tienes que ser más lista que él y confiar en que se dé cuenta de que no va a curarse de nada porque te quiere.

—¿Sabes cuántos años llevo convenciéndome de lo contrario? Lo reticente que soy a esa idea... ¡Es como pedirme que me ponga a rezar sin creer en Dios!

—No puedes rendirte, Luz... Con el amor, nunca.

—Joder... —Me froto la cara—. ¡Vale! Pero el que tendrá que recoger los pedacitos de mí cuando esto me destruya serás tú...

—Acepto el reto.

—Bien. Pasemos a lo importante. ¿Qué me pongo esta noche?

Al final, tras mucho debatir, decidimos que lo mejor es que vaya lo más informal posible, es decir, sin nada demasiado sexy.

—No queremos lobotomizarle —explica Borja—. Yo iría con unos vaqueros, tu camiseta negra de Gucci con tirantes de diamante y bien maquillada. No necesitas más. Si queremos que te vea como a una persona y no como a un premio, tienes que dejar de torturarlo con tu cuerpo.

—Me parece razonable.

—Pero si quieres la habitación libre a cualquier hora, mándame un mensaje y desapareceré.

Pongo los ojos en blanco. No me gusta que mi fuerza de voluntad se ponga en entredicho.

A las nueve me planto en el restaurante en el que me ha citado sin avisarle de si iba a ir o no. ¿Habrá venido igualmente?

Cuando lo veo en la entrada con una camisa negra y el cuello de una camiseta blanca por debajo todo mi cuerpo se electriza. Está tan guapo que no puedo ni pensar. ¡Y es por mí! Estamos solos. Esto es una cita. ¡DIOSSS...! Así que esto es lo que se siente cuando un sueño se hace realidad, ¡que vas a morirte!

Al verme, respira aliviado.

—Me alegra que hayas venido. ¿Tienes hambre?

—Sí... Mucha... —Me mira con intensidad—. ¡De comida! —aclaro deprisa.

—Sí. De comida —Sonríe disfrutando de mi nerviosismo.

Marco avisa de que su acompañante ha llegado y nos llevan hasta una mesa muy elegante. Todo es de madera con acabados naturales. Incluso los palillos se apoyan en un recipiente de piedra.

—¿Quieres vino?

—Sí.

—¿Blanco?

—Sí.

—Para mí agua, por favor.

—¿No vas a beber?

—No. No quiero que nada me nuble el juicio hoy...

—Puedes beber, no vamos a follar en la primera cita.

Suelta un resoplido de risa y me mira intentando ponerse serio.

—Finjamos que no nos conocemos y abstengámonos de pullitas. ¿Le dirías eso a un tío nada más sentarte a cenar?

—Siempre lo hago... Para que se relajen un poco.

—Pues conmigo no funciona. Tengo la suficiente experiencia como para saber que si juego bien mis cartas, puedo tener sexo en la primera cita.

—La arrogancia no es sexi.

—¿Desde cuándo? —musita decadente.

—¿Así te comportas con las chicas en una cita? ¿Como un ligón?

—No. Yo intento escucharlas y leer sus gestos.

—¿Y qué te dicen los míos?

—Que estás muy a la defensiva.

—Es que no sé en qué mundo te ha parecido buena idea «cortejarme» cuando justamente te lo eché en cara el otro día. Es como enseñarle a tu novio el anillo de compromiso que quieres exactamente. ¡Pierde toda la gracia!

—¿Por qué? Al final es lo mismo, una demostración de que quieres que sea feliz y tenga lo que siempre soñó, tal como lo soñó, en vez de hacerlo a tu manera, que probablemente no le guste tanto. Tu pareja perfecta no es la que te lee la mente, sino la que se interesa por saber lo que hay en ella. Y yo he tenido un vacío de siete años de ti. No sé lo que pasa por tu mente ni quién eres ahora. Y para eso es esta cita...

—Vale, listillo.

—Eso no quita que no pueda decirte que estás preciosa...

—Pues he intentado no estarlo. Ni faldas cortas ni escote. Se me ve la piel de los brazos de milagro...

—Siento decirte que para mí estás más impresionante que nunca... Así vestida pareces alguien que tiene mucho más que decir que: «mirad qué cuerpazo tengo». Pareces alguien a quien tomarte en serio.

—Entonces mi cuenta de LuMor debe de parecerte de risa...

—No, ese es tu trabajo. Y está bien orientado al público que apela, pero no eres tú. No obstante, el producto que vende tu empresa es lo bien que te queda la ropa, pero hay que saber diferenciarlo de ti.

—¿Tú no eres tu trabajo?

Se me queda mirando de una forma especial.

—No —admite él—. En mi trabajo soy alguien respetable. Llevo una placa que me da

autoridad y una pistola que hace que me sienta invencible. Pero fuera de él, soy un simple humano.

—No creo que tengas nada de simple, Marco...

—¿Me estás llamando complicado?

—No sé, pregúntale a tu terapeuta.

—Hemos dicho que nada de pullas... —Sonríe y bebe un poco de agua. Casi me molesta que no beba vino, es como sentir que no se quiere dejar llevar.

—Ha sido un detalle que me mandaras los rollitos a mediodía. Me han sabido a gloria.

—Me alegro. No quería presionarte con mensajes.

—Lo cierto es que sí me siento un poco presionada.

—¿Por qué?

—Por saber que todo esto tiene una finalidad sexual...

—Pues borremos esa finalidad. Olvídalo todo y haz solo lo que te apetezca. Háblame de ti. De tus logros hasta ahora y de tus sueños por conseguir.

Y lo hago. Me relajo y le cuento los momentos más importantes de los últimos años con emoción. Me callo todos los instantes en los que deseé compartir una noticia con él y que me felicitara. También le hablo de los chicos que he conocido y de lo difícil que me ha sido mantener una relación estable por mi carrera y mi ritmo de trabajo.

—Viajo mucho. Nunca estoy demasiado tiempo en ninguna parte y, aunque podría, no me he comprado ninguna propiedad inmobiliaria.

—Eres joven, no tengas prisa. Cuando sepas dónde quieres estacionarte, llegará solo.

—Supongo... Y para el futuro me gustaría crear mi propia línea de ropa, perfumes, maquillaje y demás. Algo como lo que hizo Jennifer Lopez con JLo.

—Me gusta la idea. Lo tienes todo a tu favor.

—¿Y tú qué? ¿Cuales son tus planes de futuro? ¿Ha habido alguien especial en estos años?

Me habla de Eva y solo de pensar que una chica lo ha tenido para ella sola durante dos años en la misma casa, me dan ganas de llorar.

Asiento y escucho sus confidencias con cara de póquer.

—Y cuando llegó el momento de dar un paso más, ella no quiso.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Quizá no me viera madera de marido o de padre.

—¿Tú quieres ser padre?

—Pocas cosas tengo más claras en la vida. Quiero formar una familia. Dime lo que desees y te diré de lo que careces...

—Tú tienes familia...

—Finjamos que no. Finjamos que llevo años pasando la Navidad de acoplado en casa de amigos y que en Nochevieja me acuesto antes de que den las uvas con un somnífero...

Me quedo bloqueada. Y me doy cuenta de lo que ha significado para él estar solo estos siete años. En cumpleaños, en días festivos, en tardes lluviosas al azar... ¿Con quién celebró que había aprobado su plaza de policía?

—¿Quién fue la primera persona a la que llamaste cuando te enteraste de que ya eras policía? —pregunto de pronto.

—A mis compañeros de promoción.

—¿Y aparte de a ellos, se lo dijiste a alguien más?

—Sí... Llamé a Luk.

Los ojos se me empañan al entender que necesitó contárselo a alguien de la familia. A lo más

cercano a mi padre que encontró. Quería que él lo supiera.

—Luk tiene amigos en el cuerpo... Iba a enterarse de todos modos.

—Si iba a enterarse, ¿por qué le llamaste?

—Porque soy débil. Creo que quedó muy claro aquella Nochevieja.

—Eso no es ser débil, es tener corazón. Y creo que ser así te hace ser mejor policía y mejor persona. El amor no es la muerte del deber, como aseguran en *Juego de Tronos*.

—¿Te gusta *Juego de Tronos*?! —Medio sonrío. Yo sonrío del todo.

Y empieza así una animada conversación sobre series que nos descubren matices nuevos del otro que no conocíamos.

—Estaba todo buenísimo. Gracias —dice Marco al camarero.

—A ustedes. No quiero importunarles, pero en diez minutos necesitamos la mesa para una nueva reserva.

Salimos del restaurante y no son ni las once de la noche.

—¿Quieres pasear un rato por el paseo y seguimos hablando? —me propone.

—Sí. Quiero que me respondas a algo...

—Dispara.

—Justo va sobre eso, sobre disparos... Quiero saber qué haces en Byron. Sé que viniste para reunir pruebas para sacar a Lucas de la cárcel cuando fue acusado injustamente, pero... ¿por qué te quedaste?

Lo veo inspirar hondo y apartar la vista.

—Es complicado...

—Creo que podré pillarlo.

—Los chicos están metidos en un lío y estoy intentando ayudarlos.

—No soy tonta, he oído cosas. Llevo oyéndolas desde siempre, mi padre no sabe disimular. Y cuando ocurrió lo del asalto en casa del tío Luk, los escuchaba hablar cada noche sobre ello. ¿Cómo es de grave lo que pasa? ¿En una escala del uno al diez?

Que se muestre reticente a decirlo, me pone nerviosa. Y también triste. No quiero tener secretos con él. Antes no los teníamos.

—No hace falta que lo sepas. No quiero preocuparte...

—Dímelo, podré soportarlo. Cuando me bajó el periodo, mi padre me llevó a un campo de tiro para que aprendiera a usar un arma. No me pasó por alto que tenía mucha experiencia dando en el blanco. Me dijo cómo, me dijo dónde, lo tenía muy claro.

—A mí también me llevó —dice melancólico.

—¿Cuando te bajó el periodo?

—Exacto...

Sonreímos.

—Del uno al diez, ¿cuánto?

Me mira pensativo y toma una decisión.

—Vámonos a un lugar más privado y te lo contaré todo.

—¿A dónde?

Me hace subir a la *pickup* roja y me lleva al fin del mundo. Bueno, al fin de Byron. Al faro. Al parecer, él sigue en modo cita.

Llegamos a uno de los miradores y disfruto de las vistas. Es una noche perfecta donde la luna ilumina el mar con vetas plateadas. El aire es caliente y el cielo está estrellado. Marco se apoya en la barandilla sin atosigarme.

—Nueve —murmura hacia el viento.

—¿Qué?

—En una escala del uno al diez, estamos en un peligro de nueve.

—¿Nueve?!

—Sí... Lo de Cora no fue un accidente, Luz, iban a por Freya.

—¿Que qué?!

—Querían joder a Lucas. Han querido joderle desde el principio.

—¿Quiénes?!

—Es lo que trato de averiguar. Tiene relación con el asesinato de Christopher. Intentaron hacerle responsable y después secuestraron a Charlotte, pero la rescatamos a tiempo...

Me quedo horrorizada. Es mucho más grave de lo que pensaba.

De pronto, no entiendo qué hace aquí, en una cita conmigo.

—¿Y tienes tiempo para citas?

—Tengo un plan... Queríamos obligarles a trabajar con nosotros al convertirnos en los nuevos distribuidores tras detener al capitán, pero no ha funcionado. Hoy le he hecho una oferta irrechazable y estamos a la espera de respuestas. Tienen 24 horas para firmar. Por eso te he presionado para salir hoy, el tiempo que tengo, quiero pasarlo contigo.

El corazón me bombea en el pecho cuando me mira con intensidad.

—Marco... yo...

—Ayer pasé una tarde genial. La mejor en mucho tiempo... Volví a sentirme yo mismo por un momento y no quiero volver a estropearlo.

Me hago cargo de lo que significan esas palabras. No le ha hecho falta volver a acostarse conmigo para darse cuenta de que:

LO. NUESTRO. NO. MERECE. LA. PENA.

Mensaje recibido.

—Quizá sea lo mejor... —Me resigno—. El castigo de perderte durante tantos años ha sido demasiado duro para todos, y es cierto, ayer fue genial, y esta noche contigo está siendo maravillosa sin hacer nada más que hablar. No merece la pena ponerlo en juego por...

—Estoy de acuerdo.

Bajo la mirada y me siento tonta. No sabes lo que quieres realmente hasta que te pones triste por saber que ya no lo tendrás.

—El problema, Luz, es lo que siento por ti cada vez que te veo...

La yema de sus dedos acaricia mis brazos con una suavidad que me hace levantar la vista conmocionada. La forma en la que me mira que me desarma por completo.

—Nunca he sentido nada ni remotamente parecido por nadie en mi vida... y no pienso renunciar a ello nunca más.

Sus brazos rodean mi cintura y acerca su cara a la mía para decir:

—Tendrás que pararme si no quieres que te bese...

Sus labios encajan con los míos con una suavidad tan aplastante que soy incapaz de apartarme. Tampoco quiero. ¿Cómo iba a hacerlo si siento que he nacido para este momento? Para el instante en el que él decidiera reclamar mi corazón. Para el segundo en el que pusiera en juego lo más valioso que tiene solo por sentirme una vez más.

Nos comemos de una forma tan tierna y comedida que no parecemos ni nosotros. Me besa como si no tuviera prisa por castigarse por ello y eso es nuevo.

Coloco los brazos alrededor de su cuello, juntando del todo nuestros cuerpos, y él me abraza la espalda sin dejar de besarme.

Es el primer beso más perfecto que nadie podría desear. Y sé que luego me dejará en casa sin

tocarme ni una teta para que esta sensación tan bonita y sana no termine nunca.



HEARTSTOPPER

“Cuando estamos juntos, no puedo parar de sonreír, lo juro”

Alice Oseman



Nunca pensé que me sentiría tan cómodo en el agónico ajeteo de la comisaría en un día laborable. ¿Desde cuándo es mejor trabajar que estar en casa? Desde que mi hogar se ha convertido en un campo de minas donde, detrás de cada esquina, puede estallar una maldita bomba.

El día del trío, en cuanto Aitor se fue, percibí en la mirada de Ruby que no sería la última vez que lo haríamos.

—¡Ha sido una pasada! —exclamó ilusionada—. ¡¿A ti qué te ha parecido?!

«¿A MÍ? Una puta locura...», pensé para mis adentros, pero dije:

—Ha estado bien...

—¡¿Verdad?! ¡Madre mía, qué excitante! ¡Sigo flipando! Ha sido increíble... ¿Estás bien? —preguntó cuando me vio un gesto raro.

Me dije a mí mismo que debía ser sincero si no quería que el asunto se me hiciese bola:

—Sí, pero me da miedo que te emocione tanto... Me da la sensación de que le prefieres a él.

—¡¿Qué dices?! ¡Esto es genial porque estamos los dos! A solas no tendría ningún sentido para mí.

—Pero a solas conmigo tampoco es suficiente...

—¡Por supuesto que sí! Estas cosas hacen que me hierva la sangre, pero estaba deseando que se fuera para estar a solas contigo.

—¿Ahora?

—Sí... —me miró sensual—. La adrenalina todavía me dura y lo que más me gustaría ahora mismo es ir a nuestra cama y sentirte solo a ti, besarnos durante horas, y hacer el amor hasta que mi cuerpo esté completamente saciado.

—¿Estás segura? —Me arrimé a ella lascivo.

Me parecía un buen plan; yo también tenía dentro mucho fuego por consumir aún. Apenas acababa de empezar.

Ruby me cogió la cara.

—Claro que estoy segura. Ni siquiera nos hemos besado y me muero de ganas...

Atrapó mi boca y le devolví el beso con pasión. Fue una sesión increíble con el recuerdo de la

destreza de Aitor revoloteando en nuestro pensamiento, y con su sabor todavía en mi boca.

¿Qué tenía ese tío que era capaz de idiotizarme solo con un beso?

Al día siguiente, Marco vino a verme a mediodía. No mencionamos su extraña actitud del día anterior en la fiesta de inauguración, solo hablamos del caso. Y también un poco de Aitor. No se le pasaba ni una.

Escuché su nuevo plan, que dependía de hacerle una oferta muy golosa al capitán, y le dije que estaba de acuerdo.

—Pero por si acaso, las próximas 48 horas, seguirás en el bar.

—Vale...

Ahí fue cuando añadió el «pero deja a mi primo en paz». «No se juega con los sentimientos ajenos», como si estuviera preocupado por que le hiciera daño a él. Lo que no entendía es que los míos también estaban en juego porque yo era el primero que no podía quitármelo de la cabeza. Aitor era como una enfermedad incurable.

Esa misma tarde, cuando lo vi en el bar y me sonrió, sentí que se me derretía el cerebro, y recé para que el caso terminara pronto.

A cierta hora de la noche, todos los Morgan se fueron del local y solo se quedó Lucas, encerrado en el despacho y en sí mismo. Dicen que quien espera, desespera, pero lo suyo era peor. Hablaba como si no le quedasen ganas de vivir y me dio escalofríos.

Cuando solo quedaban quince minutos para las once de la noche, Ruby apareció por el local y quise morirme.

¿Acaso quería más?! ¡Si yo tenía los bajos irritados de tanto joder!

—Buenas noches, chicos.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —la saludó Aitor amigable.

—Muy bien. Me sentía sola en casa y he decidido venir a veros.

—¿Quieres tomar algo?

—Un Aquarius. Necesito reponer fuerzas... Cuando te fuiste, nosotros seguimos la fiesta...

Aitor me lanzó una mirada extraña. Casi acusadora. O incrédula.

—¿Ah, sí?

—Sí... Ya te dije que tú nos activas. Gracias por acceder a darnos esa noche especial.

—Fue un placer —murmuró—. Cuando queráis lo repetimos...

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Claro. —Le guiñó un ojo Aitor, y nos dejó a solas a propósito para que hablásemos. Es lo que tiene tratar con alguien que te conoce tan bien.

—¿Has oído? —musitó Ruby con secretismo.

—Yo no quiero repetir.

—¿Qué? ¡¿Por qué?! —

—Porque no —zanjé hosco.

—«Porque no» no es una respuesta.

—Creo que ha sido suficiente. Hemos sellado nuestra historia con él, compartiéndolo entre los dos, y se acabó. ¿Para qué más?

—¿No te gustó cómo estuvimos después de que se fuera?

—¡Claro que me gustó! Lo que no me gusta es sentir que otro tío tenga que poner cachonda a mi mujer para conseguir una noche como esa...

—¡Eso no es justo! A ti también te afecta, no lo niegues. Y es encantador que tengas celos, pero la cosa no va por ahí, Enzo. Tú y yo somos dos personas con una carga sexual parecida, ambos somos un poco aburridos en la cama, ¡es lo que hay!, pero lo importante es que estamos

enamorados y queremos estar juntos. Ahora bien, da la casualidad de que hemos descubierto que alguien como Aitor, con una carga sexual elevada, es capaz de recargar la nuestra si nos hace un poco de caso, y yo digo que está bien si después a nosotros nos hace disfrutar mucho más juntos. ¿No crees?

Resoplé.

Esa teoría era muy bonita. Pero algo no cuadraba. Algo en lo que no quería pensar porque no me atrevía a ponerle nombre. Algo que hacía que todo aquello me diera mala espina, escondido en su mirada.

Aitor sabía que era demasiado valioso para ser solo un complemento vitamínico sexual...

—¿Ya habéis deliberado? —Volvió con nosotros.

—¿Por qué piensas que hablamos de ti? —mascullé molesto.

—Porque os conozco un poco. Demasiadas cenas juntos los viernes por la noche en tu casa...

—Enzo ha decidido que podemos repetir —resumió Ruby.

—Yo no he dicho eso.

—Tranquilo, te entiendo —dijo Aitor comprensivo—. A mí tampoco me gusta repetir. A no ser que sea para mejorar, claro...

Su mirada me atravesó de una forma que la sentí en todas partes.

—¿Podría ser aún mejor? —Sonrió Ruby escéptica—. Me cuesta creerlo...

—Para ti, probablemente no, pero no todos los días tienen que ser el cumpleaños de Ruby, ¿verdad? Quizá también disfrutarías viendo gozar a tu marido de una forma especial...

—¡Seguro! —aceptó ella.

—En ese sentido hay mucho terreno inexplorado... —Subió las cejas Aitor.

«¡¿PERDÓN?!». El corazón me dio un vuelco. Y mis posaderas otro.

—Lo siento, pero mi culo no va a explorarlo nadie —zanjé.

Aitor y Ruby se rieron entre dientes.

—¿Quién ha hablado de tu culo? —rio Aitor—. Qué básico eres...

Fruncí el ceño confundido. Se me ocurría la manera perfecta de borrarle esa sonrisa de la boca... metiendo en ella mi... Y de pronto caí en que se refería a eso. Uhm...

—Lo dicho, si queréis repetir tendremos que participar todos y disfrutar todos por igual. ¿Estás de acuerdo, Ruby?

—Muy de acuerdo.

La miré enfadado. ¿Y si yo no quería qué?

—¡Si lo hiciste una vez, puedes volver a hacerlo, ¿no?! ¡Me dijiste que te gustó mucho...!

El corazón empezó a palpitarme frenético cuando percibí que Aitor me estaba mirando para que corroborase la valoración de Ruby. En buena hora se lo conté... ¡No podíamos darle tanto poder! Sabía qué sería lo siguiente: arrinconarme a solas y diseccionar mis sentimientos.

—Se me cruzó el cable una vez —dije con desprecio—. Pero fue una ocasión única, me temo. Y desde luego, hoy no me apetece nada...

Me fui a terminar de limpiar mesas hasta que cerramos el local.

No entendí por qué, pero Ruby estuvo de morros el resto de la noche. Me dio un beso seco al acostarse y me dijo que no le pasaba «nada» cuando se lo pregunté.

Hoy, como digo, estoy en mi salsa en la comisaría. Al menos hasta que veo aparecer por aquí a mi primo Kali.

Lo miro extrañado y me acerco a él para interceptarle.

—Eh, hola, ¿qué te trae por aquí? ¿Necesitas algo?

—No. Solo vengo de visita...

—¿A visitar a quién?

—Al capitán...

Esa contestación me perturba un poco.

—¿Con qué fin?

—¿Y a ti qué te importa?

—Kali... ¿Qué quieres decirle?

—¡Quiero que cuente todo lo que sepa sobre la muerte de Chris!, quizá lo haga a cambio de perdonarle condena... Él sabe algo, ¡seguro!

Lo que dice tiene sentido y sé que lo ha pasado mal por su amigo, pero lo conozco lo suficiente para saber cuándo miente o cuándo no dice toda la verdad. De críos le gustaba hacer trampas en los juegos de mesa. Y está poniendo la misma cara que entonces.

—Vete a casa, primo, y deja que la policía haga su trabajo.

—¿Te crees mi padre? Que te hayan dado una placa no significa que seas mejor que yo. ¡La policía no va a mover un puto dedo!, sois todos una panda de vagos. ¡Tengo derecho a verle y voy a verle!

Intentó esquivarme y me planté en medio.

—Ese tío es peligroso, Kali, ¿quieres que te coja manía? Si le tocas los cojones y te pones chulo con él, puede ordenar a alguien de fuera que te liquide. Vete a casa y no la lées más.

—Qué capullo eres... ¡Volveré cuando no estés!

Salgo pronto y me voy a comer porque tengo que volver al Valhalla. Espero que hoy por fin tengamos noticias frescas sobre los capos, y mientras esperamos, me espera mi pequeño infierno particular, compartiendo barra con Aitor.

Al verlo, mi corazón fibrila. Mierda... Había olvidado lo bien que le queda esa camiseta fucsia. Él dice que parece Ken, pero lo cierto es que ese color le favorece como a nadie. Bueno, todos los colores, joder.

—Buenas... —lo saludo.

—Hola, ¿qué tal? ¿Un mal día?

Lo miro extrañado de que diga eso.

—¿Por qué lo dices?

—Leo en ti como en un libro abierto.

Si eso fuese cierto, tendríamos un problema...

—He estado pensando y quiero preguntarte algo, Enzo.

—Ya empezamos... —resoplo—. ¿Qué pasa?

—Dijiste que lo de aquella vez entre nosotros fue un caso aislado... Entonces, ¿por qué me continuaste el beso el otro día?

Mierda, mierda, mierda...

—La emoción del momento, supongo.

—Ya... ¿Y cómo está Ruby? Ayer se fue de aquí un poco triste.

—Está bien. —Si por *bien* entiendes que se esconde en el mutismo.

—¿Quieres saber lo que me dijo cuando te fuiste a limpiar?

—La verdad es que no, pero seguro que me lo dices igualmente.

—Cree que no quieres repetir porque sientes algo por mí.

Esa frase se cuela en mi estómago como una desbrozadora enloquecida y me hace trizas.

—¿Cómo...?

—Es lo que dijo. Que te echaste atrás porque sientes algo por mí.

—No siento nada por ti. —Nada bueno, al menos.

—¿Entonces? Ella asegura que cuando me fui estuvisteis muy bien.

—Y así fue.

—¿De qué tienes tanto miedo, Enzo?

—¡De nada!

—¿Y por qué no quieres hacer feliz a tu mujer?

—¡Sí que quiero! Por eso acepté lo del otro día. ¡Pero está tan flipada contigo que al final acabará enamorándose de ti y paso!

Suelta una carcajada escéptica.

—¡Ruby no va a enamorarse de mí! ¡Si somos el día y la noche! Nunca he podido mantener con ella una conversación coherente de más de tres minutos... Pero si le niegas esto ahora, puede que sí se obsesione conmigo y me idealice. Si quieres un consejo: deja que se harte. Se le pasará rápido. Y si ve que tiene que compartirte conmigo, se le pasará aún más rápido...

Como siempre, el discurso suena convincente. El problema es que yo sí soy capaz de mantener una conversación de tres horas con él y encima quedarme con ganas de más.

—¿Qué propones?

—Cena sorpresa en tu casa esta noche. Marco me ha dicho que hoy cerraremos antes. Así la sorprendemos. Si te apetece, claro...

Nos miramos intensamente y mis ojos se fugan hacia sus labios para terminar repasando la piel de su cuello. Espero que eso conteste a su puta pregunta.

—A mí me apetece bastante —confiesa de pronto—. El otro día di mucho y hoy espero recibir algo a cambio...

Que antes de marcharse le eche un vistazo a mi polla, deja claro a qué se refiere. Yo no me muevo. No puedo. Me ha dejado estupefacto. Y empalmado en tres, dos, uno... Mierda.

Trago la saliva que se acumula en mi boca y voy al baño a mojarme la cara y el cuello antes de que me suba la fiebre.

La tarde es demasiado tranquila como para ignorarle y me planteo que, como siga lanzándome esas miradas provocadoras, lo que va a recibir es una buena hostia...

Por suerte, Marco y Lucas me llaman para hablar en el despacho y lo pierdo de vista un rato.

A las nueve, echamos el cierre y nos dicen que nos vayamos.

—¿Estás seguro? Puedo quedarme, si quieres... —insisto a Marco.

—No. No quiero que te vean por si te reconocen. Luego te llamo.

«Luego seguramente esté ocupado follándome a tu primo», pienso.

—Vale, que vaya bien.

Aitor y yo nos vamos cada uno en su medio de transporte y quedamos en el restaurante donde hemos encargado la cena para llevar.

Media hora después, estamos entrando en mi casa.

—¿Ruby...?

Nos adentramos en el salón y la encontramos en el sofá leyendo un libro con su pijama de abuela y un potingue extraño en la cabeza.

—¡NOOO! —grita al vernos y se tapa con un cojín—. ¡¿Qué hace él aquí?!

—Queríamos darte una sorpresa —contesta Aitor risueño—. ¡Misión cumplida!

—Dios mío... No me miréis. ¡Id a la cocina!

—Tranquila —digo divertido—. Hemos traído la cena. Vamos a prepararlo todo. Te dejamos tiempo para ducharte...

—¿Te ayudo a lavarte a fondo, Ruby? —añade Aitor morbosos.

Lo empujo hacia la cocina y saco la vajilla necesaria para cenar.

—Podríamos sorprenderla en la ducha... —propone tunante.

—Odio follar en la ducha.

—¿En serio? Puedo enseñarte buenas técnicas.

—El agua se carga la lubricación y no me gusta.

—¿Tenéis lubricante en casa?

Lo miro precavido.

—¿Podemos centrarnos en la cena, por favor? Vamos por orden...

—Te gusta el orden —deduce—. ¿Por eso te hiciste policía? Llevo días queriendo preguntártelo.

—¿Sinceramente? Fue por tus tíos. Mi padre siempre los ha endiosado de una forma que... y me gustaban las historias que les escuchaba cuando quedaban. Me sentía identificado con su sentido del honor y nunca me han faltado agallas.

Paso por alto el hecho de que sus ojos parecen estar en desacuerdo con eso último.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer con tu vida? —contraataco—. ¿A qué edad van a dejar de mantenerte mamá y papá?

—No tengo prisa. Mientras siga estudiando, no me ponen pegas.

—¿Sigues estudiando?

—Este año he hecho un máster *on line*. Todavía no sé lo que quiero.

—Eso es raro...

—¿El qué?

—Que un tío tan viajado como tú, que ha visto tantas cosas, todavía no tenga claro lo que quiere hacer...

Que me atravesara con la mirada como si estuviera viéndolo en este mismo instante, me pone nervioso.

—Nunca había pedido comida a este restaurante —intento cambiar de tema—. Me he fiado de ti.

—Espero que te guste. Es muy especial. Con Hugo nunca hubo manera de sacarlo de la pizza... —Sonríe melancólico.

Que lo mencione me da ganas de callarle la boca con un beso para que deje de pensar en él.

—Todo tiene muy buena pinta —farfallo—. Seguro que me encanta. Adoro probar cosas nuevas.

—Pues sé de una que te encantará aún más... —dice mordiéndose el labio sensual—. y tranquilo, pienso lavarme antes.

Sonríe ante la provocación y él también lo hace.

—Hagas lo que hagas esta noche —continúa—, espero que te luzcas tanto conmigo que a Ruby se le quiten las ganas de volver a quedar...

Nos miramos y el reto aparece en el aire. «Te vas a enterar...».

La cena transcurre con calma, aunque al rojo vivo.

—¿Te gusta la comida?

—Sí...

—Eso demuestra que deberías fiarte de mí...

Hablamos de trabajo, de nuestros padres, de las clases de solfeo a las que acudían juntos... Hasta se animan a tocar algo a dúo en el piano que tenemos en medio del salón a modo decorativo y se echan unas risas.

¿Así que no tenían nada en común, no?

Aprieto la mandíbula cuando ella lo soba cuanto quiere y lo riñe con cada jugarreta y broma

musical, hasta que le coge la cara y lo besa como llevo deseando hacerlo yo desde que le he visto por la tarde en el bar.

Lo siento, pero hoy no pienso quedarme mirando. Voy a conseguir que Ruby se arrepienta de haber deseado repetir.

Me acerco a ellos por el lado de Aitor y me siento con la banqueta entre las piernas para empezar a besarle el cuello. Lo hago con lengua, lamiendo y absorbiendo toda la piel que pillo.

Él se gira, asombrado, dejando de besar a Ruby, y me mira. Tardo dos segundos en avasallar su boca. ¡Dios, por fin...!

Notar que le despojo del control de la situación es simplemente brutal. Ruby no se queda atrás y remolonea en su cuello mientras su mano se encarga de desabrocharle el cinturón y meter la mano en su ropa interior. ¡Qué directa!

Aitor gime en mi boca al sentir cómo le acaricia y me devora como si no tuviera suficiente con eso. Así que le cojo la mano y se la llevo a mi paquete para que sepa que yo tampoco. Él reacciona volviéndose loco. Loco por dejarle descubrir cómo es mi miembro y a qué sabe.

Ruby se fija en lo que se dispone a hacer Aitor y le indico que se levante para acercarse a mí, dejando su delicioso pecho a la altura de mi boca. Bajo uno de sus finos tirantes y arrastro la camiseta hacia abajo como he querido hacer desde que he visto que no se ha molestado en ponerse sujetador.

Cuando me lo meto en la boca, ella jadea y se agarra a mi pelo, poseída. Entretanto, Aitor se afana en desnudarme de cintura para abajo y acercarse a mi dureza.

La tengo como una maldita roca solo de saber que está salivando por degustarla. Cuando la captura con su boca, suelto un grito sordo que me hace soltar el pecho de Ruby.

—¡Joder...! —Estoy flipando en otra dimensión. Sabe dónde, cómo y cuándo lamer o estrujar mejor que nadie. Tiene lógica, él tiene una. Su técnica me obliga a sujetarle la cabeza por si se le ocurre parar.

Me doy cuenta tarde de que Ruby está desatendida y me concentro (a duras penas) en deshacerme de su pantalón y sus bragas.

La acerco a mí hasta besar su ombligo y la insto a subir un pie en la banqueta para tener más fácil acceso a su clítoris.

Gime débilmente cuando mis dedos entran y salen de ella con desidia, pero me interrumpo constantemente porque Aitor me está llevando al puñetero Nirvana con su boca. Pongo los ojos en blanco e intento reprimir el orgasmo.

—¡Para, por favor...!

Aitor se aparta de mí, jadeando por el esfuerzo, y lo que sucede a continuación no me lo habría creído ni aunque me lo hubieran jurado.

Aitor gira a Ruby de mala manera para que caiga sobre mí sentada, dándome la espalda. Empuja mi hombro para que me recueste sobre el piano, haciendo que las teclas suenen al apoyar los codos en él, y la insta a situarse sobre mi abdomen, con las piernas abiertas, dejando que mi polla se alce justo por delante de ella.

Cuando su boca se cierne sobre el clítoris de mi mujer, ella grita como si acabaran de clavarle un cuchillo. No contento con eso, comienza a masajear mi miembro duro con su mano libre

—Tócale los pechos —jadea. Y obedezco con algo más de brío del que querría, pero lo que estoy sintiendo no es de este mundo. No cuando siento que acaricia mis huevos con una avaricia desmedida.

Sus labios van de los pliegues de mi mujer a hundir mi erección en su boca sin ningún tipo de orden ni concierto. Esto es demasiado...

—¡Dios... Aitor... ! —me quejo para que entienda que, si no para, la fiesta va a terminar para mí.

Entonces se centra en Ruby y se coloca de una forma extraña sobre ella, como si quisiera levantarla a peso, masturbándola cada vez más rápido para que alcance el orgasmo.

—Avísame cuando estés a punto... —le pide.

Ella no tarda en darle la señal y él la eleva para encajarla en mi falo haciendo que todos gritemos a la vez. La eleva para clavarla en mí una y otra vez, sin dejar de presionar su clítoris, y haciendo que se corra como nunca.

Ruby termina desmadejada sobre mí y Aitor me advierte con la mirada que ahora quiere su recompensa. Es decir, A MÍ.

Nos hace levantarnos de la banqueta, y maneja a Ruby, que está medio ida, para que se ponga de rodillas sobre el banco y se doble apoyando el pecho sobre el pianoforte, ofreciéndole su precioso culo.

Después, rebusca en su pantalón y saca un par de condones. Me da uno y, sin esperar permiso, rasga el envoltorio con los dientes mientras se quita el calzoncillo del todo.

Se acerca al trasero de Ruby con intención de colonizarlo, pero antes de zambullirse en ella, se gira hacia mí.

—Hazlo... —me exige—. No te atrevas a dejarme a medias.

Ver cómo se desliza dentro de mi mujer es una imagen demasiado *heavy* para que mi mente siga racionalizando nada.

No sé cómo abro el condón y me lo pongo sintiendo que estoy tan excitado que el mínimo roce es doloroso.

Aitor sube un pie a la banqueta para facilitarme el acceso y mi boca se llena de saliva ante la tentación. Tiene el culo más perfecto que he visto en mi vida. Y mira que yo no soy de culos, pero que me exija que le dé el placer que necesita, me puede.

Me pego a su espalda y lo acaricio por todas partes antes de nada. Mis terminaciones nerviosas hacen la ola al disfrutar del goce sin precedentes de tocarlo y olerlo tan de cerca a mis anchas. De pronto, gira la cabeza y nuestras narices se rozan sin querer queriendo...

No le estoy besando ni le estoy follando, pero esto es lo más íntimo que hemos hecho nunca.

Nuestros labios se encuentran inevitablemente y nuestras lenguas se arrullan cayendo en un delirio sexual maravilloso. Solo una cosa podría mejorar este momento...

Inmovilizo su cintura y me deslizo dentro de él con un suspiro que me roba el aliento. O quizá era mi alma... No lo tengo claro.

Hacemos un esfuerzo por adaptarnos al movimiento del otro para que nuestras embestidas coincidan, y noto perfectamente cómo le afecta esa estimulación. Me pregunto cómo será meterla mientras te la meten, pero suficiente tengo con asimilar que estoy volviendo a sentir lo que una vez casi me vuelve loco...

Lo que me costó más de un año quitarme de la cabeza.

Lo que ha vuelto prometiéndome a mí mismo que no será la última vez que lo experimente mientras viva... A cualquier precio.

30
METAMORFOSIS

*“El cambio es el universo mismo; es el motor que hace que el tiempo siga adelante.
Franz Kafka*



Muchos me tacharán de loco, pero desde que estoy dejándome llevar por lo que siento, todo está empezando a encajar.

—El capitán ha accedido a la tregua —me comunicó Enzo ayer.

—Perfecto. Tenemos que ponernos manos a la obra para fabricar el Moonbow acordado.

—¿Es necesario? ¿De verdad confías en ellos?

—Confío al cien por cien en que quieren el Moonbow.

Y los entendía, porque cuando quieres algo con tanta fuerza, no te puedes resistir. Como yo con Luz. Por fin lo entendía, joder. Y como dijo Kai una vez, «si hemos superado esto, podremos superarlo todo».

En el presente, Luz es una mujer adulta, con su propia vida, igual que yo, y no voy a dejar que el «qué hubiera pasado si...» domine mi existencia. VA A PASAR.

Probablemente lo nuestro no funcionará por una larga lista de motivos, y al final, quedaremos como amigos, pero eso es mejor que quedarnos con la duda y las ganas.

Cuando coincidí con ella en el hospital, tomé la decisión de lanzarme como lo haría en una piscina sin agua. Me gustó que se quedara bloqueada. Si algo quería, era sorprenderla. Y como tenía el listón a cero de expectativas conmigo, iba a ser fácil.

Tuve el detalle de mandarle comida, sí, pero cuando la vi aparecer en el restaurante, toqué fondo y me di cuenta de que Luz jugaba en otra liga.

Había evitado venir sexi para no provocarme. Ella no quería ni oír hablar del hecho de que la deseaba como un cerdo, y la di por perdida cuando me soltó que no pensaba acostarse conmigo en la primera cita.

Intenté relajarme, pero cada vez que perfilaba sus golosos labios con la vista o admiraba el brillo de su pelo o me quedaba embobado mirando su sonrisa, me lo recriminaba a mí mismo.

Pronto descubrí que no eran sus labios, su pelo o su sonrisa lo que me extasiaba de ella, sino la emoción con la que hablaba, el centelleo de su cabello provocado por el movimiento de su risa y que no perdiera la sonrisa a pesar de hablar de temas escabrosos. ¡Estaba jodido!

Por eso, cuando me preguntó por el caso, decidí que no quería que fuera una chica más al margen de mi vida. Quería que lo supiera todo de mí. Porque confiaba plenamente en ella.

La llevé al mirador y, en menos que canta un gallo, mis labios estaban pegados a los suyos. ¿Cómo no? ¡El día anterior había estado a punto de besarla en la barra del Valhalla delante de todo el mundo sin importarme una mierda! Y como dije, había decidido no reprimirme más. Mak debía entenderlo. Ya no era mi hermana... Nunca lo fue.

Dicen que cuando ves a tu media naranja lo sabes. Que notas algo especial. Y yo lo noté la primera vez que la vi siendo un puñetero bebé. No hablo de atracción, sino de algo que va mucho más allá. Un sentimiento que tiene que ver con el mundo de las almas.

Cuando la acompañé a casa, volví a besarla en el coche al despedirnos. Los dos sabíamos que no podía subir a su habitación ni ella venir a casa de Lucas. Pero no nos importó. De pronto, teníamos todo el tiempo del mundo para estar juntos. Un error en el que a menudo confía la gente...

Al día siguiente, se cumplía la fecha límite para que el capitán decidiera si aceptaba o no la oferta.

Les dije a Enzo y a Aitor que se fueran a casa antes y me quedé hablando con Lucas.

—Mañana es el gran día... Sabremos dónde y cuándo será el encuentro que nos traerá la esperada tregua.

—Genial... —dijo sin mucha alegría.

—¿Por qué no estás más contento?

—Porque no tengo motivos. Pero me alegro de que tú estés tan pletórico por lo de Luz. Creo que hay cosas que están escritas en las estrellas...

—Yo también. Y lo tuyo con Freya es una de ellas.

—Ya..., pero en nuestro caso pone que somos un imposible.

—No puedes pensar así. Lo imposible solo cuesta un poco más.

—Será que estoy pesimista. Lo hago todo mal, Marco. No tengo a la chica, no puedo montar mi empresa, no pude terminar el campeonato de surf... y no puedo proteger a mi familia de mis cagadas. ¡Cómo voy a estar contento!

—Llegará un día en el que todo vaya encajando, ya verás...

—No lo tengo tan claro...

—¿Sabes qué podría sentarte bien? Venir a disparar conmigo mañana. Podéis venir los tres, tráete a Lenny y a Aitor...

—¿Quieres que practiquemos por si la cosa se desmadra en el intercambio de Moonbow con los narcos, no?

—Justo...

—Vale, pero también tengo que ir a por sustancia a las rocas. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto, pero no pienso tocarlo por nada del mundo...

—Deberías estarle agradecido. Tomarlo te arregló la cabeza...

No poder rebatírsele me quema. Siempre he sido antidrogas. Las odio. No traen más que desgracias. Esto es un caso aislado...

—Por cierto, ¿sabes algo de tu hermana Lía? ¿La has visto?

—No. La hacía todo el día en el hospital con Cora...

—Dice que no la ve desde la noche de la inauguración.

—¡¿Cómo...?! —dijo sacando su teléfono, preocupado—. No me asustes, joder, voy a llamarla.

—Espera. Primero déjame contarte lo que sé.

Le conté la historia con Kali y que le había contestado por mensaje.

—¡Eso no es suficiente! ¡¿Alguien la ha visto físicamente?! —dijo buscando su contacto con

avidez. Marcando...

—¿Lía? —Resopló aliviado—. Joder, ya pensaba que te habían secuestrado a ti también...

—¿Quién va a querer secuestrarme a mí? —la oí responder.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no has ido al hospital a ver a Cora?

—He estado ocupada...

—¿Con qué?

—¡Con cosas mías! ¿Por qué estás tan preguntón?

—Lía..., ¿qué ha pasado con Kali? Os vi discutir en el *pub* y luego os fuisteis juntos.

—No ha pasado nada.

—Lía...

—¡Mi vida sexual no es asunto de nadie!

—¿Vida sexual?!

De pronto, mira el teléfono, extrañado y exclama:

—¡Me ha colgado!

—Está viva, eso es lo que importa.

—¡Por poco tiempo si ha metido a Kali en la misma frase que «vida sexual»! —Se frota la cara.

—Lucas..., céntrate en tu vida, anda. Quizá por eso está tan patas arriba, porque no dejas de pensar en los demás. Tu padre tenía un imperio, sí, pero no tenía que preocuparse de sus hermanos pequeños ni de su primo traumatizado. Estuvo años sin hablarse con ellos por algo... No podía haber sido quién es cargándose todos esos problemas al hombro.

—Yo nunca dejaré atrás a los míos. No soy como él...

—¿No acabas de dejar atrás a Freya?

Me miró abriendo mucho los ojos.

—¡Marco...!

—¡Perdón! ¡Me callo! Es que estoy muy pro-amor ahora mismo. Olvida lo que he dicho, por favor. Lo haces para protegerla. Ok. Pero creo que tu padre también lo hacía para protegerlos...

Volvió a clavarme la mirada.

—Me callo —Hice el gesto de cerrarme la boca con llave.

Lucas se quedó pensativo mirando la mesa.

—¿Sabes por qué no lucho por ella? Me vas a entender mejor que nadie: porque soy un mierda, tío... Y ella se merece algo mejor. Mi padre tiene razón. Soy un puto desastre...

—No te lo crees ni tú, Lucas. Tú eres una versión mejorada de Kai, ¡y eso es justo lo que espera de ti! Sigue tu instinto. Lo que buscas, ya lo tienes dentro. Solo tienes que atreverte a cogerlo.

—No sé cómo...

—Para empezar, no te presiones tanto a ti mismo. ¡Solo tienes veinticinco años! No puedes tener ya a la chica de tus sueños, ni una empresa millonaria, y menos, teniendo que cuidar de Lenny y de Aitor. O de Lía o de Cora. Para lo único que tienes edad es para ganar campeonatos de surf.

—Eso ni siquiera me interesa.

—¿Y por qué te presentas, solo para enorgullecer a tu padre?

—No. Tenía un plan... —se lamenta.

—Aún lo tienes.

—No, ya no. Unos mafiosos quieren liquidarnos a todos, eso es lo único que cabe en mi vida ahora... Ni Freya, ni el surf, ni mis planes...

—¿Sabes cuánta gente quiso liquidar a tu padre? Él estuvo siete años esquivando balas. Tenía tu edad cuando empezó, y era mayor que yo cuando encontró a tu madre. No te quejes tanto, anda. ¡Yo a los veinticinco era un puto desgraciado! Ni siquiera era policía todavía...

Lo vi sonreír. Dios, cómo echaba de menos esa sonrisa... Era verla y pensar que todo es posible. Solo necesitaba que alguien soplara un poco en su dirección para volver a encender una llama que nos iluminaría a todos. Estaba seguro.

—Tu padre tenía a Luk y a Mak para salvarle el culo, pero seguía con su vida. Tú me tienes a mí, sigue con la tuya, por favor.

—Charlotte me dijo el otro día que me apuntase al campeonato de Margaret River dentro de diez días...

—Esa chica me encanta. ¡Hazlo, Lucas! ¡Ve!

—¿Cómo voy a irme...?

—Allí no te encontrarán. Estarás a salvo. Tienes que aprender a vivir con los problemas a cuestas. Sean de la estirpe que sean. Pero no te rindas, joder... No te rindas nunca. No tengas miedo a volar. Vive tu vida...

—Gracias, Marco. Y gracias por decir que soy una versión mejorada de mi padre. No es cierto, pero gracias.

—¡Claro que lo eres! ¡O lo serás! Porque tienes todo en tu mano para serlo, por eso es tan pesado contigo, porque él no tuvo ayuda y tú la estás desperdiciando.

—¿Que no tuvo ayuda?! ¡Hizo un trato con un capo en la cárcel que le traspasó todos sus negocios y su dinero!

—También le traspasó sus enemigos. Pero para que veas, el destino de tu padre era morir en la cárcel. Y lo hubiera hecho, de no ser por su mentor.

—¿Su qué...?

—En la historia de todo héroe que se precie hay un «mentor». ¡Y tú tienes muchísimos, Lucas, no solo uno! Gente que va a abrirte sus brazos a cualquier cosa que les pidas sin pedir nada a cambio. Eso trata de decirte tu padre, que no desperdicies esa carta. No tienes que hacerlo todo solo...

—Tú lo has conseguido solo, sin deberle nada a nadie.

—¿Yo?! ¿Sabes dónde habría acabado si Mak y Mei no me hubiesen adoptado? Probablemente sería un delincuente o estaría muerto. Les debo todo, Lucas. TODO.

Respiró hondo viéndolo todo con otra perspectiva.

—Dime una cosa, ¿de verdad crees que dándoles el Moonbow a esos tíos nos dejarán en paz? ¿Así de fácil?

—Ayer invité a cenar a Luz y la besé en el mirador del faro. Así de fácil. Nunca lo hubiera imaginado...

Mi primo sonrió.

—¡Ja! Eso no va a ser fácil. Tú no sabes el lío en el que te estás metiendo, chaval... Si empezáis a salir y os va bien, pronto no podréis disimularlo. ¡Se os va a notar mucho!

—Ya veremos. Por lo pronto, mañana he quedado con ella a las tres. Por la mañana te acompañaré a las rocas, luego iremos a pegar tiros con los tres reyes; y por la tarde, te invito a hacer algo productivo con tu vida.

—Probablemente me la pasaré fabricando Moonbow a toda prisa. Es mucha cantidad...

—¿Necesitáis ayuda?

—No, tú ve con Luz. Llevas muchos años esperando estar con ella.

Quiero replicarle algo, pero al final me callo. Lo que llevo es toda la vida sin atreverme a

coger lo que quiero y por fin voy a hacerlo. Él debería hacer lo mismo.

Como prometí, a las siete de la mañana he aporreado la puerta de su habitación para ir a por la sustancia para sintetizar el Moonbow, y para mi sorpresa, Lenny y Aitor nos han acompañado, en vez de acudir directos al campo de tiro. Creo que alguien necesita una charla entre primos...

—Y entonces van y me dicen que se lo quieren montar los dos conmigo —explica Aitor recogiendo la sustancia con guantes y una espátula en un bote.

—¿Con los dos a la vez? —pregunta Lenny alucinado.

—¡Sí! ¡Y ahora somos una *trieja*, en vez de una pareja!

Lucas y yo nos miramos confundidos.

—¿Pero a ti quién te gusta: Enzo o Hugo? —pregunta Lucas.

—¿O Ruby? —tercio yo.

—¡Me gustan todos...! —musita culpable.

—Eres un destrozahogares —sentencia Lenny.

—¡Perdona, pero soy un arreglahogares! ¡O bajo ese pretexto me quieren follar, para que les ayude a «mejorar» su vida sexual!

—¿A alguien más todo esto le suena raro? —pregunto en voz alta y levanto la mano. Doble LL las levantan también. Y Aitor nos mira con el ceño fruncido.

—¡Sois unos anticuados! ¡Somos una *trieja*!

—Y Hugo es el amante... —añado mordaz. Todos nos reímos.

Cuando llegamos al campo de tiro quiero que mis primos se familiaricen con las armas de nuevo. Sé que saben disparar porque de pequeños quisieron aprender con un arma descargada. Pero cuando Lenny hizo uso de una de verdad, no quisieron acercarse más a ellas. No es que crea que van a tener que usarlas, pero por si acaso...

Quedamos con los tres reyes en las instalaciones, y tras alquilar el material, nos dejan usar una sala donde les explico lo que necesito que hagan.

—Los coches estarán a esta distancia, más o menos. Lucas, tú te colocarás aquí —digo poniéndolo delante de todo—. Tú, Lenny, aquí —lo dejo al lado de la puerta derecha—. Y tú, Aitor...

—¿Yo puedo esperar dentro del coche?

—No. Tienes que estar fuera.

—¿Fuera? Podría ir con la moto y no quitarme el casco. Ah, y necesitaré un chaleco antibalas tamaño niño...

—Tú te pondrás aquí —Lo coloco en la parte izquierda, más alejado del vehículo.

—¿Y por qué Lenny puede estar pegado al coche y yo no?!

—Porque tú eres un cebo.

—¡Lo sabía...! ¿Y si me disparan a la cabeza? ¡Siendo tan rubio soy un blanco fácil!

Aitor mira a su padre con un «¡Papiiii!» en la mirada. Kai se relame:

—Yo también creo que Aitor debería estar dentro del coche...

—¡La voz de la razón ha hablado! —Lo señala Aitor.

—Nadie va a estar dentro del coche. Los tres fuera.

—Este hombre nos quiere matar... —farfulla Aitor por lo bajo.

—No os van a disparar —interviene Mak—. Porque antes de que os apunten siquiera, les dispararemos nosotros a ellos.

—Correcto —confirma Luk.

—Ningún hijo mío va a ser un cebo de nada —masculla Kai—. ¡Y menos uno al que le brilla tanto el pelo!

—Pues que se tiña —replico serio.

—¡¿QUÉ?! ¡Este hombre ha perdido la cabeza! —grita Aitor.

De pronto, Luk, Mak y yo estallamos en carcajadas. Kai niega con la cabeza intentando ocultar una sonrisa.

—¿Estamos para risitas? —se queja Lucas. Ay que ver lo que amarga el desamor.

—¡Yo siempre! —declara Mak.

—No me vaciles, tío Mak, soy muy vengativo... —masculla Aitor.

—Lo sabemos. Todavía recordamos lo que le hiciste a Enzo —Luk.

—Pero no tienes ese poder sobre mí, sobrino, lo siento —Mak.

—¿Que no? Si me lo propongo, puedo meterle a Borja en la cabeza que sería muy *cool* que el padrino fuera vestido de determinada forma. Digamos... ¿con plumas? Plumas multicolores. De pavo real. Son el último grito en Dubai...

—Aitor se quedará dentro del coche, ¿estamos? —sentencia Mak.

Y todos nos reímos. Esta es la familia que recordaba...

A las tres de la tarde, aparezco en el muelle esperando que Luz no me dé plantón. Le gusta bucear, pero sé que le da un poco de miedo. Le he pedido a Jon que nos lleve con un grupo de principiantes a una zona poco profunda y con mucha visibilidad. Lo más emocionante no es la actividad en sí, sino el hecho de hacer algo juntos.

La veo aparecer con unas maxigafas blancas de pasta y un conjunto de bañador con una especie de bata transparente por encima a juego.

La sonrisa que me lanza mientras se acerca a mí es juguetona.

—Espero que compenses esto con una cena en un buen restaurante en Gold Coast...

—Aceptaste el plan de ir de excursión.

—Sí, pero pensaba que te referías al bosque. He tenido que cambiarme de ropa cuando me has dicho que viniera al muelle.

—Pues he acertado. Estás preciosa.

—Tú no. Excepto por la sonrisa. Esa te sienta bien... —Y la ensancho todavía más mientras la ayudo a subir al barco.

Nos sentamos en un banco de madera que compartimos con más parejas, y solo por el hecho de estar aquí juntos y de buen humor, ya es especial para mí. Ayuda saber que tengo a todos los críos sanos y salvos metidos en casa fabricando droga... Vale, eso ha sonado mal...

—Hace mucho que no buceo —musita Luz nerviosa.

—No vamos a bucear, haremos snorkel. Veremos peces exóticos, corales de colores y jugaremos con las mantarrayas.

Me lanza una sonrisa bestial.

—¡Qué bien! Lo prefiero.

—Lo sabía.

—Pero igual tú querías bucear más en serio...

—Prefiero poder hablar contigo, ver a los animales juntos y divertirnos. —No menciono lo de poder achucharla, besarla y oírla reír.

—Me parece genial...

Cuando llegamos, echan el ancla muy cerca de un banco de mantarrayas. Me viene de perlas, porque al principio nos rodean y es sensacional tocar su piel cartilaginosa e incluso hacer dibujos sobre ellas que se quedan marcados por el oxígeno. Pongo L x M y ella lo borra, alegando que lo correcto sería M x L en todo caso. Pero llega un momento en que las mantas son demasiadas y Luz grita asustada y se me sube encima.

—¡Coméoslo a él! —espeta colgada de mi espalda como un koala.

—Las pobres no muerden, solo aspiran, como el Satisfyer...

Luz se echa a reír y me abro paso entre ellas para buscar un claro de agua y rehuirlas. Me sumerjo con suavidad y buceamos juntos, sin que me suelte el cuello. Cuando emergemos, la agarro entre mis brazos, como aquella mañana de Nochevieja en la que nos mecimos en el mar.

—¿Sabes ese pelo precioso que traía, el cual he tardado una hora en dar forma y hacer que brille? Pues acabas de cargártelo...

—No importa. Yo he quedado contigo, no con tu pelo.

—Lo malo es que ya no podré hacerme ni una foto decente en todo el día...

—Te prometo que antes de que se vaya el sol, te haré una foto espectacular. Sabes que tengo buen ojo para eso.

—Está bien...

Que estemos cada vez más juntos, no es cosa nuestra, sino de la corriente. Y puede que el hecho de que tengamos las manos en el cuerpo del otro haya ayudado.

—Lástima que no tengamos el móvil ahora mismo, porque tienes una foto que me encantaría immortalizar para siempre... —musito mirando sus labios.

—Podemos immortalizarlo de otra forma...

El beso que procede es tierno y sensual a la vez. Lento pero con un garbo muy excitante. Casto e indecente al mismo tiempo.

Al separarnos y mirarnos sé que los dos estamos pensando en lo mismo: en lo lejos que estamos de una cama.

Nos soltamos. Tenemos que relajarnos un poco...

—¿Vamos a ver los corales? —le propongo.

—¡Vale!

Usamos los tubos para inspeccionar el precioso fondo, y en un momento dado, nos cogemos de la mano para avanzar juntos despacio. Los dos señalamos para el otro cosas interesantes que vemos y al final encontramos a una tortuga marina nadando lentamente y la escoltamos durante un rato sin molestarla.

Al terminar la excursión, subimos al barco y sirven un refrigerio de sándwiches, fruta, zumos y patatas fritas.

—A Maxi le encantaría esto... —dice de pronto.

—¿Quién es?

—Una amiga de la agencia de modelos.

Y nos pasamos el tiempo hablando de gente importante en nuestras vidas, de las que se pueden contar con los dedos de una mano y aún te sobran.

—Mis amigos, Pedro y Andrea, son los que siempre me acogen para todo —explico—. Los tres nos conocimos en la academia de policía de Ávila. Su historia de amor surgió allí y pudimos elegir Madrid como destino final. Han tenido su primer hijo hace nada, y soy el padrino.

No volvemos a besarnos, pero sí hacemos manitas y permanecemos todo el tiempo en contacto. Este día es como un sueño hecho realidad, pero sigo pensando que ella se merece más. Por eso... cuando aparece una embarcación de lujo y se sitúa cerca de nosotros, disimulo cuando comenta lo fantástica que le parece.

Se trata de un yate en forma de flecha con un jacuzzi incorporado en popa y una gran cama, acolchada y triangular, en proa.

—¡Qué maravilla...! ¿Has visto?

—¿Te gusta?

—Claro, es una pasada...

—Me alegro, porque es donde vamos a cenar y a dormir esta noche. Si quieres, claro...
Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué...?

Mi respuesta a esa pregunta es sonreír.

—¿Te estás quedando conmigo, no?

—No.

Pero sigue sin creérselo. No se lo cree hasta que una lancha blanca viene hacia el barco de la escuela de buceo y preguntan por nosotros.

—Pasadlo muy bien —se despide Jon con picardía.

Luz no sale de su asombro hasta que nos estamos alejando del barco en el bote.

—Madre mía... ¡¿Va en serio?! ¡¿Has alquilado ese barco para esta noche?!
—Sí.

—¡Buah, me va a dar algo!

Desde el momento en que subimos al yate, Luz se convierte en una ilusión con piernas. Todo le encanta y le parece increíble, y yo me alegro de que sienta que por una vez me he esforzado por complacerla.

El servicio del barco es silencioso y metódico. Desaparece cuando debe hacerlo y aparece solo si los llamas. Nos acomodan en el jacuzzi con champán y zarpamos hacia el atardecer enroscados en un beso de tornillo eterno. ¡Esto es vida!

—¡Esto es impresionante...! —dice ella encantada.

—Dame tu móvil, voy a hacerte una foto como la reina que eres. Coge la copa de champán, bájate los tirantes del bikini y húndete un poco en las burbujas. Parecerá que estás desnuda...

—¡Eres un genio!

Le echo una foto espectacular con la luz anaranjada del ocaso.

—¡Esto es lo más increíble que me ha pasado!

Frunzo el ceño.

—Creía que, por el ámbito de tu trabajo y los novios que has tenido, estarías acostumbrada a estar en sitios así.

—Sí, pero ¿no te pasa que a veces estás en un lugar precioso con las personas inadecuadas? O al revés, que el lugar no es gran cosa, pero la compañía es inmejorable. Nunca había tenido ambas cosas a la vez...

¿Qué clase de persona sería si no la besara por decir eso?

El problema es que al hacerlo, siento que estaría besándola toda la vida.

«¿Qué harás cuando tengas que dejar de hacerlo? ¿Cuando se canse de ti y la veas en revistas con el próximo actor de moda?», me dice mi subconsciente, pero expulso lejos ese pensamiento.

De pronto, veo que se quita la parte de abajo del bañador entre las burbujas y se sube encima de mí a horcajadas. Dios...

Me obliga a escurrir mi bañador hasta donde puedo y, sin preocuparse de si nuestros sexos encajan o no, me besa con los brazos enroscados en mi cuello sin dejar que atienda a nada más.

No dudo en desabrocharle el biquini y dejarla completamente desnuda. Cuando noto que apoya sus pechos sobre mis pectorales, me cuesta respirar. No sé si algún día me acostumbraré a esto. A su grandeza. A lo que me hace sentir.

Entre los besos indecorosos y que se arquea como una gata en celo, nuestros cuerpos maniobran para acoplarse a la perfección.

«¿Vamos a hacerlo sin condón?». Pero no digo nada.

Normalmente me quejaría, pero con ella no. Porque con ella me da igual lo que pase. Me dan igual las consecuencias. ¡Me da igual todo! Como si me pega la rabia...

—Tomo la píldora por mis problemas menstruales y estoy sana. ¿Tú?

—También... —jadeo muerto de deseo.

—¿Estás limpio?

—No, lo de los problemas menstruales.

Ella se ríe y se empala en mi miembro con un gemido gutural.

Nunca he sido muy fan de hacerlo en el agua, pero el lugar, la luz, la postura y sentirla piel con piel hace que se posicione como una de mis mejores experiencias.

Lo curioso es que no nos aceleramos mucho, al revés. El ritmo es tan lento y profundo que cuando me sobreviene el orgasmo me sorprende que sea posible alcanzarlo a esta velocidad.

Lo mejor es que no paramos. No paramos de besarnos aunque hayamos terminado. Como si el orgasmo fuera lo de menos y nuestras bocas juntas por fin, aceptando nuestro destino, lo de más.

Retengo con fuerza un «te quiero» que pugna por salir de mi garganta, pero es demasiado pronto. O demasiado tarde, según se mire.

Y esa sensación no desaparece mientras nos duchamos, nos cambiamos de ropa y cenamos langosta a la luz de la luna. Ella asegura que esto es un sueño hecho realidad. Pero es más que eso... Es real.

Terminamos de cenar y vamos a ver las estrellas sobre el cómodo sofá triangular de proa. Gozar del increíble brillo de los astros, tan lejos de la civilización y rodeados de agua es mágico. Disfrutar del silencio, de la tranquilidad, de poder compartirlo todo con ella y terminar haciendo el amor en un romántico misionero, supera cualquier momento que haya vivido jamás con nadie hasta la fecha.

Por favor, si me pierdo, que me busquen aquí.

Y si me matan, que este sea mi cielo.

CALL ME BY YOUR NAME

“Existe una ley en algún lugar que dice que cuando una persona está totalmente enamorada de otra, es inevitable que la otra lo esté también”

Andre Aciman



Entro en el bar deseando ver a Enzo.

Quiero que me cuente novedades y seguir hablando con él como en su cocina. Como antes de que volviera a follarme como si no hubiera un mañana, admitiendo que le importo por cómo me acarició con cariño antes de penetrarme. Haciéndose cargo de que lo mejor de todo fue ese roce de narices y respirarnos en la boca del otro.

Vuelvo a estar enganchado a él. Es como una droga. La más dura...

Enganchado a una sensación de la que llevo huyendo un año y medio... Y estaba tan lejos de ella ya, que no recordé que la tierra es redonda y me la encontré de frente de nuevo.

Cuando nuestras miradas se cruzan, me alegra notar que ya no hay distancia entre nosotros. Me ha dejado entrar en su espacio vital, aunque no del todo, en su cuerpo todavía no.

—Buenas...

—Hola —susurra como si tuviera ganas de abrazarme. Y no puedo resistir tocarle el brazo para que me sienta cerca.

—¿Estás bien?

Su respuesta es resoplar angustiado. «Oh, oh...».

—¿Recuerdas nuestro plan? ¿El de que Ruby no quisiera volver a repetir?

—Sí.

—Pues no quiere...

Me quedo inexpresivo. ¿Y por qué parece hundido? ¿No es lo que quería?

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que yo ahora sí quiero seguir... —dice mirándome a los ojos vulnerable.

Y... Uf, ¿cómo decirlo? Llevo TANTO tiempo esperando que Enzo me mire así, doblegado a sus sentimientos, que no puedo hacer otra cosa que abrazarlo con fuerza.

Lo oigo suspirar con pena y me separa de él, dolido.

—Pero ella no quiere. Tenías razón... No le gustó vernos juntos. Se puso muy celosa. Dice que no le hicimos ni caso.

—Joder, no creo que pueda quejarse...

—Pues lo hace. Me montó una bronca que no veas. Discutimos mucho, y no hubo polvo de reconciliación después...

—Eso no es justo. ¡Todo esto fue idea suya!

—Exacto. Al principio, mis celos le parecían «encantadores» cuando le dije que sentía que te deseaba más a ti que a mí, ¡y ahora ella me viene con lo mismo y yo soy el culpable!

—Lo siento mucho... —musito afligido—. La culpa es mía.

—No, Aitor... He pensado eso durante muchísimo tiempo, que era culpa tuya, pero ya no. Tenías razón... Nosotros acudimos a ti y te forzamos a ello. Yo me hice pasar por Hugo para volver a sentir tu contacto, ¡y ella se casó contigo teniendo novio!, no es que le pusieras un cuchillo en el cuello.

—Estaba muy borracha...

—No lo estaría tanto si recuerda perfectamente todo lo que hicisteis. Ella pudo disfrutar de ti una noche entera en una cama de dos por dos, lo mío fueron diez minutos creyendo que me tomabas por otro...

Lo veo cerrar los ojos atribulado y me siento fatal.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—No puedes... Estará de morros hasta que acabe la misión y no tenga que volver a verte. Con el tiempo, se le pasará...

—¿Y a ti? ¿Se te pasará? Has dicho que ahora querías continuar...

—Rezaré para que se me pase —murmura con la mirada vidriosa.

Se va de mi vista porque no quiere que lo vea así. Su honor y su reputación no se lo permiten.

Por suerte, es jueves y el Valhalla está lleno, no dejamos de trabajar. A veces es lo mejor para no pensar en nada. Pero yo no dejo de darle vueltas a todo lo que ha dicho. Necesito un plan...

Voy al despacho y encuentro a Marco.

—Tengo una pregunta...

—No vas a estar dentro del coche, te necesito fuera —responde automáticamente—. Te prometo que no te pasará nada, ¿vale?

—No es eso. Ya me he hecho a la idea de que voy a morir, da igual. Y precisamente por eso quiero saber una cosa...

—¿El qué?

—Habéis quedado oficialmente con los narcos para el intercambio de Moonbow pasado mañana a las doce en el cementerio, ¿es así?

—Correcto.

—Entonces se supone que ni hoy ni mañana corremos peligro, ¿por qué tengo que trabajar en el bar? ¿Y por qué Enzo tiene que estar aquí si no necesito protección?

—Para que vean que forma parte de vuestra banda. Quiero que venga a la entrega con nosotros. Él os protegerá en el cuerpo a cuerpo.

—De acuerdo, pero... ¿Puedo pedirte un favor sin que pongas mala cara ni me juzgues...?

—¿Cuál?

—Que mañana nos sustituyas por otros. Llama a Kitty y a Mindy. Seguro que estarán encantadas de venir. Y no le digas nada a Enzo. Que venga a trabajar y me lo llevaré... Su mujer lo tiene muy controlado y necesito estar a solas con él.

Marco me mira reprimiendo pronunciar lo mala idea que le parece.

—Espero que estés seguro de lo que estás haciendo.

—Lo estoy. Por favor... Confía en mí.

—Tomaos la tarde libre mañana. Pero ayuda a tu hermano con el Moonbow el resto del

tiempo.

—Lo haré. ¡Gracias!

No lo veo, pero sé que está poniendo los ojos en blanco.

Cuando llega el momento de cerrar, Enzo se despide, cabizbajo.

—Espera...

Él me mira deprimido.

—Tengo que irme. Ruby me está esperando, mirando el reloj. Iba a venir a buscarme porque no se fía, pero ha dicho que volver a vernos juntos la hundiría.

—Me queda claro lo que quiere ella, pero ¿qué quieres tú?

—Eso no importa...

—¡Claro que importa!

—Hice unos votos, Aitor...

—Tienes veintitrés años, Enzo, puedes cambiar de opinión. Puedes seguir a tu corazón... Te funcionó en lo de ser policía.

—Mi corazón es de Ruby, Aitor... y siempre lo será. Estoy eligiendo a mi corazón en vez de a... —Su vista se pierde en mi boca durante un segundo y la desvía, mordiéndose los labios—. Tengo que irme...

No lo persigo porque confío en mi plan. Confío en que se dé cuenta de que lo nuestro es algo más que sexo. Para mí es un amor profundo que ha permanecido latente durante muchos años. Lo de Ruby es... un amor familiar, es hogar, amistad, y le da seguridad, pero no le hace vibrar.

Es posible que Enzo ame a dos personas a la vez. Yo creo en esos fenómenos. Pero también creo que siempre hay uno al que quieres más. Al que necesitas para sentirte vivo. Y creo que ese soy yo, porque a mí me pasa lo mismo con él. No es uno más. Ni siquiera es Hugo, una persona idéntica físicamente con el que podría estar, vivir y estar contento, pero no me hace vibrar. Eso pasa muy pocas veces. Muy pocas como para dejarlo pasar...

Al día siguiente, llego un poco antes al local. Espero que me salga bien la jugada porque me he puesto hasta un enema..., y he traído el Toyota rojo para irnos juntos a Gold Coast.

Cuando Enzo llega, se dirige al vestuario para cambiarse de ropa y ponerse la camiseta del local. Hago zas y lo sorprendo en el vestuario a punto de quitársela.

—No te cambies. Nos vamos.

—¿A dónde?

—Hoy nos sustituyen. Tenemos la tarde libre.

—¿Y por qué no me habéis avisado antes?

—Porque nadie va a enterarse... Volveremos a última hora a cerrar el bar y podrás irte a casa. Pero esta tarde eres mío...

Me mira alucinado. Y deseoso. Y abrumado.

—Aitor...

—He alquilado una habitación con una cama king size. Es lo que te debo, ¿no? Si de verdad quieres superar tu crisis con Ruby y no guardarle rencor..., si de verdad estás seguro de que lo que tienes con ella es amor y conmigo solo sexo, quema ese cartucho y olvídate... De lo contrario, vivirás con la duda. Y se tumbará a sus anchas para siempre en medio de ese ceño fruncido tan sexi. —Se lo toco, sonriente y él suaviza la expresión.

—¿Es en el mismo hotel? Porque eso sería retorcido hasta para ti...

—No. Es otro. Uno nuevo. ¿Te apuntas o no? Tengo el coche aquí detrás, listo para marcharnos sin que nadie nos vea.

Mira al suelo y respira hondo. No le cuesta mucho decidirlo.

—Vamos...

¿Quién me iba a decir que con esa simple palabra se abrirían las puertas del paraíso? Ahora solo me queda adivinar cuál abre la de su culo...

En los cuarenta minutos que tardamos en llegar a la puerta del hotel y que nos quiten las llaves del coche de la mano para que lo aparque alguien (sí, me ha salido caro. O barato por cumplir un sueño) hablamos del caso, de Lucas, de Lenny y del atropello de Cora. Esto no es sexo. Esto es... Para mí es uno más de la familia. Alguien que siempre ha estado ahí. Alguien que conoce mi historia a fondo y todos los líos que nos hemos traído siempre los Morgan. Alguien que se molesta en preguntar las lagunas que le quedaban por saber o partes que nunca le habían cuadrado. Alguien a quien le importo.

En cuanto nos dan la tarjeta de la habitación y nos dirigimos al ascensor, noto que Enzo empieza a ponerse nervioso.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, su cuerpo irradia tal tensión al sospechar que voy a girarme y a abalanzarme sobre él, que no puedo evitar sonreír. Pero tengo otro plan.

Me mantengo impertérrito, sin mirarle, esperando a llegar a nuestra planta. Salgo del ascensor y sigo los carteles de numeración.

Cuando me adentro en la habitación, él me sigue y cierra la puerta.

No voy a presionarle, aunque cada minuto se evapore ante las llamas de nuestras ganas. Me toca hablar:

—Lo que más me gusta de los hoteles es llegar y meterme desnudo entre sus sábanas limpias y recién puestas. Es una sensación única.

Sin decir nada más, empiezo a desnudarme con tranquilidad y deshago la cama para meterme dentro.

—¡Oh, sí...! ¡Qué maravilla! Tienes que probarlo.

Enzo se quita la camiseta, sin quitarme la vista de encima; también las zapatillas, y al contrario que yo, que he dejado todo en el suelo tal cual me lo he quitado, él dobla la camiseta, la apoya en la silla y ordena el calzado a un lado.

Puro orden contra puro caos.

Su caos va por dentro cuando empieza a desabrocharse el pantalón.

Casi puedo oír cómo le palpita el corazón desde aquí. Deja el calzoncillo sobre la silla, creo, porque mi vista ya está perdida en esa brutalidad de carne, pesada y ancha, que me está señalando.

El deseo de llevármela a la boca es tan grande que trago saliva.

Enzo abre su lado de la cama y se mete dentro con cuidado.

—Siente cómo la suavidad envuelve tu cuerpo duro... —murmullo—. ¿Te gusta?

—Sí...

Nos miramos. No dejamos de hacerlo con la respiración cada vez más acelerada. Giro el cuerpo hacia él y él hace lo mismo.

—¿Lo hiciste así con Ruby? Siempre os imaginé abriendo la puerta entre besos salvajes, chocando contra las paredes y los muebles, y cayendo en la cama juntos sin dejar de besaros mientras os arrancabais la ropa a zarpazos...

—Eso se hace cuando no te paras a analizarlo mucho. Contigo no quiero perderme nada...

Le acaricio el hombro y sigo por su pectoral. No tiene ni un pelo en el pecho, como yo. Y no tiene pinta de que se los quite. No obstante, su cuerpo es mucho más varonil que el mío. Más robusto, más grande. Y lo recorro con las puntas de mis dedos hasta subir por su cuello y detenerme en su barbilla, que atraigo hacia mi boca con total alevosía.

El beso que acontece, lento y profundo, me deja sin palabras.

Es tan importante... He deseado estar así tantas veces... Y ahora estamos solos. Sin testigos. Sin miedo. Y seguimos besándonos un tiempo, rezando para que nos hartemos el uno del otro, pero mucho me temo que este encuentro va a causarnos el efecto contrario. Va a hacer que nos necesitemos cada vez más.

—Tu boca es tan la polla... —susurra de pronto. Y sonrío.

—No, mi polla está aquí —Le llevo la mano hasta ella.

Enzo suelta una carcajada que rebota en mi sonrisa.

—Una vez mi dijiste que me partirías la boca si no la tuviera tan bonita... —le recuerdo con guasa—. ¿Lo dijiste en serio?

—Me acuerdo de eso. Estaba borracho y me salió de corazón. Siempre me ha vuelto loco tu boca... —Vuelve a besarme y la disfruta como nunca.

—Pero es por lo que digo con ella, no por ella.

—El otro día no dijiste nada y también me impresionó...

El beso se vuelve más lascivo y las manos van al pan.

Nos masturbamos mutuamente sin dejar de besarnos, soltando gemidos y acelerándonos y humedeciéndonos y amándonos como nunca hemos podido hacer.

No me entendáis mal, he estado muchas veces en esta misma situación con Hugo y con otros... pero no era lo mismo. No era lo puto mismo, joder. Porque ahora es él. No sé qué tiene Enzo que me enloquece tanto. ¿Acaso tiene algo especial? Pero así es el amor. El verdadero. Y ese es muy sabio. Tengo la sensación de que Enzo me acabará sorprendiendo.

—Quiero follarte —confieso en uno de esos momentos calientes en los que la situación se te puede ir de las manos hacia cualquier sitio.

—Lo sé, pero no puedo. No me veo capaz... Lo siento.

—No te preocupes, esperaré hasta que estés listo.

—No sé si alguna vez lo estaré... —lamenta.

—Cuando confíes en mí, lo estarás.

Ya estamos abrazados, pero estrecho todavía más el contacto entre nuestros cuerpos para que nuestras pollas se rocen.

El espasmo con el que responde me deja claras muchas cosas. Dejo que se acostumbre al hecho dándole un beso con lengua tremendo, de los que te dejan sin aire y no te importa, mientras fricciono mi polla contra la suya demostrando lo que podría provocarle.

De pronto, se pone como loco y emplea su fuerza para someterme contra el colchón y buscar mi entrada.

—Mierda, el condón... No estoy acostumbrado a usarlo —dice soltándome.

Y menos mal, porque no tenía pensado que me follara así hoy. Esta ocasión es demasiado especial. No es un polvo rápido más.

Alcanzo mi bolsa rectangular de BillaBong y saco un puñado de preservativos y los dejo en la mesilla. También un bote de lubricante por si cambia de opinión, yo no suelo necesitarlo, porque nací salido, pero como quiero dar ejemplo y que entienda lo que puede llegar a facilitar las cosas, me pongo un poco en los dedos.

—Tumbate boca arriba, yo te pongo el condón —le insto.

Él obedece sin entender muy bien qué pretendo e intrigado con el gel que acabo de ponerme. Me llevo la mano a donde debo y lo extiendo, introduciendo un poco dentro. Va a flipar cuando mi culo se convierte en un tobogán acuático...

Aprovecho para chupársela un par de veces para que vuelva a concentrarse en su cometido,

pero me emociono de más y noto que me agarra del pelo tan alucinado que me entrego del todo.

—¡Para o me corro...! —amenaza apretando la mandíbula.

Pero no me detengo, es más, incremento el ritmo dándole a entender que no voy a parar. Reconozco el momento exacto en el que va a correrse y el alarido que suelta es ensordecedor. Yo trago. No me planteo ir a escupirlo al baño como he hecho las pocas veces que alguien ha terminado en mi boca. Yo trago porque lo siento así. Y porque no quiero separarme de él ni un segundo.

Me tumbo boca arriba mirando al techo, arrepentido al pensar que ahora mismo podría estar sintiéndolo dentro de mí. Mi culo estaba listo y lubricado.

—¿Te lo has tragado? —pregunta alucinado.

Mierda... Vale. Le da asco. Ahora no querrá besarme más.

—Eh... Voy a lavarme los dientes, aquí habrá de todo...

—¡Espera! —Me lo impide—. ¿Sueles... hacerlo? Ni siquiera Ruby se lo traga nunca...

—Yo tampoco, pero...

Nos miramos. Él, halagado, y yo con cara de haberla fastidiado. ¡Podría estar corriéndome en este mismo instante, pero no, estamos hablando de *lefa*. Bravo, Aitor...

—¿Por qué lo has hecho?

No tengo una respuesta para él y me encojo de hombros.

—Porque quería.

—Pero... sabe mal, ¿no?

—Si quieres voy a lavarme los dientes.

—Ve, si lo necesitas...

—Iré si tú quieres que vaya...

Se hace un silencio en el que pone cara de incredulidad total.

—Yo... solo quiero hacer esto...

Me empuja para que me tumbe y va directo a mi polla para hacerla desaparecer en su boca.

—¡Hostia...! —gimo con sorpresa.

Se me endurece a un ritmo vertiginoso porque creo que nunca se lo ha hecho a otro chico. De lo contrario, alguien le hubiera dicho que controlara sus voraces fauces y lo hiciera con menos brusquedad.

—¡Más espacio! ¡Más....! Así... sííí... —jadeo en la gloria.

Ni en mis mejores sueños hubiera pensado que esto fuera posible.

Supongo que le ha entrado curiosidad, o que quiere que yo también descubra mi sabor en su boca. Lo que no sabe es que a mí estas cosas me ponen supercerdo. Más, si cabe. Que ya es decir...

Cuando estoy cerca del punto de no retorno, decido que no quiero terminar así. Quiero sentirle dentro de mí; llevo un rato listo para ello.

Le aparto y hago que me bese. Ambos disfrutamos de saborearnos. Encontrar su sabor y el mío mezclados como una muestra de todo lo que sentimos el uno por el otro.

—Quiero que me folles... —le hago saber.

Lo tumbo y le pongo el condón que todavía guardaba en la mano. Después, me subo a horcajadas sobre él y dirijo su punta roma hacia mi entrada. Cuelo su erección en mi interior y ambos gemimos al notar una fluidez sorprendente.

Para mi sorpresa, se incorpora para retomar el encuentro con mi boca y me sujeta por la espalda para que siga clavado en él.

Nos movemos sensualmente, sin dejar de besarnos. La escena es mucho más *pro* de lo que

cabía esperar. Y más sentimental, con tanto beso. También caliente, cuando trata de mantener el ritmo conmigo.

¿Quién coño va a hartarse de algo así?

Cuando veo que no aguantamos más, cuelo la mano entre nosotros y me masturbo para que entienda que quiero llegar con él. Nos corremos mirándonos a los ojos en medio de una vorágine de sentimientos.

Al terminar, voy al baño para lavarme la mano donde he recogido mi simiente y Enzo aparece por detrás y tira el condón a la basura.

—Voy a ducharme —le comunico.

—¿Es una invitación?

—Siempre.

Enciendo la ducha y en cuanto sale caliente me meto dentro. Como en casi todos los cinco estrellas modernos, es un habitáculo aparte, que comparte suelo con el baño, con una abertura en el centro.

Enzo no tarda en abrazarme por detrás cuando me encuentra de espaldas. Deja que el agua le empape con tal de no soltarme y sus labios merodean mi cuello y mi trapecio. Nunca me he sentido tan bien.

—Me ha gustado esa postura... —musita—. Estando cara a cara.

—A mí también. Y me ha gustado que nos besemos tanto, normalmente no lo hago.

—Tengo que aprovechar... por todas las veces que he querido cerrarte la boca con un beso.

Sonrío.

No hemos tenido «un después» tras el sexo. Ese rato donde te quedas en la cama entre caricias. Pero lo estamos teniendo ahora.

—Quiero saber una cosa... —digo dándole la vuelta.

Enzo a duras penas puede reprimir volver a chocarse contra mis labios mientras el agua cae entre nosotros, y eso me encanta, pero le pongo una mano en el pecho porque necesito saber algo.

—¿Alguna vez has pensado en otro tío? ¿Al masturbarte o al estar con Ruby? ¿Piensas en otros?

—No. He pensado en otras tías... Me gustan las tías.

Atrapa mi boca de nuevo.

—Y me gustas tú... —añade—. No puedo evitarlo.

—Por supuesto que no puedes, soy la hostia.

Su sonrisa me mata lentamente. Y que no me contradiga, más todavía. Solo otorga con más besos húmedos, mojados, empapados... Y nos enjabonamos cada rincón para volver a meternos en la cama y descansar un poco.

—Joder, qué bien... —murmura Enzo al taparnos y acomodarnos juntos.

—Sí, ¿verdad?

—Pon la alarma, me da miedo quedarme dormido en este sopor.

—Ya la tengo puesta. ¿Quieres dormir?

—Quiero abrazarme a ti y quedarme unos minutos quieto.

Me abraza por detrás, colocando un brazo por debajo de la almohada y pega su cuerpo al mío, haciendo la cucharita. Por último coge mi mano y la resguarda en mi pecho.

Me gusta sentir que agarrado de este modo a mí pueda relajarse. Es como si tuviera miedo de que me fuera a ir a alguna parte o de despertar en su cama estando solo y esto solo hubiera sido un sueño. Pero luego caigo en que quizá sea así como se coloca para dormir con su mujer y eso

me amarga el momento. ¿Estos somos nosotros o es solo un eco?

La respuesta a eso llega cuando, veinte minutos después, me despierto y veo que me está dando la espalda. Incógnita resuelta.

Esa postura es como él cree que la gente debería dormir tras follar, pero a él le gusta descansar solo. Él día que se permita ser como es de verdad, su vida mejorará.

Me abrazo a su cuerpo sabiendo que se conforma con muy poco para él. Solo da. Pero daría más siendo él mismo, no lo que la sociedad dice que dé. ¿Que no está listo para el sexo anal? Mentira, solo es otra cosa que se niega a sí mismo por tener que ser el hombre que se espera de él.

De pronto, se me ocurre una Aitorada. Ya sabéis... una de esas ideas que primero cabrean y luego acabas agradeciendo. Y para esta, necesito lubricante a mansalva.

No voy a violar a nadie, solo voy a hacer que desee que lo haga.

Me echo bastante cantidad en la mano y lo reservo. Creo que me he pasado, pero es igual. Lo primero es lo primero: despertarle con besos en el cuello masajeando su erección y sus testículos. Me tomo mi tiempo y lo hago con cuidado. Sé que está despierto, pero lo dejo remolonear un poco, hasta que se retuerce de ganas de más y busca mi lengua. Echa el cuello hacia atrás y nos morreamos mientras bombeo con más fuerza. Y solo entonces, comienzo a aplicarle el lubricante con suma delicadeza. Él se estremece.

—Shh... Déjame tocarte... Solo tocarte.

Lo hago en círculos mientras lo distraigo con mi juguetona lengua, y cuando ya le ha cogido el gustillo, llevo su mano hacia atrás para que acaricie mi erección. Notar lo dura que está hace que la fantasía de cómo sería asalte su mente. Y cuando vuelvo a pajearle con violencia, él me imita.

Mi otra mano sigue en su entrada y no me corto ni un pelo en meterle un dedo hasta el fondo. Le da un espasmo, pero no se aparta.

No dejo de dilatarlo con masajes cuidadosos, y pronto consigo meter dos dedos sin problema, provocándole un placer nuevo.

—¿Quieres que pare?

—No... —responde apenas sin respiración.

Entonces le sustituyo para bombear mi miembro y dejarlo embadurnado de lubricante, después dejo que compruebe lo deseoso que está.

—¿Sabes lo bien que encajaría dentro de ti en vez de mis dedos? —susurro en su oreja—. ¿Seguro que no quieres probarlo? Te va a encantar, confía en mí... Quizá no tengas otra oportunidad...

—Ponte un condón—dice entonces. Y se me para el corazón.

¡¿EN SERIO?! No imaginaba que sería tan fácil. Pero no me hago más preguntas. Ya sabéis. Preguntar, siempre después.

Alcanzo uno, me lo pongo, y me pego a su espalda, antes de que cambie de opinión.

Embadurno el condón de lubricante también y tanteo su entrada.

—Ten cuidado, por favor... —gime con pánico.

—Relájate —digo con voz calmada—. Confía en mí. Déjate llevar. Sé tú mismo. Vas a flipar...

Deslizo mi polla por su entrada varias veces a modo de tentativa y le hago desesperarse un poco. Cuando está a punto de quejarse, me abro paso dentro de él y suelta un bramido de satisfacción épico.

—¡Por Dios...!

—Relaja la zona... Espera... Ahora verás. Relájate, Enzo...

Obedece y aprovecho para salir y volver a entrar con suavidad, sin detenerme, cada vez con más ritmo. Sonrío al saber que pronto empezará lo bueno para él.

—Madre mía... —musita Enzo. Y suena a plegaria divina.

No se equivoca. Mi boca saliva de lo bueno que está siendo. De la supremacía de esta unión. De lo que estamos sintiendo por ser nosotros los que la llevamos a cabo.

—Más fuerte... —suplica entonces.

—¿Seguro?

—¡Sí, joder, vamos...!

Y con esa luz verde, comienzan los mejores dos minutos de mi vida hasta la fecha. Las fieras embestidas que le profeso le arrancan toda clase de gemidos. Cuando agarro su hombro para clavarme más profundamente en él, suelta unas cuantas blasfemias, y cuando veo que empieza a tocarse para llegar a lo más alto conmigo, me dejo ir con un:

—¡Joder, Enzo, me voy...!

Cuando llegamos al local, nos ponemos las camisetas y salimos a la barra como si no hubiéramos descubierto América. Marco nos ve, nos evalúa y niega con la cabeza.

Lo mismo he pensado yo...

No... una mentira no puede ser AMOR VERDADERO.

EL DÍA QUE SE PERDIÓ LA CORDURA

“Es muy distinto lo que una persona quiere, a lo que una persona necesita, a lo que una persona dice que quiere”

Javier Castillo



El día D ha llegado...

Sé que el encuentro de esta noche no tiene nada que ver con el desembarco de Normandía ni con liberar a Europa occidental de la ocupación nazi, pero yo me siento igual. Es como si toda mi vida me hubieran llevado en barco hasta este momento, y hoy por fin, fuera a tocar tierra firme para hacer justicia, avanzando hacia mi muerte.

¡CORTEN...!

Superproducciones aparte, tengo grandes esperanzas de que hoy terminen mis problemas y pueda retomar mi antigua vida. Y sobre todo, el contacto con ella. Con Freya.

Estas tres semanas han sido las más duras de mi vida porque no ha dejado de escribirme mensajes y de llamarme, y ha sido la hostia de difícil hacerle el vacío. Por ese motivo no me soporto ni a mí mismo.

Pero me conozco..., y si lo hubiera hecho, mi puñetera intensidad nos habría destrozado a los dos. Me hubiera saltado las normas, roto la distancia, y la habría puesto en peligro sin remedio. Debía ser responsable por una vez, ser fiel a mi postura y mantenerla a salvo. Lo que me escamó es que ayer me llamó dos veces, cosa extraña, y he tenido que venir en persona a preguntarle a Dani si Freya está bien o le había pasado algo.

—Su padre dice que está bien —dice cortando la llamada—. Jon ha hablado con ella hace una hora.

—Vale... —resoplo aliviado—. Me quedo más tranquilo.

—Aunque debe de estar odiándote mucho si no contestas a sus llamadas...

—¡No puedo! No quiero mentirle, y si se entera de lo que me traigo entre manos, no querrá saber nada de mí nunca más. ¡A su novio lo mataron esos mismos tíos! Tengo que solucionarlo primero...

—Estoy contigo, pero ¿qué tiene que ver eso con contestarle...?

—Que soy incapaz de mantenerme distante con ella. Empezaría el buen rollo, después el tonto, y por fin, las indirectas muy directas. Entonces querría verla o ella a mí y se acabaría enterando de que estoy involucrado en el mismo entramado peligroso que Christopher. Fin.

Dani aplaude complacido y consigue irritarme.

—¿Por qué te pitorreas?

—Porque hay una variable en tu discurso que no has tenido en cuenta...

—¿Cuál?

—¡Chico, no voy a hacerte los deberes, ya la averiguarás tú solito!

—Ten mentores para esto...

—¿Qué has dicho?

—Hace poco alguien me habló de esa figura, el mentor, y tú lo eres para mí. Es quien te aconseja y te descubre los misterios de la vida.

—También el que te hace favores y te ayuda, ¿no? Como un padrino.

—Sí, algo así.

—Sabes que si puedo ayudarte con algo, lo haré. Solo tienes que pedirlo.

—Lo sé...

—El problema es que no sabes pedir ayuda.

—Hay mucha gente que necesita ayuda, yo no puedo quejarme...

—Odio esa frase.

—¿Cuál?

—«No puedo quejarme». ¡Claro que puedes! Porque quien no llora, no mama. Siempre hay que aspirar a más. Si vas a por un diez, tendrás un ocho. Si vas a por un siete, te quedarás en un cinco. Y si vas a por el cinco...

—¿Qué?

—Ahí es cuando caes en las drogas, en el juego, o te conviertes en un amargado que no se soporta ni a sí mismo.

—Ese soy yo. —Sonrío falsamente.

—¿Qué necesitas, Lucas? Pídemelo... No soy tu padre, pero soy alguien que confía en ti al cien por cien. Tengo fe ciega en que conseguirás todo lo que te propongas. ¿Qué necesitas?

—Nada...

—¿Nada? ¿Dónde te ves dentro de diez años?

Los ojos empiezan a pesarme contra mi voluntad y una capa húmeda los recubre.

—Si mi padre me preguntara algo así... Pero no. Él solo me ataca.

—Cada uno lo hace como puede o como sabe. Yo no sé qué palabras mágicas decirle a Kali para que me respete... —lamenta—. Pero contéstame. No me has contestado. ¿Qué te ves haciendo en diez años?

—¿Recuerdas la oferta de trabajo de Freya?

—Sí...

—Pues soy yo. Yo soy el tío que la ha contratado para que se encargue del *marketing* desde cero de una nueva marca de surf.

—¿Cómo?!

—Cuando vi que Rip Curl se interesaba en ella, quise adelantarme y le mandé un *email*. La oferta que recibió son todos mis ahorros para el proyecto...

Su boca abierta no me da pistas de lo que piensa de mí.

Un segundo después, su sonrisa, me tranquiliza algo más.

—¡PERO, LUCAS...! ¡Eso es increíble!

—No tanto... Cuando se entere de que yo he sabido de ella por email estas tres semanas, haciéndome pasar por su jefe, mientras ella recibía silencio de mí, pensará que soy un puto egoísta.

—¡Joder...!

—Y encima, una vez lo diseñe todo y la empresa sea una realidad, no tendré fondos para lanzarla de verdad...

—¿Cuánto necesitas?

—No lo sé...

—Sí que lo sabes. ¿Cuánto?

—Cualquier cosa por debajo de medio millón sería ridícula... —digo derrotado—. Creo que hay que entrar a lo grande, haciendo ruido. Solo quería clasificarme en el campeonato para lucir una camiseta de mi marca cuando me entrevistaran...

Me mira maravillado.

—Te daré un millón.

—¡Ni hablar! —Y me da hasta la risa de pensarlo.

—Te daré un millón y cuando ganes tu primer millón, me invitarás a una comida.

—¡Dani, no! Olvídalo...

—Mi marido es rico.

—He dicho que no.

—Me construyó una filial del AIMS en el puto Byron Bay para mí solo...

—Que nooo.

—Está tan aburrido de la vida ¡que tiene una tienda de fotografía! ¿No te da pena?

Suelto una risotada.

—Ninguna, la verdad.

—A mí tampoco. Ha sabido invertir todo el dinero que ganó siendo futbolista y estaríamos encantados de participar en tu proyecto.

—Mi padre tiene dinero... —musito.

—Pero tu padre no es tu benefactor, lo soy yo. Un millón, Lucas. Aprovéchalo bien.

La sangre me hierve imaginando lo que podría hacer con todo ese dinero. Y encima sé que Dani no va a dejarlo pasar. Me insistirá hasta que acepte. Porque él no se rinde con nada.

«No te rindas, Lucas», oigo a Marco en mi cabeza. «Solo tienes que atreverte a cogerlo».

—No sé si podré devolvértelo... —digo con los ojos brillantes.

—No te lo he pedido. Solo he pedido una comida cuando consigas tu primer millón. Nada más.

—Joder... —Me llevo la mano a la cara porque las lágrimas han saltado desde mis ojos.

—Ven aquí, anda...

Dani me abraza y me resguardo en él porque la vida me espera con un millón en el bolsillo y... hoy es el día D.

—Gracias... —murmuro—. Gracias por todo.

—Siempre.

Vuelvo a casa y veo las cajas de Moonbow amontonadas en la puerta. Están clasificadas en bolsas de 250 unidades. A 5000\$ la bolsa. Y hay veinte... Es el día ideal para recibir la visita de la policía y que nos encierren a todos para siempre.

—¿Está Marco en casa? —pregunto a Aitor, que mira cómo Lenny juega a la Play en el sofá.

—No. Debe de estar con Luz por si esta noche la palma —responde sin dejar de mirar la pantalla.

—¿Y vosotros, no tenéis otra cosa mejor que hacer en vuestras últimas horas?

—No —contestan al unísono. Y sonrío. Qué imbéciles son... Pero esa respuesta solo significa que no piensan morir ni de casualidad.

Se supone que va a ser un encuentro amigable. Que vamos a ofrecerles una ofrenda de paz y vamos a firmar una tregua, pero que Marco nos haya dado tantas instrucciones por si algo se tuerce, me da mala espina.

Por la tarde, me persono en el Valhalla desde primera hora. Marco, Lenny y Aitor vendrán más tarde. Pero allí me están esperando los tres reyes.

—¿Y mi padre? —pregunto extrañado.

—En el hospital, con Cora y tu madre. Vendrá después...

—Mucho después —dice Mak con guasa—. Llevamos toda la semana hablando de que el encuentro será a las doce, pero en realidad será a las once. Él no puede venir.

—¿Qué?! ¡Cuando se entere, nos matará!

—Ya, pero si viene, nos matarán a todos. No sabes cómo las lía tu viejo bajo presión...

—No entiendo cómo se lo ha tragado —comenta Luk—. ¿Quién queda a las doce en un cementerio? ¡Es de locos! Está perdiendo facultades...

—Y tanto —dice Mak—. Sea como sea, no soportaría ver que sus hijos corren peligro.

—Pero no corremos peligro, ¿no? —intervengo—. Es decir, se supone que han aceptado nuestra oferta de paz: el dinero, el cargamento de Moonbow, la fórmula exacta... ¿Qué más quieren?

Que se miren y callen no me gusta nada.

—No sé, pero es mejor que Kai no venga. Es muy neurótico...

—¿Creéis que yo soy así?

—¡No! ¡Tú, no! —exclama Mak.

—Todavía no —Subraya precavido Luk.

—No le hagas caso. Llevas el ADN de tu madre. Eso borra todo rastro de neurosis.

—Y deja rastro de otra cosa... —murmura Luk.

—¿De qué?

—Ale, ale... Abre ya. —Me empuja Mak—. Es sábado y la gente espera.

—Pero a las once esto todavía estará abierto, ¿quién se quedará aquí cuando vayamos al cementerio?

—Ani y Mei. Volveremos al terminar. Y esperemos que en ese momento aparezca tu padre para decirle que todo ha acabado.

—Os va a matar.

—Cuando sepa que estáis a salvo, nos perdonará.

Media hora antes del encuentro, todos están ya aquí: Lenny con Charlotte, dándose arrumacos en la barra, exhibiendo lo bien que están; Aitor y Enzo de camareros con camisetas iguales. Mis tíos tomando algo en una mesa con sus mujeres, Borja con un grupo de admiradores y Marco en el despacho con Luz, haciendo Dios sabe qué sobre Dios sabe dónde... ¡Los van a volver a pillar en cero coma!

Mi tío Mak me mira y se señala el reloj. Es la hora. Debemos irnos.

Le hago una señal a Aitor para que vayan a cambiarse de ropa. Lenny me ve y le dice algo a Charlotte al oído. Después la besa. Mis tíos se levantan y mis tías ocupan la barra. Y yo salgo zumbando al despacho.

—Es la hora —digo sorprendiendo a Marco y a Luz besándose muy acaramelados sobre la mesa. Ella se baja de un salto, le dice algo en privado, y se va.

—Espero que vaya muy bien, Lucas —dice al pasar por mi lado.

—Gracias...

Miro a Marco.

—Estás a esto de que te pillen. —Le muestro una pequeña distancia entre dos de mis dedos.

—Concéntrate en tu vida, anda.

Menos de diez segundos después, aparecen todos y salimos a la parte de atrás para subirnos en los coches.

En uno iremos Aitor, Lenny y yo, junto con Enzo. Y en el otro Marco con mis tíos.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —se despide Marco—. No os desviéis del plan, ¿de acuerdo? Es muy importante que lo sigáis al pie de la letra. ¿Vale?

—Sí —respondemos todos.

—Aitor, nada de bromitas hoy; Lenny, pase lo que pase, mantén la calma; Lucas... muéstrate firme y convincente. No titubees.

—¿Cuándo titubeo?

—Cuando está tu padre. Por eso no ha venido, no por otra cosa. Sé tú mismo y todo irá bien. ¡En marcha!

Nos subimos a los coches y hacemos el camino en silencio.

—¿Qué creéis que ha querido decir con nada de bromitas? —dice Aitor.

—Pues eso mismo. Que no hables. Solo ponte donde te ha dicho.

—De cebo, ya. ¿Cebo de qué si puede saberse? Porque si va a aparecer un Rex y se me va a comer como a la cabra, me gustaría saberlo.

—Aitor... —Lo aviso.

—¡Estoy de broma! Que parece que vamos a un entierro...

—Te acaban de decir que «Nada de bromitas» —remarca Lenny.

—Y a ti que mantengas la calma.

—Contigo cerca eso es difícil...

—Callaos ya —ladro—. Estamos llegando.

Nos adentramos en el sendero número tres y aparcamos el coche dejando espacio delante, como nos ha indicado Marco.

—Bienvenidos a *Parque Jurásico*... —murmura Aitor.

—Salid del coche y poneos en posición —ordena Enzo.

Obedecemos y me fijo en que, a cada segundo que pasa, Aitor va poniéndose más nervioso. Enzo lo tranquiliza con susurros y me siento mal de no ser yo, porque una de mis misiones en la vida es que Aitor siga siendo Aitor a pesar de todo.

Oímos ruidos extraños provenientes de la vegetación colindante y un silbido conocido, el de mi tío Luk. Para decirnos que están muy cerca pero ocultos. Respiro más tranquilo. Si han salvado tantas veces a mi padre, será por algo...

Cinco minutos después, los faros de un coche perturban la oscuridad del camino principal y giran hacia nuestro sendero, aparcando de frente a nosotros, tal como predijo Marco. ¡Ya están aquí!

Son los tíos que mataron a Chris e intentaron colgarme su muerte.

Los tíos que secuestraron a Charlotte...

Los que intentaron atropellar a Freya y casi matan a mi hermana...

Aprieto los puños y me dan ganas de sacar el arma que llevo encajada en la cintura, quitarle el seguro y matarlos a todos.

—Buenas noches, señor Morgan... —dice una voz. Un puta voz horrible que reconozco muy bien. Es la del viejo psicópata, el amiguito del capitán que estaba empeñado en matar a Freya si no le contaba de dónde sacaba el Moonbow. ¿Él es el mandamás? Lo dudo mucho.

Probablemente, sea su mano derecha.

—Buenas noches, señor Smith —¿Cómo olvidar su jodido nombre?

Con él han venido los MEN IN BLACK. Son tres, más el conductor que se ha quedado al volante. Dos de ellos son los mismos sicarios de la otra vez, pero al tercero no lo identifico al quedar en la penumbra y ser negro. Pero es alto, musculoso y joven.

—¿Habéis traído el Moonbow y la fórmula? —pregunta el viejo.

Hago una señal a Lenny y a Enzo para que saquen las cajas del coche y las dejan apiladas en un punto medio con el papel de la fórmula encima.

Dos de sus sicarios se acercan a recoger el paquete y de pronto Enzo dice:

—¿Kali...? ¿Eres tú?

Me fijo mejor ahora que la luz de los faros lo alumbra un poco y... ¡Sí, joder, es él! No me lo puedo creer... ¡¿Qué hace con ellos?!

Kali arruga la expresión al reconocer a Enzo.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —contesta nervioso.

—¿Os conocéis? —pregunta el viejo.

—¡Claro que nos conocemos! ¡Es mi primo! El más gilipollas...

—¡No somos primos porque tú eres un puto adoptado de mierda!

Abro mucho los ojos. ¡¿PERO QUÉ COÑO...?!

—Joder, siempre has sido el perrito faldero de Los Morgan...

—¡Maldita sea, Kali, te dije que no te metieras en problemas!

—¡Y ahora entiendo por qué! ¡Es un puto policía...! —lo delata—. ¡Los Morgan están con la poli! ¡Esta tregua es una trampa!

—¿Es eso cierto? —pregunta el viejo cabreado.

—¡Nooo! —grita Enzo—. ¡Eres un hijo de puta!

—¡Matadlos a todos! —berrea el señor Smith.

Todo ocurre a cámara lenta en mi cabeza. Y no sé cómo recuerdo las indicaciones de Marco: mano al arma, te agachas, ruedas por el suelo y apuntas al objetivo. Pero mientras ruedo escucho ya varios disparos y un miedo atroz por Lenny y Aitor paraliza mis articulaciones.

Al levantar la vista, veo a Kali, con la mirada desencajada y el arma en alto, apuntando hacia donde estaban Lenny y Enzo. Sin duda, está viendo algo horrible.

—¡VÁMONOS DE AQUÍ! —ordena el viejo.

Esa frase despierta del *shock* a Kali y se mueve rápido sustrayendo el papel donde está la fórmula del Moonbow. Acto seguido se sube al coche de los narcos a la voz de «¡Arranca ya!». El vehículo da marcha atrás a toda velocidad y derrapa con la gravilla del camino.

Me levanto de un salto y corro hacia donde estaban Lenny y Enzo. Aitor aparece súbitamente a mi lado, chocando contra mi cuerpo, y lo que vemos nos deja aterrorizados. Lenny y Enzo están en el suelo y, a pesar de estar oscuro, discernimos que hay mucha sangre. Lenny tiene los brazos manchados, pero es de presionar una herida en el abdomen a Enzo.

—¡NOOOO! —grita Aitor—. ¡Dios mío...! ¡Aguantate, Enzo!

Se agacha a su lado y yo me llevo las manos a la cabeza, con la pistola incluida. ¡Esto no está pasando...!

—¡MARCO! ¡MAK! ¡LUK! —grito desesperado y me agacho junto a Lenny.

—¿Tú estás bien? ¿Te han herido?

Niega perturbado, sin dejar de presionar la herida. Seguro que la sangre le trae malos recuerdos.

—¡No te mueras, por favor! —grita Aitor exasperado—. ¡Tienes que vivir...!

Que Enzo tenga los ojos cerrados me apretuja la garganta de una forma que apenas puedo respirar, sobre todo viendo el sufrimiento de mi hermano.

Aitor apoya su frente en él y solloza desconsolado.

—¡Por favor, por favor, por favor...! Te quiero... Resiste...

De pronto, Enzo abre los ojos de golpe y le pido a lo más sagrado que parpadee y no se quede con la mirada fija para siempre.

—Tranquilo... —musita—. Estoy bien... Ya puedes parar Lenny...

Aparta sus manos ensangrentadas de él y se incorpora. Después mira a Aitor y repite:

—Estoy bien. No estoy herido.

—¡¿Y TODA ESTA SANGRE?! —grita Aitor desconcertado.

—Es de mentira. —Se levanta la camisa y vemos una bolsa reventada atada a su tripa.

—¡¿QUÉ?! —grito yo por todos—. ¡¿Qué coño significa esto?! —

—Significa que ha salido bien... —responde Marco a mi espalda.

Todos nos giramos y vemos a Luk y a Mak detrás de él.

Enzo se pone de pie y va junto a Marco.

—Buen trabajo... —Le presiona el hombro.

—Buena puntería —dice Enzo a Luk y a Mak.

—¡¿Vais a contarnos qué coño pasa?! —les grito. Lenny y Aitor están demasiado atónitos, me temo.

—Pasa que venían a liquidaros, chicos —Habla Marco—. Me di cuenta de que no se creían que fueras a ser el nuevo capitán, Lucas, y eso es porque sabían que estabas trabajando con la policía.

—¿Cómo lo sabían?

—Porque, probablemente, el jefe de la policía esté detrás de esto siendo tan íntimo amigo del capitán...

—Siempre la misma mierda —confirma Mak.

—¡¿Cómo puede ser?! —Alucino—. Esto es el fin...

—No lo es. Solo necesitábamos un nuevo plan. Lo primero, hacer que supieran que no estáis desprotegidos frente a un ataque. Dos de los suyos han caído. —Señala los cuerpos en el suelo.

Me sorprende que verlos no me afecte lo más mínimo. Ahí están bien.

—¡¿Y por qué no nos contasteis el nuevo plan?! —Me quejo.

—¡Eso...! —salta Aitor enfadado—. ¡¡Me he llevado un susto de muerte!!

Enzo y él se miran y el poli aparta la mirada. Supongo que avergonzado porque le ha soltado un *Te quiero* y a los hombres casados no se les quiere a no ser que... se dejen querer. Ejem...

—Vuestra reacción tenía que ser real para que se creyeran que Kali es de los suyos...

—¡¿Kali no es de los suyos?! —pregunta Lenny desconcertado.

—No. Es de los nuestros. La pieza clave. La única esperanza que teníamos. Solo podremos llegar al número uno desde dentro... Y ahora que Kali ha disparado a un policía y ha tenido el tino de coger la fórmula, confiarán en él. Es vuestro enemigo natural, todo el mundo lo sabe.

—Exacto. ¿Por qué haría eso por nosotros? —dice Lenny desconfiado.

—Porque quiere vengar a Christopher. Y cuando supo que el jefe de la policía estaba implicado, se dio cuenta de que era el único modo de atraparlos.

—¡Casi me da algo, joder...! —gruñe Lenny mirándose las manos.

—¿Estás bien, hijo? —pregunta Luk preocupado.

—Sí, tampoco es que me importe tanto este imbécil...

—¡Oye...! —se queja Enzo.

—Pues a mí sí —sentencia Aitor cabreado—. ¡Sois todos unos insensibles! ¡Me lo tenías que haber dicho! —le grita a Enzo—. Soy un actor de la hostia, ¿vale? ¡Veréis cuando se entere mi padre del riesgo que hemos corrido! ¡Os vais a cagar! ¡Quiero irme! —Me mira directamente—. YA.

Nunca había visto a Aitor tan enfadado. Nunca. Abre la puerta del coche y se sube detrás.

Lenny mira a Marco y a los mayores y niega con la cabeza decepcionado. También se sube.

Los tres figuras me miran para que les eche más mierda encima, pero no puedo, aunque esté cabreado. Ha sido una jugada demasiado brillante y sé que Luk no se arriesgaría a poner en peligro a Lenny. Los tenían a tiro. Los tenían a tiro desde el principio, posicionándonos en ángulos perfectos para abatirlos sin darnos a nosotros. Son...

—Muchas gracias... —digo sin más. Me sale del alma.

Todos asienten o hacen algún gesto que significa «de nada», pero ninguno lo formula para no exponerme delante de mis hermanos. Lenny es mi primo, pero como si lo fuera. Los han salvado. Es lo único que importa.

—Ahora iremos. Cuando limpiemos esto... —Señala los cadáveres.

Me veo tentado de preguntar qué van a hacer con ellos, pero con una sola mirada Marco me aconseja que no lo haga.

—¿Y el Moonbow? —No puedo evitar pensar.

—Enzo lo llevará a comisaría, incautado.

—¿Y nos habéis hecho matarnos a fabricarlo sabiendo esto?

—Es clave —expone Marco—. Quiero ver qué hacen con él... Es un alijo muy tentador y tiene fecha de caducidad. Así descubriremos a los topos en la policía, porque si son listos, lo sustituirán por golosinas, o eso es lo que haría yo. Es un cebo, Lucas. El auténtico cebo...

Los miro a todos, uno a uno, y creo que nunca me he sentido tan maravillado y frustrado al mismo tiempo. Quiero ser como ellos.

Me subo al coche y salgo del cementerio en silencio. Estamos tres minutos callados hasta que me veo en la obligación de decir:

—¿A dónde vamos, chicos?

Porque sé que esta noche no vamos a irnos cada uno por su lado. Algo me dice que permaneceremos juntos.

—Me da igual —masculla Lenny.

—Yo no quiero ir a casa —comunica Aitor—. Ni al Valhalla... No quiero verles. ¡Nos tratan como a putos críos! Estoy harto...

—Estás cabreado —señalo—. Y yo también. Pensaba que hoy terminaría todo... Que iba a poder seguir con mi vida y con mis sueños. Pero no... Me tengo que ir despidiendo de todo —Aprieto el volante con las manos y me doy cuenta de que no estoy para ir a casa.

—¿Queréis venir conmigo a donde nadie nos encuentre?

—Sí.

—Siempre.

—De acuerdo. Nos vamos al Club Manhattan.

—¿Eso no es un club de striptease? —dice Lenny extrañado.

—¿Por qué crees que nuestros padres sobrevivieron tantos años en esta mierda?

TE ODOIO, PERO BÉSAME

“El exceso de franqueza puede producir sensación de mareo y vómitos”

Isabel Keats



Los cementerios me gustan poco. Y por la noche, menos. Y si le añades delincuentes con armas, ya ni te cuento..., aunque la mía fuera de fogeo. Ha sido todo tan real que casi me vuelvo blanco del susto.

—¡Has estado muy bien, chaval! —celebra el señor Smith—. ¡No me puedo creer que hayas cogido la fórmula! ¡Menudo fichaje!

—Gracias, señor.

Flipo de que esté tan contento cuando acaban de abatir a dos de sus hombres. ¿Tan remplazables son?

«Chris lo fue», rebota dentro de mí.

Al mínimo problema lo quitaron de en medio de un plumazo. Como si no valiera nada. Como si su vida y todo lo que tenía todavía por hacer no fuera importante.

—¡Y has disparado a un poli! ¡Qué huevos tienes! —Se ríe—. ¡Y encima era de tu familia! —Se carcajea más fuerte.

—No es mi familia. Es un sabiondo que siempre me sacó de quicio.

—Por matar a un poli te puede caer la perpetua.

—Igual no ha muerto. Aunque me da igual si vive o muere, sinceramente.

—A mí más. Lo importante es que has demostrado que eres de fiar. ¡Pásame la fórmula!

Se la doy.

—Maravilloso... —musita leyéndola—. No te preocupes, chaval. Acabas de entrar en la organización por la puerta grande y no te va a faltar de nada. A Austin le vas a encantar...

AUSTIN. Imagino que ese es el objetivo que está buscando Marco.

—Así que odias a Los Morgan...

—Desde siempre. Me zumbaba a su hermana solo para joderles.

Rompen a reír.

—¡Y bien que disfrutaría, la muy guarra!

Aprieto los dientes. No pasa nada... Llevo apretándolos toda la vida y hasta ahora han resistido bien. No puedo fallar ahora.

—MUY guarra —subrayo—. Aunque ya no me sirve, porque era la tía a la que atropellasteis y

ahora parece un puto Picasso. ¡No sabría por dónde metérsela!

Se ríen y yo con ellos. Una de esas risas de loco que desprenden muchas ganas de llorar.

—Te conseguiremos otro coñito, tú, tranquilo. Hay para aburrir...

«Sí, pero las Morgan son de otra especie», hubiera replicado.

Cada una tiene un extraño superpoder. Toda esa puta familia... Pero me callo e intento que mi corazón se estabilice en un ritmo normal, ahora que el coche circula a una velocidad menos peligrosa.

El señor Smith hace una llamada y cuenta lo sucedido a alguien.

—Brett y Connor han caído. Sí. Tenían a gente. Eran profesionales. Polis, quizá... No podemos volver a arriesgarnos así. Están cubiertos.

El interlocutor se caga en todo. No entiendo lo que dice, pero grita.

—Ya, pero lo bueno es que tengo la fórmula. ¡Sí, joder! ¡Ya no los necesitamos! Empezaremos desde el principio en otro local, y cuando llegue el momento, les daremos un golpe que no olvidarán.

Marco tenía razón. Solo estarán a salvo si los matan.

—¡Sí, lo sé, se sirve mejor fría! Podemos darles hasta un año de falsa seguridad para dejar que construyan algo bonito que podamos destruir con más ganas. Eso es...

Inspiro hondo para que no se note que me asquea lo que dice.

—El chico muy bien. No veas qué fichaje... ¡Sí! ¡Hasta mañana!

Cuando cuelga se estira y dice:

—Llévanos al Manhattan. Necesito ver algo bonito...

¿Ahora se me llevan de putas?! ¡Si ya no se me levanta! En buena hora accedí a hacer esto... ¿En qué coño estaba pensando?

La culpa es de Marco. Me abordó en un momento muy vulnerable.

He pasado una temporada de mierda desde que murió Chris. Hoy hace justo un mes... Y se fue en el peor momento posible.

Durante el Blue Festival tuve la mala idea de probar el Moonbow, creyéndome una persona normal, pero como no lo soy, me dejó la cabeza como una puñetera jaula de grillos. No volví a ser el mismo... O quizá volví a serlo, el de antes..., y ese fue el puto problema.

Chris fue el único que me ayudó a sentirme mejor, y a los pocos días, apareció muerto. Me pilló tan por sorpresa que no preví cómo me afectaría todo. Y para rematar, pocos días después del entierro, atropellaron a Cora...

Desde entonces, vivo la vida de otro, porque ESTE no soy yo.

Decir que estaba roto en mil pedazos cuando me metí en una habitación de hotel con Lía Morgan y el maldito Mikel Solki de los cojones, sería quedarme muy corto...

No he querido analizar lo que pasó porque fue un puto sinsentido, pero juro que al día siguiente de la inauguración del Valhalla mi cabeza no regía bien y le dije que sí a todo a Marco sin pensar.

Vino a buscarme a mi casa, el muy cafre.

—Kali, tienes visita —avisó mi padre entrando en mi habitación. Lugar donde me había recluido por si se me ocurría hacer otra idiotez.

Cuando vi que era Marco, comprobé que no llevara armas en la mano y hubiera venido a terminar lo que prometió.

—¿Podemos hablar? —preguntó con cara de cordero degollado.

—Ahora salgo...

Me calcé y me esperó fuera. Casi tenía la esperanza de que acabara conmigo porque era uno

de esos días en los que no quería seguir viviendo. No después de que pasara *ESO* entre Lía y yo.

—¿Qué quieres?

—Vengo a pedirte perdón...

Levanté una ceja.

—¿Por qué?

—Por amenazarte ayer con mi arma. Lo siento mucho... Estuvo totalmente fuera de lugar. Es que... me dieron Moonbow y...

Fue oír ese nombre y empezar a darme pena. Parecía agobiado.

—Tranquilo... Lo entiendo.

—No tengo nada en tu contra, en serio. Ni una bala con tu nombre.

—¿Estás seguro? Porque no me vendría del todo mal...

Me miró como si no le hubiera sonado a broma. Como si supiera que había intentado tirarme del peñón de THE PASS. Seguro que Lía se lo había contado...

«LÍA...».

Un flash de esa maldita habitación de hotel pasa por mi mente.

¿Por qué me ofrecí a ir con ellos? ¿Por qué no asusté al fotógrafo para que la dejara en paz y punto? ¿Por qué tuve que ser testigo...?

—¿Estás bien? —me preguntó Marco extrañado.

—Perfectamente. ¿Y tú? Supongo que el Moonbow ha causado unos cuantos estragos en tu vida...

—Pfff... Ni te lo imaginas. Charlotte me lo advirtió, pero no pensé que fuera para tanto...

—Es un peligro. ¿Por qué han vuelto a fabricarlo? Por culpa de esa droga mataron a Chris. No voy a perdonárselo en la vida...

—Tuvieron que fabricarla por la pelea que tú iniciaste, no lo olvides. Tú también tuviste algo de culpa...

—Lo habría hecho cualquier otro.

—No, tío. Tenía que ser alguien que los conociera bien y le diera a Lenny justo donde más le duele.

Bajé la mirada.

—Tú también tienes parte de culpa.

—Gracias... Si antes quería morirme, ahora más.

—En vez de lamentarte, podrías ayudarnos a atrapar a quien lo hizo.

—¿Cómo?

—¿Quieres ir a dar una vuelta por la playa y te lo cuento?

Surgió entonces uno de esos instantes en la vida en los que la has cagado tanto el día anterior que solo puede ir a mejor. Y ambos desprendíamos la misma energía. Nos sentíamos igual. Era como formar parte de un grupo llamado «La vida después de probar el Moonbow».

Me gustó que dijera que solo lo sabríamos Enzo, él y yo.

Me gustó la estrategia para que los narcos me creyeran.

—Tienes el perfil ideal. Siempre has odiado a los Morgan y buscas venganza por la muerte de tu amigo. Ve a ver al capitán y pregúntale cómo puedes ayudar a eliminarlos. Te creará. Él acudió a ti, después de todo...

Me dijo que había topes de los narcos infiltrados en la policía y que debíamos montar aquel numerito en el que Enzo me impidió visitar al capitán, pero volví cuando él no estaba en comisaría y coló.

—No te preocupes, chico, tus deseos se van a cumplir muy pronto.

—Quiero verlo en primera fila. Cargarme a Lenny Morgan en persona sería un placer. ¡Son unos chulos de mierda! Si vieras lo que han hecho con tu local... ¡Pretenden hacerse con el control de todo! Y no pienso permitirlo...

El capitán sonrió convencido de que mi odio era real. Supongo que porque lo era.

Pero como todo buen Supermán, también tenía mi Kryptonita, y esa era Cora. Que le hubieran hecho daño superaba a todo lo demás. Y no descansaría hasta verlos a todos muertos... También por Chris.

Con lo que no contaba es con Lía... Ni con que Cora me pidiera el favor de salvarla de ese salido cuando encima yo le debía una.

Tenía un gran historial de batalla con esa Morgan, pero cada día tenía más presente que, si no fuera por ella, seguramente me hubiera arrojado desde esa barandilla. En ese momento lo veía todo tan negro, pero tanto, que no podía salir de esa espiral.

Es cierto que no dormir puede matarte. Porque te vuelve loco...

Así que me planté en el Valhalla, dispuesto a pagar favores y a ser un héroe, pero cuando la vi, dudé de si era ella o una famosa.

Estaba irreconocible. Pero eran sus ojos azul profundo. Sus labios carnosos. Su piel blanca como la leche apretada en un suculento canalillo que acentuaba cerrando la prenda que tenía deslizada por los hombros contra él.

Ese tío se había mareado al ver tal buffet libre tipo *All you can eat*.

Discutimos hasta que Lía me pegó; nada nuevo sobre el horizonte. Había perdido la cuenta de las veces que me había pegado en su vida y ya le había cogido el gustillo. Molaba sentir que tenía el poder de desatar su personalidad límite, esa a la que pocas veces recurre, esa de la que eres capaz y no lo sabes. Y lo más curioso es que los Morgan hacían lo mismo conmigo.

Salimos del local y cometí el tremendo error de decirle que cualquier hombre podía desecharla cuando me había esforzado toda la vida en hacerle pensar lo contrario.

¿Por qué? Porque yo soy así. Me he criado en la selva y solo conozco la ley del más fuerte, y, en cuanto tuve uso de razón, supe que ella era una rival potente a la que debía debilitar si no quería que me arrollara con su mordaz personalidad. Aun así, lo conseguía muchas veces gracias a su inteligencia sobrenatural.

Como mujer no me atraía en absoluto, CERO, pero podía estar haciéndola rabiar horas, normalmente, hasta que alguien nos decía que nos calláramos ya.

Batirme con ella era divertido. Casi adictivo. La dosis de serotonina que me mantenía mentalmente activo y en alerta, pero así como dichas bofetadas no hacían más que echar leña al fuego, demostrando hasta dónde llegaba mi influjo sobre ella, también hubo un puñado de «caricias» virtuales, nunca físicas, que regulaban la balanza de odio cada cierto tiempo. Si no, creo que ya nos habríamos matado.

El resultado de pelearnos tanto, de hacer comparativas punzantes, de atacar filias y fobias y de ir provocando con temas tabú, es que al final nos conocíamos bastante bien. Y hace un par de años, en mi cumpleaños de los dieciocho, mis padres organizaron una gran fiesta en la que Cora apareció para darme un regalo.

Lo abrí ilusionado, y cuando vi lo que era, aluciné en color.

—¿¿Dónde lo has encontrado?!

—Me lo ha mandado un tío de la India. —Sonrió satisfecha.

—¿¿Pero cuánto te ha costado?!

—Eso no se dice.

—¿Madre mía, Cora...! ¡¡MUCHAS GRACIAS!!

Alcé el cromo plastificado de Son Goku 139 de FusionWorld y después la abracé con fuerza, manteniéndolo debidamente apartado de nosotros.

—Es el regalo más increíble que me han hecho nunca...

—Me alegra que te guste. Lía me dijo que con esto acertaría seguro.

El *shock* de oír esa frase me duró dos semanas. Estuve tentado de darle las gracias o preguntarle cómo lo había sabido, pero temía que eso incidiera en el curso natural del universo. Al final, se me olvidó y volvimos a nuestra apacible guerra.

El jodido fotógrafo insistió en que fuera con él con bastante ahínco.

—No dejes que tu amigo te fastidie esta oportunidad. ¡Déjame hacerte unas fotos...! No me importa que mire, en serio. Si no se fía...

—No me fío —sentencié.

—¡Venga, vamos! —Vino a buscarla—. ¡No te arrepentirás!

Su hotel quedaba cerca y cuando subíamos en el ascensor tuve que recordarme que estaba haciendo aquello por Cora y un poco por lo mucho que parecía molestar a Lía mi presencia allí.

Llegamos a la habitación, bastante pequeña, debo decir, y el tal Mikel empezó a improvisar un escenario con un foco con trípode, un panel reflector que sospechosamente tenía muy a mano y mil detalles más que... ¡el tío había traído para cazar a una presa esa noche!

—¡Ya está! —exclamó viendo su gran obra—. Solo faltas tú.

—¿Dónde me pongo?

—Siéntate en la cama. Con las piernas juntas hacia un lado.

«A ver cuánto tiempo tarda en pedirle que las separe...», pensé poniendo los ojos en blanco.

—Para que te relajes y te sea más fácil adoptar el *vibe* que necesito, te voy a poner música.

«¿Qué *vibes* tiene una porno?», quise decir. Pero solo me crucé de brazos y suspiré mi hastío.

—Tú siéntate en esa silla, por favor. No quiero que la distraigas ahí plantado... Eres muy alto.

Lo hice, aunque implicara alejarme un poco y darles más intimidad.

Lía empezó muy cortada. Mirándole a él y a mí, mientras se mordía los labios. Hasta que Mikel apartó la cámara y le dijo que me olvidara. Que solo oyera su voz y pensara que estaba sola.

Y aunque parezca increíble, su estrategia para desnudarla fue tan sutil que ni yo mismo me di cuenta hasta que era demasiado tarde.

—Bien, preciosa, muy bien... Sonríeme como si supieras todos mis secretos. ¡Genial! Ahora como si yo supiera que los sabes... ¡Perfecta! Tienes un don para esto.

Pon el pie aquí, pon la mano allá... Al final de cada frase añadía una pequeña explicación para justificar con tecnicismos el ir un paso más allá. Y por supuesto, haciéndola creer que estaba captando algo nunca visto.

—No sabes la luz que desprendes, Lía... Déjame hacerte algunas sin el jersey, por favor.

—Es que no me gustan mis brazos...

—En mis fotos te van a gustar. Confía en mí. Además, ¡toda la atención se la llevan tus ojos! Son realmente increíbles. Venga, quítatelo...

Cuando lo hizo, dejó al descubierto un tentador escote que el tío se hinchó a fotografiar. Tener las manos libres le permitía a ella adoptar nuevas posturas en las que lo lucía mucho mejor.

—Así, muy bien, enorgullécete de él. Es precioso...

Claro que lo era, y más en esa postura. Dos redondeces brutales más grandes que mi cabeza...

Me relamí los labios y, aunque ya estaba cruzado de brazos, los cruce todavía más, agarrándomelos por encima para protegerme de esa imagen. De que me ardiera todo el cuerpo sin saber por qué.

—Mírame juguetona... Te tengo. ¡Madre mía, qué sonrisa! Hazme creer que te estás ofreciendo a mí... Convénceme de que te intereso...

Y vaya si lo hizo. Se puso de rodillas, abierta de piernas, como si fuera a follarse el colchón, y se agachó apoyando una mano en medio, mostrando su profundo escote y su mirada afilada. ¡JODER!

¿Desde cuándo era tan flexible? ¿Y desde cuándo sabía mirar así?

—Estás estupenda... —dijo Mikel con la voz tomada por el deseo.

Y me dio pánico pensar que si yo tuviera que hablar, sonaría exactamente igual.

—¿Puedo probar yo algo? —preguntó ella animada.

—Claro, haz lo que quieras... Lo que te nazca...

Nunca. Jamás. Le digas eso a un Morgan.

De repente, se transformó en alguien que tenía muy claro lo que quería: provocar un incendio en nuestros pantalones.

Su mirada de diablesa fue clave, pero lo de que se rozara los labios con su pulgar y jugueteara con ellos, lo chupara y luego lo bajara resbalando hacia la zona más profunda de su escote fue demasiado para mí. ¡¿Quién era esa chica?!

A Mikel le costaba cada vez más respirar. Igual que a mí. Era como si nos estuviéramos quedando sin oxígeno en la habitación por momentos.

Sin verlo venir, Mikel dejó la cámara y se lanzó a su boca sin ningún tipo de cavilación. Ella gimió en sus labios y le besó con soniditos lascivos. Estaba cachonda. Todos lo estábamos, porque al levantarme de golpe noté un bulto en mi pantalón.

—¡Parad! —Lo empujé del hombro para separarlo de ella.

—Kali, vete de aquí —masculló Lía rabiosa—. ¡Vete ahora mismo!

—No pienso irme.

—Pues únete a nosotros —sugirió él—. Tu amiguito está dispuesto.

Señaló mi pantalón y los ojos de Lía fueron a parar a mi erección.

Nos quedamos todos en silencio, casi jadeando.

Y ese segundo de duda, ese puto segundo de duda fue lo que lo jodió todo.

Porque ni yo me negué ni ella protestó, solo nos miramos. Y eso fue demasiado para los dos. Imaginar que me acercaba a ella y...

—Vámonos de aquí. —La agarré a la fuerza.

—¡¿Pero qué te pasa?! —gritó ella—. ¡Vete y déjanos solos!

—Me voy, pero tú te vienes conmigo. —La arrastré sin que pudiera evitarlo.

—¡KALI, NO! ¡¿Pero de qué vas?! ¡Suéltame!

—Noto *vibes* de celos por aquí... —dijo el colega—. Lo mejor es que os vayáis. Toma tu jersey.

—¡No!

—En serio, se me ha bajado y ya tengo un millón de fotos buenas. Largaos de mi habitación.

—¡Esto es increíble! ¡Me las vas a pagar...! —amenazó mientras la empujaba fuera.

—Adiós, rarito —me despedí de él. Y cerré la puerta.

Una vez se vio libre, bajó las escaleras hasta la calle muy cabreada.

—¡Esto es lo peor que me has hecho nunca! ¡Me acabas de joder un polvazo! ¡Ya es lo máximo...!

—¡Estabas muy sugestionada! ¡Hasta a mí me ha sugestionado!

—¡Sí, ya lo he visto! —Miró mi entrepierna—. ¡No sabía que te pusiera tan cachondo!

—¡Ni en tus sueños, chavala! —Me acerqué a ella amenazante.

—¡Ah, ¿ahora lo he soñado?! ¡Has estado a punto de lanzarte sobre mí! —me gritó muy cerca —. ¡Y creo que eso es lo que te cabrea tanto!

—¡Y A TI TE CABREA QUE NO LO HAYA HECHO! —Me quedé a un palmo de su cara.

Nos mantuvimos la mirada como dos salvajes, y no sé cómo..., NO SÉ CÓMO, mi vista se desvió hacia sus labios y la suya hacia los míos. Fueron dos segundos más de locura, flipando porque mi boca tuviera la intención de avanzar. Ella registró el gesto y reaccionó con algo parecido al anhelo. ¡FUE UNA PUÑETERA LOCURA!

Logré apartarme de ella y me marché completamente desquiciado.

No comprendía la traición de mi cuerpo. No lo concebía. ¡Si la odiaba! Y ella a mí, con todo su ser. ¿Cómo se atrevía a mirarme así?

No recuerdo ni cómo llegué a casa. Pero fui directo a la ducha. Bien fría. Necesitaba quitarme esa sensación de encima.

Cuando por fin me tumbé en la cama, consulté el móvil.

«¿Cómo ha ido? ¿Está a salvo?», eran mensajes de Cora.

«Todo Ok», escribí sin más. Y apagué el teléfono por si se le ocurría llamarme. Apagué hasta la luz para que nadie viera mis ojos abiertos en la oscuridad. Ni mi cara de pasmo. Tenía que asumirlo, me estaba volviendo loco.

No querer besar a Cora. Una diosa.

Empalmarme por Lía. Una go...

Esa fue la primera vez que mi mente cortocircuitó al pensar en esa palabra. Una que solía usar muy alegremente como un escudo humano. Un escudo para recordarme a mí mismo que ella no era una opción. Pero esa noche, en esa habitación, mi cuerpo la deseó intensamente contra mi voluntad. Y de madrugada, mi mente hizo de las suyas... porque me desperté igual que lo hice a los dieciséis tras tres semanas sin eyacular por una leyenda urbana que decía que estar un mes sin correrse te volvía más listo...

No lo achaqué a la sesión de fotos de Lía, sino a que desde que Chris murió no había pensando en sexo ni un solo día, y claro...

Marco me dio indicaciones de lo que tenía que hacer, antes y después del encuentro de la tregua. Nos dio hasta el guión de la discusión que tuve con Enzo antes de que le disparara y me dijo que le dejara una nota a mis padres, anunciando que necesitaba irme un mes para pasar página de todo.

—Sé fuerte, Kali. Una vez dentro no sé qué te obligarán a hacer, pero sea como sea, gánate su favor. Tú puedes... Tienes lo que hay que tener.

—¿Para ser malo?

—Para ser valiente. Has salido de situaciones mucho peores, ¿me equivoco? Cuando eras solo un niño...

Aparté la vista. ¿Cómo coño lo sabía? Nadie sabía nada de eso. Ni siquiera mis padres.

—Ahora eres un hombre —continuó—, y confío en ti.

El problema es que yo ya no me fío de mí mismo...

De un tío que tiene sueños húmedos con su máxima enemiga, que encima es hermana de su ex.

Un tío que acaba de meterse directamente en la boca del lobo más hambriento y letal de Nueva Gales del Sur.

SENTIDO Y SENSIBILIDAD

*“No es el tiempo ni la ocasión
los que determinan la intimidad; es sólo el carácter y la disposición de las personas.”
Jane Austen*



Quizá sea un psicópata, pero ¿y lo bien que sienta fulminar a un matón que se atreve a empuñar un arma contra tus cachorros? Ufff....

Y no soy el único, mi *BadAss* está pletórico.

El que no está tan contento es Kai, que, en cuanto nos ve entrar en el Valhalla, se lanza sobre nosotros para gritarnos.

—¡¿OS HABÉIS VUELTO LOCOS?!

—No. Ya lo estábamos.

—¡¿Cómo habéis podido dejarme al margen?!!

—Era lo mejor —habla Luk—. Ya llevas mucho encima con lo de Cora...

—¡¿Y si hubiera pasado algo?!

—No ha pasado —tercia Marco—. Cálmate, ¿vale?

—Joder... —Se toca el pecho intentando frenar un infarto inminente—. ¿Dónde están ahora los chicos?

Luk, Marco y yo nos miramos circunspectos.

—Eh... Se supone que hemos quedado aquí —informa Luk—. Pero igual no vienen porque estaban un poco enfadados. Sobre todo Aitor. Pensaba que Enzo había muerto...

—¡Se queja de vicio! —apunto—. ¡Yo estuve dos semanas creyendo que Luk había muerto! Los jóvenes de hoy en día no aguantan nada. ¡Ha sido un minuto contado! No han oído un «Hora de la muerte» con un pitido eterno de fondo. ¡Son unos flojos!

—Ya te digo... —confirma Luk.

—Menos mi hijo —digo con orgullo agarrando a Marco—. Este es de la vieja escuela. Un puto genio.

El aludido sonrío con vergüenza y me emociona que no trate de deshacerse de mi amarre.

—Marco tiene treinta tacos —rebate Kai—. Te recuerdo que a los veinticinco no era tu ídolo. Mis pequeños van a sorprenderme, estoy seguro...

La sonrisa que se forma en su boca me dice que nos ha perdonado. Kai siempre ha visto un

poco más allá, y si augura que sus hijos serán leyendas, no seré yo quien lo ponga en duda.

—Macallan, 18 años —murmura Kai sin más. Luk y yo sonreímos.

—¿Significa eso que ya nos ha perdonado? —cuchichea Marco.

—Exacto.

—Os perdonaré en la tercera copa.

Se va en busca de una mesa y deja que vayamos a saludar a nuestras chicas. Marco se queda con él.

A medida que me acerco a la barra, miro a Mei y la descubro mirándome.

Le guiño un ojo y me sonrío coqueta sabiendo que esta noche querré disfrutar de «la danza de la victoria» con ella. Polvo y plomo, mi combinación favorita.

Nos damos un pico y me mira recelosa.

—Hemos tenido que aplacar la furia de Kai por haberos ido sin él.

—Lo siento... —sonrío travieso. Ella mira mi boca y volvemos a besarnos. Para mí es la mejor sensación del mundo, que sigamos sintiendo la inevitabilidad de nuestros labios.

—Y no la ha liado más porque Borja y Luz estaban en la barra de testigos, si no...

Miro a Luk y veo que está tonteando con Ani a tope. Hacía tantos años que no los veíamos así, que los miramos idiotizados.

—Entonces, ¿estás bien? —le pregunta ella cogiendo sus manos.

—Claro... Íbamos a tiro hecho. Todo está saliendo según lo previsto.

—Vale...

—Aunque sería una noche redonda si me invitaras a dormir a tu casa... —Se las besa.

—¿A dormir? —sonríe Ani maligna.

—Bueno, quien dice dormir... Necesito unos mimos. —Pone cara de niño bueno. Y el amor estalla en sus miradas.

—Espérame a la salida.

Mei y yo nos sonreímos y le pido una botella de Macallan18 y cuatro vasos.

Cuando la tenemos, vamos a la mesa y lo servimos en vasos chatos.

—Por que Kali no nos falle. —dice Marco, y brindamos.

—¿Confías en él?

—Sí.

—¿Por qué? Dani está desesperado con él. Dice que no atiende a razones y que es un peligro. Y odia a mis hijos —dice Kai.

—No a todos... La muerte de Chris y el accidente de Cora han sido un gran revulsivo para él. Y con Lía tiene un amor/odio intenso.

—¿Amor? —repite Kai—. Me lo cargo...

Luk y yo nos reímos y le pongo una mano encima a Kai.

—Bienvenido al infierno, papi...

Miro a Marco esperando que no le haya molestado el comentario, al fin y al cabo, sabe que no es fácil gestionar que tu hija se enamore de quien no quieres, pero veo que no está escuchándome, sino mirando a la barra. A Luz...

—Ahora vengo —dice levantándose—. Voy a comprobar una cosa de las cámaras...

Marco se marcha en dirección al despacho y mi intuición hace que me quede mirando a mi hija, que, casualmente, le dice a Borja que va al baño. Pero... adivinad... en vez de meterse en él, se cuela en la parte de atrás en busca de...

—Dios... —digo apretando el vaso.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta Kai.

Intento respirar hondo. Bebo tres tragos enormes de Macallan y noto que los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas.

—¡Mak...! ¡¿Qué pasa?! —pregunta Luk, preocupado, agarrándome la mano. Yo se la cojo también y cierro los ojos con fuerza.

—No me lo puedo creer...

—¡¿EL QUÉ?!

—Que mis deseos vayan a hacerse realidad...

Me froto los ojos, sobrepasado.

Durante estos años he pasado por todas las fases. Yo no soy tan listo como Luk o Kai y me costó lo mío entender cuánto me había equivocado.

Con el tiempo, me hicieron ver las cosas desde su perspectiva, pero la que mejor me ayudó a comprenderlo fue Luz, con su personalidad valiente e indiscreta.

—Si supieras las veces que me dijo que aquello estaba mal... las veces que me rechazó, procurando no herirme ni perderme. Fue todo muy doloroso para nosotros... Cedió porque le puse entre la espada y la pared, papá. Pero sobre todo, cedió porque él también estaba enamorado de mí. No fue ningún capricho.

Y cuando vi su mirada al encontrársela en casa de Kai, siete años después, supe que era cierto. La había amado y seguía haciéndolo; no la había olvidado. Por eso no quiso arreglar las cosas, ese fue el motivo.

La terapia a la que me sometí por toda la culpabilidad que sentí durante mucho tiempo estaba más que amortizada. ¿Cómo pude hacerles eso?

Ahora Luz estaba prometida ¡con un teleñeco!

Bastante simpático. Pero no era Marco. Y oír decir a Marco en la inauguración que entendía mi enfado y que nunca se perdonaría a sí mismo... me mató. Necesitaba que me perdonara. Y creo que lo hizo.

La tarde siguiente fue un regalo. Todos de risas en la misma mesa. No podía creer mi suerte. Y cuando los vi hablando en la barra, con Luz partiéndose de risa tocando su brazo, fue uno de los mejores momentos de mi vida.

Pensé que todo se había solucionado.

Ayer, Mei y yo nos encontramos a Borja, a mediodía, en un restaurante de unos amigos, y nos sorprendió que estuviera solo.

Nos dijo que Luz se había ido de excursión con una amiga.

Por la tarde, acudimos al pub y solo estaba Lucas. No había rastro de Aitor ni de Marco. Uno estaba ¿de tiendas? y el otro buceando.

—¿Buceando a las nueve de la noche?

—Bueno, era una excursión de todo el día... Estará en casa.

Mi sabia mente me impidió pensar más allá.

Pero antes, cuando nos íbamos al cementerio he buscado a Luz para despedirme y no la he encontrado en el bar. He imaginado que estaría en el baño, pero me la he cruzado saliendo de la zona de los despachos.

No he pensado nada al verla, solo una cosa ha llamado mi atención: su sonrisa. No era la de siempre, comedida y estudiada, era auténtica y chispeante. Y sumada al fuerte abrazo que me ha dado, me ha parecido que estaba especialmente contenta.

—Pásalo bien, papá —me ha dicho como si supiera a dónde iba.

Y ahora... no sé... He tenido una de mis corazonadas cuando he visto cómo la miraba, y no ha podido evitar levantarse porque necesitaba... Polvo y plomo.

—¿De qué hablas?! ¡Me estás asustando! —dice Luk nervioso.

Decido en una décima de segundo que voy a guardar el secreto y hacerlo bien esta vez. Creo que estoy madurando por fin. Porque estoy tan contento que podría ir ahora mismo a animarles con pompones a seguir amándose y metiéndose mano. Porque nada podría hacerme más feliz. Sobre todo, después de imaginarla casada con Borja...

—Es que todo se está arreglando... —digo emocionado—. Lo de Marco y el caso, tú y Ani... Estoy muy contento...

Kai me mira como si supiera que no es eso lo que me pasa. Pero no tiene ni idea de lo que puede ser.

—Acabo de tener una idea... —digo—, y por favor, no me digas que no, Luk...

—Ay, madre...

—Mañana es domingo. Propongo hacerle a Ani una boda sorpresa.

—¿Qué?! ¿Se te va la pinza?!

—Déjalo hablar. Para una vez que tiene una buena idea —ríe Kai.

Le lanzo un kiko con fuerza e intenta esquivarlo.

—Hablo en serio. Kai, apóyame.

—Sí, Luk, ¿qué intenciones tienes con mi hermana? ¿Esto es solo sexo? —se mofa.

—¿Por qué sois tan idiotas? Me lo pregunto a menudo...

—Pregúntate mejor a dónde quieres ir de luna de miel, porque te la voy a regalar...

—¿Qué? Para el carro...

—¿No quieres casarte?

Se queda en blanco.

—Eso no es un no —le digo a Kai.

—Adjudicado.

—¡Es muy pronto! ¡Ella no va a querer! —chilla histérico.

—Por eso hay que hacerlo así. Boda sorpresa. Ya. A tomar por culo.

Luk lo piensa por un momento y mira a Kai.

—Le va a encantar. Y más cuando le digamos que la luna de miel es para los cuatro. Con Lenny y Charlotte. Maldivas. Diez días. Solo para desconectar.

Luk sonrío rendido.

—A mí no sé, pero a eso no va a poder negarse...

—A ti tampoco, imbécil. —Lo agarro del cuello y le despeino.

De pronto, Marco vuelve. Seguramente se irá pronto porque no le ha dado tiempo a mucho. ¡O ESO ESPERO! ¿No tendrá eyaculación precoz?

Cuando pasa por mi lado, reconozco el perfume de mi hija en él. Quizá si no me hubiera abrazado antes, no lo habría distinguido, y la confirmación vuelve a llenarme los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —pregunta Marco al verme. Me cuesta hablar.

—Nada... ¡Que Luk se va a casar mañana!

No sé cómo lo han hecho posible las mujeres Morgan, bueno sí, porque mi mujer es una relaciones públicas de la leche y conoce a todo el mundo, y si necesita que le abran una tienda un domingo a las ocho de la mañana, se la abren. Pero una vez más, cuando le contamos a Marco el plan, tuvo una idea que nos dejó a todos boquiabiertos. Y a mí los ojos encharcados.

—¿Por qué lloras ahora? —preguntó con guasa.

—Porque no seas mi hijo de verdad...

Se quedó tan flipado, que lo abracé con fuerza y le dije que era demasiado listo para ser mi hijo. Porque menuda idea tuvo...

Cuando el bar cerró, dejamos que Luk y Ani se fueran juntos y volvimos todos a la reunión secreta, a la cual se sumaron Lía y Mía.

El plan era perfecto: por insistencia de Borja (teleñeco que no admite un no por respuesta), convocaríamos una comida familiar en el mismísimo Castillo de Cristal de Byron Bay, junto a los Jardines Shambhala. Esa excursión era la joya del lugar, nunca mejor dicho, porque se trataba de un santuario mágico rodeado de bosques tropicales, piedras preciosas llenas de energía curativa, jardines budistas con estatuas sagradas y la visita obligada de dos de los cristales más grandes del mundo.

Se trataba de dos geodas de más de cinco metros que se erguían en un sendero con unas vistas espectaculares.

—Es un lugar perfecto para casarse —dijo Marco—. ¿Conocéis a alguien que trabaje allí?

—¡Claro! ¡A Lisa! —exclamó mi mujer tan entusiasmada que casi me deja sordo.

—Pueden dejarlo todo preparado para la celebración. Allí hay diferentes experiencias y rituales diarios, ¿no?

—¡¡SÍ!!

—Tranquilízate, cariño...

—¡No puedo! ¡Estoy muy emocionada! ¡Hay que pensar mil cosas! ¡No voy a poder dormir!

—Hay que ser prácticos —la frenó Marco—. Pensemos entre todos en lo fundamental y repartámonos las tareas. Habrá tiempo de dormir.

Miré a mi hijo con adoración. Aunque no tanta como la de Luz. Me mordí los labios inquieto. ¡Me moría de ganas por decirle que lo sabía!

—Conseguiré un vestido blanco a primera hora —dijo mi mujer.

—Yo conseguiré las flores y las llevaré hasta allí. Y el ramo.

—Podemos comprar los anillos allí mismo —dijo Mía—. Yo me encargo.

—Yo la luna de miel —zanjó Kai—. Imprimiré una cartulina o algo.

—Yo hablaré con los de la cafetería para que preparen un menú especial —me apunté.

—Habrá que tener preparado un biombo para que se cambie de ropa y llevar algo de maquillaje. Llamaré a mi equipo —ofreció Luz.

—Que sea *waterproof* porque va a flipar... —dijo Mía sonriente.

Pero los que han flipado de verdad han sido Aitor, Lucas y Lenny cuando les hemos dicho que debían acudir, SIN FALTA, a las once de la mañana a la «excursión tapadera» del Castillo de Cristal. No sé a qué hora se acostarían pero Lucas me ha soltado un «No me jodas...» a las diez de la mañana, que me ha dejado claro que acabaron tarde y mal.

La mañana ha sido trepidante hasta que le hemos dado la sorpresa a Ani. No he tenido tiempo material para meter la pata con el secreto.

—¡Qué bonito! —ha exclamado al ver el lugar adornado—. ¡Va a haber una boda!

Luk, que acaba de cogerla de la mano estratégicamente, ha tirado de ella para detenerla y que le mirara.

—Sí, la nuestra, valkiria...

Ver la cara de Ani cuando se ha arrodillado no ha tenido precio. Nos ha mirado a todos anonadada, para encontrarnos observándola emocionados. Luego lo ha vuelto a mirar a él.

—Nada me haría más feliz que volver a casarme contigo... ¿Me aceptas?

Ani se ha quedado aturdida y su vista ha ido a parar a Lenny, el motivo por el que se separó. El chaval la miraba envuelto en una emoción latente de la mano de Charlotte. Cuando ha

asentido con la cabeza, chivándole lo que le tocaba decir, Ani ha gritado de golpe:

—¡Sí!

Todos hemos gritado de júbilo y Luz ha entrado en acción.

—Ven conmigo. ¡Dadnos cinco minutos!

Y como en un concurso de la tele, Ani ha aparecido al otro lado del biombo, totalmente conmovida y bellísima, del brazo de Kai, y ha dado lugar al comienzo de la ceremonia con un alcalde al que también habíamos sacado de la cama.

El banquete ha sido estupendo, muy *veggie* para mí, pero aceptable.

Los novios se han echado unas fotos preciosas con la belleza violeta de la que aseguran es la cueva de amatistas más grande del mundo. Mientras, la juventud se ha perdido en un laberinto para encontrarse a sí mismos y recuperar su buen karma.

Al verlos a todos agrupados, Ani ha dicho:

—¡Me falta tirar el ramo! —Y prácticamente se lo ha lanzado a la cabeza a mi hija, como le he pedido que hiciera, y Luz lo ha parado de milagro antes de que le golpeará en la cara.

—¡¡Bien!! —Ha aplaudido la loca de Ani entusiasmada. Todos nos hemos unido cuando ha sonreído y Borja la ha besado. Ni siquiera los he visto porque yo estaba mirando el careto de mala leche de Marco.

«Activando mi plan maestro», he pensado. Un plan *made in Mak*.

—Luz, cariño, ponte con Borja para una foto con el ramo... —He alzado mi móvil—. Ya sé que al principio estaba un poco reticente a lo vuestro, pero Borja nos ha conquistado a todos. ¡Si hasta Marco le dio un beso!, así que espero que seáis muy felices juntos...

—Gracia, papá. —Ha sonreído ella.

—Contadme vuestros planes. ¿Dónde será la boda? ¿Os gustaría hacerla aquí o en Madrid?

—Hemos pensado que mejor aquí. A Borja le encanta esto...

Marco, que no ha perdido detalle de la conversación, ha hecho lo posible por hablar con Luz cuanto antes.

Justo lo que mi hija y yo creíamos que haría al verla convencida de seguir adelante con su boda.

Así es... He dicho que por la mañana no he tenido tiempo, pero después de comer, tras pillar todas las miraditas, roces casuales y otros posibles por debajo de la mesa, no he aguantado más y he hecho por coincidir con mi hija en el baño.

—Papi... —Me ha vuelto a abrazar feliz.

—Te noto muy contenta últimamente.

—¡Es que lo estoy!

—¿Es por Marco? —He dicho directo. Y ella se ha quedado impactadísima—. ¿Te alegra que haya vuelto a la familia?

—¡Sí, sí...! Justo eso. Me siento muy aliviada, ¿sabes?

—¿Aliviada o enamorada?

—¿Cómo...?

—Luz..., te conozco. Y ni te imaginas mi capacidad de observación. En el pasado no me di cuenta porque no os estaba prestando atención, pero ahora sí. Y sé que estáis juntos...

Me ha mirado completamente aterrada.

—Papá... yo...

—Y no sabes lo que me alegro por vosotros...

De pronto, ha sonreído con las lágrimas brillando en sus ojos.

—¡¿En serio?!

—Me da igual con quién te cases, mientras te haga así de feliz.

Se ha lanzado a abrazarme y ha empezado a hacer alarde de su descomunal sinceridad.

—Papá, no es que esté enamorada, es que estoy colada hasta el tuétano por él. O sea, me muero por él. ¡¡Esta semana ha sido la mejor de toda mi vida!! ¡Me llevó a dormir a un yate de lujo con jacuzzi!

—¿¿CÓMO?! —¡La madre que lo parió...!

—Y no quiero perderle —ha dicho rotunda—. Así que no le digas que lo sabes, por favor. Tenemos un plan.

—¿Qué plan?

—Lo hemos hablado con Borja. Vendrá con nosotros a Cannes, como nuestro guardaespaldas, y después volverá a Madrid. Espera tener lo de los narcos solucionado para entonces.

—¿Te ha contado lo de los narcos?!

—Sí, papá... —Ha dicho orgullosa. Y no es para menos.

—Madre mía..., ¡eres su elegida! Si pensara dejarte, no te lo habría dicho. Va a por todas contigo, cariño.

—Eso quiero pensar.

—¡Jo! ¡Yo también quiero estar en vuestro círculo de confianza! Y tengo un plan para destaparlo. ¿Confías en mí?

—Claro.

Por eso lo de la pantomima de la foto. Sé cómo hacer saltar a los tíos como Marco. Porque yo era igual de orgulloso.

—¿No crees que es hora de contarle a la familia la verdad sobre Borja? Están empezando a hacerse ilusiones...

—¿Qué verdad? Me voy a casar con él.

—¿Cómo...? Si ibais a cancelarlo.

—Es que hemos pensado que quizá sea mejor casarnos de verdad.

—¿Qué...!

—Y luego romper, claro. Pero una boda atrae mucha expectación.

—¿Hablas en serio?! —ha exclamado demasiado alto. ¡Pillado!

Todos les hemos mirado, preguntándoles con la mirada qué pasaba.

—Todo va bien... —ha dicho Borja con una sonrisa—. No está muy de acuerdo con nuestro destino de luna de miel... Eso es todo.

—¿Te vas a casar? —ha preguntado Marco en voz alta. ¡UH!

—No veo por qué no —Ha contestado mi pequeña.

¡Dile por qué no, Marco! ¡VAMOS! Tiene gracia porque en ese momento me ha mirado como si me hubiera oído gritarlo. Pero su mente ágil y rápida había ideado un plan mejor.

—Y yo no veo el motivo para seguir engañándolos, te guardarán el secreto...

—¿Qué secreto? —ha preguntado Mei.

—Que Luz y Borja no son pareja. Se van a casar por *marketing*.

Se ha cruzado de brazos, como si esperara que yo pusiera el grito en el cielo y se lo impidiera, pero...

—¡Buah! ¡Eso me alivia muchísimo! —he exclamado teatral—. No es nada personal, Borja, pero te agradezco en el alma que quieras ayudar a mi hija en el mundo del espectáculo. ¡Te veo saliendo con el nuevo actor de Spiderman, cariño! ¡O con alguno de Marvel! Por fin vas a tener lo que te mereces, hija, alguien a tu altura...

—¡NO VA A SALIR CON NADIE PORQUE ESTAMOS JUNTOS! —grita Marco fuera de

sí—. ¡Y la quiero! ¡Y ella me quiere a mí! ¡Así que basta ya de gilipollices!

Él mismo se ha quedado alucinado de su propio arranque, pero mucho más de vernos sonreír a todos como el gato que se ha comido al canario, sobre todo a mí.

—Así me gusta, hijo, con dos cojones. ¿Seguimos la visita, gente? Venga, un poco de intimidad a la parejita... Ven conmigo, Borja, eres un puto crack —Me lo he llevado agarrado del cuello.

Me he perdido la cara de alucine de Marco, eso sí. Pero cuando he mirado hacia atrás, algo más adelante, se estaban besando con una pasión preciosa y he sentido, no que era el mejor momento de mi vida, sino el primero muchos similares que vendrán.

Levanto mi copa porque me apetece brindar con mis amigos, con mis hermanos, con mis guardianes, Luk y Kai.

Hacer una post-fiesta en el Valhalla e invitar a todo el pueblo a barra libre ha sido un acierto total.

—¡A algo tendré que invitar en mi boda, ¿no?! —Ha dicho Luk cómico.

—Quiero proponer un brindis, chicos...

—A ver... —me imita Luk sonriente. El hijo puta está feliz y se nota.

—Por lo más grande que me ha dado la vida... Vuestra amistad —ambos me miran emocionados—. Gracias por ser mi familia. Por seguir unidos. Por no perdernos nunca... Brindo por que seamos eternos.

CONTINUARÁ CON...

VAS A SER Eterno

PRÓXIMAMENTE (MORGAN N°6)

Epílogos a continuación...

EPÍLOGO 1

ORGULLO Y PREJUICIO

“Haz cualquier cosa, menos casarte sin amor”
Jane Austen



Estoy reventado.

Ha sido un día muy completo después de una noche movidita...

Lo único que me ha dado fuerza para levantarme de la cama ha sido ver todos los mensajes que me ha enviado Enzo desde que nos separamos anoche y poder ignorarlos con descaro.

La rabia y el enfado no son sentimientos habituales en mí, y nunca me duran demasiado. Pero enamorarte de alguien y que finja su muerte delante de tus narices, me parece un poco demasiado. ¡Y para que yo diga eso, tela...!

Me he alegrado mucho por mis tíos Ani y Luk, pero... ¿no había otro jodido día para casarse? ¿Tenía que ser hoy, que tengo el corazón roto?

No he podido disfrutarlo nada. Y tampoco podré disfrutar de la barra libre, porque no sé qué coño bebimos anoche, pero era más falso que una pelea de los Power Rangers.

De repente, tengo calor. Hay demasiada gente en el Valhalla y decido salir. Debería haber un tipo en la puerta, impidiendo entrar a más gente, antes de que alguien se desmaye. Por ejemplo, yo.

Es pensarlo y ver entrar a Enzo. ¿Por qué siempre tengo razón?

Y encima viene sin Ruby. ¿Le ha soltado de la correa? Qué atrevida.

Me ve, pero paso de largo en busca de algo de oxígeno del exterior; no me libro de que me siga.

—¿Adónde vas? —pregunta detrás de mí.

—Dentro hay mucha gente... Tengo calor.

—Te escribí anoche... y esta mañana. Muchas veces.

—Que lo sientes. Mensaje recibido. No te preocupes más.

—Aitor, por favor...

Me giro endiablado.

—¿Tienes idea de lo que sentí? Te deseo que no lo sufras nunca.

Vuelvo a irme y me frena.

—¡Sé lo que sentiste...! Que lo nuestro se había terminado, que ya nunca volveríamos a besarnos ni a hablar, ni a sonreírnos ni a hacer el amor... Sé cómo te sentiste porque yo me

siento igual ahora mismo...

Lo miro muy serio. No soy estúpido, mi cerebro ha entendido lo que significa eso, que no quiere seguir, pero mi corazón hace oídos sordos a palabras necias...

—Dijiste que me querías, Aitor... Y de pronto pusiste nombre a lo que yo estaba sintiendo, a lo que yo me resistía a asimilar que estaba sintiendo. La verdad es que no puedo quererte... Estoy casado.

—Nunca debiste casarte, Enzo. No por mí, sino por ti. Después de lo que hiciste y de lo que ella hizo, no debiste. Eso cae de puto cajón... ¿AGALLAS? ¿Dónde están tus agallas? No las tuviste entonces y no las tendrás ahora...

Mi voz guarda un ápice de esperanza ante ese reto, pero...

—No sé qué decirte, más que «Lo siento» —dice rendido.

Y me jode escucharlo porque significa que no va a luchar por nosotros. Se acabó. SE ACABÓ. ¿Cómo es posible?

—Joder... Vaya decepción has resultado ser —digo hiriente.

—No todos podemos ser como tú, ¿sabes? Tan impulsivos y temerarios. Yo necesito sentirme seguro y tiendo a pensar mucho las cosas. ¿Sabes lo que es sentir que te estás desenamorando de la persona más importante de tu vida, la que ha sido tu ancla desde siempre, y sentir que estás enamorándote de otra que es un peligro sentimentalmente hablando? Es muy jodido, Aitor...

—Pues vete. Espero que seas muy feliz.

—Siento haberte hecho pensar que había muerto... Yo no quería, pero Marco no me dio opción.

—Ese es tu problema, Enzo, que crees que no tienes más opciones, pero es mentira. Siempre hay otra opción. La única realidad es que no te atreves a cogerla... Podías habérmelo contado y Marco no se hubiera enterado. Habría hecho el mismo papelón, pero sin sufrir y sin soltarte ese te quiero, que ha hecho que se te encienda la puta bombilla de que tú también a mí, y seguiríamos enrollándonos porque es lo que nos llena.

»Pero ahora a ti te espera un océano de hielo en casa, y a mí, uno de sexo impersonal sin sentido. Eso sí, todos a salvo... Ya te puedes ir.

Me quedo mirando a un punto fijo, esperando a que obedezca y ponga punto y final a lo nuestro de una vez por todas, pero en vez de eso, se acerca a mí y me agarra de la camisa como si me odiara por no poder evitarlo, y junta su frente con la mía.

Su cercanía me quema y me alivia a la vez, y cuando me besa me siento Dios. ¡Porque lo está haciendo en plena calle, donde cualquiera puede vernos! ¡Por fin! ¡Por fin está mandando su seguridad al carajo y está eligiendo vivir! Lo beso con intensidad, me importa un huevo que esto está lleno de gente. Lo que importa es que es el beso más perfecto que he dado. Perfecto para mí y con eso me basta. Pero de pronto, deja de besarme y capto una despedida en su tormento.

No, por favor...

Un miedo atroz me atraviesa desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies, intentando partirme por la mitad, pero me aferro a él con fuerza para que no pase.

—No te vayas... ¡No me dejes, por favor!

—Adiós, Aitor... No voy a ser feliz. Pero no puedo ser el tío que tú quieres que sea, tengo que ser yo.

—¡ENZO...! —Lo llamo al sentir su vacío, pero es en vano. Sigue andando sin girarse, alejándose de mí, y me rompo de tal forma que ni siquiera me lo creo. ¿Qué me pasa? Me dan escalofríos... Estoy cortocircuitando... ¡Este no soy yo, joder...!

Me apoyo en un muro porque no puedo ni andar. No sé qué es esto, pero no mola. Mi cuerpo

me pide que espere a que el dolor cese, pero está incrementando. Trato de respirar hondo. Si es ansiedad necesito inspirarme para echarme un buen *speech* que me haga sacar fuerzas de flaqueza. Solo necesito irme a casa y descansar, pero no quiero que nadie me vea así. Ni Lucas, ni Lenny ni nadie de la familia. Están de celebración y no quiero cortarles el rollo.

Quizá...

Marco un número.

—¿Aitor? —contesta el interlocutor.

—Hola... ¿Puedes venir a buscarme?

—¿Estás bien?

—No...

—¿Dónde estás?

—Saliendo del Valhalla, un poco más arriba de la calle.

—¿Qué te pasa? ¿Estás herido?

—No... Solo necesito llegar a casa. Están todos en la boda y no quiero molestar a nadie, se están divirtiendo... Por favor, ¿puedes venir?

—Voy ahora mismo.

Hugo tarda diez minutos en aparecer en su coche. Cuando ve que soy incapaz de andar, se baja para ayudarme. Noto un dolor agudo en el pecho y me falta el aire.

—¿Qué te pasa, Aitor?! ¿Qué te duele?!

«El alma», quiero contestar, sin embargo digo: «el estómago».

—¿Te llevo al hospital?!

—No, no... solo será una indigestión —O ansiedad pura y dura—. Llévame a casa, por favor.

No sé qué me pasa físicamente hablando, es como si mi cuerpo se negara a continuar. Me siento débil y estoy mareado. Quizá sea porque he dormido menos de dos horas y mi cansancio es extremo. Lo del dolor en el pecho y la taquicardia son síntomas de sobra conocidos.

De pronto, lo oigo y me asusto.

—¡Traed el oxígeno, vamos!

—¡Varón, veinticuatro años, se quejaba de un dolor en el estómago!

—¡Pulso arritmico, frecuencia en 152! ¡Tensión 18/11!

Sé que alguien me coloca un estetoscopio en el pecho porque noto lo frío que está.

—¡Que alguien llame al cardio, le falla el corazón!

«Uy, con ese no contéis...», pienso desfallecido.

—¡Necesita un electro ya! ¡Y sesenta miligramos de prasugrel!

—No... —intento hablar, pero casi no puedo. Hugo me mira con cara de pánico—. No llames a nadie...

—¿Cómo no voy a llamarles?!

—No... Luego... Lue...

—¡Se nos va!

—¡Carro de paradas listo!

De pronto, despierto, y siento como si hubiera dormido un millón de años.

Hugo se acerca rápido como si no hubiera dejado de mirarme en todo momento.

—¿Cómo estás?

—Bien...

Lo veo resoplar toda la angustia que estaba almacenando.

—¿Qué ha pasado...?

—Te desmayaste en el coche de camino a casa. ¡Por poco me da algo a mí también! Casi

tenemos tres accidentes seguidos. Pensaba que te morías...

—Lo siento mucho... Sé lo que es eso.

—He pasado muchísimo miedo.

—Gracias, Hache...

—Uy, sí que estás mal para llamarme así.

—Gracias, de verdad. Te debo una.

—Me debes un montón... —dice cómico, cogiéndome la mano.

No quiero entender esas palabras. Si él supiera por qué estoy tan mal...

—¿Has llamado a alguien?

—A Lucas.

Cierro lo ojos, mortificado, y rezo para que utilice esa discreción que Dios le ha dado y de la que siempre me he burlado para guardarme el secreto.

En ese momento, entra en la sala una médico y me sonríe.

—Bienvenido... Soy la doctora Brown, has sufrido un síndrome de Takotsubo.

—¿El qué?

—Una cardiomiopatía inducida por estrés emocional agudo. Se conoce como «el síndrome del corazón roto» y es completamente reversible en la mayoría de los casos.

Las palabras «Corazón roto» rebotan dentro de mí. Ese es mi diagnóstico: me han roto el corazón literalmente, pero no es solo eso..., porque hay una gran diferencia entre las cosas que están rotas y las que ya no tienen arreglo. Y yo no lo tengo.

EPÍLOGO 2

LOS PILARES DE LA TIERRA

“El orgullo excesivo es un pecado corriente, pero un hombre puede, con la misma facilidad, frustrar la voluntad de Dios por una excesiva humildad”

Ken Follet



Me despierto de golpe porque alguien corre las cortinas de la habitación de un tirón y el sol me atraviesa como una espada láser.

—¡Esto es un hospital! ¡Y aquí las seis es hora punta! ¡Buenos días!

Me froto la cara. Si esa mujer supiera lo que he dormido en las últimas 48 horas, me daría morfina.

Me acerco a la cama de Aitor.

—¿Cómo estás?

—Mejor... Siento haberte jodido la noche.

—Nunca dudes en llamarme, hermano. Estoy donde quiero estar. Y me va a caer bronca por no haber avisado a nuestros padres.

—Te lo agradezco. Quería darles un día de paz...

—Te vas a poner bien. —Le acaricio la cabeza.

—Ya... —repone como si esa palabra no tuviera sentido para él.

—No quiero ser cotilla, pero necesito saber qué desencadenó esto para protegerte de ello.

—Nadie puede protegernos del amor, Ele, estamos indefensos ante sus garras y el dolor que puede causarnos.

—¿Es por Enzo...?

—Dice que por mi culpa se está desenamorando de su mujer. —Guardo silencio para que me cuente más—. Y su solución es cortar por lo sano en nuestro mejor momento. No sabe el daño que me ha hecho... ¡Nos conocemos desde siempre! ¿Cómo puede apartarme así de él después de todo lo que hemos compartido?

Sus palabras laceran mi carne como pirañas, abriéndose paso a mordiscos hasta que llegan a mi corazón, donde no dudan en devorarlo a dentelladas. Estoy oyendo a Freya en su voz.

Siento que yo he hecho lo mismo, y el miedo de que nunca me lo perdone es muy real. Nunca había visto tan mal a Aitor. No parece ni él.

—Lo siento mucho... —Agarro su mano—. Quizá ahora no vea una solución clara y no le ha quedado más remedio que apartarte así...

—Siempre hay otro camino, Lucas..., siempre, pero la mayoría no tiene los huevos de cogerlo. Enzo no quiere poner en juego su jodida vida perfecta por mí, cuando yo haría cualquier cosa por él. ¡Por todo el mundo! —exclama con la mirada vidriosa—. Lo único que me apasiona en la vida es conseguir que los demás se sientan mejor, que sean honestos consigo mismos y tengan una vida plena. Porque hay mucha gente con problemas realmente graves, de comunicación y socialización, con traumas de infancia o trastornos mentales que necesita ayuda urgente, y ni te imaginas la cantidad de gente que se siente sola y tiene miedo. ¡Mucho miedo, Lucas! ¡Nuestros problemas son cosquillas comparados con lo que hay ahí fuera! Nosotros tenemos una red emocional que es nuestra familia, y entre todos nos apoyamos, pero esa gente no tiene nada, solo un miedo atroz y mucha inseguridad..., y me siento tan impotente que... ¡Yo solo quería que fuera feliz...! —Rompe a llorar muy afectado y sufro porque vuelva a fallarle el ventrículo.

Lo abrazo con fuerza para consolarlo.

—No llores más, por favor, ¡tú no estás solo! Yo estoy aquí y no voy a dejarte nunca... Eres una de las personas más importantes de mi vida, joder, y no porque seas mi hermano pequeño, ¡sino por ti!, ¿me oyes? ¡Por cómo eres tú! Te necesito, Aitor... Te necesitamos para que digas cosas como «Bienvenidos a Parque Jurásico» en un momento crítico. ¡Estuve a punto de descojonarme! —Lo miro a los ojos con cariño—. Y no porque seas el gracioso de turno, sino porque me recuerdas por qué amo tanto mi vida. Tú eres lo bueno de la vida, Aitor..

Noto que mis palabras lo reconfortan un poco, pero no dejan de caerle lágrimas por la mejilla. Se las limpio con cariño.

—Sé que estoy siendo egoísta y que tienes derecho a estar mal por esto, pero no puedo dejar que te hundas porque eres irremplazable... Y lo siento por Enzo, porque estoy seguro, SEGURÍSIMO, de que tarde o temprano, se dará cuenta de su error. Pero para entonces, tú habrás superado tu dolor y estarás disfrutando con otra persona, ya lo verás...

Mis palabras se clavan como dagas en mi mente al volver a pensar en Freya. ¿Cómo puedo estar diciéndole esto a Aitor, confiando en que ella no piense lo mismo? ¿Y si la estoy cagando? ¿Y si la pierdo para siempre?

El dolor inmediato que me provoca la idea hace que me sienta aún más hundido, y en ese momento, entiendo totalmente la desolación de mi hermano, por eso vuelvo a abrazarlo sentido.

Dios... ¿y si le hubiera pasado algo?

Me tranquilizo al recordar que su pronóstico es abrumadoramente favorable, por eso anoche, cuando llegué al hospital con el corazón en un puño, no avisé a mis padres. Dijeron que no era grave, que lo tendrían en observación hasta que se restablezcan los valores normales y le darían el alta pronto.

—Yo también estoy preocupado por ti, hermano... —susurra en mi oído—. Te veo mal. Peor que de costumbre...

Inspiro hondo con dificultad. No sé por qué les sorprende tanto. Mi vida es un puto caos.

—A veces desearía no haber visto jamás ese arcoíris lunar —empiezo solemne—. Ojalá nunca me hubiera cortado en la roca y el recuerdo de Freya no hubiera vuelto a mi mente de una forma tan fulminante. Ojalá nunca hubiera vuelto a hablar con ella porque sí... Quizá entonces todos estaríais a salvo.

—Suenas como Enzo... —me acusa dolido—. Tú no eres el último mono, ¿sabes? Tus sentimientos son importantes para todo el que tienes alrededor. ¿Sabes por qué volví a Australia? Fue por ti, Lucas. Papá me rogó que volviera al terminar porque, según él, estabas perdido y me necesitabas.

—¿Que yo te necesitaba? ¿Para qué?

—Para recordar cuál es tu lugar en el mundo.

—¿Recordar? Nunca lo he sabido... —digo con miedo.

—«Sois mi legado», me dijo, «Lo único bueno que he hecho en la vida» y también que su máxima prioridad era que fuésemos felices. Y que tú no lo eras.

Los ojos se me encharcan sin querer. ¡Menudo par de llorones estamos hechos! ¿Por qué le preocupa tanto a mi padre si soy feliz o no?

La respuesta es tan obvia que me avergüenza. Porque me quiere.

—Normal que esté decepcionado, entonces... —Sonrío con pena.

—Ya... —Sonríe él también—. Solo le damos disgustos...

—Somos unos cafres —me mofo. Reírse de uno mismo siempre *es bien*.

—¿Sabes lo que me sorprende? Lo bien que se ha tomado que lo dejaran fuera del intercambio del sábado. Ayer en la boda estaba muy feliz.

—Sí, yo también flipé con eso... Me esperaba tres o cuatro frases hirientes diciéndome lo irresponsable que le había parecido no contar con su ayuda...

—Estoy empezando a pensar que él también está cambiando, Lucas..., que siempre ha tenido miedo de que siguiéramos sus pasos y ahora que lo hemos hecho, ha adoptado una nueva actitud al respecto. Se ha resignado. Lo ha aceptado... Y siente que no le queda más remedio que confiar en nosotros. Quizá lo ideal sería confiar un poco en él...

—Si se entera de lo que pasó en el Manhattan, nos mata...

—O se ríe, o nos felicita, vete tú a saber... Pero siento que estamos cambiando las normas, Lucas... El Moonbow las ha cambiado. ¿Qué ocurriría si todo el mundo lo tomara? ¿Si dejáramos de huir, de escondernos de los problemas y fuéramos todos sinceros...?

—No creo que haga falta una droga para eso...

—No, solo hace falta valor, pero que yo sepa, no lo venden en paquetitos individuales. —Resopla y le digo que duerma un poco más.

Yo dormito en el sofá un rato, abriendo los ojos con las idas y venidas de las enfermeras. Y a las nueve en punto me llega un mensaje de Freya.

No es un «Hola» ni una pregunta tipo «¿Cómo va todo por ahí?», o el doloroso «¿Es que no piensas contestarme?» que me mandó después, o el horrible «No te entiendo, Lucas... ¿Tampoco podemos ser amigos?». A veces me mandaba un «Hoy he tenido un gran día, quería que lo supieras», y otras veces «¿Por qué no quieres hablar conmigo? ¡Solo hablar!». Y por último, un «Tu padre tenía razón contigo» que me dejó hecho mierda durante días.

Pasó una semana hasta que me plantó un simple «Llámame». Y ella lo hizo, a las horas, dos veces. Dos veces en un día, lo que nunca había hecho, por eso fui a ver a Dani. Pero lo de hoy es diferente: «Te he mandado un email», pone. Y después de lo que ha pasado en las últimas 48 horas, me da pánico abrirlo:

Entro en mi bandeja de entrada y lo veo. Asunto: **Adiós.**

Nunca una palabra me había hecho tanto daño a la vista.

«No quería decirte esto por mensaje, pero es el único medio que me queda. Voy a soltarlo sin más porque si no, va a ser peor: Estoy embarazada. La primera vez que lo hicimos te dije que tomaba la píldora y no tomamos precauciones. Pero la segunda vez, hacía una semana que Chris había muerto... Ahora veo lo horrible que soy, pero dejé de tomarlas al pensar que ya no tenían razón de ser y no volví a pensar en ello. Ese encuentro fue totalmente inesperado para mí y en mi cabeza seguía protegida frente a un posible embarazo, supongo que tú también diste por hecho que eso no había cambiado...

Lo último que quiero es buscar culpables ni que esto nos condicione a nada. Solo quería decirte que voy a abortar. Ya tengo cita para la semana que viene.

No es que tu opinión cuente para mucho, pero quería que lo supieras, porque somos quienes somos por lo que nos pasa en la vida, y esto te ha pasado a ti también.

Además, quería despedirme de ti. De ti, que has sido tan importante en mi vida, y ahora más, inevitablemente. Ahora que por fin me siento con fuerza para decirte «adiós» y dejarte ir de una vez por todas. Estoy aprendiendo a vivir en un mundo sin ti, y el miércoles que viene, en esa clínica, lo haré definitivamente.

Te deseo lo mejor, Freya».

Me quedo unos segundos sin respiración, sin voz y sin vida. Mi corazón ni siquiera palpita ya. Nunca cometes el error de pensar que algo no puede empeorar porque lo hará, y en ese momento, justo en ese momento, sabrás distinguir entre lo que quieres y lo que necesitas. Entre lo que eres y lo que estarías dispuesto a hacer para no dejar de serlo. Entre lo que vas a renunciar a vivir y lo que no vas a dejar morir...

Miro a Aitor y veo que está dormido. Camino hasta la puerta sin hacer ruido y en absoluta calma. La calma que precede a la tormenta... porque en cuanto salgo al pasillo, echo a correr como no lo he hecho en mi vida.

¡Freya embarazada...!

¡Un hijo...!

¡Un adiós...!

Salgo del hospital a la carrera y voy directo a por mi moto. Intento no conducir como un loco, pero no puedo evitarlo.

¡¿CÓMO HE PODIDO SER TAN ESTÚPIDO?!

Giro el acelerador del manillar y la moto ruge igual que mi histérico corazón. Tengo el pecho apelmazado y me da miedo pensar que lo que le ha pasado a Aitor pueda ser genético. Movida cardíaca chungu más moto igual a muerte asegurada...

Reduzco un poco la velocidad, sin saber a dónde ir. Lo único que quiero hacer es coger el primer avión a Sydney para detenerla y decirle que la quiero, pero puedo imaginar su cara y sus gritos al decirme que ya es tarde para eso y que no me cree, porque la gente que se quiere no se ignora ni se miente ni huye...

Mi agobio empieza a incrementar. La bola de angustia se hace más y más grande pensando que, haga lo que haga y diga lo que diga, no será suficiente. Necesito ayuda... ¡NECESITO AYUDA!

Una idea cruza mi cabeza y sé a dónde tengo que ir. En cuanto lo decido, acelero a fondo y empiezo a ver borroso por el agua, pero no importa, podría hacer este camino con los ojos cerrados.

Al llegar, dejo la moto tumbada en el suelo porque tengo demasiada prisa como para colocarla bien. Choco contra la puerta y lucho por meter la llave en la cerradura a toda velocidad. Entro en la casa y...

—¡¡PAPÁÁÁ!!! —grito con todas mis fuerzas—. ¡¡PAPÁÁÁ!!

Son segundos lo que tardo en escuchar ruidos de alguien corriendo preocupado y lo veo aparecer escaleras abajo, sin camiseta, con todos sus tatuajes a la vista, aunque siempre haga el esfuerzo de taparlos delante nuestro. Sus ojos azules saltones me miran aterrorizados con un sufrimiento infinito, y cuando ve mi cara congestionada, mi mirada acuosa y mi expresión desencajada, viene a sujetarme.

—¡¿Qué pasa, Lucas?! ¡¿QUÉ TE PASA?!

En cuanto noto que me sostiene, me derrumbo en sus brazos. Solo podía hacerlo aquí. Con él. Mi gran red emocional... Llevo demasiado tiempo sintiéndome solo y desprotegido. Aitor tiene razón, y empiezo a llorar con más fuerza que en toda mi vida.

Como no sabe qué hacer conmigo, nos deja caer al suelo.

—¡Tranquilo, Lucas, tranquilo! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Dime algo!

Mi madre no aparece y caigo en la cuenta de que no está en casa. Anoche se fue a dormir al hospital con Cora. Estaba allí, en el mismo edificio que nosotros, y ni siquiera lo he pensado. Necesito muchísima ayuda...

—Aitor está en el hospital —consigo decir de primeras.

—¡¿QUÉ?!!

—No te preocupes... Está bien... —hablo con jadeos—. Se desmayó por estrés...

—¿Por estrés?

—Discutió con Enzo... No quiere dejar a su mujer.

Traga saliva alucinado, pero se centra.

—¿Por eso estás así?

—No... —Niego con la cabeza y cierro los ojos con fuerza para evacuar las lágrimas acumuladas que caen por mis mejillas—. Es por Freya...

—¿Qué le ha pasado? —pregunta atemorizado.

Me sostengo la cabeza con una mano y busco el valor necesario para contárselo. Hago un esfuerzo horrible por luchar contra el temor de que piense lo peor de mí. No quiero que me odie para siempre ni ser otra decepción. Solo necesito que se apiade y que me ayude.

—Está embarazada... —suelto a bocajarro.

El asombro barre su cara y sus ojos hacen una pregunta que no necesita respuesta. «¿Es tuyo?».

—Quiere abortar —suelto la bomba nuclear.

Su cara se baña en dolor, entendiendo de dónde viene mi desolación. Está tan impactado asimilando el alcance de lo que supone que no dice nada, pero no importa, ya lo digo yo:

—La he cagado, papá... Llevo tres semanas ignorando sus mensajes para protegerla. Para que no vuelva y no puedan utilizarla contra mí, pero lo único que he conseguido es perderla... Tienes que ayudarme, por favor... Por favor... No puedo renunciar a ella, ¡me moriría antes que renunciar a ella! Y tampoco quiero perder a mi hijo. Mamá era más joven que ella cuando me tuvo a mí...

Mi padre me mira con orgullo y me abraza profusamente. Yo me recreo en el gesto porque he echado tanto de menos su abrazo que había olvidado lo increíble que es. Vuelvo a tener siete putos años.

—No te preocupes por nada... —susurra—. Todo se va a solucionar.

—No veo cómo, de verdad...

—Confía en mí. Gracias por contármelo... —dice emocionado.

Nos separamos y me limpia las lágrimas como yo se las he limpiado a Aitor y de pronto lo entiendo todo. Mi sitio en el universo. El suyo... ¿Qué haría si viera a Aitor jodido y no quisiera mi ayuda? Volverme loco. Ser un borde. Acosarlo. Es decir, ¡sería su viva imagen!

Vuelvo a abrazarlo y sentir que está de mi lado. Comprenderlo al fin, lo es todo.

—Estoy muerto de miedo, papá...

—Tranquilo...

—No lo estoy. ¡Tiene cita el miércoles para abortar en una clínica!

Se queda pensativo analizando los datos, el tiempo y el espacio, y veo cómo su mente

resolutiva y rápida da con un plan de acción.

—Sé exactamente lo que tenemos que hacer.

Juro que jamás había mirado a nadie con tanta adoración. Mi cara es la de cualquiera que fuera testigo de un milagro.

—¿Qué es?

—Decírselo a sus padres.

—¡¿CÓMO?! ¡Me matará!

—No, Lucas. Si alguien quiere abortar y olvidarlo, no se lo cuenta a nadie, va y lo hace. Creo que, inconscientemente, te lo ha dicho para que la frenes. Y lo haremos entre todos. —¡La virgen! Mi padre es muy sabio—. En este momento tiene que sentir nuestro apoyo, necesita saber que tiene una familia que la abraza y no la cuestiona. Vuestra relación es un tema distinto que necesitará más tiempo, no se va a solucionar con un simple chasquido de dedos. Pero ella es una de nosotros y ese niño es un Morgan, y los Morgan no abandonamos a nadie. Ya no. He aprendido de mi errores, gracias a ti...

Los ojos se me llenan de lágrimas y nos miramos emocionados.

—A no ser que te dejen fuera a propósito, claro... —dice con guasa refiriéndose a la misión del sábado. Pero leo en su mirada que no le importó porque ya lo sabía. ¿Perdona?

—¿Cómo lo supiste...?

—¿A las doce de la noche en un cementerio? Luk jamás acudiría a esa hora a ese lugar. Cree en fantasmas, energías y esas mierdas...

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Porque confío en ellos. Y también decidí confiar en ti. Ya no tengo miedo, nunca lo he tenido, lo que tenía eran muchas ganas de ayudarte a conseguir todo lo que quisieras... pero juntos.

Me acaricia la mano y se la cojo. Juntos....

—¿Qué vamos a hacer exactamente? El tiempo apremia.

—Hay que decírselo a Jon, e incluso a Dani; necesitamos que intervengan todos a ser posible.

—¿Cómo lo haremos?

—Hay que frenarla como sea, estoy seguro de que en el fondo, ella querrá un hijo tuyo. Hay que facilitarle las cosas, decirle que no tendrá que encargarse de nada si no quiere, que tendrá mucha ayuda y podrá seguir con su vida...

—Pero yo quiero estar con ella y criarlo juntos...

—Eso llegará con el tiempo. Si ahora mismo le dices que la quieres, no te va a creer después de cómo te has comportado estas semanas. Y si le explicas el porqué, también la perderás. Necesitará tiempo para perdonarte, por eso hay que involucrar en esto a cuanta más gente mejor.

—Joder, me va a odiar por chivarme...

—Algún día te lo agradecerá. En cuanto solucionemos lo del Moonbow, podrás centrarte en reconquistarla. Y sé que lo harás.

—Entonces, ¿nos vamos a Sydney?

—Nos vamos a Sydney. —Sonríe.

Me da una caricia en el hombro que significa «Enhorabuena» y sonrío más tranquilo. De pronto, hay tantas cosas que quiero compartir con él...

—¿Hay algo más que quieras contarme, Lucas, por ejemplo, dónde estuvisteis el sábado por la noche...?

¡No, eso no!

Me quedo paralizado y mis ojos buscan ayuda alrededor.

—Estooo...

Lo veo sonreír, truhán. Y suelto un resoplido divertido.

—¿Cómo puedes saberlo?!

—Soy Kai Morgan, tengo ojos en todas partes. Nunca lo olvides.

AGRADECIMIENTOS

Estos agradecimientos serán especiales porque este libro lo merece.

Quiero empezar apelando a la ilusión que me ha hecho escribir esta segunda parte, porque escribir una continuación es una experiencia mucho más personal que empezarlo.

Están en juego vuestras expectativas como lectoras y las mías como escritora por lograr transmitir la intensidad con la que estoy viviendo la historia, y creo que aquí lo he conseguido.

Una de mis lectoras cero me decía el otro día: «¡es que los amo a todos!» y no pude entenderla mejor, porque a mí me pasa lo mismo. Y es un amor muy real, con sentimientos auténticos y bonitos, de los que te hacen chillar y ponerte a bailar sin poder evitarlo. Y para mí eso es impagable.

Por eso quiero agradecer a TODOS/AS/ES que me acompañéis en este viaje y que me hagáis sentir que somos familia. Me refiero a ese lugar seguro donde tus emociones importan y son entendidas.

Esta vez es mucha, mucha gente la que debería estar en primer plano en los agradecimientos, pero voy a empezar por alguien que en el anterior libro me dejó en el tintero debido a mi Alzheimer prematuro.

Querida Maca, **@macaoremor**, gracias por estar ahí desde el principio de los tiempos. Por el vídeo que te curraste en el concurso de ceros que hice allá por 2021 jaja, y por guardarme un lugar privilegiado en tu estantería. Cuando te pedí que me ayudaras con Los Morgan lo hice convencida de que podías aportarme mucho, pero sin duda, me he quedado corta en la previsión. Gracias por traer el arcoíris a mi vida. Guiño, guiño. Gracias por tus audios, tu dedicación y tu ilusión... Gracias por hacerme sentir tan querida. Eres una persona increíble, detallista, cariñosa, una cachonda, más todo lo que podría pedirle a un ser humano. Cuando alguien me pregunta de qué estoy orgullosa, es de atraer a mi vida gente como tú y que no se vaya. Gracias por ser tan fuxia.. Y perdóname por no incluirte en el anterior. Soy así de stitch, tenéis que quererme con mis entrañables despistes, nunca malintencionados. Gracias por tu apoyo siempre.

Querida Irene, **@ladyromantikbook**, una vez más, hemos superado los obstáculos a altas horas de la madrugada. Nos hemos mandado audios de veinte segundos riéndonos sin parar, incapaces de hablar; nos hemos visto en los madriles, nos hemos abrazado y nos hemos dormido hablando de esta historia y de sus increíbles personajes, y todo eso, amiga, es una de las cosas más valiosas que tengo en esta vida. Así que cuando te preguntes quién eres y para qué has nacido, no lo dudes, eres mi ángel de la guarda. Te llegarán las alas por amazon prime en breve, te las has ganado. Te quiero un poquitillo de nada. Cada día menos. Porque esto no es amor, es inmortalidad, pequeña. ;)

Querida **Bego Pérez**, llevo mencionándote en los agradecimientos desde mi primer libro, y es por algo. Te dediqué la MAFIA, uno de mis historias predilectas, pero eso no es suficiente para todo lo que haces por mí, ¡debería hacerte un maldito monumento! Estoy en trámites con el concejal de tu pueblo... Mil gracias por ayudarme tanto siempre, por animarme y por ser como eres. También por cogerme del pescuezo como a los gatos, levantarme a pulso y decir: «quieta,

pequeño saltamontes», mientras te miro con una sonrisa traviesa. Somos amigas desde hace doce años y espero seguir siéndolo otros doce más; luego podrás darte de baja de nuestra amistad jajaja! Por cierto, necesito verte. Es algo físico. Haré que mi médico me lo prescriba si es necesario. Ojalá viviéramos más cerca, chacha. Te love, amore.

Querida **Eli** de **@Elipr**, rezo para que un día no me vuelvas loca mandándome tantas fotos de chicos guapos jajaja Es broma. No pares. No pares nunca de vivir tanto mis historias, de animarme, de subirme la moral como nadie siempre con tu añadido de «no es peloteo» jajaja! Qué risa! Gracias por quererme como soy y sobre todo, por cómo soy. Me gustan tus «¡qué tía!», cuando te escandalizas. Pero si me conoces un poco, ya te habrás dado cuenta de que soy muy de guardar las formas. Soy una persona educada y por eso no digo ni 1/4 parte de lo que pienso, pero contigo me dejo llevar porque sé que abrazas mi locura. No me faltes nunca, pequeña... Odio que me dé el sol y eres la mejor palmera que he tenido. Juas! A tus pies.

Querida primita **Ana Galarraga**, supongo que te habrán dicho más de una vez que eres un ser totalmente desperdiciado. Tú tendrías que estar en Hollywood ayudando a peña mucho más importante que yo, porque eres un jodido genio. Eres eficaz, entregada con los tuyos, y así me siento yo, una más de los tuyos. Una de la que cuidas sin rechistar cada vez que lo necesito. Tendrían que haberte hecho mi madrina porque lo eres. Y además... ¡NUESTRAS MADRES SON HERMANAS! Es algo que todavía no supero. Es como si nuestro vínculo estuviera mucho antes que el de ellas y fuera solo una maldita casualidad que fueran parientes. Así te quiero... Estoy deseando verte este verano para darte estas joyas en persona, que puedas tocarlas y digas: «yo soy parte de esto». Porque lo eres. Parte de mí. Gracias por todo siempre.

Querida **Alma S.C.**, voy a tener que empezar a hacerte regalos en Navidad, tipo aguinaldo, porque lo que haces por mí no está pagado. Gracias, no solo por repasar el libro con tan buen ojo, sino por compartir conmigo tu tiempo, tus cigarritos y hacer que me parta de risa cada vez que hablamos. Pero sobretodo, por no haberme mandado a la porra todavía. Creo que tienes un don, ¿qué digo? ¡Muchos! Y estoy muy orgullosa de que alguien como tú trabaje donde lo hace. Porque si me pasara algo, estaría más tranquila sabiendo que estoy en manos de alguien tan genial, única e inteligente como tú. Ojalá te tenga conmigo mucho tiempo.

Y ahora, vosotrxs, **mis Fuxias**, mi familia cibernética que me fabrica sonrisas a diario con vuestros mensajes y comentarios. Gracias por ser la gasolina que necesito para continuar en marcha. Mil gracias a:

@yaii_books25, @gabrente, @laurelleeyescribe, @africa_cantero @la.peluteca, @read_j.t.mary, @pilarsanabria_, @sanemade, @beatriz_jipu, @viki.hdez, @leerconthea, @minedreadings, @irisrodriguezmieres, @pa.ro.dri, @annadrielbooks @vrgarey, @vanessa_me18, @inmabl, @lauramendolazaro, @missattard, @lola_pascualcuadra, Nuria Daza de @nuriela25, @gloryhelen_, @la_mala_malisima, @mis_lekturas, @mirinda01, @gema.ddc, @gemmapastormateo, @patricleta, @yessicm32, @caty19709, @lectoradesuenos8, @elenaruizmontesinos, @creando_frikadas, @cristina_segarra_escritora, @kilimz82, @lectoraenverso_26, @isabellabaricot, @pilar_vima, @fanyavenalbe, @damajurado1999, @sultanitabella @bookstagramer_1, @siil_lule, @mayralazo08, @noefru, @mariabeatobe, @lucymoon2015, @alasblancas83, @j.m.fresquet @bgomezmartin, @lumae_lu, @lozamor67,

@krmenplata, @ilunanoa, @romanticaadicta, @gandiapilar, @laurensofiy_, @lissbert, @monchavez15, @lecturas_felices, @mlectora, @vero_malaga, @pmlapizypapel, @isabelhg_love, @gafiis, @mire_1010, @locasdelmundo4, @nita_fdez, @karilamala, @andreuenca79, @_martinez_javi, @montse_g_m_, @ariadna.dx, @laura_villanustre, @itsedelweiss, @luciaanddogs, @lilith_lectora, @locasdelmundo4, @silpavila, @lectoras_con_clase, @crisfillolacas,

Raquel Morantes de @raquel_morante_morales, Nieves López de @nilosa0508, @srtahelenstealer, @sweet.readings, Arancha Eseverri de @lectoranovturna, @pilarmolinercarb, @por_puro_vicio, @noelia.g.m89, @yaizaa.mendez, @mireiapg29, @nataliaperez128, @readlikeapleasure_, @noeloafritos_autora, @_cristiane_, @passion_between_letters, @princesbooks, @elbouldemislibros, @bookslovershouse, @cynthia.cerveaux14, Amparo Pastor de @amparopastorvieracaracoliu, @romanticamore, @snopeugi, @celia_vc, @sandradt2505, @unlibroparaella, @naomihdezz_, @heiwabooksquotes, @ana_jimenez29, @libroypalomitas, @dejamequetelea, @ohana_reader, @yoleoromantica, @tfc_lectura, @viskict, @leer_esincreible, @Carmen39_fdez, @raquel.22, @vanessa_salas, @meymay6, @el.rincón.de.sita, @mery_g_books @saradominguez23, @mlcg1986cins, @rafi_lechuga, Ivelise Rodriguez, @emilia_erin, Evelyn limpa, @miriam_chantes53, @piuli22, @estherestetic, @kristibell73, @Nielsennila, @marta.landrau, @diarii_books, @ana.martinhdez, @evicanaria, @carol_lopez3112, @jennifeer92, @mesumerjoentrelibros, @miriam.villalobos.m e hija (Lucía Soto), @susyyflo, María José Claus Molina, @Monsy80, @sacriespada, @mery y sus lecturas, Nuria Daza, @ameelia15, África Cantero, @marimarpintor, Lourdes Romero, Paloma Osorio Millan, @jessi.5113, @maricarmenmuoz, @creando_frikadas, Silvia Paredes, Vero de @librosigualamagia, Claudia de @booksbyclau, Maca de @macaoremor, @glory1818, @gloria_hega, @teresilla87, @jennibooks87, Barbara Torres López, @yessicm32, @books_nerea, Ascension Sanchez Pelegrin, Kristina Kko, Mariu Barberá, @helenescritora, Salud Lpz, Inés Ruiz, Anna Driel books, Mónica de @moniquitamaca_mislecturas, Gemma Pastor Mateo, Mónica Tort, Maria Jose Valiente, Anna Fernandez, Mariu Barberá, María Fátima González, Kuki Pontis Sarmiento, Beatriz Duran Hernandez, Normma Aliciya, Loli Zamora, Mari Cruz Sánchez Esteban, Mar López, Isabel Gómez, Elena Martínez, Laura Ortiz Ramos, Yeni Anguiano Mata, Rose gate, de @rosegatebooks, Marisa Gallén Guerrero de @lecturasmapita, Anabel Jimenez, Yolanda García, María Ferrer, Judith Galán, Elisa Mayo, Ana Arely, Ulises Novo, Laura Duque, María Camús, Pilar Sanabria, Silvia Martinez Hernández, Elena Martínez, Saray Carbonell Del Río.

@cruzuleyaiza, @sunriseadn, @irenita19mm, @nereamellis, @lecturasdefaty, @la_biblioteca_de_pat, @maiko_pink,, @pilardans, @librosdehoney, @tengoganasdeleer, @amantelectora, @el_rincon_de_palmerita, @_cristiane_, @adrianaalba_autora, @the_reading_books_in_family, @mividaentrepasiones, @lecturasdeamorsonia, @hrhartwell, @amamosleer_uy, @mire_1010, @leeconmigo_, @musa_entre_libros, @crusisanchez, @raquel.blancoluque @mariainspace_, @lamagiadeloslibros3.0, @miquenaadiccion, @arisleyda_5, @hoy_esta_leyendo, @ariidaz, @literaliabooks, @helens_books, @meugeniamirezlopez, @lionela23, @adoroloslibros_17, @olatzpitu, @ecaangelica, @andy_caro13, @librosdeirene, @valkiriaread, @salseo_de_libros, @siempreleyendoydesconectando, @nita_fdez1, @mayblacksmith, @everlasting_reader, @garbival, @vivir.leyendo, @ariasu_7, @estefaniagea, @sandragvillar, @beatrizdh, @lecturas_milly, @piluchii85, @bookqueen22, @mmfn_, @librosviajerosylibres, @ascensionsanchezpelegrin, @eli.p.r, @monika.galan.16, @rupilo_18, @lectoraenverso_26,

@nataliia981015, @rm.nkt.4.7, @jazbabook, @pilarcabrerat, @m.i.epalzaramos,, @elisabet.2573, @nago24, @laurabooksblogger, @anais.1203, @nerearaujoautora, @vilmont_books, @morenomarimiza, @begikat2, @__vanenunez__ @@lady_creative_doll, @inesruiz78, @elenamartinez6098, @mamual90, @etalenika (Eva Tasende), Rocío Escobar, @meymay6, @bookssyass, @lauraviajaentrelibros, @anapasionlectora, @owiksa, @carmen39_fdez_, @evelimpa_leeresmipasion,@stefamy_sandoval, @merypoppins750, @_curls.and.books, @lilyfreitasm, @chikiya85, @_monica._8, @marimarmiravalles, @conunlibrosy, @nazaretpv, @nereida.c.a, @turka120, @angela_fp16, Maggie Mon Chávez, Vero y Estefanía de @leerconvernia, Arantxa de @lecturanocurna, Esti de @boiet2, @vaclepri_79, @carichun, @dulce.ando, Eva M. Pinto, @libros_y_tortugas, @mariadolores84, @eli_car_bar, @ladycuqui, @lecturas_mily, @juanidiazdiaz17, @un_libro_en_mi_mesita, @akanechan1986, @lourdes.andresgarcia, @lectoahastaaltashoras, @dove.mmartin,@lectoranocurna, @natti_ruano, @angiegarfer, Melani de @melmely19, @marihoyoslopez, Lourdes Romero, @seguradoalcaide, Reyes de @reyesbecerra82, @cynthiag25, @tere_lafuente, @arima.s.c.11, @lecturasdenira, @maryambergirl, @tamaraciscar, @elenanp73, @quemaravillaleohoy, @merypero, @manuelamolinalleon, @marijopove, @buidseachlatelier, @ju.kaery, @martagr9716, @thaannya, @Blankarez, @marguis_hl, @rocanilla, @noemimaquedajimenez, @puri_reyesneira, @isa.sepulveda2, @marta19041975, @txellbooks, @diana.c.gasco, @noee_albatros, @gema_lectora, @isalexia42, @cuando.los.mios.duermen, @anasn71, @lecturasdemaggie, @mariabarbosaalm, @miviciolibros, @aili.evansecrivain, @evaleyendoentreburbujas, @Kristinalmb,, @zaira_fg, @lola.lolita.loliya, @mi_mundo_mis_pollitos, @virigol, @fernanda15_05, @bowsinakoopa, @vanu_sa_ms, @elenasoroma, @saravimeg, @lorbaris, @chuscm, @mirelaiordanica, @maitesospedra, @librosquedejan_huella, @monicaxcel7.

Y si me dejo a alguien, perdonadme, por favor. Me hace mucha ilusión que estéis aquí. Un fuerte abrazo, Anny.

Sobre el autor

Anny Peterson nació en Barcelona en 1983. Estudió Arquitectura e hizo un Master en Marketing, Publicidad y Diseño Gráfico. Actualmente, vive con sus hijas y su pareja en Zaragoza.

Lectora acérrima del género romántico. Adicta a series y películas. Adicta a la salsa boloñesa y a la CocaCola Zero.

Encuentra todos mis libros en Amazon:

La Droga + dura I: Atrévete a probarla.

La Droga + dura II: Intenta dejarla.

La Mafia que nos une (Mafia 1)

El Poder de la Mafia (Mafia 2)

En el fondo, me tienes.

En el fondo, me quieres.

Vas a ser Mía.

Vas a ser Mío.

Voy a ser Tuyo.

Vas a ser Suya.

Vas a ser Suyo.

Yo, Superyó y Elle.

Loco, Sexi & Millonetis.

Loca, Sexi & Mentirosa.

ConsigueAlTío.com

ConsigueAlPadre.com

27AllStar.

Jaque al duque (Trilogía Kaissa I) - Editorial Grijalbo.

Dama Negra (Trilogía Kaissa II) - Editorial Grijalbo.

Jugada Maestra (Trilogía Kaissa III) - Editorial Grijalbo.



/annypetersonescritora



/lady_fuxia



/lady_fucsia

Lady
Fuxia



/@ladyfuxia

